Fernando Díaz-Plaja

OTRA HISTORIA DE ESPAÑA

Lectulandia

Según palabras del propio autor: «He querido relatar lo que hasta hoy ha ocurrido en este país aplicando la lógica y cierto sentido común a las hazañas, más o menos gloriosas, de nuestros antepasados. En este aspecto, creo que este relato se parece poco a las historias al uso, aunque nazca en las mismas fuentes. En todo proceso histórico hay picos y valles. Este libro atiende a los puntos culminantes».

Lectulandia

Fernando Díaz-Plaja

Otra Historia de España

ePub r2.0
Titivillus 22.12.15

Título original: *Otra Historia de España*
Fernando Díaz-Plaja, 1975

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Mario Lacruz.
Porque creyó en esta obra antes que el propio autor

NOTA A MODO DE PRÓLOGO

El adjetivo «otra» tiene aquí un doble significado. Por el primero, alude a que esta historia es una más en la larga retahíla que, durante siglos, han intentado explicarnos nuestro pasado.

En su segunda acepción «otra» equivale a diferente. He querido relatar lo que hasta hoy ha ocurrido en este país aplicando cierta lógica, y hasta me atrevería a decir, cierto sentido común, a las hazañas de nuestros antepasados. En este aspecto, creo que este relato se parece poco a las historias al uso aunque nazca de las mismas fuentes…, quizás analizadas aquí de forma diversa.

En todo proceso histórico, como en toda vida, hay puntos culminantes y hondonadas de menor importancia. Este libro atiende más a los primeros, dando por sabidos muchos detalles de reyes, batallas, paces, guerras y matrimonios. En este aspecto esta obra no es un «Manual» porque presupone en los lectores un conocimiento previo, en líneas generales, de lo que ha sucedido en España desde los primeros tiempos…, conocimiento que intento, si no corregir, al menos matizar.

CUANDO ESPAÑA «NO ERA DIFERENTE…»

Hay, decía un profesor amigo, dos períodos históricos que me encanta estudiar. Uno es la historia contemporánea, la reciente. El otro, el mundo prehistórico. La razón de ese gusto ambivalente es que, en ambos casos, se puede uno permitir el lujo de soltar la imaginación en busca de la verdad, porque lo que ocurrió no está nada claro. En un caso, porque no hay documentos. En otro, porque hay demasiados y, muchas veces, resultan contradictorios.

La verdad es que la escasez de textos no ha enfriado en absoluto el entusiasmo de los prehistoriadores a los que ha bastado un trozo de sílex para descubrir, con lujo de detalles, la situación social, política y religiosa de nuestros antepasados. Y así resulta que los hombres llevaban grandes clavas, las mujeres, largas cabelleras y el romance entre ambos consistía en asestarle un golpe en la cabeza y arrastrarla —ella con una curiosa sonrisa masoquista— hacia su cueva. Los caricaturistas de todos los países no dejan nunca de presentar esos detalles, pero su exageración está basada en lo que venerables sabios les han contado. Esos venerables sabios, insisto, son los más imaginativos de todos los científicos del mundo, porque basan sus especulaciones en unos objetos casi siempre en pésimo estado de conservación —media mandíbula, un trozo de flecha, lo que *podría* haber sido una flecha, la pintura de una pared.

Las pinturas están en muchas zonas de la prehistoria española, y ningún niño español se ha escapado de contemplar y admirar obligatoriamente el bisonte de Altamira, seguido, muy a distancia en cuanto a atención, por las de Parpalló en Valencia y otros puntos de la costa mediterránea. La reproducción de animales, indican los expertos, se debe a un concepto mágico. Los cazadores en ciernes, al dibujar un ciervo o un bisonte, en cierto modo lo atraían, poniéndole al alcance de sus redes o sus armas. Es posible que ello fuera así y es posible también que quien pintara los animales en la cueva respondiera, simplemente, al deseo, innato al hombre, de reproducir lo que le rodea.

Porque si aplicáramos esta teoría materialista a todo el arte, podría asegurarse también que Rubens, al trazar a una de sus rubicundas y redundantes mujeres, intentaba el primer paso en el camino de su posesión.

Los prehistoriadores se apoyan en bases más sólidas cuando aprovechan algunas islas de civilización antigua que, parecen, dejadas adrede para darnos pistas que ayuden a comprender nuestro pasado. Así, la Prehistoria está viva en nuestro tiempo en algunas tribus de pigmeos africanos y, más puramente todavía, entre los bosquimanos de Australia y los indígenas de Nueva Guinea, todavía en pleno período de la Piedra. Pero, aun así, la deducción es válida sólo hasta cierto punto, porque el primitivismo de un lado de la tierra pudo haber sido distinto de otro.

Paleolítico superior, Paleolítico inferior. Los hombres viven en chozas cuando la temperatura lo permite, en cuevas cuando hace frío. El hombre es cazador nato. Mata al animal que cae cerca, usando de una piedra que ha afilado frotándola con otra;

luego descubre que puede hacerse algo mortífero con el mismo hueso del animal que ha derribado. He aquí una punta ósea al extremo de una varilla. He aquí un junco que puede doblarse sin romperse. Acaba de nacer el arco que produciría pasmo al principio. El arma definitiva. No hay posibilidad de seguir con esa carrera de armamentos…

La España de entonces no es diferente. El paso del cazador en lo que es hoy Asturias o Alicante no es distinto del que vive en lo que hoy se denomina Lyon o Hamburgo con mayor o menor frío, y, por tanto, con más o menos mamuts según los hielos invadieran la península.

España es un país de tránsito, incluso desde los comienzos. Nos hablan los especialistas de iberos llegados del Sur, de los celtas procedentes del Norte. Es la primera invasión de las muchas que ha de sufrir el país a lo largo de su accidentada historia. Tras muchas luchas llegan a la fusión. Son los celtíberos, oficialmente, nuestros primeros padres en la historia patria de los cuales sabemos sólo lo que quisieron contarnos los primeros seres civilizados llegados a la que, entonces, no tenía ni nombre. Diodoro de Sicilia reconoce en ellos dos curiosas cualidades. Una, mala, la de la crueldad; otra, buena, la de la hospitalidad. «Todos quieren dar albergue a los forasteros que van a su país».

Estrabón añadirá otro dato, y ya casi tenemos al español de hoy. Esta tercera cualidad se llama «orgullo local que no les permitía unirse en un lazo común, todo lo cual les privaba de fuerza para repeler las agresiones venidas de fuera». Sólo así puede comprenderse la facilidad con que los forasteros se pasean por aquella España, utilizándola para sus empresas comerciales —griegos, fenicios—, para sus empresas guerrerocomerciales —cartagineses, romanos—. Cada ciudad se defiende como puede, y si busca el apoyo de otra ha de ser con la condición de que ésta la siga y la obedezca en todo. Así, el enemigo militarmente fuerte, el Aníbal, el Escipión, no tiene más que ir tomando ciudad tras ciudad, advirtiendo que cada una lucha por sí, ya que ninguna otra quiere prestarle ayuda.

Junto a la oscura historia de iberos y celtas hay una luminosa tradición. El desconocimiento que tenemos de los tartesios es parecido al que tenemos de los celtas e iberos, pero la leyenda aquí es mucho más bella, con ingredientes capaces de interesar tanto al novelista como al historiador.

Empezando por el origen…, ¿de dónde vinieron? Del Norte los celtas, del Sur los iberos…, ¿del Este los tartesios?

Y la ciudad, ¿dónde está? Schulten quiso ser el Schliemann de esa nueva Troya española, y la buscó encarnizadamente junto a la desembocadura del Guadalquivir. En vano. Y si su geografía resulta misteriosa, aunque todos la sitúen vagamente en la Andalucía occidental, ¿qué decir de su historia?

Oigamos a Platón en *Cridas*: «A Poseidón corresponde la isla Atlántida, y en cierto paraje de ella estableció a los hijos que había engendrado con una mujer mortal». En el Estado que siguió, y tenía gran extensión y riqueza, regían siempre

normas de justicia. Los reyes que gobernaban sus distintas partes se reunían y «soltaban toros en el recinto consagrado a Poseidón y, quedándose los dos solos después de suplicar al dios que les permitiese capturar la víctima que le pareciera más grata, sin armas de hierro, le daban caza con garrotes y lazos». Es la primera alusión al juego eterno del español y la bestia encornada.

Otros cuentan así el milagro que está en la base de la mayoría de las civilizaciones. Un rey, Gargoris, fue el primero en recoger la miel. Lo cuenta, con asombrosa admiración, Justino en su *Epitoma Historiarum Philippi varum*, 44, 4.

Después de esa prueba de talento, tuvo de su hija un hijo-nieto y, avergonzado, quiso matarlo. El historiador dice cómo, buscando el camino más largo y difícil, el padre-abuelo lo dejó expuesto en el bosque, pero allí le alimentaron la leche de varias fieras. Lo llevó a un corral con perros hambrientos. Ocurrió lo mismo. Le echó al mar; el océano le trató con la misma amabilidad y, llevado a tierra, fue amamantado —ya se había hecho a la costumbre— por una cierva. Crecido en la selva, con la agilidad lógica con tal nodriza y hermanos de leche, la noticia de su presencia circuló por todo el país, hasta que, cazado a lazo, fue ofrecido al rey, que le reconoció y, convencido de que era indestructible, le nombró sucesor al trono. Cuando llegó a gobernar, se mostró tan listo como su padre, y como ya se había descubierto lo de la miel, «él imaginó el primero uncir los bueyes al arado y buscar el trigo en el surco». El historiador Justino acaba diciendo que, a primera vista, esas aventuras parecerían fabulosas, pero «que no lo son si se tiene en cuenta que también Rómulo y Remo fueron criados por una loba». Pero si los orígenes son oscuros, parece claro el resultado. Tarteso es rica en oro, y en plata y en fama. La Biblia, libro que da un marchamo de autoridad a todo lo que menciona, habla del comercio de los pueblos hebreos con esa salida del Mediterráneo. Y al calor del negocio llegaron representantes del pueblo que tenía que pasar a la Historia como símbolo del comercio: los fenicios, que acabaron con el fabuloso imperio —visto y no visto— de los tartesios.

LOS PRIMEROS HUÉSPEDES

Los fenicios tenían unos como hermanos menores, que se habían instalado en la costa norte de África y que añadían al interés comercial una mayor ferocidad guerrera. En combinación de ambas actividades, destruyen a Tarteso y cierran la salida del Mediterráneo a naves de otros pueblos. Los griegos y los fenicios se contentaban con ocupar el puerto, la factoría que sirviera de punto de apoyo —una cabeza de puente, diríamos hoy— para su comercio. Gades-Cádiz, Emporion-Ampurias servían al mismo tiempo de escaparate de las mercancías que de fuera entraban, y de puerta de salida para las que querían exportar hacia otros puertos del Mediterráneo. Fenicios y griegos, especialmente estos últimos, querían tener las espaldas bien guardadas por ese mar en el cual se sentían a sus anchas. Ni fenicios ni griegos intentaron penetrar en el país que reputaban hostil. Les bastaba con quedarse en sus umbrales.

Cartago, en cambio, soñaba con un imperio que dominase todo ese Mediterráneo occidental, donde ya estaba empezando a desperezarse un gigante llamado Roma. Con el gusto por la frase histórica que era típica del libro de texto de mi tiempo, nos contaron que Aníbal, a los nueve años, a la edad en que otros niños juegan, juró «odio eterno a los romanos». Lo que realmente es difícil de olvidar para un espíritu impresionable.

La historia de los cartagineses la sabemos por los romanos. Cuando el vencedor escribe la historia del vencido le trata con admiración para que se vea lo tremendo de la hazaña realizada al dominarle y, al mismo tiempo, con cierto despego. Los jefes cartagineses dice, por ejemplo, Polibio (*Historia romana*, 9), estaban en desunión «por la ambición y la avaricia innatas en los cartagineses». Si la historia de una Roma vencida la hubiera escrito un cartaginés, podía haber dicho lo mismo de los romanos y, probablemente, con las mismas razones.

La verdad es que el más osado de los cartagineses, Aníbal, como su padre Amílcar o su tío Asdrúbal, llevó a cabo la misma campaña que iba a ser la de los cónsules romanos, es decir, una política mixta de habilidad y de fuerza. Cuando había que tratar, se hacían promesas y se tomaban rehenes para asegurarlas; cuando había que atacar, se hacía sin piedad, ejecutando a los jefes y desterrando a los supervivientes.

El recuerdo de Aníbal está unido a una ciudad en la costa levantina, Sagunto, nombre que se ha dado en proclamar como símbolo de la resistencia hispana al invasor. La realidad es un poco distinta, probablemente; Sagunto era aliada de otra potencia extranjera, Roma, y, por otro lado, entre los que la sitiaban al mando de Aníbal había muchos de los que todavía no sabían que eran sus compatriotas. (Honderos baleares y caballería que luego llevó, a través de los Alpes, hasta Italia). Sagunto no se resistió a Aníbal porque se sentía hispánica ante un extranjero, sino porque había decidido tener otros amigos. Iniciando una serie de resistencias que

alcanzará a Oviedo y Madrid durante la guerra civil, Sagunto se niega a entregarse a pesar de la superioridad numérica y de material bélico de que hace gala el caudillo cartaginés. Y cuando éste ofrece a los sitiados que salgan a edificar una nueva ciudad tras entregar la que tienen, sus armas y sus riquezas, la reacción es la que nos cuenta Tito Livio:

> *Como la multitud se había aglomerado mezclando el Senado con el pueblo, los principales ciudadanos trayendo al foro la plata y oro tanto del tesoro público como del particular, lo arrojaron a una hoguera rápidamente encendida y la mayor parte de ellos se precipitaron entre las llamas.*

Aníbal sigue su marcha hacia Roma. Cuando fracase, lo que conseguirá será traer Roma a España. Porque los imperios acostumbran a iniciarse cuando la defensa de un país supera los límites del territorio, y ya no se contenta con detener el peligro enemigo, sino que va a buscarle en su cuna para que no pueda siquiera iniciar el ataque. Los romanos vinieron a España a cortar la retirada de Aníbal, tomaron su base, Cartagonova (Cartagena) y, tras terminar con la amenaza, se sintieron obligados a permanecer en el país. Al fin y al cabo se trataba de pueblos bárbaros que no conocían la civilización ni la cultura. Era no sólo un derecho, sino el deber de Roma enseñarles ambas. Los países imperialistas han sentido siempre la obligación de compartir con los demás sus propias ventajas.

Las empresas bélicas que han oído los españoles de niños como las primeras que sus antepasados llevaron a cabo, tienen todas nombres propios. Cuando Atenas, Cartago, Roma eran ya Ciudades-Estado, la España, que así empezaba a denominarse, era un semillero de luchas entre segedanos, lusitanos, arévacos, belos, suesetanos, cántabros, astures, etc., etc., etcétera. Aníbal se llamaba simplemente así, pero combatía por un país, por un Estado organizado como hacía Escipión. Cuando Indíbil, Mandonio, cuando Viriato se levantaba contra ellos, lo hacía en nombre de una tribu a la que podía unirse temporalmente otra, pero siempre con recelo y dispuesta a volver a sus propios lares en cuanto no les diesen la categoría que esperaban merecer. La disciplina, la entrega, se hacía a un hombre y, máxime, a una ciudad. Los españoles del tiempo no veían más allá de sus valles, de sus montañas, de su jefe nato. «Éste —dice asombrado Plutarco al tratar de Sertorio en sus *Vidas paralelas*— tiene un grupo de fieles llamados «soldurios» y que consagran sus vidas a la de su jefe, muriendo cuando él muere. La fórmula es personal, directa, precisa. No se alude a una entidad vaga o lejana, la Patria, el Estado, sino a un hombre concreto y determinado. «No se ha encontrado memoria de alguien que, muerto aquel a cuya memoria se consagró, se niegue a morir», añade Julio César en sus *Guerras de las Galias*.

La reluctancia a federarse, a unirse, la fidelidad a su propia tierra, al terruño familiar donde están los suyos, es fatal para los grandes conceptos políticos, para la

ambición y para la ofensiva. Así, cartagineses y romanos dispusieron fácilmente de los torpes intentos de los caudillos celtíberos para defender amplios territorios y combatir a los invasores. Pero esa misma fragmentación de voluntades, esa dispersión de ideas, tuvo, en cambio, un increíble valor en la defensiva. A Escipión le bastó la batalla de Zama para que se le entregara toda Cartago, como le había bastado cualquiera realizada contra reyes asiáticos para que sus pueblos cediesen a quien había vencido al mejor y más respetado de entre ellos. La España del tiempo, incapaz de vencer porque no tenía unidad, se defendía encarnizadamente, ciudad a ciudad, precisamente por lo mismo.

En el año 143 antes de Jesucristo hay, en España una fuerza móvil que ataca a los romanos cuando se siente más fuerte y se dispersa cuando es atacada a su vez por más tropas para contraatacar en otro punto. Son los hombres de Viriato. Ha nacido el guerrillero, el de la guerra chica o guerrilla, el hombre que encuentra la guerra grande demasiado complicada y demasiado disciplinada para su espíritu independiente y altanero. Viriato es el primero de una larga serie de españoles que están convencidos de que nadie puede gobernar mejor de lo que ellos gobiernan, de los que admiten que sería muy beneficioso unirse para combatir mejor al enemigo…, siempre que ellos fuesen los únicos en mandar. Y como eso se les ocurre a todos…

Hay, por otro lado, más al Norte, una fuerza estática que tiene como base Numancia, la ciudad junto a Soria, en la que otros indígenas se refugian cuando se ven dominados por la estrategia romana y de la que surgen de nuevo cuando los romanos tienen que atender a otros frentes. Si hubiese habido unión entre ambas fuerzas, las posibilidades de Roma hubieran sido escasas, pero esa posibilidad es mínima. ¿Por qué va a aceptar la Numancia de los arévacos lo que sugiere Viriato el lusitano? Y al contrario.

Del particularismo, del individualismo ibérico saca partido Roma, como lo sacarán otros países extranjeros y déspotas nacionales. Viriato cae por su lado, Numancia por el otro, con el necesario desfase de años para que una acción pueda terminarse antes de iniciar la siguiente.

Roma vence en Iberia por su estrategia moderna y por sus legiones, que saben fortificarse además de combatir. Los soldados romanos llevan todos una pala o un pico, y el terreno que conquistan es preparado antes de dormir para que, la misma noche, ya no pueda ser sorprendido por los enemigos. Allí adonde llegan, quedan. El hispánico vence y luego se retira. La estabilidad es la esencia de la conquista romana, y el ataque en tromba y desordenado no le va a la hábil maniobra de sus legionarios. Tanto es así que cuando Numancia ofrece al enemigo la dificultad de sus murallas bien defendidas, Escipión Emiliano las rodea de otras paralelas, con vigías colocados a cada cien metros que den la alarma, con palos erizados o clavos bajo el agua para estorbar a los nadadores furtivos. Roma se convierte así de asediador en asediado, dejando a los numantinos en la necesidad de ser ellos quienes ataquen y pierdan sus mejores hombres en el ataque…, o perezcan de hambre.

Cuenta Apiano (*Las guerras ibéricas*) al hablar de la rendición de Numancia:

> *De los habitantes de Numancia, la mayor parte se dieron la muerte a sí mismos de mil modos distintos, y los demás, a los tres días salieron para el lugar que se les había destinado, ofreciendo un espectáculo horrible y extraño, con sus cuerpos escuálidos, sucios y desgreñados, malolientes, con las uñas crecidas, los cabellos largos y los vestidos repugnantes. Si aparecían dignos de lástima a los enemigos con tanta miseria, les infundían pavor por llevar impresos en su cara la cólera, el dolor y la fatiga.*

Fueron luegos los cántabros y astures, entre los cuales las madres mataban a sus hijos para que no cayeran en manos de los invasores. Una familia atada al suplicio dijo a un niño de corta edad que los matara, y éste lo hizo con un puñal que robó. Los cronistas romanos cuentan admirados que, incluso estando en la cruz, «aquellos bárbaros entonaban cantos guerreros».

Leyendo la conquista y colonización de España por los romanos parece estar leyéndose la de América por los españoles. En ambos casos, la misma seguridad de estar con la razón, de llevar la civilización y la religión auténtica a pueblos primitivos y salvajes. Lo mismo se asombra de las costumbres indígenas Estrabón que Bernal Díaz del Castillo. Y la forma para conseguir vencerlos está en la misma línea; en ambos casos se aprovecha la superioridad intelectual para conseguir el engaño y la superioridad militar para acabar con la resistencia armada. Por ejemplo: los celtíberos de Segeda, en Belos, quieren construir una muralla. El Senado romano se lo prohíbe y les advierte que tiene que pagar unos tributos. Esos tributos estaban condonados por Graco, protestan los celtíberos. «Y así era en efecto —advierte Apiano Alejandrino —, pero cuando el Senado concede un favor así añade siempre: Estará en vigor en tanto que así plazca al Senado y al pueblo romano». Con lo que los pactos se mantienen sólo cuando conviene a los fuertes. *«Quia nominor leo*.».

Galva, general, recibe a unos legados lusitanos que le pedían la paz. Lo que ocurre, dice, es que sois violentos por ser pobres; yo os daré tierras buenas y fértiles. Los separa en tres valles, y yendo al primero les pide las armas —siendo amigos tenían que dárselas—, los cerca con una estacada y los degüella con sus tropas. Lo mismo hace con el segundo y el tercer grupo antes de que supieran la suerte que habían corrido sus compañeros. Apiano, que lo cuenta, condena el hecho: «De este modo Galva pagó perfidia con perfidia, imitando a los bárbaros de una manera indigna de un romano». Porque un romano no podía hacer más que el bien, naturalmente, y con toda nobleza.

Roma, que había ganado militarmente la guerra a Cartago, le ganó también la propagandística. «Fe púnica» fue desde entonces aquella de la que no podía fiarse nadie. Igualmente hubiera podido aplicarse a la romana.

Le costó a Roma doscientos años dominar totalmente a España, mientras las

Galias habrán caído en manos de Julio César en sólo nueve, porque la tuvo que tomar «isla» a «isla», y por ello resultó más difícil. Por ello, también, no encontró, tras la conquista, el resentimiento que acostumbra seguir a esas operaciones militares. Los españoles empezaron a pensar que formaban una sola nación con idénticos problemas y aspiraciones cuando se lo dijeron sus nuevos dueños. Y como no había habido grandeza nacional en el pasado, no la echaron de menos.

Por el contrario, entraron en el mundo romano compartiendo todas sus ventajas y todas sus miserias. Aprovechaban las nuevas carreteras, las nuevas organizaciones administrativas, mejor estado de cosas, la civilización… También entraban en todas sus guerras civiles y luchaban con Sertorio contra Sila, con Julio César contra Pompeyo y sus hijos. En cada caso estaban seguros de ayudar al mejor contra el peor.

España, al hacerse romana, en realidad lo que se hace es a sí misma. No importaban quiénes eran los recién llegados. Lo importante era que unos extranjeros permitían a los nativos conocerse, verse, hablarse. Como si en una habitación grande y oscura entrase, de pronto, la luz. Esa luz simbólica son los caminos que unen provincias, puentes que superan ríos… La ciudad que hasta entonces no existía, la ciudad que es símbolo de convivencia, con sus teatros, sus termas o piscinas, sus bibliotecas, empieza a florecer en el país. La gente comienza a ver, en el vecino, no a un enemigo a quien robar o matar, sino a alguien que tiene la misma estampa física y moral que él mismo. Asombrosamente, un mando forastero es lo que crea un sentido nacional. Los nombres pueden cambiar, el país puede seguir a un emperador o a su rival para el gobierno, pero ya se sienten identificados con los señores de lejanas tierras. Nace el mundo hispanorromano mucho más intenso en la urbe y mucho menos en el campo, apegado a sus tradiciones como siempre. La división, el desfase, seguirá existiendo a todo lo largo de la Historia de España.

Y como muestra de esta romanización, el país llega a mandar a la capital del Imperio nada menos que a Trajano y a Adriano como jefes de Estado, a los Séneca, Luciano, Columela, Quintiliano y Marcial como filósofos, científicos, poetas…

El carácter de esos escritores es romano primero y español después, no lo olvidemos. No se puede reivindicar el españolismo de unos pertenecientes al mundo romano con demasiado entusiasmo, si no queremos devolver a México a sor Juana Inés de la Cruz, a Perú a Pablo de Olavide o a los españoles nacidos en Cuba en el siglo XIX, a su isla nativa. En ambos casos eran escritores nacidos en una cultura y que se apresuraban, en cuanto podían, a trasladarse al centro de esta cultura, es decir, a Roma; es decir, a Madrid.

De todas las invasiones con que ha contado España en su larga historia, ésa es la única con la que se ha sentido a gusto. Las rebeliones a lo largo de la dominación romana son insignificantes y más bien corresponden a tomar partido con uno de los bandos de la política romana; no son contra Roma, sino contra una parte de ella. Lo mismo sucedía en las Galias. La razón de esa general aceptación de un yugo exterior es que éste no venía a remplazar a un régimen aceptado por la mayoría de los

españoles. Venía a llenar —nunca mejor dicho— un vacío nacional. No cambiaba un gobierno central; lo inventaba. No deshacía una organización; la creaba. Sustituía dialectos locales, con los cuales no podían entenderse los indígenas unos kilómetros más allá de donde vivían, con un idioma, llamado latín, que les permitía comprenderse de mar a mar, y aun ser capaces de saber lo que escribían en esa mítica ciudad, creadora de tanta fuerza y cultura, que se llamaba Roma.

La posible dificultad, porque es la más difícil de extirpar del alma de los pueblos, la del cambio de religión, fue solventada por la habilidad política de los romanos. Si los españoles del tiempo adoraban al Sol, a la Luna, al toro, a un dios de la guerra, los romanos nos les dijeron que estaban equivocados, cosa que, en general, irrita mucho a los creyentes. Por el contrario, embellecieron esas antiguas creencias, dándoles nombre e historia. El Sol siguió siendo el dios que veneraban, pero ahora se llamaba Apolo y conducía un carro de fuego. La Luna era su hermana Diana, y el dios de la guerra se llamaba Marte. La bellísima mitología grecorromana aceptaba las creencias innatas de los pueblos primitivos, pero la adornaba con una deliciosa imaginación que convertía el culto en una historia humana de amores, celos, guerras y conquistas. En cuanto al toro, numen representativo ya del pueblo hispano, podía interpretarse siempre como uno de los disfraces con que Júpiter gustaba de acercarse a las incautas jóvenes del tiempo.

España, la Hispania oficialmente dividida en Citerior y Ulterior, o en otras formas provinciales pero siempre una, había encontrado con Roma su alma. El latín fue madre de su castellano, gallego-portugés, catalán; abuela de los dialectos que de ellos se derivaron. Y cuando llegó el cristianismo, el español se sintió rápidamente identificado con esa religión lejana y oriental, quizá por extraños paralelismos, lazos inefables, entre las costas extremas del Mediterráneo. Para hacerla más nuestra, se inventará en el siglo VIII que Santiago, el apóstol, viniera a España en carne y hueso y está enterrado en la ciudad gallega que lleva su nombre. (Quien parece que sí vino fue san Pablo). En pocos años el número de cristianos aumenta, y con ello aparece el primer resquebrajamiento de la unión con Roma, que hace extensiva a España la persecución contra los cristianos. Los «innumerables mártires de Zaragoza», según una expresión exagerada del tiempo, son el símbolo de la enemiga hasta que Constantino, al hacerse cristiano, liga de nuevo los dos principios, Roma y cristianismo, hasta convertir el vocablo «romano» en sinónimo de «cristiano». «Rumi», para los árabes, era ambas cosas.

Roma era simultáneamente la reina de la tierra y la representante celeste, la de las innumerables legiones victoriosas, creadora del mismo derecho; el español Prudencio canta que «para frenar el furor de la guerra, Dios enseñó a los pueblos de todas las partes a inclinar la cabeza bajo las mismas leyes y hacerse romanos todos; a los que bañan el Rin, a los del Tajo…, a los que alimenta el Ganges…, un común derecho los hizo iguales y los unió con el mismo nombre».

… y todos estos hermanos en la gloria del Imperio romano lo son también en la

única creencia posible, la cristiana:

> *Sea Roma consagrada a Dios, sea digna de tan gran príncipe, poderosa en la virtud, desconocedora del crimen.*

Los afortunados son todos los humanos que viven bajo ese gran paraguas, militar y religioso, que es tener la urbe por excelencia. Hay otros seres que no pueden ni deben compararse a ellos. «Pero tanto se distinguen el romano y el bárbaro, cuanto se separan el cuadrúpedo y el bípedo y el mudo del que habla».

La voz «bárbaro» es griega y significa, simplemente, extranjero. Pero cuando el que emplea esta palabra está convencido de estar en el centro de la civilización, la expresión se convierte, automáticamente, en insulto. «Bárbaros» llamaron los griegos a los mismos romanos cuando éstos iniciaban lentamente el camino del refinamiento cultural y social que era ya típico en Atenas. «Bárbaros» llamaron los romanos a los españoles cuando llegaron a civilizarlos, y bárbaros llamaban ya a los pueblos germánicos que, apostados al borde del Imperio por el Norte y Nordeste, estaban a punto de caer sobre la Ciudad Eterna y cambiar su signo.

Cuando Prudencio escribe las palabras anteriores, la amenaza se ha hecho casi realidad. *Contra Symmachum* es del año 402 ó 403. Unos pocos años después, el 409, los vándalos, suevos, alanos están ya en España.

Uno de los mayores daños que ha sufrido la cultura de España ha sido la pintura histórica del siglo XIX. A quienes la vimos reproducida en los libros de texto, nos ha costado mucho olvidar su influencia en nuestro aprecio del pasado. A esa pintura de naturaleza romántica le gustaba explicar los pasajes de la historia a gritos.

Así, nuestra idea de la invasión de los bárbaros era un cuadro gigantesco en el que galopaban unos salvajes por una calle romana. Roma estaba arriba, en el pórtico de un templo, en una virgen —se suponía que fuera una virgen porque se cubría con el manto, temerosa de lo peor—; en un senador barbudo que contemplaba, aterrado, pero digno, la cabalgada.

… y los bárbaros estaban representados en primer plano con caras hirsutas; incluso los caballos, abiertas las fauces, mostrando los dientes, tirando de las riendas, eran caballos distintos de los mediterráneos, eran caballos «bárbaros», en fin. Quienes los montaban reflejaban en su actitud su vida áspera y brutal; los trajes eran de guerreros ávidos solamente de botín y sus colorines destacaban desagradablemente contra el blanco puro de la avasallada Roma.

El impacto se conseguía, y el mensaje era clarísimo. Demasiado claro para ser cierto. Porque la verdad es que los «bárbaros» entraron en Roma de puntillas y, diríamos hoy, con un gran complejo de inferioridad. Hay que recordar lo que era el Imperio para los europeos del siglo IV o V. Algo inconmensurable. Desde Roma se había mandado en cosas terrestres durante siglos y, por si fuera poco, ahora se

mandaba también —allí estaba el Sumo Pontífice— en cosas divinas. Los pueblos del Norte, en su mayoría germánicos, se desplazaban hacia el Sur en busca de nuevas tierras donde asentarse, movidos por un afán geopolítico de llenar el vacío que la decadencia romana estaba dejando en el Sur de Europa, pero lo hacían con un inmenso respeto hacia el nombre de Roma. En muchos casos, los jefes independientes de naciones soberanas aceptan, emocionados, el cargo de legado del Emperador, un emperador al que sólo le queda el nombre.

De puntillas o corriendo, la llegada de los bárbaros sumerge a Europa. A España le corresponden vándalos, suevos y alanos, que según Idacio, «como enemigos roban y matan…, desenfrenados por las Españas…, el depredador tiránico roba las riquezas y las provisiones guardadas en las ciudades y el soldado las agota…, por la fuerza del hambre fueron devoradas carnes humanas por el género humano».

Pero, para Idacio, como religioso, nada ocurre sin la voluntad de Dios y así… «con las cuatro plagas de la guerra, del hambre, de la peste y de las fieras, se cumplieron las predicciones del Señor hechas por sus profetas». Causa: los muchos pecados ocurridos en Roma (*Cronicón*). Sistema éste de achacar los problemas políticos a las debilidades humanas que se repetirá a menudo en España.

La verdad es que en España la situación resulta un tanto confusa, hasta que un pueblo nuevo, el de los visigodos, intenta y consigue lentamente imponer una unidad que sustituye, al menos en apariencia, a la conseguida en la época romana.

La llegada fue como la de todos los vencedores. Esta vez decidieron quedarse con dos tercios de las propiedades donde se instalaron, como habían hecho ya en las Galias.

Extraña situación, jamás repetida en la historia del país. Dos mundos viviendo juntos y separados al mismo tiempo.

Ambas nacionalidades tenían sus jueces, sus sacerdotes, sus iglesias propias. Los matrimonios mixtos estaban prohibidos, pero no se hizo demasiado caso. Los jefes eran visigodos, pero, a nivel local, los recaudadores de impuestos eran romanos y romano el sistema que ya estaba claramente establecido y funcionaba. No llegaron los romanos a alcanzar el trono, pero tampoco hubo persecución contra ellos a pesar de que el ejército era godo en los mandos. En los mismos Concilios que actuaban sobre asuntos seculares había muchos romanos; hasta el siglo VII no se utilizó el lenguaje godo, que luego desapareció prácticamente.

Durante gran parte de la historia goda, España tiene en el flanco la curiosa cuña bizantina. Cartagena y Málaga son las capitales de una zona que obedecen al lejano emperador de Bizancio. Unos seres que, siendo cristianos católicos, debían de haber tenido simpatías por parte de sus hermanos de religión; mas no ocurre así.

Esta invasión había empezado, como la de los musulmanes después, por Ceuta. El 552 llegaron a España para ayudar a Atanagildo contra Agila, los dos bandos se unieron contra los bizantinos en 555. Éstos se retiraron a su cabeza de puente y permanecieron en ella sin intentar o conseguir ampliarla. Suintila los echa finalmente

en 621.

Cuando yo era niño teníamos que aprender de memoria la lista de los reyes godos. Eran nada menos que treinta y dos, empezando por Ataúlfo y terminando por Rodrigo, en un período que iba desde 414 a 711; es decir, con un promedio de algo más de siete años por monarca; muchos terminaron antes de cumplirse su tiempo, porque, como apunta Gregorio de Tours, «adoptaron los godos esta detestable costumbre, que si alguno de ellos no estaba satisfecho del rey, tomaba la espada contra él, y al que les agradaba, a éste establecían como rey». (*Historia de los francos*, 3, 30). Así empezó el primero, Ataúlfo, muerto en Barcelona, de cuyos sueños decía Paulo Orosio «que había deseado con todas sus fuerzas lograr que, olvidando totalmente el nombre romano, pudiera hacer y llamar Imperio godo a todo el territorio romano…, que fuera ahora Ataúlfo lo que había sido César Augusto. Pero habiendo comprobado… que los godos no podían obedecer las leyes a causa de su desenfrenada barbarie y que, por otra parte, no convenía en modo alguno hacer cesar las leyes de la República, pues ésta no es tal sin ellas, prefirió, al menos, procurarse la gloria, tratando de restaurar el nombre romano con las fuerzas de los godos para que la posteridad le considerase como fundador de la restauración romana, ya que no había podido ser su transformador». (*Historiarum ad versum paganos*, 7, 43).

Durante mucho tiempo, la fuerza se conservaba en el nombre; el rey de los visigodos es una especie de representante militar del Imperio en España. En el año 475, Eurico termina con la apariencia, conformándola con la realidad, y rompe el «feudo» o lazo de dependencia. Cuando caiga el último emperador romano, Rómulo Augústulo, ya no quedará más que el símbolo que se empeñan en mantener, al otro lado del Mediterráneo, los del Imperio bizantino. Pero España ya es un reino visigodo…, y, debajo, una sociedad hispanorromana que habla en latín y reza a Jesucristo.

Los arrianos visigodos eran arrianos un poco como otros alemanes, siglos después, se hicieron protestantes, para tener una religión nacional sin depender de un extranjero llamado el Papa. La prueba es que incluso se llamaron a sí mismos católicos, y «romanos» a los otros católicos. Su lenguaje era el godo, y en godo elevaban sus oraciones. Sus religiosos se tonsuraban de forma distinta, y el bautismo se hacía por medio de triple inmersión.

El problema era gravísimo a los ojos de aquellos cristianos del primer medievo. Negaban los arrianos que el Hijo había sido engendrado por el Padre y era igual y consustancial con Él o que el Espíritu Santo no procediese del Padre y del Hijo, diferencias teológicas que, según ellos, justificaron una serie de muertes. Los «romanos» lograron una buena propaganda con Hermenegildo, que casó con Ingundis, princesa católica. La abuela Gosuinda quiso convertirla al arrianismo, la apaleó y la echó desnuda a un estanque lleno de peces. No debía tratarse de tiburones, porque la chica sobrevivió, saliendo del agua mucho más reacia que antes a convertirse al arrianismo.

Hermenegildo se rebela, en católico, y se alía con los bizantinos; su padre soborna a éstos y le gana la batalla. Le hace matar por un esbirro, y ya está la leyenda formada.

Recaredo convoca el III Concilio de Toledo con arrianos y católicos y recuerda a los primeros que no hacen milagros ni nada. Escasa reacción. Sólo a un tal Argimundo le pelan y le cortan la mano derecha; Recaredo quema los libros arrianos con tal eficacia que no nos queda ninguno. Es el primero de la serie de censores a base de fuego que habíamos de sufrir en el país.

Leovigildo fue el gran rey en la búsqueda de la unificación, pero quería hacerlo por la vía religiosa del hereje Arrio. Recaredo, su hijo, vio más claro y se pasó a la mayoría hispanorromana, que era católica. La unión espiritual y política parecía un hecho. Un Concilio, toledano, el tercero, ratifica la voluntad real y la aceptación del Credo de Nicea, el mismo que rezan los católicos de hoy.

El Estado nacional, pues, era el visigodo, pero la cultura en que se apoyaba, la civilización, eran romanas, porque la Iglesia católica, ahora en posición de mando, tenía una tradición totalmente unida a la Ciudad Eterna. Los grandes escritores del tiempo, san Isidoro de Sevilla, por ejemplo, escriben en latín, lengua culta; las voces germánicas se abren paso difícilmente en el lenguaje español. La idea del monarca se une a la idea del Dios que le protege y en cuyo nombre actúa.

Se estaba creando un mundo nuevo, surgido de la mezcla de lo moderno, la fuerza militar visigoda y lo antiguo, Roma. Por eso se redacta una Enciclopedia, ese libro que hacen los pueblos cuando ya creen estar en posesión de la verdad (la más conocida se redactará en el mayor momento de pedantería y seguridad científica que los siglos han conocido, es decir en el XVIII). San Isidoro de Sevilla cree llegada la hora de poner en orden las culturas y la ciencia del mundo y publica las *Etimologías*, donde se habla de historia, artes liberales, filosofía, historia natural, costumbres y juegos, poesía…, libros en que se mezclan los aciertos más modernos con las más increíbles supersticiones.

El equilibrio político, sin embargo, tenía un fallo gigantesco. La personalidad «bárbara», en el sentido de hoy, de los que dominaban el país.

El mismo san Isidoro de Sevilla en su *Historia de los godos* nos da algunos datos de los reyes de aquel tiempo abundando en el juicio de Gregorio de Tours: «Turismundo… muere asesinado por la enemistad de los hermanos. Le sucede Teodorico, a su vez, muerto por Eurico…». También mataron a Teudis a quien sucedió Teudiselo porque «manchaba con pública prostitución los matrimonios de muchos poderosos… por mano de los conjurados fue muerto y atravesado (detalle redundante si los hay) en Sevilla, en un banquete». Agila lo sustituyó, pero al ir mal las cosas de la guerra contra los bizantinos, «viendo los godos que se producía su propia ruina… mataron a Agila en Mérida». Cambiaba el lugar, pero no la costumbre, aunque en este caso parece que lo encuentra muy natural el historiador, que, poco después advierte, asombrado, que «Atanagildo murió en Toledo de propia muerte».

Unos años de calma con Leovigildo, que se dedicó a matar a sus posibles matadores para mantenerse dieciocho años en el poder, y su nieto Liuva se encuentra con un ambicioso, Witerico, que primero le cortó la mano derecha y luego le mató. A su vez, cayó «entre las viandas de un banquete», lo que parece indicar el envenenamiento en lugar del cuchillo. Otro rey, Kindasvinto (nosotros le llamábamos Chindasvinto), también procedió a eliminar a todos los que podían tener excesiva ansia de poder, para evitar problemas.

Lo maravilloso de aquellos reyes que pasaban casi siempre por encima de los preceptos legales y aun sobre el cuerpo del familiar —en ese tiempo decir enfáticamente «al trono llegarás por encima de mi cadáver», más que impresionar a los enemigos lo que hacía era darles una pista— era que luego se sentían obligados a condenar enérgicamente a quienes intentaban lo mismo. En el IV Concilio, y a ruegos de Sisenando, los obispos condenaron la iniquidad de quebrantar el juramento de quien había depuesto a Suintila. «¡Anatema!», gritaron tres veces los obispos contra los infieles al rey. Los magnates y los obispos serían los encargados de elegir al nuevo rey, y siempre *tras* la muerte del antiguo.

En el VII Concilio se abundó en lo mismo sin proteger a los clérigos de las posibles traiciones. Quien se atreviera a ir al extranjero a buscar ayuda contra su señor —como había hecho con los francos el rey Sisenando, por ejemplo, años antes —, sería excomulgado. Todo obispo o sacerdote que le hubiera ayudado sería excomulgado, y si eso lo impedía el usurpador, el castigo se aplazaría hasta que muriese éste. No se podía programar mejor, tanto el castigo como la seguridad de que ese castigo no iba a impedir las rebeliones. Fue en tiempos de Kindasvinto.

A Recesvinto le pareció que había que buscar más garantías todavía. Los reyes futuros no debían llegar al trono por levantamiento de unos pocos —¿cuántos son pocos y cuántos muchos?— ni por «levantamiento sedicioso de la plebe rústica», lo que ya era más claro porque vestían y actuaban de forma distinta que los nobles caballeros cuando se alzaban por algo o por alguien. Recesvinto llega a más y convierte en delito hablar mal del rey. Si lo hacía un noble o un eclesiástico se le quitarían la mitad de sus bienes.

Con el tiempo, las costumbres van suavizándose. Cuando Ervigio quiere quitarle el trono a Vamba o Wamba, en lugar de utilizar el procedimiento habitual de la historia goda, emplea un nuevo sistema sin sangre. Le da un narcótico que le produce efecto de rigidez mortuoria y, probablemente en combinación con el metropolitano de Toledo, le arregla con el hábito talar, tonsura clerical y corte de barba y cabellos. Cuando se despierta de esta guisa se encuentra, según los cánones, incapaz de reinar, y abdica.

Todos estos cambios no eran lo más a propósito para enloquecer de entusiasmo a los españoles. La Iglesia, que había obtenido su fuerza al unir su poder al de los reyes, sufría en su fama al reconocer a los monarcas que subían gracias a homicidios o tropelías varias. Una epidemia, unas cosechas pobres, el ejemplo de lo alto, y he

aquí a la España visigoda preparada para un nuevo acto en la historia patria. Tras la invasión del Norte toca ahora la invasión del Sur.

Los judíos, dice la historia tradicional, ayudaron a los musulmanes a entrar en España. Si había alguna minoría con razón para esa maniobra «colaboracionista» es la que tanto había sufrido con los dueños anteriores. La animadversión contra los judíos parece acrecentarse de forma increíble durante la historia de los godos. Si los reyes arrianos estuvieron duros con ellos, los católicos no se quedaron atrás. Ningún judío puede tener esposa o amante cristiana, dice el III Concilio de Toledo. Ningún judío puede cantar salmos en el entierro de sus muertos, advierte el concilio provincial de Narbona. Para Sisebuto, a principios del siglo VII, los judíos no podían tener esclavos cristianos, y los que estuvieran en su poder debían ser vendidos. Acabó convirtiendo a muchos por la fuerza. En el IV Concilio de Toledo prohíbe, bajo penas de azotes públicos, desempeñar cargos públicos porque «seguramente los usarían para perjudicar a los cristianos».

A Recesvinto, en el VIII Concilio, le pareció poco. Ningún judío podía celebrar su Pascua o el «Sabath» o casarse por su rito, ni circuncidarse; el que hablase contra la fe católica «o tuviese pensamientos heréticos en su corazón» —que ya es difícil de descubrir—, sería desterrado para siempre y desposeído de sus bienes. Y todos los que les ayudasen a quebrantar la ley serían excomulgados y perderían la cuarta parte de sus posesiones.

Todavía faltaba algo para Ervigio. Bautismo obligatorio para todos los judíos; si al cabo del año no se bautizaban él, familia y esclavos, cien latigazos, desterrado, y el rey confiscaría sus propiedades. Y si alguien insistía en circuncidarse le ocurriría, tanto a él como al que lo ejecutase, que le cortasen los genitales para que no siguiesen engendrando monstruos parecidos.

EL MITO DE DON RODRIGO

El español tiende a personalizar todo lo que le ocurre. Las grandes ideas políticas o sociales acostumbran estar representadas por un elemento humano.

Los musulmanes entran en España en 711. Generalmente, se habla de «la invasión árabe», pero, en realidad, lo que entró fue una amalgama de pueblos dispares que tenían sólo un denominador común: el Islam.

Mahoma fue, sobre todo, un gran jefe de hombres, lo que hoy llamamos «líder». Conocía a su gente y supo darle lo que ellos ambicionaban en la vida y en la muerte. Una teología fácil de comprender para cualquiera. Un solo Dios —Alá—, que se llama así, en árabe. Dios = Alá. No hay más Dios que Dios (Ylla Allaji ulla allaji), repitiendo, pues, la palabra. Ese dios es comprensivo, y a los que lleven una vida medianamente buena les concederá llegar al paraíso, donde el sensual beduino encontrará huríes de ojos negros que cuiden de sus deseos, y el sediento hombre del desierto, árboles que le den sombra y ríos de leche y de miel. Para que con ese paraíso no ocurra, como en el caso cristiano, que tarde demasiado en llegar, los creyentes tienen derecho, desde ahora, a tener cuatro mujeres legítimas y todas las concubinas que puedan mantener. De vez en cuando hay leves restricciones; algunas dictadas por razones higiénicas, el vino o el cerdo, ambos perniciosos a la temperatura en que vive normalmente el beduino, al que se le obliga también, de vez en cuando, a lavarse —las abluciones— para purificarse. Y el Ramadán, o cuaresma musulmana, en la que no podría comer o beber desde el nacimiento del día a la caída de la tarde, ni acercarse a sus esposas en ese tiempo, aunque puede recuperar ampliamente lo perdido durante las horas nocturnas.

Al beduino le gusta la guerra, y Mahoma le da, como razón de su vida, la guerra. Hay que propagar el Islam, la salvación, la salud (los árabes de hoy se encuentran todavía con *Salam aleikum*, la salud para ti). Los que se nieguen a cosa tan natural como convertirse a la verdadera y única fe, deben ser destrozados con el acero. «Os ha sido prescrito el combatir aunque tengáis aversión a hacerlo: Matadles dondequiera que les encontréis». (Corán, sura 2.) Claro que si los infieles se convierten hay que aceptarles como hermanos. También pueden someterse al vencedor sin convertirse, y entonces pagarán un impuesto especial.

Con esas fórmulas tan fáciles de comprender, sacando de la creencia judía y la cristiana los elementos más simpáticos (Abraham, Jesús son profetas aunque no tan importantes como Mahoma), los musulmanes —*muslim*, el que lleva el Islam— emprendieron una campaña que, en pocos años, los llevó a dominar todo el norte de África y el espacio llamado hoy Asia menor. A principios del siglo VIII estaban ya enfrente de España, y en ella un rey, llamado Rodrigo, al que combaten por usurpador —eso es lo que se dice siempre del enemigo que vence— los de la familia de Vitiza.

La entrada de los musulmanes en España produjo un choque psicológico del que

todavía no se han recuperado nuestros historiadores y que produjo la necesidad de una explicación: ¿Cómo era posible que un pueblo enemigo de Cristo venciera tan fácilmente a los que, desde Recaredo, seguían la verdadera y única religión posible?

Ironizando sobre esa creencia, y la realidad que la contradice, dice una broma española:

Llegaron los sarracenos
y nos molieron a palos;
que Dios ayuda a los malos
cuando son más que los buenos.

No, la razón había que encontrarla en los mismos designios de Dios. Cuando el Supremo Hacedor realiza algo que parece tan contrario a la lógica como ayudar a sus enemigos, es que sus amigos, es decir, nosotros, nos lo hemos merecido con nuestros pecados. Esta solución satisface a todas las conciencias que pueden seguir creyendo, como antes, porque no ha habido prueba en contra de su religión.

Los musulmanes destrozan el ejército del rey Rodrigo en Guadalete. Pero como esa culpa colectiva a la que me refería antes es difícil de precisar, se hace recaer toda la responsabilidad en el representante de todos los españoles de su tiempo, es decir, en el rey.

Parece ser que a Rodrigo, cosa bastante lógica, le gustaban las mujeres y, especialmente, una llamada la Cava. Ella se negó y él hizo caso omiso de sus negativas, que para eso era el rey. La Cava escribe a su padre, el conde don Julián, defensor de la plaza de Ceuta, y éste, indignado como cualquier padre español de todas las épocas, busca quien pueda ayudarle a vengarse. Se alía con los musulmanes, gente extraña que acaba de ocupar el norte de Africa, y les propone conseguir su objetivo de expansión y acabar al mismo tiempo con el corruptor de su hija. Les sirve de guía para cruzar el estrecho, sobreviene la batalla…

… y el rey Rodrigo desaparece sin dejar rastro… en el documento, pero sí en la imaginación hispana. El verso, desde los primeros cantares de gesta hasta la novela y el drama del XIX (*El puñal del godo*, de Zorrilla), se apodera con ilusión de esa figura derrotada y triste y le sigue en su camino, abandonado de todos.

… Ayer era rey de España,
hoy no lo soy de una villa.

Convencido de que el desastre español se debe única y exclusivamente a su culpa —ya veremos que esa actitud se repetirá en Felipe IV, otro derrotado de siglos después—, el Rodrigo literario se refugia en una ermita, y el ermitaño, ante su exigencia purificadora, le entierra vivo con dos víboras. Solloza el rey…

Ya me comen; ya me comen,

por do más pecado había.

… queja que algún púdico historiador ha explicado como referida al corazón, centro de todos los males y de algunos bienes.

La impresionante vitalidad de esa leyenda obedece, probablemente, a los elementos, gratos al pueblo, que la informan. Un rey lujurioso, una mujer que se resiste, un padre que se venga, la desaparición y el alejamiento de un monarca que un día volverá a salvar a su pueblo. La caída del reino visigodo resulta así como la caída del telón que deja sobrecogidos a los espectadores del drama.

Esta versión resulta tan bonita como inexacta. Los historiadores científicos se niegan a admitir la idea de Dios castigando a todo un pueblo por las distracciones libidinosas de su rey, y presentan la invasión como un episodio más de las guerras civiles españolas. Un grupo de partidarios de Vitiza que no ven por qué tiene que estar Rodrigo de rey, un Ulbán, Ulián, que apoya la llegada de musulmanes porque es vasallo de Vitiza. Queda siempre, aun en la versión realista, un hecho simbólico de la división española. Los hermanos de Vitiza, Oppa y Sisberto, que mandaban las alas del ejército de Rodrigo, se pasan al enemigo, y Rodrigo, de verdad, desaparece para siempre en la historia renaciendo en la leyenda.

La invasión se extendió como mancha de aceite y los nuevos aliados pasaron a ser los amos, probablemente con gran asombro de los vitizanos que esperaban conquistar el poder con su ayuda y que sólo obtuvieron unas tierras como compensación. La rapidez con que las nuevas fuerzas dominan al país se explica por su poderío militar, pero todavía más por el divorcio entre pueblo y monarquía —aunque luego en la leyenda iba a ser la representación de todo lo mejor perdido— y, sobre todo, porque la conquista respeta la religión cristiana, siempre que sus seguidores paguen un impuesto. Por lo demás, incluso el matrimonio entre musulmanes, judíos y cristianos, estaba autorizado por la ley, porque ésas eran religiones respetadas en el Corán que, en cambio, era riguroso con los «idólatras», es decir, los politeístas.

Muza empieza por casar a su hija con el conde García. Abdalá, abuelo de Abderramán III, con Iñiga, vasca. Almanzor, el gran enemigo, el azote de los cristianos, estaba casado con una hija de Sancho II de Navarra.

Quizá la más emocionante muestra de esa unión hispanomusulmana, que tantas veces parece negada por los historiadores oficiales, es la moneda bilingüe española. «Mahoma es el mensajero de Alá», y en la orla, en anagrama «Nivos feritos solidus in Spania anno XCV (III)»[1a].

O: En el nombre de Alá el clemente, el misericordioso, fue acuñado este denario en… Y en la segunda área, en anagrama, «Non est Deus nisi unus cui nulius alios similis», o sea, la versión latina de «No hay Dios sino uno a quien ninguno es semejante», típica de la fe musulmana.

Todos se hacían la guerra de la misma manera e, incluso, imitando actitudes. Cuando Almanzor toma Compostela, hace llevar las campanas a hombros de cautivos

hasta Córdoba, y las utiliza como lámparas. Los moros no tenían campanas, que llamaban «esquilas sin vacas donde colgarlas». En aquellos tiempos de incierta historia y geografía, bastaba oír su tañido para saber que se estaba en tierra cristiana. Cuando Fernando III *el Santo* toma Córdoba, hace devolver a hombros de otros cautivos, ahora musulmanes, las campanas a Santiago. Si unos talaban, los otros talaban; si unos mataban, los otros hacían lo mismo. Lo más parecido a la suerte de un cristiano esclavo de los moros era un moro esclavo de los cristianos. Pero, igualmente, respetaban las minorías en un lado y en otro, siempre que cumpliesen con lo pactado en la rendición y no actuasen de «quinta columna». De vez en cuando, en esta atmósfera de tolerancia había una ráfaga de dureza dogmática y de persecuciones, generalmente debidas a los más bárbaros de los dos bandos. El grupo salvaje de los almorávides recién llegados del desierto por un lado: el de las masas fanatizadas por frailes incultos, por el otro.

En general, había gran respeto a lo más importante que tenían entonces los hombres, su religión, lo que llevaba incluso a Alfonso X a prohibir a los judíos de su tierra que tuviesen libros herejes contra su propia ley. «Defendemos que ningún judío no sea osado de leer libros ningunos que hablen de su ley y que sean contra ella en desfacerla, ni de los tener escondidos. E si alguno los tuviere o los fallare, quémelos a la puerta de la sinagoga concejeramente» (públicamente), *Fuero Real* (IV, II, ley 1). Y ésa será la razón de las fáciles conquistas de ciudades y pueblos, tanto en la Conquista como en la Reconquista. Casi nunca nos encontraremos con largas y porfiadas defensas de ciudades, tipo la pasada Numancia o la futura Zaragoza. Si las tropas que había fuera eran más numerosas de las que había dentro, se llegaba fácilmente al acuerdo porque los rendidos sabían que podrían seguir haciendo su vida normal en lo más esencial, aunque, naturalmente, con un impuesto que pagar. Incluso, a veces, se dejaba salir a un mensajero para pedir socorro, y las tropas sitiadoras no se movían hasta que el otro volvía con la respuesta. Si ésa era negativa, es decir, si no había posibilidad de que acudiesen a proteger la ciudad los hermanos de religión, la ciudad se rendía tranquilamente. Eran las reglas del juego.

Los musulmanes tardaron apenas ocho años en ocupar toda España e incorporarla al mundo islámico. La Reconquista, en cambio, tardó casi ocho siglos en terminarse. Resulta, pues, un poco absurdo considerar a esa ocupación un elemento extraño de la vida española, porque un cuerpo que permanece durante tanto tiempo injertado en otro, deja de serlo para convertirse en parte del mismo, con todos sus defectos y cualidades. Los cristianos españoles y los musulmanes españoles —porque tanto lo eran los unos como los otros—, tenían defectos y virtudes comunes.

El individualismo, que, en mayor amplitud, se llama regionalismo. Los musulmanes que llegan a España están sometidos al principio al califa de Damasco. Luego decidirán declararse independientes, disgregándose hasta convertirse en reinos de taifas, o en pequeños reinos independientes. Lo mismo ocurrirá a los cristianos que, no solamente se negarán a servir a un rey único hasta bien mediado el siglo XV,

sino que lucharán entre ellos tan a menudo como contra los musulmanes.

La idea religiosa es fundamental para ambos, pero quizá sea el Islam el que intensifique más esa compenetración.

Dice la orla de una moneda de plata del tiempo de los Omeyas: «Alá uno, Alá eterno. No engendró ni fue engendrado y no tiene igual» (sacado del Corán, sura 112).

O: «Mahoma es el enviado de Dios. Envióle con la verdadera orientación y religión».

Incluso cuando aparece el nombre del rey:

«El Imán… Abderramán, emir de los creyentes», se añade: «Ayúdelo Alá».

Las expresiones han pasado al castellano convirtiéndolo en la única lengua latina con constante recuerdo al Creador. «Si Dios quiere». (Ojalá, Olé; wa sha-al-lah), «A la paz de Dios», «Que Dios guarde», «Perdone, por Dios», «Dios te mantenga».

En muchos escritos árabes se empieza: «En el nombre de Alá, el clemente, el misericordioso, y bendiga Alá a nuestro señor Mahoma, el generoso, y a su familia, y concédale la paz perfecta».

Y por esta fe se mata y se muere, si es necesario, porque se va al cielo de todas maneras. «Los infieles», en las crónicas de ambos bandos, son los enemigos, claro. Y las acciones son igual de sangrientas por ambos lados. «El emir expidió a Córdoba las cabezas de los infieles cortadas en los diversos combates, y éstas fueron tantas que las acémilas no alcanzaban para llevarlas todas», dice Ben Idzari al hablar de una campaña de 920.

«El campo de batalla tan lleno fincava de moros y tanta era la mortandad que aun yéndonos en buenos caballos apenas pudimos pasar sobre los cuerpos de ellos… y los nuestros, no queriendo poner término ni destajo a la gracia de Dios, fueron sin toda cansedad a todas partes y mataron hasta doscientas veces mil moros», dice la *Historia de España* que mandó componer Alfonso *el Sabio*, para narrar el episodio de las Navas de Tolosa. En ambos casos, el autor imagina a su Dios complacidísimo ante el espectáculo de miles de cadáveres y de sangre derramada que sube hacia los cielos.

Pero la violenta historia guerrera engaña bastante sobre el estado real de las relaciones entre gente de uno y otro lado. La intolerancia de la edad moderna española hizo olvidar la tolerancia que había en esos mismos pueblos que se mataban aparatosamente… unos meses al año. Cuando no lo hacían, sus relaciones eran un dechado de armonía.

Por ejemplo, en territorio musulmán, es decir, en la inmensa mayor parte de la península en los primeros siglos de la Reconquista, muchos hispanos se hicieron musulmanes al ejemplo de los conquistadores. Algunos, porque creyeron de verdad en la nueva doctrina. En una época en que se estaba tan seguro de la influencia divina en las batallas, el que el musulmán venciera decía mucho en favor de su Alá en comparación con el Dios de los visigodos, que habían sido derrotados tan estrepitosamente.

Pero la mayoría de los convertidos lo hicieron por razones prácticas. Quien aceptaba la causa del Islam era ya uno de ellos con los mismos derechos y deberes. Precisamente la fuerza del principio de Mahoma era la ausencia de discriminación racial. Con Tariq, con Muza, llegaron a España beréberes, sirios, árabes… Los hispanos eran recibidos con idéntica amistad.

… Y dejaban de pagar el impuesto. Lo que no era demasiado agradable para las autoridades musulmanas que en cada nuevo muladí=*mulawad*, el adoptado, veían un contribuyente de menos. Por lo que no hubo excesivo interés en convertirles.

Los que no lo hicieron, los mozárabes (*mot sarab*), —los que piden vivir como árabes—, mantuvieron sus iglesias aunque, naturalmente, si había dos en un pueblo, la mejor era convertida en mezquita y la otra quedaba para uso cristiano; también conservaron su organización jerárquica con sus obispos elegidos libremente con permiso de la autoridad árabe.

Esta tolerancia resultaba cómoda…, y ése era el problema a juicio de los fanáticos. Porque, a su amparo, las creencias cristianas se debilitaban, se endulzaban, perdían el sacro fuego de la verdad, Así, Eulogio, vocación de mártir, lanza su protesta:

> *Ya no nos permiten ejercer nuestra religión sino a medida de su capricho… ya nos sacan a pura fuerza un tributo insufrible… ¡Cuánto más glorificaríamos al Señor si, desechando nuestra desidia, incitados por el ejemplo de nuestros mártires, les imitásemos esforzadamente no sufriendo más el yugo de esta nación impía! Pero nosotros, míseros, nos recreamos en sus iniquidades… Ay de nosotros, que tenemos por delicia el vivir bajo la dominación gentílica, y no rehusamos estrechar vínculos con los infieles y con su continuo trato participamos con frecuencia de sus profanaciones. (Documentum Martyriales de San Eulogio, Memorial de los santos).*

Los musulmanes, hemos dicho, eran tolerantes pero, como vencedores y seguros de su fe, no admitían fácilmente la injuria a Mahoma o a Alá. Y eso es lo que hicieron los seguidores de Eulogio, que se precipitaban al juez para decirle lo que pensaban de sus falsos dioses. Acabaron, naturalmente, muertos, y así acabó también su principal instigador, Eulogio, que, gracias a ello, se convirtió en santo dando una bandera a sus secuaces.

Pero cuando no había fanáticos de esa índole, la minoría en territorio enemigo era respetada, tanto en un lado como en el otro. He aquí lo que convenía Alfonso de Aragón al tomar Tudela en 1119. Por un lado la precaución de no albergar una quinta columna en el recinto fortificado:

> *Y que estén los moros en sus casas durante un año. Cumplido el cual salgan*

a los barrios de fuera con sus muebles, con sus mujeres y con sus hijos.

… en lo demás, un respeto al vencido, que otros, oficialmente más civilizados, no han tenido siglos más tarde:

8. Y el que quisiere salir o ir de Tudela a tierra de moros…, que sea libre y vaya con seguridad con las mujeres y los hijos y con todo su haber.

9. Y que sean y estén sus juicios en manos de su alcalde y de sus alguaciles, como fue en tiempo de los moros.

10. Y si un moro tuviere juicio contra un cristiano o un cristiano con un moro, el alcalde de los moros dé juicio al moro según su sunnah (ley) y el alcalde de los cristianos a su cristiano según su fuero.

… 12. Y si hubiere sospecha sobre el moro de hurto o fornicación o de alguna cosa en la que se deba hacer justicia no se tome sobre él testimonio sino de moros fieles y no se tome de cristianos.

… 16. Y no entre ningún cristiano en casa de moro ni en el huerto por la fuerza…, 27. Y ni prohíba ningún hombre a los moros tener sus armas.

Carta de convenio entre el rey Alfonso I de Aragón y los moros de Tudela, Muñoz: Fueros…, 415-17.

Cuando el pueblo hoy llama a alguien «ladino», como sinónimo de astuto, está recordando el nombre que se daba a los moros de la frontera que sabían latín, *latinos = ladinos*. Los cristianos, en la circunstancia, sabían de «algarabía».

La Reconquista mantiene a España durante siglos en un equilibrio difícil. ¿Europa o África-Asia? Como hermanos que son en muchas características, ambos bandos cristianos y musulmanes se entorpecen en la paz y se crecen en la guerra. Igual al norte que al sur de la línea divisoria, los grupos distintos —eslavos, sirios, beréberes, árabes— en un lado; castellanos, leoneses, aragoneses, navarros, por el otro, se ponen de acuerdo a veces contra el común enemigo, y otras, no sólo luchan entre ellos —guerra civil dentro de otra guerra civil—, sino que incluso llaman a sus enemigos permanentes contra los enemigos momentáneos.

En ambos campos ocurre que, de vez en cuando, hacen falta refuerzos, tanto ideológicos como materiales. Los del Sur se llaman almorávides y almohades y representan un intento de depuración religiosa; la nueva sangre que llegaba a salvar al Islam, puesto en peligro por la decadencia de los príncipes árabes, amigos de poetas y de la buena vida.

Yussuf, rey de los almorávides, llega llamado por los puritanos; los poetas le ponderan en una larga serie de poemas. El invasor, hombre del desierto, escucha atento y un poco desconcertado.

—¿Sabes lo que dicen? —le pregunta un cortesano.

—Ya lo creo —contesta Yussuf—, quieren dinero.

La Reconquista, hasta entonces victoriosa, termina en Zalaca o Sagrajas y se establece un compás de espera. Luego es Uclés. La ofensiva castellana se ha quebrado en 1108.

Los almorávides, afortunadamente para los cristianos, se reblandecen como los anteriores musulmanes y los cristianos vuelven a avanzar. Hasta que llegan los almohades, con el mismo criterio de salvación. En Alarcos (1195), otra derrota cristiana.

La derrota de Alarcos había que explicarla de alguna manera, porque la lógica cristiana de la época no podía admitir, sin más, que unos descreídos moros acabasen con un ejército que seguía al Dios verdadero. De forma que surgió una explicación parecida a la de la batalla de Guadalete. El rey había pecado y Dios le castigaba a perder esta batalla. Y ¿cómo había pecado? El único pecado que ha habido durante muchos años en España ha sido el de la carne; pero, naturalmente, no puede perderse una batalla sólo por una aventura. En el caso del rey Rodrigo hubo un forzamiento, el de la Cava, hija del conde Julián. En el de Alfonso VIII se inventaron una relación de siete años con una judía de Toledo, con lo cual el delito era doble por cometerse con mujer de raza espuria. Ya la prueba de que, efectivamente, se la inventaron es que aparece por vez primera en un añadido a la *Primera Crónica General*. La *Segunda* (de 1344), tras explicar ese pecado como uno de los motivos de la erección del Monasterio de Las Huelgas, añade que un ángel se le apareció en Illescas para recordárselo tras la derrota de Alarcos.

La *Crónica General* de 1344, se apodera encantada de la leyenda y la amplía y ya, tras ella, historiadores y cronistas de todas clases se apresuran a recordar a sus lectores lo que pasa cuando un rey se entrega a la lujuria y mucho más si lo hace con una hebrea. Los dramaturgos aprovechan también esa mina que tanto tenía que gustar a los españoles de entonces y después:

a) porque presupone a un rey con apetencias como los demás hombres.

b) porque recibe un castigo de Dios incluso siendo rey, lo que siempre satisface al humilde que, con ello, puede aceptar mejor las diferencias sociales que está sufriendo. En fin es una historia romántica de seguro éxito.

Sólo en Las Navas de Tolosa (1212) se quebrará finalmente el poder del último gran enemigo que los cristianos tuvieran, y para ello debieron de colaborar Alfonso VIII de Castilla, Pedro II de Aragón, Sancho de Navarra y Alfonso de Portugal. Cosa nada fácil, esa de la colaboración, para los cristianos del tiempo.

En esa batalla intervinieron, además, algunas fuerzas extranjeras. Europa acudía así, casi simbólicamente, en auxilio de la hermana atacada por el Islam. Porque la ayuda material europea fue muy pequeña durante la Reconquista, ya que la lucha con los musulmanes la llevaban a cabo las Cruzadas de Tierra Santa, lugar donde no estuvo España presente, ya que tenía su trabajo a domicilio.

Pero si la Europa material no entra en España en armas y ejércitos, sí lo hace espiritualmente. Las dos ofensivas europeas, las dos inyecciones de apoyo a una causa, se llaman Órdenes de Cluny y la del Císter. La primera, nacida en Borgoña, entra en la península por donde ha entrado siempre la influencia francesa, es decir, por Cataluña. Con el apoyo de monarcas y de clérigos eminentes como el abad Oliva de Ripoll, Sancho el Mayor de Navarra y Alfonso VI, se intensifica una cooperación europea. Sin sus esfuerzos, probablemente la Iglesia española hubiera tenido, al menos desde el punto de vista ritual, características muy propias. Al caer el rito mozárabe y ser sustituido por el latino, la España espiritual se avecinaba a Europa.

En arte se establece también la lucha entre Europa y África. Las grandes etapas de la Reconquista se marcan en piedra y estilos. Románico: Santiago, San Vicente de Ávila, San Isidoro de León. Prosigue el avance y el estilo europeo cambia también. Ahora se llama gótico y las catedrales de Toledo y de Sevilla indican el paso victorioso de las nuevas tropas que en los últimos dos casos levantan las torres frente y junto a la construcción árabe, la cúpula, el minarete (la Giralda, por ejemplo). Por otro lado, hay defensas subrepticias. Los mudéjares —musulmanes en campo cristiano— de Teruel construyen iglesias góticas con aire y material musulmán e incluso —dicen—, logran deslizar frases del Corán en los dibujos de los techos.

El choque brutal del vencedor está en Córdoba, está en Granada. A la gran Mezquita le talan decenas de columnas para construir, en su centro, una iglesia católica. Y junto al palacio de la Alhambra, el mismo tiempo Carlos V levanta un palacio de patio circular y columnas renacentistas, pura esencia de Europa, junto a la maravilla de los jardines y artesonados de los reyes granadinos.

La relación fue continua entre españoles de ambos lados. La línea divisoria no existía en el arte, como no existió en la administración, en la política, en la forma de hacer la guerra. Como las guerrillas que entran en territorio enemigo, así se introducía el arte de un lugar a otro. En Alcalá de Henares hay una capilla del Oidor, en Zaragoza la Seo, en Toledo San Juan de la Penitencia, sin contar la más clara influencia musulmana «mudéjar» en la tierra cristiana, es decir, Teruel. Y, asombrosamente, el monasterio de Guadalupe, mayor símbolo cristiano, tiene el claustro mahometano.

Ni siquiera el reciente triunfo obliga a cambiar de estilos. El Alcázar de Sevilla fue hecho construir por Pedro I *el Cruel* en 1364, con estilo puramente musulmán.

Y no hablemos de la vida privada. En cuanto se refinaba, el castellano se convertía en musulmán de gustos, moda a la que no escapaban los príncipes de la Iglesia. El arzobispo Jiménez de Rada está enterrado con sedas moras, como las llevaba el mortal enemigo del Islam, Fernando III *el Santo*.

Ese refinamiento, en general, era mal visto por los santos varones. Los castillos que en la península se ven en lo alto de las colinas provocan en el viajero de hoy siempre la misma pregunta.

¿De dónde sacarían el agua los sitiados en tierra tan árida? La respuesta es que el

agua en aquel tiempo no era necesaria, ya que se usaba del vino para beber, del aceite hirviendo para defenderse del asalto…, y las abluciones era cosa de moros.

Precisamente el hecho de que el lavarse formara parte de la religión islámica obligó a mucha gente a verlo con despego. Hubo, sí, baños en algunas ciudades castellanas, pero, en general, los señores y pueblos se mantuvieron alejados de ese vicio. Tampoco entre los musulmanes se bañaban todos, naturalmente. Las construcciones que han permanecido eran las mejor hechas y, casi siempre, pertenecientes a nobles y reyes, lo que indicaría una minoría, aunque, en todo caso, superior en número a la cristiana.

Tenemos un ejemplo triste de ese estilo de vida. Los historiadores modernos ya se reservan la idea, pero, durante muchos años, se dijo, con cierto orgullo, que la reina Isabel de Castilla prometió no cambiarse de camisa hasta tomar Granada. Esa leyenda es probablemente apócrifa, pero evidentemente es muy antigua. La prueba es que en Francia existe un color llamado «Isabelle», que es amarillento. Y aun contando con la poca simpatía gala hacia los españoles, en algo tuvo que basarse esa creencia.

La Reconquista arranca naturalmente del Norte y en su camino hacia el Sur los avances se realizan al principio paralelamente. Desde las montañas asturianas bajan a las tierras del Duero, que es su frontera durante años, desde los valles pirenaicos a las tierras de Aragón. El Sistema Central fue la barrera musulmana durante cierto tiempo. Luego, esa línea defensiva retrocedió al Tajo, que se derribó al caer Toledo en 1086, y después la de la Sierra Morena con centro en Despeñaperros. La batalla de Las Navas de Tolosa (1212), hace saltar ese candado y, con la entrada en Sevilla (1248), la Reconquista está prácticamente terminada. Precisamente por ello, porque no era problema urgente, pudo resistir el reino de Granada desde 1250 a 1492, apoyado además por el amigo del norte de África, un aliado frente a sus costas que hacía difícil el ataque por mar.

En el Este, la operación rescate se efectúa más lentamente, quizá por haber empezado mucho más tarde, quizá porque a los musulmanes les interesaba mucho más mantenerse en las fértiles tierras del Levante que en las más áridas llanuras castellanas. Zaragoza no se toma hasta 1118, y, sólo diez años antes que Sevilla, cae Valencia. La carrera hacia el sur de Aragón y Cataluña, por una parte, y de León y Castilla por otra, se encuentra en Murcia, adonde llegan, simultáneamente, las dos cuñas. Por el tratado entre los dos grupos cristianos, Aragón se retira de la pugna, cediendo los derechos y deberes de la Reconquista a Castilla. De ahí nace su expansión mediterránea con la conquista de Cerdeña y Sicilia, la aventura griega, y que el idioma catalán termina en Alicante, suplantado, desde Murcia, por el de sus nuevos dueños, los castellanos.

En términos cronológicos, y según Menéndez Pidal, es así: 720 a 1002. Supremacía del musulmán, débiles intentos de afianzarse del cristiano en Asturias, León, en Aragón, en la Marca Hispánica, protegidos ahí por Francia.

1002 a 1045. Transición. Debilidad del Califato por luchas internas. Intentos, más

políticos que militares, del cristiano que empieza a recobrar confianza en sus fuerzas.

1045 a 1250. Gran ofensiva cristiana en todos los frentes.

1250 a 1492. Epílogo granadino.

En cualquier historia típica de España se ve a los cristianos cayendo victoriosos sobre los moros y empujándoles hacia el mar, con leves momentos de descanso, pero animados siempre por el mismo espíritu de combate y de energía. Las cosas parece que ocurrieron de forma un poco distinta. Los Estados cristianos combatieron, efectivamente, con entusiasmo, pero no siempre lo hacían contra el musulmán. Muchas veces ése era el aliado, y el enemigo odiado, otro reino cristiano. Como en el caso de Ordoño IV. Por mucho que exagerara el cronista musulmán, parece evidente que la entrevista resultó bastante humillante:

… Llegados frente al salón oriental de palacio donde estaba Al-Hakem, Ordoño se detuvo, descubrió la cabeza, se quitó la capa y permaneció algún tiempo en actitud de asombro y respeto… habiéndosele dicho que avanzara, lo hizo despacio… cuando se halló ante el trono se echó en el suelo y permaneció algunos instantes en tan humilde posición; se levantó, avanzó unos pasos, se postró de nuevo y repitió tal ceremonia varias veces hasta que llegó a poca distancia del califa. Le tomó y besó la mano, marchó luego hacia atrás sin volver la cara, hasta llegar a un asiento cubierto con una tela de oro… Al-Hakem guardó silencio durante algún tiempo, para dar ocasión a Ordoño a serenarse y a sentarse, y cuando notó que el cristiano se había repuesto algo (de su emoción), rompió el silencio y dijo:

—Bien venido seas a nuestra corte, Ordoño. Ojalá veas cumplidos tus deseos y realizadas tus esperanzas. Encontrarás en nosotros el mejor consejo y la más cordial acogida y mucho más de lo que esperas.

Cuando el intérprete explicó a Ordoño el sentido de estas benignas palabras, se reflejó en su rostro la alegría, levantándose, y besando el tapiz que cubría las gradas del trono:

—Soy —dijo— esclavo del Comendador de los Creyentes. Confío en su magnanimidad, en su alta virtud busco mi apoyo y le otorgo pleno poder sobre mí y sobre los míos. Iré donde me ordenare, le serviré sincera y lealmente.

—Nosotros te creemos digno de nuestras bondades —repuso el califa—; quedarás satisfecho cuando veas hasta qué punto te preferimos a todos tus correligionarios, y te alegrarás de haber buscado asilo entre nosotros y de haberte cobijado a la sombra de nuestro poder. Después de hablar así el califa, Ordoño volvió a arrodillarse, y deshaciéndose en acciones de gracias, se levantó y abandonó la sala andando hacia atrás.

(Al. Maggari, cit., Dozy: Historia de los musulmanes en España).

REFLEXIÓN EXTEMPORÁNEA SOBRE EL IMPACTO MUSULMAN EN ESPAÑA

Cuando Tarif tocó tierra en un lugar que desde entonces se llamó Tarifa; cuando Tariq, al año siguiente, desembarcó y se fortificó en otro llamado, desde entonces, Gil-el-Tariq, la montaña de Tariq, o Gibraltar en nuestra pronunciación de hoy, acabamos de tomar contacto con un elemento, el musulmán (africano y asiático) que no nos iba a abandonar hasta el mismo día de hoy. No se trata sólo de ocho siglos de convivencia dentro de la península. Es que, luego, al otro lado del estrecho, es decir, muy cerca, siguió la relación, siglo tras siglo. Los enemigos se llamaron piratas berberiscos, que asaltaban las naves y desembarcaban rápidamente en lugares españoles donde se acostumbraban a abandonar la costa y vivir en el interior. Por ello coexisten, en muchos sitios del Mediterráneo español, dos pueblos del mismo nombre. Arenys de Mar y Arenys de Munt, Sóller y Puerto de Sóller; o con nombres distintos un mismo pueblo, Manacor y Porto Cristo. Sólo cuando el musulmán dejó de ser una amenaza constante, bajaron los pueblos a la playa para realizar más cómodamente sus tareas de pesca.

En el siglo XVIII se lucha contra Orán, contra Argel. En el siglo XIX la empresa más importante de política exterior y una de las pocas victorias que se ganaron sobre enemigos extranjeros —sobre hermanos españoles hubo muchas en las guerras civiles —, fue la campaña de África que enalteció a generales como O'Donell y Prim.

Desde primeros del siglo XX hasta 1925 el nombre de Marruecos es una pesadilla constante en la política española y, de paso, en los hogares del país que se aterraban ante la posibilidad de que, al hijo entrado en filas, «le tocara Marruecos» en el sorteo de remplazo. El Barranco del Lobo, Annual, fueron acontecimientos que produjeron tantas bajas humanas como bajas políticas ayudando, incluso, a derribar un trono.

Pero el fantasma musulmán está todavía más cerca. En 1934 tropas Regulares, al servicio del Gobierno —de la misma forma que en la Edad Media había habido moros luchando con cristianos contra cristianos y cristianos ayudando a los musulmanes en sus querellas intestinas—, entran en Asturias para dominar la revolución de extrema izquierda. Igualmente en 1936, con la guerra civil, la visión del turbante, del cordero asado al aire libre, del grito de ataque de los Regulares, constituye un espectáculo corriente en la geografía española.

Al terminar la guerra, la escolta del Caudillo, como en los tiempos medievales del rey Enrique IV, se compondrá de moros con vistosas capas blancas y azules… En 1957, la posición española de Sidi-Ifni es atacada por los marroquíes y caen algunos españoles que se suman así a la larga serie de víctimas de una guerra que dura, con alternativas, desde el 709.

Resulta curioso que, desde 1898, muchos caídos de los hogares españoles hayan sido a causa de alguien que creía en Mahoma. Resulta más curioso todavía si se

piensa que la francesada —que duró sólo de 1808 hasta 1814— dejó un semillero de odio a la nación vecina que, en cierto modo, no ha terminado todavía, mientras que las continuas guerras con nuestros vecinos del Sur, al parecer, ha producido una gran amistad con sus hombres. Hasta tal punto que, en la guerra última entre judíos y árabes, los españoles se pusieron totalmente al lado de quienes sólo hacía poco les habían agredido, y en contra de quienes no habían matado un cristiano probablemente en toda su vida histórica y que, además, como expulsados desde 1492, ni siquiera habían intervenido en el quehacer histórico español. Y, sin embargo, el antisemitismo español, basado en oscuras tradiciones medievales, tiene aún gran fuerza (una mala acción puede ser ¡una judiada!).

Podría hablarse, naturalmente, de política oportunista. Es evidente que cuando España quería entrar en la organización de las Naciones Unidas le interesaba más estar en buena amistad con un bloque de diez o doce naciones —diez o doce votos— que con el aislado de Israel. Pero esa tendencia ha seguido después, incluso contradiciendo al único aliado español, tan unido a nosotros que incluso dispone de fuerzas armadas en nuestro territorio, es decir, los Estados Unidos, protector número uno del Estado judío; los aviones que salían de España podían haber atacado perfectamente objetivos egipcios si las cosas se hubieran puesto torcidas para Israel.

La relación entre musulmanes y españoles es una relación familiar, evidentemente, con todo lo que eso trae de polémica. La dominación árabe en nuestro suelo era, ante todo, una convivencia entre elementos afines.

Es muy posible que los elementos humanos y sociales estuvieran ya en germen entre los seguidores de Viriato o los defensores de Numancia y Sagunto, pero, evidentemente, el ejemplo árabe los desarrolló más. Lo más parecido a un grupo de reinos de Taifas en el siglo XIII es el grupo de reinos cristianos del mismo tiempo. Todos y cada uno convencidos de que lo importante era luchar contra el infiel (el cristiano o el musulmán según los casos), todos convencidos de que a ese propósito había que sacrificar todos los demás; todos convencidos de que los demás reinos debían aceptar a ellos como únicos jefes porque ellos tenían la razón. España, liberada de los musulmanes, se unificó prácticamente hacia el XVIII, gracias a otra influencia, la francesa. Los reinos árabes siguen como antes. Sobre el mapa, el mundo musulmán impresiona por su extensión. Desde Casablanca, en Marruecos, hasta las Filipinas, con enclaves en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, trescientos cincuenta millones de hombres se prosternan cara a La Meca. Bastaría que se unieran para dominar el mundo, pero no lo han hecho jamás aunque no dejen de proponerlo continuamente, y el hallazgo de petróleo en algunos de ellos ha dividido aún más sus motivos de existencia. Ésta es la única razón que permite a la diminuta Israel defenderse, y aun tomar la ofensiva contra el coloso, parte del impresionante espíritu combativo que ha dado al traste con una tradición de siglos sobre el asustado hebreo.

De vez en cuando, se intenta, con lógica histórica, llegar a esa unión aunque sea por etapas y empleando un aglutinante nuevo, el socialismo, que ha triunfado en

diversas naciones musulmanas. Así se intentó unir Siria y Egipto, la República Árabe Unida, de la que sólo queda el nombre, por el que Egipto ha perdido el suyo ancestral. Se lee últimamente que Egipto, Siria, Libia han firmado un nuevo pacto de unión con un himno, una bandera, un jefe militar. Sobre el mapa aterran las posibilidades económicas y militares que esa Unión puede tener. Pero… las fuerzas disgregadoras del Islam son demasiado fuertes para que prospere.

De los árabes sacamos la desunión. De los árabes sacamos el coraje militar apoyado por la religión. De los árabes —y de los judíos— la seguridad de estar luchando por la única religión verdadera, tesis que, además, impregna toda nuestra conversación, incluso entre los no creyentes.

De los árabes sacamos el desprecio hacia lo de fuera que en lo intelectual se llama el «que inventen ellos» de Unamuno, y la burla de lo material, de lo mecánico. Hasta muy poco España era, como los países árabes, una nación esencialmente agrícola. También sacamos virtudes. La hospitalidad, por ejemplo, el compartir el pan y la tienda con los que nos visitan.

El hombre que llega a vuestra casa ha pasado seguramente por una estepa, por un desierto, por un medio hostil. Necesita albergarse, comer, encontrar un amigo.

COVADONGA O EL SÍMBOLO

La historia de una guerra acostumbra escribirse de acuerdo con lo que sucedió después, y siendo los cristianos los que se alzaron con la victoria, es natural que destacasen los acontecimientos favorables. He aquí cómo cuenta un cronista cristiano la primera batalla de la Reconquista:

Pelayo estaba con sus compañeros en el monte Aseuva y el ejército de la morisma llegó a atacarle. Iba con su jefe Algama, el obispo Oppas «hijo de Vitiza por cuya traición habían parecido los godos». Éste, a quien hoy llamaríamos colaboracionista, exhorta a Pelayo a que se rinda: «Escúchame porque la resistencia es inútil ante el poderoso ejército adversario. Escucha mi consejo; vuelve de tu acuerdo, gozarás de muchos bienes y disfrutarás de la amistad de los caldeos». Pelayo contesta como quien sabe la historia que va a ocurrir después. De la misma forma que David está dispuesto a luchar contra los paganos, confiando en la misericordia de Jesucristo.

Empieza el combate y dice el cronista maravillado:

> *Al punto se mostraron las magnificencias del Señor; las piedras que salían de las hondas y llegaban a la casa de la Virgen Santa María, que estaba dentro de la cueva, se volvían contra los que las disparaban y mataban a los caldeos. ¡Ciento veinticinco mil!*

Por si esto fuera poco, al escapar los aterrados moros:

> *Cuando atravesaban por la cima del monte que está a orillas del río llamado Deva… se cumplió el juicio del Señor: el monte, desgajándose de sus cimientos, arrojó al río a los setenta y tres mil caldeos y los aplastó a todos.*

Lo dice la crónica de Alfonso III. Ese héroe para los cristianos fue, naturalmente, un desgraciado con suerte para los musulmanes. Así define la acción su cronista:

> *… en tiempo de Ambasa se levantó en tierra de Galicia un asno salvaje llamado Pelayo.*
>
> *Los musulmanes los sitiaron en la roca con trescientos hombres y los fueron matando hasta quedar sólo treinta, pero, al propio tiempo, el ejército sitiador sufría del hambre en aquellos riscos.*

La situación de los musulmanes llegó a ser penosa y al cabo les despreciaron diciendo: «Treinta asnos salvajes, ¿qué daño pueden hacernos?».

Lo cuenta Al Maxqqari y lo cita Sánchez Albornoz (*Historia de la España*

musulmana). Y las versiones, aparte exageraciones, en el fondo coinciden. Pelayo no soñaba probablemente con algo tan difícil como reconquistar a España, pero se negaba tozudamente a someterse al extranjero. Decía ya aquello de «que se había perdido una batalla, pero no una guerra». Los musulmanes dieron poca importancia a una bandada de guerrilleros que se mantenían en riscos casi inaccesibles, desde donde no podían hacer daño ni soñar en descender a las llanuras. El norte de España, en su mitad occidental, era para el musulmán, además, terreno secundario. Lo importante era el Este camino de la rica Francia que tenía forzosamente que seguir el ejemplo de España, y someterse al Islam. Esa esperanza nada descabellada, teniendo en cuenta el estado de Europa y el de la nueva fuerza musulmana, se truncó en el año 732 cuando Carlos Martel, duque franco, derrota en Poitiérs a Abderramán. El avance islámico sobre el continente europeo había tomado, gracias al hueco del Mediterráneo, la forma de media luna, su símbolo en la bandera. En Poitiers se quebró la ofensiva del cuerno izquierdo. Gracias al Imperio bizantino y su defensa encarnizada al otro extremo de Europa, el cuerno derecho no alcanzó Constantinopla hasta 1453, demasiado tarde, y aunque llegó hasta Viena en 1553, sus seguidores habían desaparecido ya de España en 1492. Podría especularse en lo que hubiera ocurrido con mayor coincidencia cronológica en ambas ofensivas, dada la pequeña distancia que separa a Poitiers de la capital austríaca.

Pelayo aprovecha la obsesión francesa del enemigo, pero aprovecha mucho más la disensión civil en sus filas. Los beréberes se habían sublevado contra los árabes, y éstos llamaron a los sirios en su ayuda, ayuda que se convirtió —como casi siempre ocurre con la llamada a aliados— en guerra civil, que aprovecharon los cristianos del Norte para afianzar su dominio en la montañas asturianas.

A Pelayo le sucede un rey cuya suerte me ha impresionado siempre. Se llamaba Favila, y todo lo que los españoles sabemos de él es que se lo comió un oso. Así despacha la inmensa mayoría de historia de España la vida de quien fuera príncipe, hijo de Pelayo y luego monarca. ¿Qué haría ese hombre? ¿Cuál sería su existencia moral y física? ¿Sus virtudes? ¿Sus defectos? Nada. Lo mató un oso. El origen de esa resumidísima versión de la historia de un reinado se encuentra en la *Crónica de los visigodos*, de Alfonso III. Allí leemos: «Se sabe que, por cierta ligereza, fue muerto por un oso en el segundo año de su reinado». En latín todavía resulta más bonito: *Quidam occasionem levitatis*. ¿Qué sería? ¿Una mujer forzada como en el caso de don Rodrigo y un oso mandado por Dios como en la Biblia salían animales feroces a despedazar a los malvados? Misterio. Parece que durante los siglos pasados y los venideros tendremos que contentarnos con la más simple de las biografías del mundo. «Le sucedió Favila, a quien se lo comió un oso».

Seguramente, los rebeldes de Asturias —región al parecer propicia a rebeldías a lo largo de la historia de España— tenían, como única misión, reconstituir el antiguo reino godo como ejemplo máximo de nobleza. La fama siguió durante años, y aún en el siglo XVIII se decía «aunque de godos ínclitos desciendas».

Godos llaman todavía hoy en América del Sur y en Canarias a los procedentes de la península que se dan importancia por su origen. Y al principio realmente pareció que seguía la historia goda, incluso en sus peores ejemplos. La *Crónica de Sampiro* parece repetir los acontecimientos de la dinastía anterior.

> *Por estos días un hermano del rey llamado Fruela trataba de la muerte del rey Alfonso. Mas éste, ayudado por Dios, le capturó y por tal motivo le sacó los ojos y a sus hermanos Vermudo y Odoario.*

Como se ve, la divinidad estaba siempre dispuesta a ayudar al de arriba a deshacerse de sus enemigos. Más tarde se cuenta de Alfonso III que «vino a Carrión y allí mandó matar a su siervo Adanino con sus hijos, porque maquinaba la muerte del rey».

Pero según parece no era el único sospechoso, porque «viniendo a Zamora apresó a su hijo García y, aherrojado, le llevó a Gozón. Mas su suegro Nuño actuó tiránicamente y preparó la rebelión. Y habiendo hecho todos los hijos del rey conjuración entre sí, expulsaron a su padre».

Los problemas familiares persisten. El rey Alfonso asegura retirarse a un monasterio y deja el trono a su hermano Ramiro, el cual lo acepta, pero, estando de expedición, se entera de que Alfonso había cambiado de idea y se volvía a proclamar rey en León. «Oyendo esto el rey, y conmovido por la ira, mandó tocar las bocinas y movilizar las lanzas; volviendo presuroso otra vez a León, le sitió día y noche hasta que le capturó y, apresado, mandó arrojarle a un calabozo». Los nobles se quejan de ese procedimiento, «pero él, entrando en Asturias, capturó a todos los hijos de Fruela (II), Ordoño y Ramiro los llevó consigo y, juntamente con su hermano el citado Alfonso que tenía en la prisión…, en un día mandó sacar los ojos».

Los nobles no le iban a la zaga a su monarca en el arte de deshacerse rápidamente de sus enemigos. Como cuando el rey Sancho de León fue a Galicia y el duque Gonzalo, tras tratar con él para que pagase el tributo, «puso una poción venenosa en una manzana. Y como el rey la probase sintió alterarse su corazón y musitando silenciosamente, comenzó al punto a regresar a León».

No sabemos lo que diría —*silenter musitans*, según el texto latino— en ese recorrido, pero probablemente no era nada demasiado amable para su envenenador. Porque murió al tercer día.

En muchos detalles, apariencias de solemnidad, se mantenía la ficción de un reino descendiente directo del antiguo de los godos. Pero ocurrió lo que en todos los avances militares del mundo; como había pasado ya a los romanos de frontera que se negaron un día a aceptar las órdenes de Roma, llegando a sustituir al caduco emperador con sus generales. Los castellanos dejaron de considerar al reino de León como único depositario de la verdad, anteponiendo así el guerrero al cortesano. La épica popular lo reflejó años más tarde al hablar de su héroe, que como todos los

héroes —el Cid, Gonzalo de Córdoba, Hernán Cortés— unía a la audacia frente al enemigo, la audacia ante el propio rey. En el romance anónimo, aparece clara la diferencia entre dos sociedades. Por vez primera se presume de falta de cortesía y hay burlas de las viejas maneras anticuadas. Cuando el rey Sancho Ordoño le amenaza con quitarle la cabeza de los hombros, responde Fernán González:

Eso que decís buen rey, véolo mal aliñado.
Vos venís en gruesa mula, yo en ligero caballo;
vos traéis sayo e seda, yo traigo un arnés trenzado;
vos traéis alfanje de oro, yo traigo lanza en mi mano;
vos traéis cetro de rey, yo un venablo acerado;
vos con guantes olorosos, yo con los de acero claro;
vos con la gorra de fiesta, yo con un casco afinado;
vos traéis ciento de mula, yo trescientos de caballo.
Ellos, en aquesto estando, los frailes que han allegado:
—¡Tate, tate, caballeros! ¡Tate, tate, hijosdalgo!
¡Cuan mal cumplistes las treguas que nos habíades mandado!
Allí hablara el buen rey: —Yo las cumpliré de grado.
Pero respondiera el conde: —Yo de pies puesto en el campo.
Allí hablara el buen rey

Lo mismo ocurrirá en otro mito, el más grande del tiempo: el del Cid. Empieza siendo adicto del rey Sancho que está dedicado al propósito de reunir por la fuerza lo que su padre dividió entre los hijos —era su finca—, en una escena que el romance refleja también; cuando Fernando amenaza con el castigo eterno a quienes quieran corregir su reparto.

Todos dicen amén, amén,
menos don Sancho que calla,

Calló hasta que, muerto su padre, pudo hablar en voz alta. Alfonso se refugia en Toledo y él se lanza contra su hermana Urraca que domina Zamora. La ciudad, bien cercada, defendida con garra, se defiende. El poeta hace de Casandra:

Rey don Sancho, rey don Sancho,
no dirás que no te aviso;
que del cerco de Zamora
un alevoso ha salido,
Bellido Dolfos se llama,
hijo de Dolfos Bellido;
cuatro traiciones ha hecho,
y con ésta serán cinco.

Toda la España del tiempo está ahí. Desde el nombre que cambia de padre a hijo alterando el orden (Rodrigo González es hijo de Gonzalo Rodríguez), hasta la aparición, tan típica en la historia de todos los países, del traidor. El traidor es elemento esencial en toda novela que atraiga las masas. Porque el traidor tiene que conseguir, con malas artes, lo que no podría conseguir cara a cara contra el héroe. Ya tuvimos un traidor llamado don Julián; ahora tenemos al que atiende por Bellido Dolfos.

Éste atrae al rey a la muralla con el pretexto de enseñarle un lugar por donde podrá asaltar fácilmente la ciudad que codicia. En un momento de distracción del rey —que en los textos no expurgados por nuestros maestros, era cuando hacía una necesidad— le mata, entrándose en Zamora. Rodrigo Díaz de Vivar, que presencia de lejos la escena, se precipita hacia él, pero su caballo no corre lo necesario porque había olvidado las espuelas. En el romance, el Cid se queja de su descuido. Hay que vivir con las espuelas siempre puestas, ergo, siempre preparado… Mientras tanto, el asesino.

… por las calles de Zamora
va dando voces y gritos;
ya era hora doña Urraca
de cumplir lo prometido

Lo cual, evidentemente, para el poeta anónimo, era la recompensa por haber matado a su hermano. Había que nombrar nuevo rey y éste resultaba el hermano Alfonso, desterrado en tierras de moros. El Cid le exige que jure que no tuvo que ver en el asesinato de su hermano; *exige* obsérvese. La sociedad está apenas estableciéndose, los reyes son sólo *primus inter pares*, un noble puede exigir al rey algo que tenía que molestarle. El rey jura, pero, dicen los romances de la época, no se lo perdonó nunca a Rodrigo.

Entra luego un elemento también muy popular siempre. Los enemigos envidiosos. El Cid, el héroe cristiano por excelencia, tiene un título moro, Sidi: Señor en árabe; hasta tal punto se entremezclan las culturas. Ese Cid es desterrado por Alfonso VI. Con él se van los suyos, es decir, sus vasallos como él lo era del rey. ¿Capricho del monarca? ¿Imposición del más fuerte? No. Todo estaba mejor organizado de lo que hoy se cree y, especialmente, mucho más jurídico y libresco de lo que imaginamos. Tras el acero y el caballo se redactaban obligaciones y derechos.

Dice el Fuero Viejo de Castilla (1, 4, L): Esto es por fuero de Castiella: que si el rey echa de la tierra a algún rico omne que sea su vasallo, por alguna rasón, sus vasallos o sus amigos pueden ir con él et goardarle fasta que l'aiuden a ganar señor que'l faga bien. Et si el rey dessafuera a algún rico omne, si este rico omne que se tiene por dessaforado se fuera de la tierra, sus vasallos et sus

amigos pueden ir con él si quisieran et aiudarle fasta que el rey le reciba a derecho en su corte.

Por encima de todos, el rey. En todos los tiempos ha habido un hombre que ha mandado en los demás. Pero en la época medieval, quien daba las órdenes al menos se justificaba explicando las razones que le autorizaban a ello. Así, en el prólogo al *Fuero Real*, dice Alfonso *el Sabio*:

Porque los corazones de los hombres son partidos en muchas maneras, por ende natural cosa es que los entendimientos y las obras de los hombres no acuerden en uno. Y por esta razón vienen muchas discordias y contiendas entre los hombres.

No puede precisarse mejor la eterna disyuntiva: colectividad contra individuo.

Onde conviene el rey, que ha de tener sus pueblos en paz y en justicia y en derecho, que haga leyes para que los pueblos sepan cómo han de vivir y las desobediencias y los pleitos que nacieren entrellos sean departidos: de manera que los que mal hicieren reciban pena y los buenos yivan seguramente.

Optimista declaración, muy típica de los gobernantes de todos los tiempos y países.

SEÑORES, VASALLOS, SIERVOS…

Porque la escala social es muy clara y determinada. Arriba el rey y detrás los caballeros, por debajo de éstos los burgueses, los siervos, los esclavos. Los caballeros son los que han ceñido espada, según el ritual que burló Cervantes en el Quijote, con la presencia de damas de la Corte que calzan la espuela y del rey o caballero importante que le da con la espada en el hombro. Los infanzones, primeros entre los caballeros, servían al rey, pero eran, a su vez, servidos por otros. El Cid sale hacia el destierro con los suyos, los que le obedecen a él. Por encima estaban los ricos hombres; de esos ricos hombres, salían los condes y potestades y cumplían como gobernadores de plaza. De esa familia eran los condes de Carrión que, por ello, consideran denigrante casarse con las hijas del Cid, que sólo es un infanzón, y únicamente aceptan por el dinero que éste ha conseguido con sus victorias. Por debajo están los escuderos, jóvenes que se preparan para ser caballeros, aparte de los inferiores antes citados. Al margen dos razas. La de los judíos, a los que se llama cuando se les necesita, y la de los moros, unos esclavos y otros viviendo en su barrio según sus costumbres.

Esos obstáculos se podían superar por la guerra y por el dinero. Por la guerra «los que fueron a pie caballeros se hacen», dice el Cantar. Prácticamente, la posesión de un caballo daba valor social, porque mujeres y sacerdotes, como el bajo pueblo, iban en mulas o asnos.

El rey Alfonso dará la razón al Cid, un infanzón, contra los condes de Carrión, de mayor alcurnia, y con eso el pueblo-poeta busca una justicia que seguirá, en los años siguientes, aumentando de valor. Cuando vaya divinizándose cada vez más el monarca con los nuevos aires renacentistas y el recuerdo romano, se resolverá la escala de aspiración de ese pueblo que busca en el rey un aliado contra la nobleza.

El nombre infanzón acabará en hidalgo, fijosdalgo o hijos de algo, noble en general, con propiedades que no pagaban impuestos, y sustraían así lo más importante de los posibles ingresos al Estado.

La condición primordial —ser señor o ser villano— llegaba muy lejos, hasta la misma muerte y aun en el entierro. Cuando el Cid quiere obligar al rey Alfonso VI a jurar que no tuvo que ver con la muerte de su hermano, le amenaza no ya sólo con la muerte… Lo peor es quienes van a realizar tal hazaña.

Villanos te maten, Alonso,
villanos que no hijosdalgo
de las Asturias de Oviedo,
que no sean castellanos.

Y serán también innobles los instrumentos que usen…

Mátente con aguijadas
no con lanzas ni con dardos;
con cuchillos cachicuernos
no con puñales dorados.

Y por si fuera poco, ¡cómo irían vestidos los desgraciados!

Abarcas traigan calzadas
que no zapatos con lazo;
capas traigan aguaderas
no de contray ni frisado;
con camisones de estopa
no de holanda ni labrados,

¡Y cómo cabalgan…!

caballeros vengan en burras
que no en mulas ni en caballos;
frenos traigan de cordel
que no cueros fogueados.

… detalles indumentarios de los presuntos asesinos que realmente deben de irritar a la víctima. No es extraño que el rey hablara «malamente y enojado»,

Muy mal me conjuras, Cid
Cid, muy mal me has conjurado.

Cuando se habla del feudalismo la gente recuerda generalmente lo que se llama derecho de pernada. Cuando los payeses de remensa de Cataluña tratan con los señores de sus derechos y deberes, lo que hoy podríamos llamar reivindicaciones de los sindicatos contra los patronos, piden entre otras cosas:

Item pretenden algunos señores que cuando el payés toma mujer, el señor ha de dormir la primera noche con ella y en señal de señorío… estando la mujer acostada viene el señor y sube a la cama pasando sobre dicha mujer, y como esto sea infructuoso para el señor y gran subyugamiento para el payés… piden y suplican que sea totalmente abolido.

No sabemos qué ironía obligaba al redactor de la queja a mencionar como «infructuoso» para el señor el hecho mencionado. ¿Porque no había fruto que pudiese llamar suyo? Los «patronos» reaccionan como escandalizados.

Responden dichos señores que no saben ni creen que tal servidumbre sea en el

presente en el principado ni haya sido jamás por algún señor exigida. Si es así verdad… renuncian, rompen y anulan dichos señores tal servidumbre, como cosa que es muy injusta y deshonesta. (1462 - Hinojosa, *El régimen señorial, la cuestión agraria en Cataluña durante la Edad Media*, pág. 336).

¿Y por qué hay siervos? Pues porque tiene que haberlos, sencillamente. «A los que no conviene la libertad, este Dios misericordioso les depara la servidumbre». (Dirían ellos que no tan misericordioso). ¿Y cuál es la razón? Ante el pecado, ¿no son todos los hombres iguales? No.

Aunque el pecado original del hombre se perdona a todos los fieles por la gracia del bautismo, sin embargo, el justo Dios discierne la vida de los hombres haciendo a unos siervos y a otros señores, para que la licencia del mal obrar de los siervos se reprima con el poder de los que dominan. Pues si todos estuvieran sin miedo, ¿quién impediría el mal de cualquiera?

Uno podría preguntarse quién vigila a los vigilantes…

Por ello se eligen en los pueblos príncipes y reyes, para que, con su terror, repriman a los pueblos del mal y les sujeten a leyes para que vivan rectamente.

… y además, para que se consuelen los que están debajo.

> *… un Señor ordena por igual a señores y a siervos… y se encuentran muchos que sirven libremente a Dios puestos bajo señores malvados que aunque les están sujetos en cuerpo, son, sin embargo, superiores en espíritu.*
>
> *(Del Libro de Sentencias de san Isidoro de Sevilla).*

En el Cantar del Cid se habla continuamente del vasallo y del señor. Los derechos eran recíprocos:

> *Quien faltare a las huestes y cabalgadas de su señor que debiere hacer… se le enmiende todo el daño, gastos y pérdidas que el señor por su falta tuvo…, quien a su señor dejare vivo en la guerra mientras pudiere ayudarle o con mala intención se apartare de él en la lucha, debe perder todo lo que por él tuviere…, quien llevado de la ira faltare a la fe de su señor o le dejare su feudo, le ocupe el señor todo lo que por él tiene y téngalo hasta que vuelva en su homenaje, y le enmiende con juramento el desohonor que le hiciere, y luego recupere el feudo que dejare.*
>
> *(Usatges de Barcelona. Siglo XI).*

¿Cómo ha nacido esa idea de que un hombre debe servir a otro? Cuando cae el Imperio romano, esa gran sombrilla protectora de todo el universo occidental, cuando no puede uno fiarse ya de la lejana Roma y sus legiones, el hombre busca protección

en el hombre más cercano y que tenga poder.

Vasallo se puede hacer un hombre de otro según la antigua costumbre de España de esta manera, otorgándose por vasallo de aquel que lo recibe y besándole la mano por reconocimiento de señorío; y hay otra manera que se hace por homenaje que es más grave, porque por ella no se torna hombre solamente vasallo dél pero se obliga a cumplir lo que promete… y homenaje quiere decir como tornarse hombre de otro y hacerse como suyo para darle seguridad sobre la cosa que promete hacer dar o hacer que se cumpla.

El Cid sale desterrado; es el héroe incomprendido, el héroe acusado falsamente. Tema que se repetirá en cualquier folklore del mundo, hasta llegar al Oeste americano y a la aventura espacial. Necesita dinero; y ¿quién tiene dinero contante en la España de la época? Los judíos.

Un emisario del Cid va en busca de Raquel y Vidas y los encuentra en el castillo donde ellos viven, no en el pueblo, porque prefieren residir cerca del señor feudal. Las razones son varias. En primer lugar están más seguros; los judíos son un cuerpo extraño en cualquier país y la polémica ha florecido, desde el Éxodo a la Alemania hitleriana. ¿Están solos porque quieren permanecer al margen de la sociedad que le dio cobijo, o es esa sociedad la que les rechaza y les fuerza a vivir en su mundo aparte?

Quizá se establezca el círculo vicioso. Despreciados primero, se encierran voluntariamente después: en la guerra no combaten, en el campo no son labradores. Su arma está en la ciencia y quizás en la artesanía preciada —oro, plata—; la calle de la Platería, en Palma de Mallorca fue, hasta muy recientemente, el centro de su ghetto.

Eran escribanos, médicos, recaudadores de impuestos, boticarios, abogados, agentes de enlace o enviados especiales como diplomáticos.

En muchos casos bastaba su aspecto para reconocerlos, pero en otros casos, el Gobierno les hará llevar una prenda especial que los denunciase como gente diversa y quizá peligrosa de contagio.

Tal en Mallorca, en 1393, obligando a los hijos de Abraham a llevar una rueda en la parte delantera del vestido, mitad roja y mitad amarilla, según cuenta el *Llibre del Mostassaf* de Mallorca. España, de la que tantas veces se ha cantado su poco racismo, se adelantó bastantes siglos a Hitler en lo de señalar a un pueblo.

Son, sobre todo, en momentos en que la incultura se hace dueña del cristiano, los enterados de finanzas. Por eso los reyes, los señores, les protegen; porque les necesitan. Por las mismas razones, el bajo pueblo les odia.

Al público de romancero, en la mayoría gente del pueblo, sencilla y con todos los prejuicios de su tiempo, tenía que alegrarle la burla que de los judíos Raquel y Vidas hace el Cid. Les da unas arcas llenas de arena y les dice que están repletas de oro. Los otros, ingenuos, aceptan la palabra de ese gran señor que es Rodrigo Díaz de Vivar, y le prestan moneda contante para su expedición. El poeta se olvida de contarnos

después si el Cid, ya rico, devolvió el dinero. Sabía que para su público eso importaba poco, y quizás incluso les decepcionase. La idea de que un judío engañador y comerciante por excelencia, fuera burlado por un cristiano debía producir gran hilaridad.

El Cid sale a campaña. Su guerra, como del tiempo, se hace en verano porque es cuando hay de qué comer en la zona invadida, siendo la Intendencia desconocida. El Cid no parece haber sido un gran estratega. Generalmente embosca a un grupo de soldados, finge huir con el grueso de la fuerza y, aprovechando el ataque desordenado de los enemigos, los coge entre dos fuegos o lanzas. Los moros caen siempre en la trampa, lo que tampoco dice demasiado de su inteligencia militar. El combate se empieza con la provocación y, a veces, con el combate individual. Dar la primera lanzada es un honor, y a veces lo hace el cura que será nombrado obispo de Valencia…

Esforzábase el obispo
¡Dios qué bien lidiaba!
dos moros mató con lanza
y cinco con la espada.

… así se exalta el poeta ante la gracia con que su ilustrísima abre cabezas de infieles.

El combate se decide con carga frontal de los caballeros. El cantor, que según Menéndez Pidal, era de Medinaceli, tiene cierta tendencia andaluza al mencionar el resultado…

Trescientas lanzas son
todas tienen pendones,
sendos moros mataron
todos de sendos golpes

…, precisión realmente asombrosa.

Contra las armas ofensivas todavía débiles de la época, un castillo es algo muy importante ante el que meditar antes de precipitarse al ataque. Los hombres del Cid empiezan talando la tierra —talar, arrasar era más efectivo en verano, y ésa era otra razón de emprender la campaña en este tiempo—, y luego esperan a que se rindan los sitiados por hambre.

Casi nunca —en el Poema del Cid no se da un solo caso— hay asalto, siempre se llega a un arreglo entre sitiados y sitiadores. La comprensión es mucho mayor que en épocas posteriores consideradas más civilizadas. Los moros de Valencia seguirán en sus ocupaciones y yendo a su mezquita. La única diferencia es que pagarán el impuesto a sus vencedores, que vivirán ahora en el castillo que domina la ciudad.

(Por otra parte el Cid tiene moros amigos como Aben Abo y, probablemente, otros que le siguen en sus filas aunque el poeta no los mencione).

La boda de las hijas del Cid toca otro elemento vital del tiempo. Los novios son infantes de Carrión, y en ellos el poeta castellano quiere mostrarnos la decadencia de una corte leonesa que había visto pasar la historia sin darse cuenta. En cierto modo los infantes de Carrión son todavía godos, anquilosados en el tiempo ido, mientras el Cid, como Fernán González, es el representante de una sociedad nueva. Los infantes, gente de corte y palacio, se sienten a disgusto entre los rudos guerreros del Cid y, víctimas de sus burlas, dejan a sus esposas tras herirlas e insultarlas. El Cid pide primero que le devuelvan todos los regalos que ha hecho a sus yernos. Cuando éstos, contentos de salir libres tan fácilmente, lo hacen, les desafía. Al tratarse de una obra de «buenos» y «malos», los que defienden a los infantes no tienen desperdicio. Borrachos, malhablados, ofensivos. Los amigos del Cid en cambio son nobles, valientes, simpáticos. Incluso el que tiene un defecto, Pero Bermúdez, al parecer un poco tartaja, resulta el más elocuente de todos. Sobreviene el desafío, y naturalmente los infantes no tienen la más leve posibilidad ante el empuje de los «buenos», ayudados eficazmente por la imaginación del cronista y pierden, de tres combates, tres. Caídos del caballo, o salidos del campo o rendidos.

… con lo cual demuestran que tienen razón los vencedores. Porque como Dios está presente en todas partes, interviniendo en todos nuestros actos, evidentemente no puede permitir que venza el que no tiene razón. De ahí la expresión «juicio de Dios». Parece ser que, de acuerdo con ese principio, el más hábil caballero no podrá jamás derribar de su caballo al enemigo si, en la disputa, no lleva la razón. La mano divina fortalecerá al que ha dicho la verdad, por debilucho que sea. Y el otro demostrará, con su aparatosa caída, su maldad.

El juicio de Dios era una fórmula cómoda, porque evitaba a los reyes el zanjar por sí mismos los asuntos más difíciles. Al decidir solemnemente que lo dejaban a la decisión del Altísimo, se ahorraban hacerse responsables de lo ocurrido. Si el perdidoso acudía a quejarse, siempre les quedaba el recurso de decirle: «Qué más quisiera yo…, pero ya veis, el Hacedor de todos nosotros…».

Aunque, cuando se trataba de cosas que les interesaban mucho, hacían levemente trampa. Cuando se trató de decidir cuál tenía que ser el rito de la Iglesia española, el latino o el mozárabe, se arrojaron ambos libros al fuego. Se quemó el latino…, y se implantó el rito latino porque eso era lo que quería el rey, muy influido por los padres cistercienses que habían venido de allende las fronteras a ayudar a salvar a España desde el punto de vista religioso. Así van leyes donde quieren reyes, anota un cronista.

Desde niño he oído hablar del Cid —el del Cantar, algo distinto que el del Romancero y ambos diferentes del Cid real, lógicamente— como del representante típico del español. Tengo mis dudas.

El español típico es un rebelde; no quiere sujetarse a leyes, a príncipes, a

estrategias. Es un guerrillero nato.

El Cid del Cantar es un hombre sujeto al rey que le maltrata. No sólo no se irrita con él y se lanza a vivir su vida como cualquier «condotiero», cosa que no le hubiera sido difícil, sino que repite con cierta monotonía y desde el primer momento, que Alfonso VI es su señor; le envía mensajes de obediencia y regalos continuos. Cuando el rey le perdona come, literalmente, la hierba ante el caballo de su alteza. Así como muy rebelde…

El español típico es arrojado e impetuoso. El Cid emprende las batallas con un cálculo muy preciso de sus posibilidades —ante Alcocer espera tres largos meses—, y prefiere la celada al ataque frontal.

El español es generoso, desprendido. El Cid lo es sólo cuando le conviene. A sus compañeros les regala porque sabe que, tras la batalla, en aquel tiempo —y en éste— se espera el botín. Por otra parte sabe que, al oír esas noticias, vendrán más caballeros y peones a su hueste. Y continuamente recuerda que él guerrea «para ganar su pan».

En las Cortes, tras la afrenta de Corpes, empieza a pedir a los yernos todos los regalos que les hizo.

Mis caudales se han llevado
que cuantiosos son;
eso me pesa también
con el otro deshonor.

… especialmente las dos espadas, Colada y Tizona…, antes de desafiarles personalmente. La maniobra es hábil porque, empezando a pedir lo menos importante, obliga al adversario a ceder fácilmente creyendo que con ello se contentaría. Y, tras quitarles el dinero, trata de quitarles la vida para completar su venganza. Astuto, inteligente… pero de desprendido, nada.

El español es cruel. El Cid sólo cuando es necesario.

Los moros y las moras
venderlos no podremos,
si los descabezamos
nada ganaremos;
metámoslos adentro
su señorío tenemos;
moraremos en sus casas
de ellos nos serviremos.

Si el guerrero salía malparado en la batalla contaba con una especie de seguro que el rey Alfonso marca con precisión. La remuneración varía si la herida es más o menos grave, pero cuenta también en la tasación la natural vanidad de los hombres.

Si la herida de la cabeza no la pudiesen cubrir los cabellos, vale dos maravedís más. Igualmente se precisa el seguro de muerte que, naturalmente, no va a ser lo mismo si desaparece alguien importante o un desgraciado que sólo ha llegado a peón.

SANTIAGO Y SU MITO

Américo Castro sostiene que los cristianos españoles «se inventaron» a Santiago. No al apóstol, naturalmente, sino a un apóstol que estuviese en España y que guerrease al lado de los cristianos de forma visible, en lugar del lejano y pacífico Jesús. En realidad la idea del combate se compaginaba mejor con el Antiguo Testamento que con el Nuevo, y así hemos visto llamar a los moros «caldeos» como sinónimo de enemigos del pueblo elegido. El convencimiento de ser el pueblo elegido por Dios, de origen tanto judío como musulmán, se enhebrará en el carácter hispánico especialmente a partir de los Reyes Católicos.

En un empeño, muy latino, de ver en persona a los seres a quienes se adora, los cristianos repitieron entusiastas durante siglos la relación de la batalla de Clavijo en la que, cuando iban perdiendo, apareció de pronto, caído del cielo, el mismo Santiago montado en su caballo blanco y empezó a matar moros con tal energía que el triunfo quedó totalmente para los nuestros. Infinidad de cuadros y esculturas presentan al santo descabezando a infieles que se arremolinaban, aterrados, ante la catástrofe. Ésta es la versión que durante muchos siglos —aún se oye en discursos oficiales con motivo del 25 de julio, fiesta de Santiago— ha circulado por los colegios españoles. Los historiadores científicos, perpetuos aguafiestas, han llegado a la conclusión de que hubo otra batalla llamada de Clavijo en el 860, y la que se había dado como tal fue la de Albelda, ganada por Ordoño y no por Ramiro I, y además se niegan a aceptar —los muy herejes— que el apóstol apareciese en ella repartiendo cintarazos como cualquier soldado del tiempo.

El caso es que Santiago, al parecer contra toda prueba histórica, llegó a España y fue enterrado en la ciudad del mismo nombre reuniendo en seguida un amplio número de fieles. «La Iglesia de Santiago —dice Ben Idzari— es para los cristianos como la Qaaba para nosotros (La Meca). La invocan en sus juramentos y van a ella en peregrinación desde los países más lejanos, incluso desde Roma y más allá».

El cronista musulmán llega a decir que los cristianos estaban tan seguros de la importancia de Santiago que afirmaban que era hijo de José el carpintero y, por tanto, hermano del Señor. No he encontrado referencias ulteriores a esa creencia, pero es posible que, en aquel tiempo, dada la propensión natural del español a hacer más grande todo lo suyo, se llegara a exaltar así la figura del apóstol por antonomasia. El mismo cronista describe el avance de Almanzor, que llegó a la ciudad, la arrasó y, sin embargo, con un respeto típico por quien consideraba tan importante la creencia religiosa en la vida de los pueblos, puso centinelas en el sepulcro para que no fuese destruida la tumba de quien «los cristianos llaman el hermano del Señor. ¡Que Alá sea exaltado y desvanezca tal creencia!», dice emocionado el cronista. ¡Si se hubiera tratado de Mahoma!

El ataque de Almanzor (era su mote, Al-Man-sur, el victorioso) ocurrió en 997, y ya entonces estaba consolidada la fama de Santiago, ciudad a la que efectivamente

acudía gente de todas partes que usaba «el camino francés» desde la frontera de ese país, camino que evitaba la ruta, hoy más natural, es decir, la de la costa, porque ésta estaba ocupada por los vascos, gente dura y difícil de tratar. La ruta pasaba por Estella, Nájera, Burgos, Frómista, León, Rabanal del Camino, Villa Franca, Triacastela y Palaz del Rey, hasta entrar en Santiago por la puerta de los Francos. De la seguridad en el camino respondían reyes y señores feudales, orgullosos de aquel desfile interminable de gentes de todas las naciones. Alfonso VI apoyó a santo Domingo de la Calzada, varón llamado así por su labor de obras públicas (su pueblo está entre Nájera y Burgos), hechas para facilitar el paso de los peregrinos.

Cuando llegaban éstos a la gran nave de la basílica santiaguesa traían, con sus expresiones de fe, todo el sudor de los campos que habían atravesado. Entonces se ponía en marcha el botafumeiro, primer renovador de aire que existe en la historia, distribuyendo humaradas de incienso de punta a punta de la nave para evitar el ahogo de aquellos hombres…

Fueron los primeros turistas que España conociera, y, como en toda agrupación turística del mundo, al socaire del ideal religioso apareció el del comercio. Un sermón de mediados del siglo XIII advierte a los peregrinos de los peligros a que se exponen si se encuentran con esa gente falta de escrúpulos que son los malos posaderos, aquí más odiosos por aprovechar circunstancias religiosas.

Los malos posaderos de la ciudad de Santiago la primera comida la dan de balde a sus huéspedes y se esfuerzan para que les compren velas o cera. ¡Oh, fingida caridad! ¡Oh, falsa piedad! ¡Oh, largueza encubridora de toda clase de fraudes! Si, por ejemplo, se hospedan en una casa doce peregrinos bajo unas mismas condiciones, el mezquino posadero les pone un plato ya de carne, ya de pescado, que en el macelo de la ciudad puede comprar por ocho dineros, y al fin les mete doce velas a seis dineros cada una, siendo así que en la plaza pública habrían podido comprarlas a cuatro dineros. ¡Oh, qué nefando contrato! ¡Oh, qué detestable lucro!

Y he aquí a los primeros representantes de agencias viajeras de la historia de España.

Algunos hay que hacen salir hasta Puertomarín al encuentro de los peregrinos a algún criado, y después de saludarles, traban conversación con ellos sobre cosas indiferentes, hasta que, cuando creen llegado el momento oportuno:

—Yo tengo la dicha —les dicen— de ser ciudadano de Santiago; pero vine aquí a ver a un hermano que reside en una villa. Y justamente podéis parar en mi casa.

Y, en efecto, llegan los peregrinos a su casa y se hospedan en ella; y después de la comida, una vela que sólo vale cuatro dineros, la mujer se la vende en ocho o diez. Así son engañados por los posaderos muchos peregrinos de Santiago.

Y a los primeros negociantes en divisas…

Y si algún peregrino lleva para vender algún marco de plata que valga treinta sueldos, su mal posadero lo dirige a un monedero con quien está en connivencia, y le aconseja que debe darle el marco en veinte sueldos. El posadero no pierde su tiempo,

porque recibe en premio del comprador doce dineros, más o menos…

EL MITO DEL VENCEDOR DE CARLOMAGNO Y EL PRIMER CONDE BARCELONÉS

Hay otro curioso mito. El de Bernardo del Carpio, que parece obedecer a otra necesidad sentida por los españoles de siempre. Considerarse capaces de resolver solos los asuntos propios. Por ello se ha minimizado el apoyo extranjero aunque haya sido a favor de los buenos, es decir, nuestro. Caso de los ingleses en la guerra de la Independencia, caso también de Bernardo del Carpio.

Parece ser que Bernardo del Carpio no ha existido jamás. Y, sin embargo, los romances contaron sus hazañas reiteradamente, haciéndole vencedor nada menos que de Carlomagno. Éste, primer emperador occidental, llegó a España a través de los Pirineos y, como otro emperador francés de muchos años más tarde, sitió a Zaragoza; también, como él, las noticias de una sublevación contra su dominio —en su caso, en Sajonia—, le hizo regresar a su país. Al pasar por Roncesvalles, su retaguardia fue atacada por musulmanes o vascones —Valdeavellano, experto historiador, no se decide por cuáles—, y destrozada. Evidentemente la posibilidad de haber derrotado a tan gran jefe provocó en el español un intento de adueñarse de la gloria, y así nació Bernardo del Carpio. Unos versos ramplones han llegado hasta hoy:

Bernardo del Carpio un día
con la gente que traía,
ven por ella, le gritó;
de entonces suenan los valles
y dicen los montañeses:
¡Mala la hubisteis franceses
en esa de Roncesvallesl

Los galos sacaron mejor partido poético. La *chanson de Roland* describe la heroica actuación de ese militar que se niega a pedir auxilio a la vanguardia mandada por el emperador y perece entre sus compañeros. Hay en el poema, como en toda muerte de héroe que se respete un traidor. El Bellido Dolfos francés se llama Ganelón.

La intervención, fracasada en el oeste de los Pirineos, triunfó en el este. Carlomagno, y en su nombre Ludovico Pío de Aquitania, toma Barcelona hacia el 803. «Francos» serán desde entonces los catalanes, y los Pirineos prácticamente desaparecerán como límite hasta la Paz de su nombre en 1653. La relación será constante; por ese camino oriental llegará Europa continuamente a la península, desde la Orden cisterciense hasta el cubismo.

Los motes de los reyes antiguos proceden casi siempre de enemigos o de amigos. Nacen de una cualidad o defecto que fervientes partidarios o enemigos jurados se apresuran a colocar en la primera crónica escrita después de su desaparición, dejando

a la pereza de los historiadores sucesivos el cuidado de mantenerla. Evidentemente, resulta un buen truco mnemotécnico porque, llamándole *el Casto*, Alfonso II es más fácil de distinguir de Alfonso I *el Batallador*. Y es bonito el de *Temblón* aplicado a García Sánchez, rey navarro.

El padre de la independencia castellana es Fernán González; el de la catalana, arrancando del condado de Barcelona, es Wifredo *el Velloso*. Uno se imagina así al guerrero hirsuto y amante de su tierra que consigue con sus esfuerzos personales, no sólo la independencia frente a los franceses, sino que el escudo de su familia —que pasó a ser el símbolo catalán— nazca del gesto de Carlos *el Calvo* mojando sus dedos en la sangre que salía de sus heridas y pintándolas sobre el escudo dorado que estaba a su cabecera. El cuadro historicista del siglo XIX nos presentó el momento emocionante: El conde en la cama, con la herida abierta, el rey a su lado metiendo la mano en ella, con evidente desprecio a cualquier infección, y trazando luego sobre el escudo las cuatro barras.

Era preciso. Pero los historiadores científicos, eternos aguafiestas de las hermosas leyendas, aseguran que esas armas sólo empezaron a usarse en el siglo XIII y no en el IX cuando la independencia, y puestos ya a destrozar llegan a decir que el título de *Velloso*, «comes (conde) pilosus», no procede de su hirsutez personal, sino de la del terreno, cubierto de matorrales, de donde era jefe. Así no hay manera de tener una historia interesante.

Independiente o no, el condado de Barcelona, Cataluña toda, seguirá estrechamente unida a los franceses durante siglos. La cultura, el arte, llegará desde Europa a España a través de ese camino. Igualmente el refinamiento. Cuando el Cid lucha con el conde de Barcelona, éste se burla de sus guerreros antes de la batalla, llamándoles los «mal calzados». Como en el caso de Fernán González frente a los decadentes reyes de León, los mal calzados castellanos derrotarán a los elegantes catalanes, y el conde Berenguer será hecho prisionero. De su unión con Francia quedará por muchos años la expresión «franco» a ellos aplicada. El Cid, cuando suelta a Berenguer Ramón II no puede por menos de decirle un chiste que, si no se tratase de un héroe venerado, no vacilaríamos en calificar de malo: Es ese de: «Ya vais libre buen conde como buen catalán que sois», jugando el vocablo franco equivalente a libre. (De aquí franquicia y franqueza, la libertad de enviar, la libertad de decir).

Los historiadores llaman baja Edad Media a la segunda parte de ella, aproximadamente desde el siglo XIII. En el caso español fue evidentemente, baja.

Baja en potencialidad guerrera. Basten unos datos. La Reconquista empieza en 711. En 1257 han tomado los cristianos Sevilla, Córdoba, Gibraltar; el estrecho está ya en su poder. En el de los musulmanes queda sólo el reino de Granada, con los dos puertos de Almería y Málaga. Pues bien, ese espacio mínimo que corresponde, más o

menos, a las tres provincias de hoy, costó a los cristianos doscientos treinta y cinco años el ocuparlo.

La razón, naturalmente, es que no hicieron esfuerzos excesivos para ello. Perdido ya el concepto del peligro musulmán, a sabiendas de que era muy difícil, por no decir imposible, que la media luna volviera al centro de España, se dedicaron a pelearse entre ellos.

La facilidad con que esos reyes medievales entregan riquezas y posesiones es inaudita. Su afán de ganar amigos y evitar que los enemigos aumenten, les lleva a la enajenación pura y simple de sus bienes más preciados. Lógicamente, cuando más tierras se da a un noble o a una Iglesia, más poder tiene ese noble y esa Iglesia, para levantar fuerzas a favor del rey o en su contra. Por lo cual hay que calmarles con nuevas mercedes.

Tomemos un rey que ha pasado a la historia con aspecto de enérgico, especialmente por la victoria de las Navas de Tolosa, Alfonso VIII. Pues bien, este rey en un solo año, el de 1170, concede tierras a la catedral de Sigüenza, a la de Segovia, Silos, Oña, Burgos. En lo particular, a Martín González una villa y un castillo y unos molinos «a su escanciador Marcos». En los siguientes tres meses, las Órdenes del Hospital, Templarios, Calatrava y Santiago reciben también tierras con sus siervos correspondientes. En poco más de un año, religiosos, nobles, o las simbiosis de ambos que son las Ordenes Militares, han arrebatado a la Corona material suficiente para convertirse en lo que hoy llamaríamos «grupos de presión» de eficacia indudable para sus intereses particulares y de absoluto fracaso para la Hacienda representada por la Casa real.

El «se cede», el «se confirma», el «se otorga», el «se excusa del portazgo» (u otros impuestos) se repite con asombrosa monotonía en los documentos del tiempo; casi nunca «se exige», se reclama en nombre del rey las posesiones eclesiásticas, las aristocráticas o concejiles. Habrá que llegar a los Reyes Católicos para que aparezcan las nuevas fórmulas. Naturalmente que, a veces, se trata de una especie de comisión por servicio hecho. Por ejemplo, cuando se promete a la orden de Calatrava el diezmo de lo que obtenga en sus campañas contra los moros, en realidad se aseguraba una empresa que no podían hacer las mesnadas reales solas, aun a sabiendas de que el poder real quedaría mediatizado desde entonces por la potencia de las Órdenes. Este diezmo era en los quintos reales (es decir en la parte que toca al rey y en toda la tierra que se ganare a los moros. El resultado podía ser —y a veces lo fue— casi una provincia de hoy).

Otra vez se concede a la misma Orden de Calatrava la mitad del valor de todo moro vendido como esclavo que se cautive por la Orden o en cabalgada dirigida por ella, siempre que el precio sea superior o igual a los mil maravedís (2 diciembre de 1183, desde Toledo). (GONZÁLEZ JULIO: *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*. Madrid 1959, 3 t.).

En aras del presente —enemigos musulmanes o cristianos de otros reinos— se

comprometía el futuro de la Monarquía al restarle fuerza económica y política.

Igualmente los musulmanes parecía que consideraban normal esa situación de acorralados al final de la península, quizá porque confiaban en la posible ayuda del otro lado del mar: la costa de África, de donde había salido la primera invasión y las inyecciones de energía de los almorávides, almohades y benimerines, representaba para ellos la mejor de las seguridades. Y quizá por ello se dedicaron a adornar sus casas como si fueran a vivir en ellas para siempre. Las grandes construcciones hoy tan admiradas son de ese tiempo. La última ampliación de la mezquita de Córdoba y, sobre todo, el palacio de la Alhambra de Granada y los jardines del Generalife.

Baja Edad Media en la moral. Es la época de Pedro I *el Cruel*, al que otros españoles, en una réplica muy típica, prefirieron llamar el *Justiciero*…, probablemente porque había matado a quienes ellos hubieran matado también. En la larga tradición de guerras civiles españolas, lo que se ha dado en llamar guerra entre hermanos llega a las últimas consecuencias. Pedro y Enrique son hermanos de sangre, como lo habían sido, en Barcelona, Berenguer Ramón *Cabeza de estopa* y Ramón Berenguer II, que murió estando con él en una cacería, a últimos del siglo XI. Si el fratricidio del catalán fue sospecha que creció con los años hasta terminar en la condena del rey tras el juicio de Dios, y en la marcha del culpable a Tierra Santa, donde murió, en el caso de Pedro y Enrique el desenlace fue más brutal, más público. Dice un poeta anónimo:

Riñeron los dos hermanos,
y de tal suerte riñeron
que fuera Caín el vivo
a no haberlo sido el muerto.

(La sombra de Caín que Antonio Machado oye flotar continuamente sobre tierras españolas).

En los siglos XIV y XV parece que los cristianos, ya seguros de la herencia de sus padres, intentan aprovecharse de ella y quitársela unos a otros. La poesía refleja la nueva vida. Si en la alta Edad Media destacaban los romances heroicos como el Poema del Cid, el de Fernán González, obras de tipo afirmativo, en los siglos siguientes la gente repite las coplas de sátira. Al triunfalismo ha sucedido la amargura, a la confianza en la victoria contra los moros y la certidumbre de una misión histórica, el desconcierto ante los pecados diarios,

Qué se han hecho grandes hechos,
artificios los pertrechos,
¿do las guerras de los moros?

Se lamenta Juan de Mena. Los castellanos sólo pensaban en obtener bienes como se refleja en el *Poema de Alfonso Onceno*:

… en este tiempo los señores
corrían a Castiella;
los mesquinos labradores
pasaban gran mansiella.

Los algos les tomaban
por mal y por codicia;
las tierras se yermaban
por mengua de justicia.

Los ingleses tienen un refrán que dice algo así como: Las cosas irán a peor para convertirse en mejor. Evidentemente así ocurrían en el siglo XV. La mira del poeta no es ya el lanzar a los cristianos contra los moros. La mira del poeta es demostrar, con una tenacidad casi obsesiva, la cantidad de gente de la aristocracia que presume de nobleza y es judía. El Poema del Cid ha sido sustituido por *Las coplas de Mingo Revulgo, Las coplas del Provincial*…

El poeta sabía que ese tipo de poesía gustaría a la gente del pueblo, que en cierto modo ha encontrado en la discriminación una justicia social. Los de arriba pueden ser más ricos, más elegantes, más señores, montar a caballo cuando ellos sólo pueden ir en burro. Pero… tienen sangre judía:

A ti, Fray Diego Arias, puto,
que eres y fuiste judio,
contigo no me disputo,
que tienes gran señorío;
águila, castillo y cruz,
dime de dónde te viene,
pues que tu pija capuz
nunca la tuvo ni tiene:
«El águila es de san Juan
y el castillo el de Emaús,
y en la cruz puse a Jesús
siendo yo allí capitán».

Diego Arias Dávila era el contador mayor de Enrique IV, y converso. Juan de Mena se queja de las contiendas civiles, mientras se descuida la tarea principal, como la batalla de Higueruela (1431) contra los moros.

Oh, virtuosa magnífica guerra,
en ti las querellas volverse debían
… en ti do la lanza cruel nunca yerra
ni teme la sangre verter de parientes,

revoca concordes a ti nuestras gentes,
de tales cuestiones y tanta desferra.

Resulta triste, pero cierto, que la única manera de que los cristianos, en esos siglos, dejasen de matarse unos a otros era que se pusiesen de acuerdo para matar a los musulmanes.

Las dos olas cristianas que bajan hacia el Sur van aumentando no sólo en espacio, sino en bríos, cuando llegan al final de su camino.

Y así resulta que cuando se cumplen los objetivos asignados, liberar la patria del enemigo, quedan energías para seguir luchando. La ola del Este, la catalanoaragonesa, tiene ocasión de probarlo antes. Cuando el tratado de Almizra les obstruye el paso de la Andalucía musulmana, necesitan expansionarse por otro camino y toman el del Mediterráneo oriental. Saltan a Cerdeña, Sicilia y los flecos de esa ola, los demasiado audaces, inquietos o desvergonzados para seguir en la paz, van todavía más lejos. Son los almogávares que se emplean como soldados de fortuna en Grecia para luchar contra los turcos y acaban —tras el asesinato de su jefe Roger de Flor—, combatiendo también contra los griegos y manteniendo durante años un ducado de Neopatria —Nueva patria—, a las órdenes del rey de Aragón, aunque éste los ha declarado va desertores y fuera de su dominio.

Según la crónica de Muntaner, que estuvo allí, la famosa venganza catalana tras la traición de Miguel, lleva el beneplácito del cielo. Así, al cantar el himno *Salve Regina* antes del combate contra los griegos

> *… así que se enarboló la señera, apareció sobre nosotros una nube que nos cubrió a todos de agua, arrodillados como estábamos y todo el tiempo que duró el canto de la Salve Regina; después de lo que el cielo se presentó otra vez despejado como antes era. Grande fue el gozo que esto produjo en todos.*

Parece que lo normal hubiera sido considerar un mensaje celeste el que dejara de llover mientras rezaban, pero el cronista catalán está dispuesto a aceptar cualquier signo meteorológico como favorable. Esta vez no se está luchando contra musulmanes, sino contra cristianos, aunque sean de rito ortodoxo. No importa. Dios está siempre con ellos:

> *… arremetimos todos a la vez de un golpe, y de tal modo penetramos en medio de ellos, que parecía como si todo el castillo se viniese abajo. Del mismo modo acometieron ellos vigorosamente, pero, ¿qué os diré?, por sus pecados y por nuestro buen derecho, se dejaron vencer.*

Muntaner, como el juglar del Cid, habla continuamente con los lectores: «¿Qué os

diré…? Ya podéis conocer…». Es, al mismo tiempo, el periodista y el sacerdote en el púlpito de hoy. Sigue aprovechándose de la ayuda de Dios:

> *A Dios plugo que la vanguardia enemiga quedase vencida… Dios, autor de todo bien (los griegos pensarían distinto), de tal modo nos dirigió, que fueron todos desconcertados cerca del castillo de Apro…*

La ola castellana, que tiene todavía espacio ante sí, terminará la reconquista con la toma de Granada y aún saltará a la costa frontera que, en buena geopolítica, tiene que ocuparse para evitar que de allí vuelva a salir un Tariq o un Muza. Ese trampolín es ocupado a primeros del siglo XVI. Pero, como en el caso anterior, habrá todavía otros inquietos a los que los tiempos de paz y tranquilidad no les divierte, entre otras cosas porque el caballero está hecho para guerrear y no para administrar, ni la vida de la corte es todavía lo grata que será con un Felipe III, por ejemplo. Y esos almogávares castellanos serán los que aprovecharán las asombrosas noticias de un mundo nuevo para precipitarse a poblarlo con las mismas intenciones que los movieron a guerrear contra los moros. Unas intenciones, a partes iguales (o más o menos desequilibradas según el individuo) de extender la verdadera fe y de enriquecerse lo antes posible.

LOS REYES CATÓLICOS, UNA RAZON SOCIAL

Una de las épocas más confusas de la historia española, y quizá de todas las historias, es la de la Reconquista. El estudiante, muchacho todavía, se desorienta ante el cúmulo de circunstancias geográficas e históricas. El reino de Asturias pasa a denominarse de León, y de éste nace Castilla, como hijo amantísimo que, de pronto, rompiera con su padre para reconciliarse de nuevo con él al poco tiempo. Otras veces, y por el capricho de un monarca, vuelve a dividirse lo unificado en pequeñas porciones que hay que ir reuniendo trabajosa y sangrientamente. Al Norte está Navarra, que entra y sale de esos juegos también cuando le parece, porque sus sentimientos están, además, divididos a este lado de los Pirineos y al otro. Aragón y Cataluña, que nació como condado, se convierten en un solo reino, y sólo en el XIV y XV, el problema parece simplificarse un poco. Por un lado, Aragón con Cataluña, Mallorca y Valencia; por el otro, Castilla y León con el resto, Navarra al pairo y Portugal por su lado. Como los afluentes forman el caudal del río, un día termina la dificultosa elaboración unitaria con una circunstancia «providencial», como gustan de llamarlo los historiadores. Porque hay una mujer, Isabel, que podría casarse con Fernando de Aragón y así resolver, para siempre, el problema español. Pero Isabel no es la heredera del trono, ya que su hermano Enrique IV tiene una hija, Juana.

¿Y si esa Juana no fuera hija suya? ¿Y si Enrique IV fuera impotente y la niña fuera hija de Beltrán de la Cueva? ¿Cómo iba a reinar la bastarda? Lógicamente, entonces, la corona correspondería a Isabel, su hermana. Yo no digo que fuera cierto todo ello, pero sí fue mucha suerte que así ocurriera, porque la división de España hubiera podido mantenerse mucho tiempo. La prueba es que Portugal no entró en esa combinación y no hubo después forma de incorporarla. Felipe II lo intentó cuando ya era demasiado tarde, cuando los pueblos ya sentían conciencia de su nacionalidad, y había temor de absorción por el vecino, grande y fuerte.

Por cierto que Portugal tenía las mismas intenciones unitarias, pero al revés. Su rey se casó con Juana la Beltraneja y, por tanto, se sentía con derecho a la corona de Castilla, como sucesora legítima que ésta aseguraba ser. ¿Cómo se explica que Beltrán de la Cueva, su presunto padre, combatiera en las filas de la reina en lugar de hacerlo en las de su hija?

La iniciativa portuguesa fracasa en la batalla de Toro.

Si ha habido un rey con «mala prensa» en España, ése ha sido Enrique IV. Lo de *Impotente* —que ya es precisar como apodo— es sólo uno de los insultos proferidos contra el monarca castellano. Los otros eran de amigo de judíos y moros, sucio, desaliñado y entregado al pecado nefando (lo cual, en cierto modo, podía ser un mentís al insulto primero). Pero se trataba de enaltecer a la reina Isabel que había subido al trono por procedimientos nada jurídicos.

Los últimos años de la historiografía española han llevado a alturas increíbles los

nombres de Isabel y de Fernando, cuya obra, se decía íbamos a continuar tras la guerra civil. En busca de nuevas razones para enaltecerles, se habla de un amor juvenil y romántico entre los dos. El mozo de Aragón que llega, disfrazado, a casarse con la moza de Castilla resultaba buen motivo de romances y discursos floridos. Y, sin embargo, si ha habido un matrimonio de conveniencia en el mundo ha sido el de Fernando e Isabel, que plantearon, en sus documentos prenupciales, una serie de condiciones y obligaciones recíprocas, lo más alejado de un enlace de amor ciego.

Era más bien un contrato en el que intervenían las necesidades de dos naciones —Castilla y Aragón— para formar un solo Estado en forma que podríamos llamar federal si no fuera porque ambos mantenían sus propiedades, lo que en un matrimonio de hoy se llamaría «partición de bienes»; el rey de Aragón seguía siendo Fernando (con Isabel), la reina de Castilla seguía siendo Isabel (con Fernando). El «Tanto monta, monta tanto», tantas veces repetido, no era muestra de igualdad, sino de precaución jurídica.

En cierto modo, lo que acabo de decir representa un elogio, porque los problemas eran tan ingentes que no los hubiera podido resolver un par de enamorados, sino más bien una «razón social».

Los llamados «creadores de la unidad de España» lo fueron en tanto que por unidad no se entienda lo que hoy, después de siglos de centralismo.

Había unos Estados —todos los comprendidos en los territorios de Castilla y de Aragón— unidos en la obediencia de los reyes, aunque manteniendo fueros y privilegios locales un poco a la forma del Commonwealth británico. Quedaban fuera Portugal y Navarra (hasta 1512).

Veamos algunas partes de la Concordia hecha en Segovia en 15 de enero de 1475.

> *… la Intitulación de las cartas de justicia, pregones, sellos, monedas sea común a ambos dichos señores rey y reina…pero que el nombre de dicho señor rey haya de preceder (por tratarse de hombre) y las armas de Castilla y León precedan a las de Sicilia y Aragón (por ser más importante el reino primero).*
>
> *… [y muy importante] Que los homenajes de las fortalezas de dichos reinos (Castilla y León) se hagan a la dicha señora reina como hasta ahora se ha hecho.*

Las rentas pagaban primero los gastos de cada Estado y luego los reyes se dividían el resto, pero que los contadores y tesoreros «le comuniquen a ella las rentas». Es decir, que Isabel seguía manejando su propio dinero aunque «el señor rey pueda hacer de la parte que la dicha señora le comunique (entregue) lo que quisiere».

Estipulaciones éstas que aceptarían hoy muy pocos maridos españoles. Resulta curioso que en el país donde tradicionalmente se comenta la poca libertad y el trato moruno de las mujeres haya habido reinas con tanta energía (desde doña María de Molina a doña María Cristina).

Pero la unión de Isabel y Fernando tiene, efectivamente, parte del tópico con que se la ha querido retratar. Un mayor cálculo en él, puesto de manifiesto en el elogio que le hace Maquiavelo, un mayor idealismo en ella. Pero, como en todas las caricaturas, la verdad se exagera. Isabel tendría alguna vez sentido práctico y sueños de grandeza Fernando, para que pudieran ir de acuerdo tantos años y plantear metódicamente un plan de acción política bien meditado y que les falló en muy pocas ocasiones.

Granada es un ejemplo concreto de esa habilidad. Granada no se toma, como aseguraban los antiguos libros de texto y los cuadros históricos del XIX, entre cargas de caballería y gritos de «Vivan los Reyes Católicos». Granada se toma especialmente por política. Política de equilibrio entre los nobles que todavía acuden con sus mesnadas propias al combate, y que rivalizan para ser los que más moros maten y más tierras consigan, entre otras cosas porque saben que éstas serán luego para ellos como premio. El gran latifundio andaluz, todavía vigente, se debe en gran parte a las concesiones de los Reyes Católicos a quienes les ganaban batallas. Eso había ocurrido en toda la Edad Media, pero lo que era nuevo es el disputarse el favor real. En la nueva línea renacentista el señor feudal se irá convirtiendo, a pesar de sus muchas bravatas y ruidos de armas, en un cortesano. Ya empieza a creer que es importante ser el primero en besar la mano del rey y en estar en su gracia. Cuando abandone su castillo para trasladarse definitivamente a la corte, habrá terminado con su papel de mando en la historia.

La política se observa también en el trato con el enemigo. Cuando capturan a Boabdil llamado *el Chico*, lo lógico, según las costumbres medievales, era retenerle a cambio de un rescate. Los consejeros del rey le convencen fácilmente de que es mejor devolverle a Granada, para que en la lucha interna con su tío el Zagal, produzca división y así caiga más fácilmente el último territorio. La frase atribuida al rey, «yo arrancaré uno a uno los granos de esa Granada», en vez de ser altisonante es muestra de una astucia muy renacentista. Se guerreaba sólo cuando hacía falta, se manipulaba al enemigo en los demás casos.

Por ello, contra la opinión general, no hay ningún sentido triunfalista en la rendición de Granada. Es un contrato más, como tantos que ha habido a lo largo de la Reconquista. Unos pierden y otros ganan, pero la convivencia sigue. Por ejemplo…

… a los moros «les dejarán y mandarán dejar en sus casas y haciendas y bienes muebles o raíces ahora y en todo tiempo para siempre jamás sin que les sea hecho mal ni daño ni desaguisado alguno contra Justicia ni les sea tomado cosa alguna de lo suyo. Antes serán de sus altezas y de sus gentes honrados y bien tratados, como servidores y vasallos suyos…». En el apartado 4… dejarán vivir al dicho rey y a todos sus súbditos anteriores «e estar en su ley y no les mandarán quitar sus algimas e zumaas y torres de los dichos almuédanos… para que llamen a sus azalaes… y serán juzgados por ley sarracena… y les guardarán y mandarán guardar sus buenos usos y costumbres». Igualmente podían vender libremente lo que tuvieren y marcharse «con

todas sus haciendas y mercaderías y joyas y oro y plata» durante tres años. «Los cristianos» no podían entrar en casa de oración de dichos moros sin licencia de los alfaquíes (sacerdotes) y que si entrare fuera castigado por sus altezas… «igualmente si un cristiano entrare por fuerza en casa de moros».

… los impuestos son los mismos que antes, aunque el destinatario sea distinto. Y algo más asombroso todavía, el perdón a los renegados: «Si algún cristiano se hubiera tornado moro en tiempos pasados, ninguna persona sea osada de los abandonar ni cosa alguna» ni, naturalmente, «que se haga fuerza a ningún moro a que se torne cristiano»; que si hay pleito entre cristiano y moro «se juzgue con juez moro y juez cristiano».

Asombrosa y maravillosa tolerancia, la misma que había recogido durante toda la Edad Media a pesar de algunos embates de celosos almorávides o frailes, por una parte u otra. En el fondo seguían a Tomás de Aquino: «Hay ciertos infieles que jamás recibieron la fe… y estos tales en manera alguna deben ser compelidos para que lo crean, puesto que el creer es de la voluntad; sin embargo, los fieles deben obligarles, si tienen voluntad para ello, a que no impidan la fe ya con las blasfemias, ya por malas persuasiones y abiertas persecuciones». (*Summa Teológica*.).

Esa tolerancia cambiará de golpe. En el mismo año de 1492 en que se toma Granada se expulsa a los judíos. Los mismos reyes que protegían el culto de Mahoma se niegan a admitir el de Jehová. Un grupo, una minoría de las que había compartido los tiempos de la Reconquista con la mayoría cristiana y en unión de otra minoría, la musulmana, es de pronto expulsada del suelo español que, durante generaciones, habían tenido como suyo.

Las razones que se dan son éstas. El pueblo judío no es peligroso en lo que tiene de religión distinta, sino en que procura la conversión de los cristianos.

> *Bien sabéis o deberíais saber* (dicen los reyes en el edicto famoso) *que porque Nos fuimos informados que en estos nuestros reinos había algunos malos cristianos que judaizaban y apostataban de nuestra santa fe católica, de lo cual era mucha causa de comunicación de los judíos con los cristianos… en 1480 mandamos apartar a los judíos en todas las ciudades… y lugares de nuestros reinos… en las juderías y lugares apartados.*

Recuerdan los reyes que impusieron la Inquisición que encontró a muchos «culpantes» pero que, con ello, no se ha podido evitar que los judíos intenten atraer a los cristianos a su «dañada creencia y opinión». El contagio es inminente y el remedio tiene que ser drástico:

> *Por ende, Nos con el consejo y parecer de algunos prelados y grandes y caballeros de nuestros Reinos y otras personas de ciencia y conciencia de*

nuestro Consejo… acordamos de mandar salir todos los dichos judíos y judías de nuestros reinos y que jamás tornen ni vuelvan en ellos… hasta fin del mes de julio primero… salgan todos así grandes como pequeños de cualquier edad que sean. Y que no sean osados de tornar… so pena de muerte y confiscación de todos sus bienes.

Luego daban el seguro de protección para que en este tiempo pudieran enajenar los bienes muebles y raíces sin que nadie pudiera hacerles daño. Y que igualmente podían sacar bienes y haciendas por mar y por tierra…, con una pequeña salvedad que siempre han tenido todos los Estados: ni «oro ni plata ni moneda amonedada».

Los judíos habían colaborado, vivido, alternado en la vida diaria de dos civilizaciones, empleando en ambas los mismos sistemas de vida; si judíos eran los administradores de los reyes cristianos, judíos eran asimismo los de los emires musulmanes. Y físicos y filósofos. Cuando salieron de país cristiano fueron en su mayoría adonde estaban los otros con quienes habían vivido anteriormente. Pocos pasaron a Francia, a Italia, a los Países Bajos. La mayoría fue al norte de África, a Turquía, a Grecia (entonces y muchos años más) musulmana. La impresión de ciudad medieval que dan todavía hoy las ciudades árabes en sus barrios populares, se acrecienta con la estancia entre ellos de los judíos conviviendo durante siglos. Tuvo que llegar la constitución del Estado de Israel para que la actitud de la inmensa mayoría de los dirigentes musulmanes cambiara; no hubo edicto especial de expulsión contra ellos, pero las medidas tomadas, desde las administrativas —cuentas corrientes bloqueadas, prohibición de sacar capitales— hasta la persecución callejera, el «pogrom», les indicaron el camino a seguir. Hay un par de excepciones curiosas en esa persecución: Túnez, Marruecos. En este último país los judíos son protegidos de las iras populares por el mismo rey, exactamente igual que ocurría en la Edad Media española. Me dijeron en Tánger que pegar a un judío era mucho más peligroso, desde el punto de vista penal, que pegar a otro marroquí. La autoridad protege a quienes le proporcionan servicios administrativos, y la lejanía de Israel amortigua la natural inclinación antisemita.

En el mundo judío el sefardí, el procedente de Sefarad, el Occidente, fue siempre un judío de clase comparado con el asquenazi, procedente del Este europeo. Orgulloso de su tradición cultural, Averroes trató siempre con despego al campesino de la estepa.

Todos los que hemos viajado hemos topado, alguna vez, con un acento español, difícil de localizar al principio. El castellano del siglo XV con su «buena ventura que tengás», «buena compañera que topés», hablando de «galán» y de «donzella», mantenido maravillosamente porque se quedó, como en una concha, rodeado de turco, griego o egipcio que estaba demasiado lejano de su raíz para perjudicarle, mientras en España el lenguaje evolucionaba por causas naturales y por agentes exteriores como el francés y el italiano y, ahora, el inglés.

Cuando se habla de expulsión de los judíos se usa, como es costumbre en la historia de España, una fórmula tan enfática como inexacta. No se expulsó a un pueblo, sino a un concepto religioso. Las medidas raciales de los últimos años han contribuido a confundir el problema, comparando esa expulsión con la del Tercer Reich, por ejemplo. Hitler intentó acabar con una raza, y todos los perseguidos lo fueron por tener abuelos de sangre judía y nombres judaicos.

Los Reyes Católicos expulsaron una idea religiosa, no a un pueblo, porque, de haberlo hecho así, tendrían que haber empezado por echar a su tesorero Santángel, y a su Inquisidor, Torquemada, ambos de sangre hebraica, pero cuyos antepasados se habían convertido.

Era tal la preocupación más religiosa que racial con que se veía ese asunto que, cuando los reyes se enteran de que algunos desterrados quieren convertirse y volver a España mandan que se les dé toda clase de facilidades, «porque les ha iluminado el Espíritu Santo» y prohibirán, por otros decretos que nadie se burle o les ofenda llamándoles «tornadizos». Pero, por otro lado, se advierte que esa conversión tiene que hacerse antes de que vuelvan. Y al judío que se encuentra dentro del territorio nacional, aunque diga que venía a convertirse, sea condenado a muerte (dramática prueba de la dureza de una reina de quien ahora se celebra el proceso de *beatificación*).

Los Reyes Católicos no echaron a un pueblo que en gran parte se hizo cristiano, pero le quitaron la cohesión que procedía de su espíritu religioso, «distinto» del resto de los españoles, y, al desintegrarlo, le despojaron de su fuerza política. La minoría se fundió en la mayoría, especialmente en la mayoría de gente noble con el clásico enlace de aristócrata pobre con gente llana —aquí judío— rica. Y de ahí procede el curioso orgullo del hombre del campo que quedaba sin Mancilla.

Por la gracia de Dios, Juan
eres de sangre limpia
más que el sol, pero villana.

El «cristiano nuevo», por el contrario, ha entrado en la vida de la sociedad; al principio se pudo seguir la procedencia y recordar que la vanidad de Fulano o Zutano no tenía nada que ver con la nariz ganchuda de su abuela, que trajo una fuerte dote para reparar los viejos castillos que se caían por falta de numerario. Eso, poco a poco, fue diluyéndose con el tiempo y hoy, con la excepción de las islas Baleares donde, por circunstancias especiales, se mantuvo la minoría aislada y conocida con el nombre de «chueta», la raza se sumergió totalmente en muchos apellidos españoles. Habrá pocos españoles que no tengamos algo de sangre judía. Habrá poquísimos, si hay algunos, que tengan mucha. Que es probablemente lo que querían los Reyes Católicos. El judío convertido y entrado en una familia cristiana les tenía sin cuidado. Lo que les preocupaba era el judío con el judío, no tanto como decían probablemente

porque temían su influencia sobre los cristianos —el judío es poco proselitista por naturaleza y el mundo hostil del que generalmente está rodeado, el mundo de los «gentiles», no era terreno propicio en que desarrollar su labor misional—, sino porque era una «minoría» incrustada en la sociedad española del tiempo. Una minoría que estaba en desacuerdo con lo más importante que tenían los españoles de entonces, la religión. Una minoría que podía ayudar a una nueva invasión —árabe o de quien fuera, como ya había hecho en el pasado— porque, sencillamente, no estaba identificada con el sentido religioso de sus compatriotas. Una quinta columna en suma.

Resulta, hoy, difícil ponerse en su caso. La religión era entonces parte consustancial de la vida diaria, no un elemento ético o de conciencia. Lo más parecido a la seguridad del español de entonces de que sólo se podía ser católico, es la seguridad del anglosajón de hoy de que sólo se puede ser demócrata. Y de la misma manera que el liberal de hoy acepta todas las ideas, porque, en principio, todas las ideas son respetables, pero lucha con las armas contra un Hitler o un Mussolini como ataca al partido comunista o a las Panteras Negras, porque el triunfo de esos grupos equivaldría al final de esa misma democracia, igualmente parecía incomprensible al español de últimos del siglo XV que hubiera quien pudiera creer en otro Dios que el que murió en la cruz.

Había empezado la seguridad de que España era el pueblo elegido. Nadie mejor que Isabel y Fernando sabían las complicadas sendas con que habían conseguido llegar a unir los reinos españoles, de cómo aquel rompecabezas de unos años antes había ido ajustándose. Granada fue una consagración al ser el último reducto de Mahoma en la península. Era evidente que Dios estaba con ellos, era evidente que Dios había escogido al pueblo ibérico para que fuese su brazo secular.

La incorporación del judío reforzó ese criterio. Américo Castro recuerda las concomitancias del pensamiento imperial español con el del pensamiento imperial judío. Cuando unos años después sobrevenga Lepanto, Fernando de Herrera hablará del pueblo elegido que humilla la frente del faraón.

Puede haber otra razón para la intolerancia que mostrara España a partir de entonces. Los que ocupan puestos de responsabilidad y son acusados de conversos pondrán más celo que los demás para mostrar su catolicismo. Así se habla de la ascendencia hebrea del más feroz de los inquisidores: Lucero, el de Córdoba.

Un asombroso resultado de la expulsión de los judíos fue que se enturbiaron las cosas de forma prácticamente imposible de resolver. Mientras la minoría se mantuvo aislada, vigilada, observada, mientras fuera imposible a nadie negar que era judío, la Iglesia no tuvo mayor problema que evitar el proselitismo. Pero cuando la conversión se hizo obligatoria para los que se quedaban, la sospecha entró en la conciencia de los dignatarios de la Iglesia. ¿Cuántos habían entrado en la religión católica por miedo y seguían sus prácticas religiosas antiguas bajo cuerda? Cuando el cardenal Mendoza y Bobadilla escribe su *Tizón de la nobleza española* denunciando a cuantos tenían

sangre hebrea entre los aristócratas, hubo más de un desafío, pero el temor siguió. La gente miraba alrededor buscando sangre hebrea, pensamientos hebreos.

Y la fama cundió en el extranjero. En Italia y en Nápoles se cantaba

Il Papa é papa, e voi siete marrarii
cattolici bastardi, abrei leggitimi

(Marrano quizá del árabe, *mahran*: cosa prohibida, el cerdo) recuerda Di Tocco. El intento de cortar de raíz una enfermedad había servido para todo lo contrario. Todos los españoles son sospechosos con excepción de los labradores, gremio al que nunca se aplica el judío del tiempo, mientras «el cristiano nuevo», el converso, es satirizado. Por eso nace, en el espíritu del más pobre de los españoles, el sentido del orgullo que no comprende quien llega a verle en su asombrosa miseria y cargas con que tiene que vivir. Es su limpieza de sangre; no es mezcla de judío o de moro.

Los historiadores se han dividido, como los españoles acostumbran, en campos irreductibles.

Para los conservadores la expulsión de los judíos fue una maravillosa acción que robusteció la fe y expulsó un cuerpo extraño. Para los liberales fue una acción de la España negra que pagamos con el retraso posterior en la economía y en la cultura en general.

Cualquier hombre de hoy tiene que considerar una monstruosidad humana y jurídica el hecho de expulsar a un grupo étnico o religioso que lleva siglos en un país, sólo porque sus ideas no coinciden con las del Gobierno. Y, sin embargo, a la luz de la llamada razón de Estado, evidentemente la expulsión de los judíos tuvo un efecto *práctico* en el porvenir de España.

Hay que imaginar lo que habría sido, teniendo en cuenta el estado anímico de los españoles, siempre en guerra uno con otro, la existencia de una minoría enclavada en la península, a la que poder acusar de los males que hay en el país y hacerles pagar por ellos. Conociéndonos, podemos imaginar que la existencia de los judíos en este país habría producido persecuciones populares, más o menos animadas —como en Rusia— desde lo alto. Si en la razonable Francia el proceso Dreyfus llevó, casi, a la guerra civil, ¿qué habría sucedido en caso parecido, en la península Ibérica? La colectividad judía en nuestro país hubiera sido tan industriosa como en otros y, por tanto, capaz de acumular las riquezas que irritan al pobre. Cualquier demagogo podía haber sacado de esa situación un partido político que denunciara al pueblo hebreo como causante de todos los daños, cosa nada difícil en un lugar donde los niños de antes del Concilio Vaticano II, golpeaban —lo he hecho yo— furiosamente en el suelo de las Iglesias el día de Viernes Santo; era lo que llamábamos amablemente «matar judíos». Una forma simbólica que cualquier líder malintencionado hubiera podido convertir en auténtica, como lo probó un tal Adolfo Hitler.

En ese aspecto, la dura y áspera España fue mucho más civilizada que la cultísima

Alemania de siglos después. Los judíos, reacios a convertirse a la «verdadera» religión —porque también tenían otra «verdadera»— fueron obligados a marcharse y a dejar sus casas. Fue barbarie, pero no fue genocidio, y la razón estriba en que todavía quedaba en nuestras mentes el espíritu de tolerancia que había presidido durante toda la Edad Media. Si la expulsión de los judíos hubiera ocurrido más tarde, cuando España se había inflado de espíritu totalitario religiosamente hablando —espíritu totalitario, intolerancia que Américo Castro sostiene procedía precisamente de esos judíos intelectuales que se quedaron, convirtiéndose, o de sus hijos—, es muy posible que la expulsión se hubiera transformado en asesinato general.

La evolución del espíritu español en este sentido se nota en la expulsión de la otra minoría: la de los moriscos. Aquella amplitud con que los Reyes Católicos prometieron permitirles sus rezos, había cambiado a lo largo del siglo XVI y, naturalmente, la sublevación de los moriscos de la Alpujarra en 1568 no contribuyó en nada a mejorar su fama.

La escalada de medidas contra los musulmanes había nacido casi inmediatamente con la conquista de Granada y en contra de los convenios que habían firmado solemnemente los Reyes Católicos, y la intolerancia creciente fue encontrando resistencias cada vez mayores.

1502. Pragmática para abandonar España o convertirse al cristianismo. La mayoría, que habían optado ya por quedarse, fingieron convertirse, apoyados en una fórmula de su religión que permitía esa falsa apostasía para librarse de un mal grave y que se llama «taquia» o reserva. Doña Juana, más tarde, les da un plazo de seis años para dejar sus trajes y, en 1525, se les conminó a no salir de su lugar de residencia habitual, trabajar en días festivos cristianos, ni llamar a la oración. Tenían que llevar una media luna de paño azul del tamaño de media naranja en el sombrero, emparentándolos así en la infamia con los judíos en la Edad Media… Esas medidas se retrasaron entre sus protestas y la natural dejadez de las autoridades españolas; pero, en 1566, se reunió en Madrid una Junta y se les prohibió tajantemente el uso de la lengua árabe, trajes, baños y toda clase de costumbres musulmanas. Esto provocó la sublevación morisca de las Alpujarras en la Navidad de 1568, sofocada duramente.

… Había, evidentemente, temor a la quinta columna que podía ayudar eficazmente a unos musulmanes externos que, por aquel entonces, asaltaban continuamente las costas españolas. Dice un procurador en Cortes en 1558:

> *… por todas partes estos reinos están cercados de enemigos, y fuera desto otro gran mal: dentro de España hay más de trescientos mil enemigos porque en el reino de Valencia hay más de ciento veinte mil moros… Si todos éstos, por nuestros pecados, diesen un estallido, con favor que tuviesen en la mar de turcos y moros y se ayuntasen con otros muy malos vecinos que estos reinos tienen que también son enemigos, vea V. S. con qué armas nos defenderíamos de tantos enemigos (Cortes de Castilla, 1556-8; IX, 28-9).*

Era sobre todo otra minoría enquistada, apartada de los demás. «No dejaban de pagar gabelas o impuestos… todos tenían oficio o se ocupaban de algo; no había mendigos entre ellos».

Se planteaba el problema idéntico de los judíos en tantos países: Viven entre ellos, al margen de la sociedad que les da asilo. O «vivimos de esta manera porque nos aislan los demás…».

El arco de la «limpieza» religiosa efectuada en España va desde 1492 a 1609. En el intervalo, la Inquisición actuará además contra un elemento nuevo, susceptible de romper la unidad religiosa: el protestantismo. La Inquisición procede con asombrosa eficacia. Los libros son vigilados, los herejes convertidos hacen penitencia, los que se niegan van a la hoguera. En estos años España, determinada a seguir una única religión, lo consigue eficazmente. Resultado positivo: la ausencia de las guerras de religión que ensangrentaban gran parte de la Europa continental —Gran Bretaña se salva porque es igual de rígida en el anglicanismo que el español en su catolicismo y manda a la hoguera a sus enemigos—, y una unión total del pueblo con un rey, puesto allí por Dios. La comunidad de fe logra incluso pasar las barreras regionales. Con acento catalán, gallego o andaluz, la unción con que se acercan los hombres a la Iglesia y veneran a Cristo, y especialmente a la Virgen María en sus distintas denominaciones, es factor de unidad.

El resultado negativo es grave. Al hacerse adelantada del catolicismo, al fundir su suerte con la del catolicismo, España hará muchas guerras innecesarias y perderá muchos territorios que no habría perdido. En el interior, la existencia de una sola religión permite el relajamiento de gran parte del sacerdocio que no necesita dar gran ejemplo para que sus feligreses no se vayan a otro templo, ya que éste no existe.

Y algo más grave: la ciencia aplicada, la técnica, estaban en manos de los judíos y cuando sobreviene la expulsión ocurre que esas actividades son puestas en tela de juicio. Quien se dedique a ellas es sospechoso de judaizante. Y ésta es la razón de que la cultura española entre en un colapso que durará doscientos años, aunque la literatura y el arte se mantengan en estado creciente en el llamado Siglo de Oro. La Inquisición no es la responsable de ese estado de cosas, porque con la Inquisición triunfó Lope de Vega y Cervantes y Calderón, Murillo, el Greco y Velázquez. Lo único que en este aspecto consiguió fue abolir el desnudo. En la misma época en que Tiziano y el Veronés se extasían ante carnes de color membrillo, los pintores españoles se limitan a las áridas siluetas cubiertas, incluso en el caso de las Magdalenas convenientemente pintadas *después* del arrepentimiento.

Si los moros labraban la tierra, los hidalgos no pueden hacer lo mismo. Si los judíos estudiaban y aplicaban la ciencia, los cristianos viejos tienen que abstenerse de estas empresas. El país no se hunde porque, «gracias a Dios que protege a España», ahí está el oro de las Indias para subvenir a las necesidades. Empleémoslo, pues, para hacer triunfar la religión en todas las partes del mundo. Somos el pueblo elegido.

Los caracteres de esa limpieza de sangre, hoy difícil de creer, perviven en lo

eclesiástico y en lo militar. Cuando esto se une con una de las instituciones que, lógicamente, miran más hacia atrás, la nobleza, permiten que llegue hasta nosotros el recuerdo de los requisitos obligatorios para entrar en el club más exclusivo: el de las Órdenes militares, nacidas en la segunda mitad del siglo XII.

Para ser de Calatrava había que ser noble o hidalgo a fuero de España por los cuatro primeros apellidos. Hijo legítimo. Limpieza de sangre judía, mora, hereje o villana. Que los padres y abuelos no hubiesen ejercido oficio tenido por vil (carpintero, por ejemplo, a pesar de san José). Para la orden de Alcántara, los mismos requisitos. Había un matiz diferente en el ingreso en la de Santiago. El primero y los cuatro primeros apellidos subsistían, pero se podía ser de generación natural además de legítima (como Juan de Austria, por ejemplo), pero no bastarda. La sangre tenía que seguir limpia de mora, judía o —precisión— conversa. Esa condición se hacía más difícil en el último apartado por el que no se dejaba entrar a quien tuviera en cuarto grado antepasado penitenciado por la Inquisición y, por fin, no mencionaba el oficio de los padres o abuelos, pero sí el que hubiera ejercido el candidato. En esa Orden ingresó Velázquez que, al parecer, no pudo probar la hidalguía del cuarto apellido, detalle que se olvidó al incoarle expediente a instancias de su más ilustre modelo, el rey Felipe IV.

La de Montesa (del XIV) era la más fácil, hablando relativamente. Sus condiciones eran las mismas que en Calatrava y Alcántara pero del tercer y cuarto apellido sólo había que probar la limpieza de sangre pero no el lustre, es decir, la hidalguía.

Mas lo fabuloso no es que un grupo aristócrata quiera ser distinto de los demás. Siempre ha habido, siempre habrá, «clubs» exclusivos que exigen determinadas características a sus socios y cierran sus puertas a quienes no pueden ofrecerlas. Lo asombroso, en el caso español, es que esa limpieza de sangre cubre a toda la sociedad, y que lo mismo presume de falto de judío o moro en su ascendencia el noble como el artesano y el campesino. Baste decir que, a mediados del siglo XVI, los gremios —lo que hoy llamaríamos sindicatos— empiezan a exigir que sus miembros prueben esa limpieza de sangre.

De ahí nace el orgullo español que llega al más humilde de nuestros conciudadanos y que tan mal se compagina con la pobreza, mejor la miseria, que ha sido, durante tantos años, compañera del hispánico modesto. Pero este hispánico modesto tenía por debajo de él al «contaminado», con los «genes» musulmanes y hebreos. Especialmente de estos últimos que, gracias a matrimonios de interés, como hemos visto, se han introducido en las familias con rancio abolengo y pocas posibilidades económicas. Un noble está muy por encima de un campesino en la España del XVI. Si Don Quijote va a caballo, Sancho Panza va en un asno, las ropas son distintas, como distinta es su comida. «No comas ajos ni cebollas porque no saquen por el olor tu villanía», es uno de los consejos que recibe el futuro gobernador de la ínsula Barataria de su amo. Incluso cuando muera por delito grave, el aristócrata tiene derecho a una muerte distinta: la decapitación en vez de la horca.

Pero, con todo eso, el mismo Sancho Panza, que no se sienta a comer con su amo si éste no se lo ordena taxativamente, no se considera inferior a nadie cuando se trata de su raza y religión. Porque es cristiano viejo y «no se dejaría empreñar por el rey mismo».

LA ASOMBROSA AVENTURA DE COLÓN

Todo es milagroso en este final de siglo XV para España. He aquí que un hombre de origen desconocido llega a la corte de los Reyes Católicos. Se decía genovés, pero cuando escribía en italiano lo hacía con castellanismos y con portuguesismos, lo que indica que si lo fue, no había vuelto en muchos años a su patria. Ese hombre, ya de cabello cano, ofrece a los reyes una oportunidad de descubrir nuevas tierras en el camino hacia Cipango, Japón, y ponerlas bajo su dominio. Conociendo las debilidades de ambos monarcas, recuerda a la reina lo que se puede conseguir en cuanto a la conversión de infieles a la santa fe católica, y a Fernando lo que puede ganar con el oro y las especias que tiene que encontrar en su viaje. Hasta aquí, todo normal. Era una oferta de las que los reyes recibían continuamente, como hoy se ofrecen a los Gobiernos nuevos inventos que les harán vencer a sus enemigos.

Pero lo asombroso es que ese aventurero de quien nadie sabe nada, pide, en recompensa de sus servicios, el título de Gran Almirante del Mar Océano y una parte real del botín que se conquiste. Para la sociedad del tiempo, más grave aparece la primera demanda que la segunda. El título de almirante era de los más preciados de la corte, y los que lo habían llevado pertenecían a las mejores familias, concepto que era importante, casi urgente, a la hora de alcanzar dignidades. La aristocracia nacida de las guerras contra los moros estaba ya jerarquizada; todavía valía la espada —los nobles luchaban personalmente ante sus reyes en la conquista de Granada—, pero ya empezaba a valer, tanto como la acción valerosa, el pergamino. Ser hijo de alguien sustituía a ser padre de la propia obra. ¿Cómo iban los reyes a dar a un desconocido tal garantía?

Alguien ha asegurado que Santángel, el tesorero de Fernando de Aragón, de origen judío como casi todos los encargados de las finanzas en el siglo XV, resolvió el problema desde un punto de vista cínico.

—Alteza —advirtió a Fernando—. O ese hombre dice la verdad o no la dice. Si es cierto que puede encontrar esas tierras y esos tesoros, vale la pena darle lo que pide. Si no, ¿qué perdemos en prometérselo?

Parece difícil que unos monarcas de entonces aceptaran ese arreglo, sabiendo que con ello insultaban a sus nobles al anteponerles, aunque fuera en promesa condicionada, un desconocido. Un desconocido que, además, se negaba a explicar a los sabios que le examinaban por qué estaba tan seguro de hallar las nuevas tierras. A los ojos de cualquier persona sensata las pretensiones del genovés eran manicomiales. Ofrecía sin probar, prometía sin garantizar y pedía ayuda en barcos y hombres para esa empresa de la que nadie más que él sabía nada.

Y los reyes se la entregaron. Los historiadores hispanos han lanzado las campanas al vuelo ante esa muestra de adivinación por parte de los reyes, especialmente de ella, que ofreció sus joyas —joyas tan famosas en la leyenda hispánica como la camisa del

cerco— para que se iniciara la expedición.

La explicación, probablemente, es otra. Lo que Colón no quiso contar a los sabios del Consejo se lo comunicó reservadamente a los reyes ante su natural reluctancia. Fernando especialmente no era hombre que se conformara con vaguedades y sueños, y ante una resistencia que duraba siete años, Colón ofreció su secreto. El secreto, sencillamente, era que él sabía que existían esas tierras porque había estado allí en una expedición anterior y de la cual era el único superviviente.

(La historia del Colón anterior a su llegada a España, debió de ser impresionante).

La prueba está en la redacción de las Capitulaciones de Santa Fe, un contrato que hoy llamaríamos comercial y en el que se establece: «Las cosas suplicadas y que Vuestras Altezas dan y otorgan a don Cristóbal de Colón en alguna satisfacción de lo que ha descubierto en las mares oceanas y del viaje que ahora, con el ayuda de Dios, ha de hacer por ellas en servicio de Vuestras Altezas».

«Ha descubierto». Había, pues, una prueba concreta que Colón daba a los reyes a cambio de una ayuda. Siete años había durado el forcejeo entre el navegante y los reyes. Durante esos siete años el poseedor del secreto se había negado a revelarlo por temor lógico de que le robaran la idea, y quiso sacar el permiso sin entregarlo. Pero con la misma tenacidad, la otra parte contratante se negó a dar mucho por nada. Cuando Colón se decidió, todo fue fácil. Las capitulaciones son del 17 de abril de 1492, y el 12 de octubre del mismo año, Rodrigo de Triana grita «Tierra». La velocidad, increíble para el tiempo, con que se aprestaron las carabelas o naos, se buscó tripulación y se lanzaron a la mar, indica tanto el tesón de Cristóbal Colón, como las órdenes concretas y precisas de los reyes. Cuando los barcos estuvieron en el océano siguieron un camino preciso a través de las olas, el mismo que han seguido después centenares de barcos movidos a vela.

Las dificultades que encontraron en el mar de los Sargazos, por ejemplo, estaban previstas. A Colón no le sostenía, como ha dado en decir una historiografía providencialista, la seguridad en sus destinos y su fe en el futuro. Lo que le llevaba sin vacilación era el conocimiento de una ruta ya seguida. «He encontrado lo que buscaba», dijo al volver, bautizando con un nombre falso a todo un continente, nombre que se ha mantenido a pesar de todos los pesares —indios de la India, indios americanos— porque los había nombrado así el más famoso de los navegantes del mundo. Colón se equivocó de país pero no de sitio. Estaba donde él sabía que iba a estar.

UN IDIOMA LLEGA A LA MAYORIA DE EDAD

En 1492, y aparte las efemérides famosas —Granada, expulsión de los judíos, descubrimiento de América—, es el año de otro acontecimiento de importancia. Por vez primera se imprime una *Gramática de la lengua castellana* debida a Nebrija, es decir, por vez primera ese habla vulgar, hasta entonces considerada con cierto desprecio por los intelectuales del tiempo para los que no existe otra lengua seria y digna que el latín, llega a la mayoría de edad, y, al mismo tiempo que el país, alcanza su madurez nacional. Y de la misma manera que el Estado español, con pocas diferencias, es hoy en extensión lo que fue a principios del XVI, igualmente la lengua forjada entonces, es, básicamente, la misma que hoy se emplea con la denominación de española.

El camino que recorrió el idioma para afianzarse fue casi tan complicado como el seguido por la unidad de los Estados. El latín era la base principal, la madre, pero las hijas adquirían una cierta independencia. Una misma palabra tomaba dos formas. Una, la erudita, la más cercana a la fuente; otra, más libre y desvergonzada, ante la que los latinistas fruncían el ceño considerándola espuria, pero que al pueblo le encantaba y adoptaba con mayor ilusión.

Por ejemplo, los latinistas decían «frígido», pero los de la calle decían «frío», que resultaba más fácil. Como «entero» mejor que «íntegro», hasta que al final decidieron quedarse con las dos modalidades, dándoles sencillamente un matiz distinto, íntegro se quedó en lo moral, entero para lo físico.

Pero, a veces las palabras derivadas se iban por rutas distintas. *Laico* y *lego* es básicamente lo mismo, pero el pueblo lo diferencia. Igualmente *Concilio* y *Consejo, radio* y *rayo, cátedra y cadera*. Otras veces lo popular simplifica el término. El *Schisma*, latino dio el *cisma* que todavía nos suena a tremenda división de la Iglesia, pero el pueblo, además, le sacó *chisme*. Y si el doctor habla de *coágulo* de sangre, el campesino menciona el *cuajo* de la leche para hacer queso. *Clamare*, de *clamar* en el desierto. Por ejemplo: ¿Y por qué no usar *llamar* por hacerlo en una puerta, sencillamente? Un hombre es tan *delicado* que da en *delgado*. Un caballo *famélicus* o hambriento da en *jamelgo* que normalmente está en esa situación. *Litigar* es luchar ante un tribunal, pero también puede dar *lidiar* a un toro. Los finos dicen *masticar*, los palurdos *mascar*. Un *minuto* es algo corto y pequeño, lo *menudo* en fin. Un *pólipo* en la garganta es un *pulpo* en el mar. La *plaga* de Egipto puede ser en la piel sólo una *llaga*. Un *rugido* de león puede transformarse simplemente en *ruido. Vigilar* da *velar*. La *vagina* da *vaina*. A veces el pueblo prefiere la lógica a la semántica y el vocablo *vagabundo* para uno que recorre la tierra se transforma fácilmente en *vagamundo*.

Duplicando y aun triplicando las palabras derivadas de un mismo tronco, creció vigorosamente el español de su árbol latino. Pero, al compás de su agitada historia política, enriqueció o transformó ese vocabulario con la incorporación de otras

lenguas que tuvieron que ver en nuestra historia pasada.

La influencia germánica dio *guerra; robar, ganar*, tierras se hacía mediante *espía*, o cubiertos la cabeza *con yelmo* y las manos con *guantes*, el caballo ataviado con *brida, estribo*.

Lo más importante, naturalmente, es la incorporación árabe. Al compás de la invasión militar surgió la de las palabras que, casi ocho siglos de convivencia, afincaron en nuestra forma de hablar. La influencia árabe es curiosa porque siendo masiva de vocablos —se calculan más de cuatro mil incorporadas al lenguaje— no dio, en cambio, un solo fonema. La diferencia básica de la estructura con el latín hizo imposible que construyéramos nuestras palabras en árabe, con algunas excepciones como la del sufijo en i, *baladí*; sería imposible, en cambio, referirnos hoy a innumerables actividades de la vida diaria sin usar nombres árabes.

Fulano y *Mengano* viven en el *arrabal* de una *aldea*; los *albañiles* usando andamios construyeron la *azotea* con *azulejos*. Las *alcobas* están separadas por *tabiques* y en ellas hay *almohadas* y *alfombras*. Cuando se encuentran con el *alcalde* de *Medina*, de *Alcolea*, de *Alcalá* sienten *alborozo* mientras éste no les aplique la tarifa del *arancel* por guardar en el *almacén* lo que no ha pasado la *aduana*, amenazándoles con el *alguacil*, que puede meterles en la *mazmorra*. Sus hijos van a la escuela donde aprenden *guarismos*. En los jardines tienen *jazmines, azucenas, alhelíes*; hay así *carmesí, azul* en los *arriates*. Comen *arrope, azúcar, albóndigas, arroz, almíbar*. Juegan al *ajedrez*, pero si son *tahúres* prefieren el juego de azar (*azahr* es dado). Visten con *albornoces*, calzan *babuchas*. Cuando tienen que ir a la guerra vigila el *atalaya* desde la *almena* del *alcázar* o salen empuñando el *alfanje*, con *flechas* en el *aljaba* guiados por el *alférez*. Las *acémilas* llevan las *albardas* cargadas de *alcachofas, algarrobas, zanahorias, berenjenas, alfalfa* para ellos y sus cabalgaduras.

Las han cosechado en la *alquería* ayudados por la *noria* que saca el agua de la *acequia* para llenar el *aljibe*.

En su expedición cruzan el *Guad* o río que se denomina con sus características. Guadalquivir, el río grande, Guadalajara —río de piedras—. Otras veces se une el árabe y el latín como Guadalupe; río del lobo.

De América recién descubierta llega un *huracán* de voces: *cacique* que dará nombre a un sistema político, *tomate, chocolate, petaca, petate*.

Quien quisiera hablar sin usar las voces griegas llegadas al español directamente o a través del latín, encontraría dificultades si se tratara de un espíritu refinado. Porque no podría mencionar *sinfonía* en la *música*, ni los *coros; poesía*, ni *filosofía*. No podría tener *ideas* ni *fantasía*. Le sería imposible acudir al *teatro* a ver en la *escena*, la *tragedia*, la *comedia* ni ir a la *escuela* ni sentir afición por la *pedagogía*.

En su negativa a lo espiritual no podría tampoco ir a la *basílica* para oír los *Evangelios* donde se mencionarán *apóstoles, ángeles, diablos, mártires* o testimonios ni al *asceta*, el que se ejercita como un *atleta*.

La gran influencia francesa llegará en el XVIII, pero antes, en el XII y XIII, habían venido ya varias palabras acompañando a reinas y monjes de allende los Pirineos. Así vinieron *donceles, doncellas,* de gran *linaje*, que se hospedaban en *hotel* y pagaban *peaje*, siempre *refinados*, nunca *salvajes*. La antigua *Dueña* se transforma en *Dama*, que será *coqueta*, llevará *corsé*.

De manos del Renacimiento y aun antes llegan las palabras de la hermana Italia. *Galera, avería, piloto, corsario, tramontana, bonanza* en lo marinero, *soneto* y *novela* en las letras, *gaceta* en el periodismo, *bisoño, centinela, alerta*, en la guerra; *banca*, en el comercio; *belleza* en todo.

Y luego el vasco; la milenaria lengua de la que, a estas alturas, sigue sin saberse la procedencia. Estructura gramatical parecida a la lengua del Cáucaso, coincidencias varias con beréber, copto, sudanés. Quedan incorporados nombres de lugar: *Gorri-Rojo. Erri-quemado*. Aran-Valle. *Izquierdo* sustituye al latín *siniestro*. En el fuego hay *ascua*, suelo de *pizarra* y *guijarros*. Hay *becerros*, gente *bizarra*. Las brujas se reúnen en el *aquelarre*.

En resumen, cuando a fines del XVI se ha establecido el Estado, se ha establecido también el español. Ha nacido la *JOTA* que no existía anteriormente y que diferencia el español de todas las restantes lenguas románicas, así como la *ZETA*.

EL ESTADO-PUENTE

La monarquía de los Reyes Católicos es un Estado-puente. Antes de ellos había habido unos reyes que creían que sus tierras eran cosa suya, familiar. Por ello, un monarca como Fernando I podía repartir tranquilamente sus posesiones entre sus hijos o Alfonso ofrecérsela a su posible viuda, Urraca. Hay un buen salto hasta la monarquía de «El Estado, soy yo», rey y Estado fundidos en una persona. Los Reyes Católicos son un intermedio.

El Renacimiento está volviendo a poner de moda el concepto de un rey único (emperador) que decida de los destinos de los pueblos, en lugar de las mil parcialidades de los nobles y de sus tierras respectivas. Eugenio d'Ors compara plásticamente el cambio político al arquitectónico, cuando mil torres de fortaleza diversas se unieron en la cúpula, símbolo de la unidad de creencia y mando.

Los reyes llevan a cabo esa transformación en forma muy prudente. Es cierto que, a veces, cuando un noble se desmanda, la reina se presenta en su castillo y exige las llaves de la fortaleza, entregándolas a uno de sus fieles, pero ésa era la excepción. Las tropas de la guerra de Granada, por ejemplo, eran todavía «batallas» que servían cada una a su señor natural, sus mesnadas, aunque ese señor natural obedeciese a los reyes, que, a su vez, le recompensaban con fabulosos presentes. Las tierras conquistadas por su esfuerzo pasaban a ser de su propiedad y así, lo que perdía la nobleza en independencia, lo ganaba en dinero. Como dije antes, el latifundio andaluz, tan presente en la historia económica de España, nace de la generosidad de los reyes con los que les servían bien.

Contra los que les servían mal había un nuevo invento que hacía más difícil el aislamiento del señor feudal, protegido hasta entonces por su castillo roquero. Era la artillería, eficacísima en la toma de Granada.

Su espantosa artillería
los adarves derribando,
mis villas y mis castillos,
mis ciudades va ganando.
La tierra y el mar gemían
que viene señoreando
sus pendones y estandartes
y banderas levantando.

… dice Juan del Encina figurándose en el rey moro.

Lo natural tras tomar la última fortaleza musulmana en la península era saltar al otro lado del estrecho. Es lo que en geopolítica se llama «acera de enfrente» y que hay que asegurar para evitar que de ella se sirva como trampolín el enemigo, como

había mostrado la invasión de 711.

Por eso, apenas cinco años después de Granada, están ya en Melilla y el cabo Bojador. En 1505 es Mersal-kebir (Mazalquivir). 1508, el Peñón de Vélez de la Gomera; en abril de 1509 Orán (cardenal Cisneros como regente, Pedro Navarro como jefe militar); en 1510 se toma Bugía y el rey de Túnez se declara vasallo del rey católico. Trípoli se rinde en julio de 1510.

La economía del tiempo de los reyes adoleció de falta de perspectiva. La ganadería se impuso a una agricultura que había sufrido ya mucho con la costumbre de talar la tierra que, durante siglos, habían llevado a efecto los españoles de los lados musulmán y cristiano.

La ganadería era dinero contante y la agricultura dependía de mil problemas meteorológicos. Desde la Edad Media había nacido la asociación de pastores llamada la «Mesta», que es la que, todos los años, echa a andar por los campos de España para ir a los cuarteles de invierno. La «cabaña» dividida en rebaños y éstos en «hatos», «manadas» y pastorías; en cada rebaño, un pastor con cuatro zagales o rabadanes y cinco mastines que comían lo mismo que los pastores. Unas acémilas llevaban el hato o redes para encerrar al ganado durante la noche. Ésos eran los que encontró varias veces don Quijote en sus correrías.

Los corderos de León y de Soria llegaban a recorrer setecientos y ochocientos kilómetros para trasladarse desde los pastos de verano a los de invierno. Llegaban a fines de octubre y los corderillos, nacidos poco después, podían ya emprender el regreso en abril. La lana se esquilaba a la vuelta y se vendía en Medina del Campo o en los puertos del Norte, desde donde se exportaba a Flandes e Inglaterra. Éstas devolvían luego los productos manufacturados que España pagaba a precios excesivos por no haber desarrollado su industria particular.

En cambio el comercio mejoró en España durante el reinado de los Reyes Católicos. Por la pacificación que permitió, sencillamente, el intercambio y la relación de lado a lado del país aunque siguiera habiendo montazgos o tasas particulares y, desde luego, con leyes distintas entre Aragón y Cataluña por un lado, y Castilla y el resto de España por el otro. Las monedas siguieron siendo también diferentes.

La previsión de los Reyes Católicos es importante en política exterior. El enemigo más serio es Francia. El aliado más de desear es Portugal, porque con él se consigue la unión de todos los reinos hispánicos. En un estilo, nacido probablemente con los primeros jefes de tribu que ha habido en el mundo, se afianzan las relaciones con matrimonios. Un hijo se entrega como símbolo, como garantía, como promesa del futuro.

Francia es el enemigo de Aragón y lo está demostrando en el territorio italiano que ambos quieren como zona de influencia. Hay que cercar a la enemiga que es, también, nuestra vecina. Una hija va a Inglaterra y casa con Enrique VIII después de enviudar de su hermano Arturo. Se llama Catalina. Otra —Juana— casará con el

nieto del emperador de Austria. Éste domina en Flandes, en el Rin, en Milán. Francia quedaba así rodeada por enemigos por el Norte, Este y Sur, es decir, por todo lo que era tierra.

Los cálculos eran perfectos. Y, sin embargo, fallaron. Catalina de Aragón, digna, orgullosa y muy segura de su posición, probablemente poco atractiva, es repudiada a favor de la coqueta Ana Bolena. La casada con Manuel de Portugal muere. Y lo que es más grave, fallece el único hijo de los Reyes Católicos.

Le habían casado con Margarita de Borgoña, hermana de Felipe *el Hermoso*, para consolidar doblemente la alianza con la casa de Austria. Pero la muchacha era, al parecer, demasiado mujer para el joven príncipe. Cuando la nave que la traía estaba a punto de zozobrar por una tempestad ella quiso, cosa muy del tiempo, morir a la altura que había vivido. Para que reconocieran su cadáver si llegaba a tierra entre los restos de la nave, se ató una cartela a la muñeca que decía:

Ci git Margot, la gentille demoiselle,
deux fois mariée et morte pucelle.

Porque había habido otro matrimonio, no consumado, anteriormente y también por razones de Estado.

Al parecer se desquitó de esas frustraciones con el príncipe Juan que empezó a languidecer a ojos vistas. Los médicos acudieron a los Reyes, pidiendo que separasen a la pareja por una temporada. La reina Isabel, cuya piedad se olvidaba a veces de su conveniencia, se negó a deshacer lo que Dios había unido. Y el príncipe Juan se llevó a la tumba el futuro de España.

… que quedaba en manos de la hija mayor, Juana, casada con Felipe *el Hermoso*. No hubiera sido problema mayor: la tradición castellana aceptaba a gusto una reina, hija de Isabel *la Grande*. Sin embargo, hubo un elemento humano que casi derribó todo el edificio levantado tan dificultosamente por los Reyes. Dejémoslo contar a un cronista del tiempo, tan informado como gracioso y moderno en su narración. Pedro Mártir de Angheria (versión de López de Toro):

Al Arzobispo de Granada y al Conde de Tendilla

¡Oh Dios! ¡No hay ni felicidad ni tranquilidad en la tierra! Pienso que ya habrá llegado a vuestros oídos con qué turbulencia mental Juana, la princesa heredera de tantos reinos, ardía por abrazar a su esposo Felipe, archiduque de Borgoña y de Austria y conde de Flandes. Se fue, cayó en brazos del marido y, sin embargo, es el colmo de la infelicidad. Porque nada más llegar a Flandes, se dio cuenta de que el corazón del esposo estaba muy distante de ella, sospechando mediaba una amante, tal como el instinto les avisa a todas las mujeres, principalmente a las que castamente aman. Aquella serpiente de fuego le hizo estallar en turbulentas llamaradas, y se dice que con el corazón lleno de

rabia, vomitando llamas el rostro, rechinando los dientes, la emprendió a golpes contra una de sus damas —que sospechaba era la amante— y ordenó le cortaran a rape el rubio cabello, que tanto agradaba a Felipe. Nada más tener éste noticia de lo sucedido, sin poderse contener, cuentan que se lanzó contra su esposa y la colmó de injurias y afrentas y, para mayor dolor de la desgraciada, ya nunca más volvió a estar con ella. Mas Juana, joven criada esmeradamente entre las delicias y esplendores de la Corte, de natural un tanto obstinado, destrozado el corazón por aquella desmedida angustia, se dice anda mal de salud. No ha sido pequeño el disgusto que sus padres han tenido cuando, por medio de correos y de criados leales a la hija, se han enterado de esto. La indignación de la reina —que la llevó en sus entrañas— ha sido aún mayor, y sufre grandemente, admirada de la violenta reacción del norteño. Que lo paséis bien.

Desde Medina del Campo, a 10 de abril de 1504.

Un problema tan al alcance de cualquier pareja burguesa, significa el drama de primeros de siglo. Resulta interesante hoy, tras tanto hablar de la *unión* lograda por los Reyes Católicos, recordar que pudo deshacerse todo a la muerte de la reina Isabel. Porque Felipe venía como amo y señor, nada dispuesto a compartir el trono con el viejo Fernando y éste tampoco estaba dispuesto a ceder, sin más, el terreno. Sobrevino entonces el golpe de teatro. Fernando se casa en segundas nupcias con Germana de Foix, de veintidós años, sobrina del rey francés, quitándole el aliado al yerno.

El viejo zorro contesta así a las protestas de Felipe *el Hermoso*:

No tienes, hijo mío, razón para reprocharme el haber ajustado un tratado de paz con vuestro amigo el de Francia, puesto que mientras el rey enemigo declarado mío y encubierto y más pernicioso vuestro, trataste con empeño de alcanzar su ayuda en contra mía y en contra de vos mismo. Al justar este tratado, ¡oh hijo!, no he sido injusto para con vos; habéisme tratado con desprecio y hecho gran injuria y no pequeño perjuicio con la aversión y taimada amistad —como ahora se ha puesto de manifiesto— del rey de Francia. Por su propia conveniencia y no en consideración a ti, me obligó a contraer segundas nupcias, a mermar mis derechos ganados con las armas en el reino de Nápoles, a dar acogida a mis enemigos los de Anjou, que habían sido expulsados, a restituirles sus Estados, que les fueron arrebatados por derecho de guerra, con gran perjuicio para mí y para los míos; a que prometiese con juramento el pago de quinientos mil ducados. Tú, ¡oh hijo!, me obligaste. Bastante, ¡oh hijo!, hemos divagado ya. Entra en juicio, porque si vienes como hijo y no como enemigo, a pesar de todo esto, yo como a hijo te abriré mis brazos. Poderosa es

la fuerza de la índole paterna. Si escucharеis los consejos de quien a fondo conoce al pueblo y a la nobleza, entraréis con buen pie. Mas si con igual pertinacia continúas confiándote a quienes, atentos sólo a su provecho, se empeñan en arrastraros al precipicio, caeréis en los más evidentes desastres.

Salamanca, a 13 de noviembre de 1515. Mártir de Angheria.

El suspenso duró así unos meses. En Castilla, Fernando era otra vez el extranjero, como lo habían sido sus antepasados aragoneses durante siglos, y su unión con Germana nada grata a los que recordaban a Isabel.

Pero, afortunadamente, la casualidad que unos llaman providencia y otros destino, empieza a recomponer la madeja que se desbarataba. Primero muere Felipe *el Hermoso*. Su esposa enloquece y ni siquiera los más fervientes de sus partidarios pueden dejar de ver su estado cuando cruza, melancólica, toda Castilla con el cadáver de su esposo, llevado sus celos a no querer pararse en los conventos de monjas y sí sólo en los de frailes.

Y a Fernando de Aragón no se le logra la descendencia. Con lo que las líneas masculinas y femeninas de las casas españolas se unen en un muchacho, nacido con el siglo, en Gante y que se llama Carlos. Fernando cede sus derechos al cardenal Cisneros y éste mantiene a los reinos en paz hasta la llegada del nuevo rey, que iba a cambiar el porvenir nacional en un intento de hacerlo universal.

CARLOS, A CABALLO DE DOS IDEALES

Ya está aquí el nuevo monarca. Tiene la boca grande, el belfo caído, habla flamenco y no español. Pero es hijo de Juana, nieto de Isabel. La gente le atiende y acoge como monarca porque no tiene otro, pero irritan sus consejeros flamencos que se están llevando todo el dinero.

Guárdenos Dios, ducado de a dos
que Monsieur de Chévres no topó con vos

… ironiza el pueblo ante las apetencias de uno de los consejeros de Carlos.

El problema no hubiera sido mayor porque Carlos, que mostró en circunstancias más difíciles que se españolizaría, lo hubiera hecho mucho antes. Pero, de pronto, una inmensa prebenda aparece en el horizonte: el Imperio. Muerto su abuelo, Maximiliano, hay que elegir a un nuevo emperador que votarán los príncipes electores. Para ello, como en todas las elecciones que en el mundo han sido, hay que hacer política y presentarse en el terreno, amenazar a los reacios, halagar a los fieles, convencer a los dudosos de que lo mejor es votarle a él; para todo eso se necesita dinero, dinero y dinero.

Carlos convoca a las Cortes en La Coruña. El problema que se plantea es la alternativa que informará la política de España en los próximos dos siglos. El Imperio o la nación. La empresa universal o la nacional. El emperador o el rey.

Naturalmente los patrocinadores de la tesis imperial no lo plantean así. Ser proclamado emperador, sostiene el doctor Mota, obispo de Badajoz, es hacer más grande a España porque, como en tiempos romanos, a España viene el Imperio a buscar a sus hijos para enaltecerles, tal el caso de Trajano. El Imperio del mundo, sigue el buen doctor Mota, es una responsabilidad divina dada a Carlos para conseguir la paz entre los príncipes cristianos y defender a la Iglesia contra el enemigo de fuera —el turco— y del interior —ha empezado la campaña de Lutero—. Todas esas razones obligan a Carlos a marcharse y a honrar a España aceptando su grande y nueva responsabilidad, pero eso no significa que deje en segundo lugar a Castilla, a España; porque es «voluntad determinada de estar a vivir en estos reinos porque los tengo por fortaleza, defensión y muro, amparo y seguridad cierta de todos los otros nuestros reinos y señoríos».

La perorata de Mota tuvo éxito y resulta natural. Los procuradores llegados desde su provinciana ciudad se encontraban ante la autoridad real y unos argumentos que, aun sin comprender demasiado, tenían que impresionarles. Aparte las sesiones públicas, hubo, como es frecuente en estos casos, movimiento de pasillos con agentes imperiales convenciendo a los escépticos. Por fin se votó el subsidio, y Carlos pudo embarcarse.

Pero, cuando los procuradores volvieron a contar a sus representados lo que había ocurrido, fueron recibidos de forma distinta. A distancia de la Corte y de los ampulosos y hábiles discursos, sólo quedaba claro para los burgueses de las ciudades castellanas que habían dado su dinero a cambio de un regente, el cardenal de Tortosa Adriano de Utrecht, también extranjero.

Dejémoslo contar al buen cronista de sucesos, Pedro Mártir de Angheria:

> *El procurador de Segovia, por nombre Tordesillas, fue preguntado por el pueblo enfurecido qué traía. Respondió él que no había de rendir cuentas sino a los magistrados del rey y a los rectores de la ciudad, sus compañeros, y no al pueblo. Sin andarse con rodeos, nada más pronunciar estas palabras —en el mismo día o al siguiente—, los artesanos abandonaron sus herramientas y empuñaron las armas. Hallaron a Tordesillas entre sus compañeros o en otro lugar. Llamándole traidor a la patria, lo sacan fuera, lo arrojan al suelo, le escupen, le tiran de las barbas, le dan mil bofetadas y lo llenan de incontables afrentas y denuestos. Gritan a voz en cuello: «¡Muera el traidor a la patria!». Desde allí es conducido a la horca, en las afueras de la ciudad, destrozado y manando sangre. Acuden los hermanos de Francisco pidiendo y suplicando de rodillas que, al menos, le permitan confesar. Se les contestó que no había necesidad de confesarle, supuesto que el pueblo ya lo había absuelto de todos los pecados. De esta manera, el desdichado, que había nacido bajo el signo adverso, fue colgado en la horca. A uno que con muy buen sentido se lamentaba de que así se produjeran los acontecimientos, se le dio igual trato, obligándole a ser compañero de Tordesillas en el suplicio. Sorprendido en su tarea, un escribano que de pasada iba tomando nota de los nombres de aquellos desalmados, corrió igual camino. Id considerando la clase de rosas que han de brotar de estos zarzales. Y no creo que sean las últimas, porque tengo entendido que anda revuelto todo el reino. Pásalo bien.*
>
> *Desde Valladolid, a 3 de junio de 1520.*

La rebelión de las Comunidades fue grave, pero no puso en peligro el trono. Como ocurre a menudo en las revoluciones, muchos de los que estaban de acuerdo en principio en que Carlos tuviese más interés en los españoles que en los flamencos, se asustaron ante la violencia de los levantiscos, especialmente en Valencia donde la Germanía adquirió un carácter demagógico que no alcanzó en Castilla.

Carlos y su regente contaban con mejores tropas de caballería que deshicieron sin dificultades a las masas burguesas de los comuneros. En realidad éstos habían perdido ya la batalla cuando no consiguieron obtener sello de legitimidad con la aquiescencia de Juana *la Loca*. Ésta, por unos instantes, pareció que hubiera podido encabezar un movimiento nacionalista —¡la hija de Isabel *la Católica* al frente de las

tropas!—, pero su estado mental no se lo permitió. Al fallar esa garantía, los protagonistas de Carlos —que eran los intelectuales del tiempo, embriagados ante la idea romana del Imperio—, tuvieron la tarea fácil. El mejor de todos ellos, Antonio de Guevara, supo escribir unas cartas que, aparte de su mérito literario, son de lo más hábil que haya podido hacerse jamás en literatura política. Por un lado, ofrece a los sublevados lo que habían pedido, es decir, dar las dignidades del país a castellanos y no a extranjeros; que no se mandará dinero al extranjero y se reducirán los gastos de su Corte; lo que demuestra una verdad eterna: Que las revoluciones, a la larga, casi siempre ganan, aunque, a la corta, pierdan a manos de los conservadores. Luego, en cambio, ataca al obispo de Zamora con gracia y mala intención.

> *… Hacer de soldados clérigos aún pasa; mas de clérigos hacer soldados es cosa escandalosa; …pues trajisteis de Zamora a Tordesillas trescientos clérigos de misa, no para confesar a los criados de la reina (doña Juana), sino para defender aquella villa contra el rey… En el combate que dieron los caballeros en Tordesillas contra los vuestros, vi con mis propios ojos a un vuestro clérigo derrocar a once hombres con una escopeta detrás de una almena y el donaire era que, al tiempo que apuntaba para tirarles, los santiguaba con la escopeta y los mataba con la pelota.*

Y se burla de la idea que movía a muchos comuneros, una idea medieval que, para Guevara, estaba ya superada.

> *También me ha caído en gracia el arte que habéis tenido para engañar y alterar a Toledo, a Burgos, a Valladolid, a León, a Salamanca, a Ávila y a Segovia diciendo que de esta hecha quedarían exentas y libertadas como lo son Venecia, Génova, Florencia, Siena y Luca; de manera que no se llamen ya ciudades sino señorías y que no hayan en ellas regidores sino cónsules… digo, señor, que queréis poner en Castilla siete reyes pues queréis hacer siete ciudades de ella, señorías.*

La rebelión comunera estaba efectivamente desfasada de su tiempo. Las ciudades, los burgos españoles, habían adquirido lentamente en el siglo XV los poderes que permitían a las ciudades alemanas e italianas remplazar a la nobleza como fuerza local. Con reyes como Enrique IV las ciudades hubieran podido dejar oír su voz, pero la monarquía se había fortalecido ya física y moralmente con los Reyes Católicos y los nuevos aires renacentistas. Poco después al rey se le llamará Majestad, título hasta entonces reservado a Dios, y que escandalizó a muchos.

… Porque ya era emperador, elegido por los príncipes con sobornos y promesas por todas partes. Francisco I distribuyó grandes sumas de dinero, pero el alemán —en

el fondo, antifrancés— se decidió por el nieto de su último emperador y prefirió el menor subsidio de los banqueros Függer que los españoles españolizaron en Fúcar, sinónimo desde entonces de hombre rico.

Carlos antepone ese título al de rey de España. «Convino que nuestros títulos se ordenasen… el imperio precede a las otras dignidades seglares por ser la más alta y sublime dignidad que Dios instituyó sobre la tierra».

Esa precedencia no es sólo simbólica. Carlos, al que las historias llaman Primero de España y Quinto de Alemania, fue, en realidad, lo contrario: Primero fue Emperador y luego Rey. Como emperador tiene que defender a Europa entera del turco que, en 1526, está ya en Buda (Pest), Hungría; en 1532, ante Viena, Austria.

… Como emperador tiene que buscar la unidad de la fe.

En la ciudad de Worms, en la Alemania occidental, hay una placa que dice: «Aquí se presentó ante el emperador y la nación alemana Martín Lutero».

«Ese quídam Lutero» como le llama Adriano, cardenal, que luego será Papa, un quídam que agita las aguas de la Iglesia con sus proclamas de Wittemberg, ha sido convocado por el Emperador mediante salvoconducto.

Sus tesis eran realmente revolucionarias. Contra el poder papal, contra la confesión auricular, especialmente contra la posibilidad de ganar el cielo pagando aquí, en la tierra, un dinero de indulgencias…

He aquí alguna de las 95 tesis que abrieron en dos el monolito cristiano.

1. Nuestro Señor y Maestro Jesucristo, al decir: Haced penitencia etc., quiso que toda la vida de los fieles fuera penitencia.

2. Este término no puede entenderse de la penitencia sacramental (es, decir, de la confesión y la satisfacción impartidas por el ministerio sacerdotal).…

6. El Papa no puede perdonar culpa alguna si no es declarando y confirmando que ha sido perdonado por Dios. A no ser en los casos a él reservados, por cuyo desprecio permanecería la culpa.…

21. Yerran por consiguiente aquellos predicadores de indulgencias que dicen que por las indulgencias papales el hombre queda libre de toda pena y se salva.

22. Ni siquiera a las almas del purgatorio puede perdonar aquellas de las que, en virtud de los cánones, debieron ser absueltas en esta vida.…

33. Toda precaución es poca ante quienes afirman que las gracias del Papa constituyen aquel inestimable don divino por el que se reconcilia el hombre con Dios.

34. En efecto, dichas gracias absolutorias afectan solamente a las penas de la satisfacción sacramental establecidas por el hombre.

35. No es cristiana la predicación de quienes enseñan que no precisan de contrición quienes tienen intención de redimir las ánimas del purgatorio y de lucrarse de los privilegios confesionales.

36. Cualquier cristiano verdaderamente arrepentido obtiene la remisión

plenaria de pena y culpa que, aun sin cartas de gracia se le debe…

43. Se ha de enseñar a los cristianos que hacen mejor dando al pobre o prestando al necesitado, que tratando de redimir mediante indulgencias…

82. Por ejemplo: ¿Por qué el Papa no deja vacío el purgatorio en acto de santísima caridad y en atención a la suma necesidad de las almas —motivos de lo más justificados— si con el funesto dinero destinado a la construcción de la Basílica —motivo de lo más banal— redime infinitas almas?…

84. De igual manera: ¿Qué nuevo género de piedad en Dios y en el Papa es el que concede al impío y enemigo de Dios redimir por dinero su alma y volverla amiga de Dios y no, en cambio, por caridad gratuita, a la vista de la necesidad de la misma alma piadosa y amada?

M. LUTERO, Disputatio pro declaratione virtutis indulgeníiarum, 1517.

El mundo nuevo se yergue ante el antiguo. Lutero habla en alemán a sus acusadores teólogos y, sólo al final, se decide a hacerlo en latín, lenguaje que él —casi una blasfemia— considera extranjero. Sostiene todos y cada uno de sus escritos, incluso los acusados de heréticos. Carlos pierde la paciencia:

Desciendo de una larga línea de emperadores cristianos de esta noble nación germana y de los católicos reyes de España, los archiduques de Austria y los duques de Borgoña. Todos ellos fueron fieles hasta la muerte a la Iglesia de Roma y defendieron la fe católica y el honor de Dios. He resuelto seguir sus pasos. Un solo fraile que contradice lo que la Cristiandad ha afirmado por espacio de mil años tiene que estar equivocado. Por ello estoy dispuesto a arriesgar mis tierras, mis amigos, mi cuerpo, mi sangre, mi vida y mi alma…

LOS EXTRAÑOS ALIADOS

Bravas y enérgicas palabras. Las más antipolíticas también; las menos previsoras. Para España fueron fatales porque significaron olvidar los intereses nacionales por una idea supranacional que ahora, sin aquella pasión, vemos como puramente cultural. Luchar contra la Reforma significaba desperdigar la sangre y el dinero de España y de sus Indias por todo el mundo, y eso suponiendo que el mundo, dividido claramente en católicos y protestantes, hubiera proporcionado unos aliados seguros. El rey francés, el Papa…

El rey francés, era su enemigo personal político. Cuando no luchaban directamente lo hacían a través de sus respectivos protegidos en Alemania, y especialmente en Italia a donde llegaban, el uno tras las huellas de Carlos VIII, y el otro, de Fernando de Aragón. La baza decisiva se llamó Pavía.

Para los franceses fue una tragedia y, como se acostumbra en estos casos, se habló de traición. Según un poeta, la culpa fue de los lansquenetes, que dejaron de combatir.

O la jausse canaille!, lis ont le roi trompé
au point de la bataille n'ont point voulu frapper.
Le noble roi de France ils ont abandoné.

(LEROUX DE LINCY).

Hubo, además, un elemento humano, novelesco. Entre los vencedores de Pavía estaba un tránsfuga, el condestable de Borbón, que quiso saludar al rey, después de su derrota. Francisco I volvió los ojos hacia otro lado, murmurando «Dios, dadme paciencia»; en la misma línea medieval que hacía del rey el primer caballero cargando lanza en ristre, se le llamó Rolando y, al condestable, el traidor Ganelón.

No había, como hoy, el sentido de lo nacional. La traición de que acusaban al condestable, más que la de un francés, era la de un vasallo que deja a su señor natural para ponerse al lado de sus enemigos. Cuando cayó en el asalto a Roma, dos años después, se alboroza el mismo poeta:

Bourbon, quoi me l'on dit.
II fut blessé á mort
un coup d'artillerie
fut son dernier remord.

(LENIENT: La satyre politique en France).

La verdad es que fue derribado de un tiro de arcabuz, cuando se lanzaba escala arriba a tomar la muralla; Benvenuto Cellini, en sus *Memorias*, se atribuye la paternidad de ese tiro.

En principio la idea era bella. Revivir el Imperio romano como lo había intentado Carlomagno. Un hombre solo y «elegido por Dios», no se olvide, cuida de la grey católica. Hernando de Acuña lo advierte en el conocido soneto solicitando para el mundo: *Un monarca, un imperio, y una espada*.

Se exalta Ávila y Zúñiga:

> *«Carlomagno en treinta años sojuzgó a Sajonia, y el emperador, en menos de tres meses fue el señor de toda ella».*
>
> *(Comentarios de la guerra de Alemania).*

Pedro Mártir de Angheria, entre otros, le llamará siempre César. Es la potestad civil; a su lado, el pontífice es la potestad religiosa. Pero César, Julio César, era, al mismo tiempo, la fuerza civil y la espiritual, el emperador y pontífice, «el que hacía puentes». En él la autoridad civil se robustecía religiosamente.

La separación de poderes no podía resultar porque el Papa era, además, rey, con unos Estados que defender y que proteger. Y esos Estados estaban oprimidos por los dominios imperiales. Al Norte, Milán y las ciudades-estado como Florencia, Siena, en las que el duque cobraba un subsidio para mantenerse al lado del emperador, un poco a la manera en que los Estados Unidos de hoy protegen a Estados asiáticos y sudamericanos. Al Sur, tenía el Papa el estado de Nápoles y de Sicilia, que eran también de Carlos. Con la herencia imperial al Norte y la real al Sur, el pontífice estaba obligado a aceptar lo que quisiera el hombre nacido en Gante. El Papa quiso sacudirse el dogal varias veces y una de ellas acabó en el escándalo internacional llamado el saco de Roma.

Cayeron sobre la Ciudad Santa súbditos del emperador, españoles y alemanes. Pero éstos en gran número eran protestantes y si el destrozo material fue grave, el moral lo fue mucho más. Hubo que recurrir a toda la propaganda escrita que ya estaba iniciándose, porque la gente empezaba a leer. A las acusaciones de los enemigos del emperador, contesta Alfonso de Valdés con su *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*. Como buen propagandista une verdades y mentiras, acepta a medias las acusaciones que puede rebatir y no las difíciles de contestar. Por ejemplo, «Lactancio», que es Valdés, dice que no había luteranos que fueran a Roma porque «los envió el rey don Fernando, hermano del emperador que persigue a los luteranos». Más firme está en otros momentos de la polémica. Clemente VII buscó la guerra en lugar de la paz con quien era el defensor de su Iglesia —Carlos— pero, además, como san Agustín, Valdés ve en la entrada de los bárbaros en Roma un castigo a la corrupción, una como necesaria purga a la falta de espíritu cristiano que había invadido la capital de la cristiandad. La defensa del rey se convierte en un

programa renovador de la Iglesia. Combate el culto a las reliquias —que, sobre ser a menudo falso, distrae a los fieles de pensar en Jesucristo—. Y el lujo. El oro y la plata no fueron empleados por Jesús y sus apóstoles y deben ir a los pobres. Critica también el número infinito de fiestas de precepto y, por fin, el concubinato de los clérigos… a lo que opone el otro personaje, el Arcediano, que… «todos son hombres».

Las teorías de «Lactancio» son eco del intelectual más importante de la época: Erasmo de Rotterdam, el primer gran reformador de la Iglesia, padre espiritual de Lutero, pero que se detuvo precisamente donde éste se lanzó, el que preconizó un cambio total de estructuras de la Iglesia, pero sin llegar a la ruptura.

Los párrafos de unas cartas del primero al segundo darán idea de la diferencia de temperamento y carácter de los dos reformadores. Escribe Erasmo a Lutero (Lovaina, 30 mayo de 1519):

> *… No encontraré palabras para expresar la conmoción que tus libros han ocasionado aquí. No puedo extirpar la sospecha de que tus libros han sido confeccionados con mi ayuda y que yo soy el abanderado de ese partido como ellos le llaman… yo declaré que erais absolutamente desconocido para mí, que no he leído vuestros libros y, por ello, no he aprobado ni desaprobado nada contenido en ellos… en cuanto a mí, me mantengo neutral mientras es posible… el mejor medio de ayudar al florecimiento de la alta cultura, y me parece que puede hacerse más con cortesía que con violencia… Es más sensato gritar contra los que abusan de la autoridad del Papa que contra el mismo Papa y creo que debemos actuar de la misma forma con los reyes.*

A la incapacidad de Erasmo para llevar a término sus conclusiones se le ha llamado cobardía y, evidentemente, no era ningún héroe. Podía ser también que no tuviese demasiado en común con un discípulo que, a esa petición de cortesía, contestaba llamando a Roma la gran prostituta. Cuando ya se ha consumado la escisión europea, en 1526, Erasmo contesta así a una carta amable de su ex discípulo:

> *… no soy tan simple como que me apacigüen una o dos amabilidades o calmado con halagos después de recibir heridas más que mortales… Ahora se os ocurre presentaros como un débil pecador cuando tantas otras veces insististeis casi en ser tomado por Dios… Lo que suceda a nosotros dos no tiene importancia, lo que me preocupa a mí, y a todos los espíritus cultivados que me siguen, es ese sedicioso temperamento que convulsa al mundo, exponiendo a hombres buenos y amantes de las letras a ciertos agitados fariseos, armando para la revuelta al malo y al revolucionario… con el resultado de arrojar las cosas sagradas y profanas en el caos, como actuando para impedir que esa*

tormenta tuviera al menos un final feliz; yo, en cambio, he buscado esa oportunidad.

Él había buscado, evidentemente, una reforma interior que no obligase a la externa, y en ese camino le siguieron los mejores intelectos de España, consejeros del emperador, como los hermanos Alfonso y Juan de Valdés… como José Luis Vives que vieron, en la autoridad de Carlos, una forma de arreglar la Iglesia desde dentro. Durante unos quince años esos hombres consiguieron el apoyo del alto clero español, de las catedrales. En otra estaban las Órdenes monásticas, generalmente menos humanistas y más reaccionarias. (Las matanzas medievales de judíos, habían sido, casi siempre, promovidas por monjes fanatizados, no por canónigos).

En el *Diálogo de Mercurio y Corón* de Alfonso de Valdés se hace burla de la superstición religiosa.

… ÁNIMA. —¿Y la candela del Papa Hadriano que me pusieron en la mano cuando me quise morir?

MERCURIO. —¿Cómo querías tú que te aprovechase muriendo sin arrepentimiento de tus pecados y con intención de tornar a ellos?

ÁNIMA. —¿Y el hábito de San Francisco en que me mandé enterrar?

MERCURIO. —Ven acá: ¿conocerías tú una raposa en hábito de hermitaño? ¿Y piensas de que Dios no conosce un ruin aunque venga en hábito de bueno? Si tú bivieras como San Francisco, aunque no murieras en su hábito, te diera Dios el premio que dio a San Francisco, mas viviendo tú contrario a la vida de San Francisco, porque al tiempo de tu muerte te vistieses su hábito, ¿pensavas salvarte con San Francisco? Gentil necedad era la tuya.

ÁNIMA. —Pues dizen que ninguno puede ir al infierno con el hábito de San Francisco.

MERCURIO. —Dizen la verdad, que el hábito allá en la sepoltura se queda; mas por esso el ánima no dexa de venirse al infierno.

ÁNIMA. —Y los trentanarios, oficios, missas y limosnas que se han de dezir y hazer por mí, ¿tampoco me han de aprovechar?

MERCURIO. —A los clérigos aprovecharán los dineros que para ellos dejaste.

El movimiento erasmista español, el movimiento renovador adelantado de siglos al Concilio Vaticano II, se malogró, porque la intolerancia de Lutero trajo consigo la intolerancia de la Iglesia que se hizo militante. La Reforma se extendió por toda Europa ayudada por un sentimiento nuevo que se llamaba nacionalismo, y otro antiguo, la codicia. Ambos movían a los príncipes alemanes a protestar de la alianza religiosoeconómica, que sacaba de la bula dinero para la construcción de la basílica de San Pedro; aquello que «el alma salía del purgatorio en cuanto la moneda tocaba el

borde de la bandeja petitoria» había ya indignado a muchos, aparte de Lutero, y un espíritu de superioridad germánica, basado en la creciente riqueza comercial y cultural, apoyaba al movimiento reformista. No es casualidad que Lutero contestara en alemán al latín de Eick en el primer interrogatorio de Worms. Si a esto se añade que quien se adaptase al nuevo evangelio, podía, además, quedarse con las riquezas de los conventos de su zona, no asombra el rápido crecimiento de la Reforma en que cupieron todos los sentimientos humanos. Desde el rígido, puritano, estricto comportamiento de un Calvino, al alegre, desvergonzado proceder de un Enrique VIII que, aparte de lo que su conciencia le dictara, consiguió enriquecer a sus nobles aliándoles estrechamente con la corona; casarse con Ana Bolena, mucho más apetecible que la pobre Catalina de Aragón, y convertirse en su propio Papa, al proclamarse jefe de la Iglesia anglicana.

La reacción de la Iglesia católica contra sus enemigos fue inmediata:

> *… Can. V. Si alguno dijere, que se instituyeron estos sacramentos con sólo el preciso fin de nutrir la fe; sea excomulgado.*
>
> *… Can. IX. Si alguno dijere, que por los tres sacramentos: bautismo, confirmación y orden, no se imprime carácter en el alma; esto es, cierta señal espiritual e indeleble, por cuya razón no se pueden reiterar estos sacramentos; sea excomulgado.*
>
> *Can X. Si alguno dijere, que todos los cristianos tienen potestad de predicar, y de administrar todos los sacramentos; sea excomulgado.*

Pero el mismo Concilio de Trento rectificará algunas de las causas de la Reforma.

Conviene que los prelados residan en sus iglesias: se innovan contra los que no lo hicieren las penas del derecho antiguo, y se decretan otras de nuevo.

Resuelto ya el mismo sacrosanto Concilio, con los mismos presidentes y legados de la sede apostólica, a emprender el restablecimiento de la disciplina eclesiástica en tanto grado decaída, y a poner enmienda en las depravadas costumbres del clero y pueblo cristianos; ha tenido por conveniente principiar por los que gobiernan las iglesias mayores: amonesta, y quiere se tengan por amonestados todos los que gobiernan iglesias patriarcales, primadas, metropolitanas, catedrales, y cualquiera otras, bajo cualquier nombre y título que sea; que poniendo atención sobre sí mismos, y sobre todo el rebaño a que los asignó el Espíritu Santo para gobernar la Iglesia de Dios, que la adquirió con su sangre; *velen*, como manda el apóstol, *trabajen en todo, y cumplan con su ministerio*; mas sepan que no pueden cumplir de modo alguno con él, si abandonan como mercenarios la grey que se les ha encomendado, y dejan de dedicarse a la custodia de sus ovejas, cuya sangre ha de pedir de sus manos el supremo juez; siendo indubitable que no se admite al pastor la causa de que el lobo se comió las ovejas, sin que él tuviese noticia. No obstante, por cuanto se hallan algunos en este tiempo, lo que es digno de vehemente dolor, que olvidados aún de su propia

salvación, y prefiriendo los bienes terrenos a los celestes, y los humanos a los divinos, andan vagando en diversas cortes, o se detienen ocupados en agenciar negocios temporales, desamparada su grey, y abandonado el cuidado de las ovejas que les están encomendadas; ha resuelto el sacrosanto Concilio innovar los antiguos cánones promulgados contra los que no residen, que ya por descuido de los tiempos y personas, casi no están en uso; como en efecto los innova en virtud del presente decreto; determinando además para asegurar más su residencia, y reformar las costumbres de la Iglesia, establecer y ordenar otras cosas del modo que se sigue.

La Reforma fue una revolución, pero una revolución de nobles y de testas coronadas; porque, cuando los campesinos alemanes creyeron llegada la hora de reivindicar libertades, los caballeros les hicieron pedazos, con Lutero animándoles. Y por la paz de Augsburgo se llegó a la menos democrática de las soluciones religiosas. *Cuius regio, eius religio*. Cada Estado tendría la religión que hubiera elegido su príncipe y quien no gustara de ella podía emigrar… si le dejaban. La Reforma, en este aspecto, no fue nunca una liberación y el inconforme fue tratado con la misma violencia por la Inquisición española que por la calvinista. El pobre Miguel Servet fue quemado por Calvino no, como dice la leyenda española «por haber descubierto la circulación de la sangre», sino por «hereje». Y en la sentencia, Calvino toca un tema grato a sus enemigos del partido católico: Hay que acabar, como sea, con la posible *infección*.

LA INTOLERANCIA

Nuestros misericordiosos que tan gran gusto experimentan en dejar las herejías impunes, ven ahora que su fantasía se apareja mal con el mandamiento de Dios. Quisieran ellos, temerosos de que la Iglesia de Dios se vea difamada por su mucha severidad, que se diera boga a todos los errores, por soportar un hombre. Pero no quiere Dios en modo alguno que se ahorren ni siquiera las ciudades, ni los pueblos, debiendo inclusivemente arrasar las murallas y exterminar la memoria de sus habitantes, frustrando (sic) todo como señal de la mayor detestación, temerosos que esta infección no se extienda más lejos. Más aún. Él mismo nos da a entender que la disimulación, nos hace cómplices de un mismo crimen. Y no se vea maravilla en esto, porque trátase aquí de un renunciamiento a Dios y de la sana doctrina, el cual pervierte y viola todos los derechos divinos y humanos. (…). La Humanidad que tanto estiman los que quieren sean perdonados los herejes, es más cruel, pues por ahorrar a los lobos, dejan a los pobres corderos desvalidos. Suplicóos me respondáis: ¿es razón que los heréticos lastimen gravemente las almas, emponzoñándolas con sus falsas doctrinas, y que se impide a la espada ordenada por Dios de tocar a sus cuerpos, de modo que todo el cuerpo de Jesucristo se vea desgarrado, para que la hediondez de un miembro podrido permanezca en él?

J. CALVINO: Declaración para mantener la verdadera fe que tienen todos los

cristianos de la Trinidad de las personas en un solo Dios. Contra los errores detestables del español Miguel Servet. Donde se muestra igualmente ser lícito castigar a los heréticos; y cómo tal malvado ha sido ejecutado conforme a justo derecho por la justicia en la ciudad de Ginebra (1554),

Igual habla san Ignacio de Loyola de sus contrarios.

… Convendría que todos cuantos libros heréticos se hallasen, hecha diligente pesquisa, en poder de libreros y de particulares, fuesen quemados, o llevados fuera de todas las provincias del reino. Otro tanto se diga de los libros de los herejes, aun cuando no sean heréticos, como los que tratan de gramática, o retórica, o de dialéctica, de Melanchton, etc., que parece deberían ser de todo punto desechados en odio a la herejía de sus autores; porque ni nombrarlos conviene, y menos que se aficionen a ellos los jóvenes, en los cuales se insinúan los herejes por medio de tales obrillas; y bien pueden hallarse otras más eruditas, y exentas de este grave riesgo. Sería asimismo de gran provecho prohibir bajo graves penas que ningún librero imprimiese alguno de los libros dichos, ni se les pusiese escolios de algún hereje, que contengan algún ejemplo o dicho con sabor de doctrina impía, o nombre de autor hereje. ¡Ojalá tampoco se consintiese a mercader alguno, ni a otros bajo las mismas penas, introducir en los dominios del Rey tales libros, impresos en otras partes!

… Los predicadores de herejías, los heresiarcas y, en suma, cuantos se hallare que contagian a otros con esta pestilencia, parece que deben ser castigados con graves penas. Sería bien se publicase en todas partes, que los que dentro de un mes desde el día de la publicación se arrepintiesen, alcanzarían benigno perdón en ambos foros, y que, pasado este tiempo, los que fuesen convencidos de herejía, serían infames e inhábiles para todos los honores; y aun, pareciendo ser posible, tal vez fuese prudente consejo penarlos con destierro o cárcel, y hasta alguna vez con la muerte; pero del último suplicio y del establecimiento de la inquisición no hablo, porque parece ser más de lo que puede sufrir el estado presente de Alemania.

SAN IGNACIO DE LOYOLA a PEDRO CANISIO (13 agosto 1554).

María Tudor mató a todos los protestantes que pudo, e Isabel a todos los católicos que encontró en su camino. Si el título de «sangrienta». (*Bloody Mary*) se le da a la primera y no a la segunda, es porque, en Gran Bretaña, acabaron ganando los suyos, que son los que escriben la historia y ponen títulos a placer.

Lo que nos lleva a hablar de la Inquisición, esa manzana de la discordia que ha enmarcado el nombre español durante siglos. La palabra se asocia inmediatamente al nombre del país. «Spanish Inquisition» como ejemplo de dureza implacable, y, al

llegar el romanticismo, fueron famosas obras sobre «Las víctimas de la Inquisición», con portadas de monjes verdugos y mujeres desnudas y torturadas gratificando así dos curiosidades muy humanas: el misterio y el sexo.

(España ha tenido siempre mal acierto con sus enemigos, a los que hay que elegir con mucho mayor cuidado que a los amigos. España se enemistó con los dos países donde el arte de imprimir estaba más desarrollado, en un momento en que apenas había arte de imprimir en el mundo).

Aquellos españoles, como aquellos alemanes o aquellos ingleses, estaban seguros de que, con sus acciones, salvaban algo tan importante como el destino del alma una vez salida de esta carne mortal. Y la Inquisición cuidaba de esta importante misión. La asociación de ideas Inquisición-hoguera es demasiado simple. El Santo Tribunal distinguía entre error y delito. En el primero caían quien sostenía una teoría contraria a la oficial. Si reconocía su error, tras las exhortaciones de los teólogos, era condenado a llevar el sambenito, especie de saco amarillo con la cruz de san Andrés. Si la acusación había sido de herejía llevaba unas llamas pintadas del revés para indicar que por la penitencia se libró del fuego. Abjuraba de «levi» (poca causa), de «vehementia» (mucha causa), por sus errores e iba a la cárcel o al destierro a cumplir condena. Si volvía a la herejía era «relapso» y nadie le salvaba del fuego.

Al que podía ir también en primera instancia, el que se obstinaba y persistía en el error, aunque fuese advertido. Si se arrepentía en el último momento, era estrangulado antes de ser arrojado a las llamas. Si no, era quemado vivo.

Lo grave, lo gravísimo de la Inquisición no era la tortura del cuerpo, que correspondía entonces a un normal interrogatorio policíaco de hoy y se aplicaba a cualquier ladronzuelo, sino la del alma. Lo grave no era que intentase entrar en el cuerpo humano, sino en la conciencia, y si se lograba encontrar en su fondo un pensamiento malvado (es decir, herético) acabar con él, al mismo tiempo que con la vida de quien lo albergase. Lo malo de la Inquisición es que un sacerdote, el R. P. Francisco Garau, pudiese contar así, un auto de fe en 1691 en Mallorca. Se trata del proceso contra unos judaizantes.

> *… los años anteriores a éste se habían celebrado en esta ciudad dos Autos Generales, el uno a 2 de abril de 1645, y el otro más vecino a 13 de enero de 1675, sacando en el primero quince penitentes por varios crímenes, con cuatro más relajados en estatua; y en el postrero veinte y cuatro reos, con otros seis en estatua; uno relajado en persona, quemado vivo por obstinado y pertinaz; sin embargo, ni en uno ni en otro Auto salió más que un judío, y éste forastero, matritense, que fue el que murió en las llamas; siendo así que de los doscientos y doce que se reconciliaron el año 1679, los más, si no todos, como después confesaron ellos propios, eran ya muy de atrás judaizantes. Para que se repare cuán hipócritamente sabe solaparse el judaismo de tales hombres, siendo ellos los que más frecuentaban las Fiestas, Sermones y aun Sacramentos, sin dar*

lugar a la piedad inocente de los fieles a formar juicio de su malicia, tan rebozada con capa de aparente virtud.

Al buen padre Garau le parecía monstruoso que, explicándoseles tan claramente la diferencia entre la religión verdadera y la judaica, hubiese quien dudara:

… Éste era hermano de Catalina Terongí que murió también pertinaz, sin más porque aun aparente, que su propia rabia y furor, pues preguntando yo que en qué creía, o en qué se apartaba de la fe católica, o en qué consistía ser judía, dijo, que sólo sabía que era judía y que lo quería ser. Había estado hasta la notificación de la muerte como arrepentida, mas luego se le revistió o se le descubrió el Demonio que abrigaba en el corazón, sin que pudiese valer algo lo mucho que hicieron con ella para reducirla cuantos probaron la mano… Estos dos hermanos lo eran de Francisco José Terongí y de Guillermo Tomás Terongí, que, ausentes fugitivos, fueron también relajados y quemados en estatua por relapsos, convictos y contumaces impenitentes. Mas para que se adoren los secretos de la Providencia Divina, las otras dos hermanas de estos cuatro, Isabel Terongí, mujer de Agustín Cortés y Margarita Terongí, Doncella, aunque permitidas caer en igual culpa, fueron asistidas de la gracia para levantarse, convertirse a la fe y perseverar en ella hasta la fin como de las muestras puede piadosamente creerse. De manera que de seis hermanos (¡lastrosa familia!), que salieron en este Auto, los dos murieron abrasados vivos para arder para siempre en el infierno; los otros dos en estatua para agüero de su eterna perdición si no se enmiendan y las otras dos murieron arrepentidas y con esperanzas de Cielo. He ahí lo de Cristo: Unus assumetur & alius relinquetur. Luc. 17. 35.

«La Fe Triunfante en Quatro Autos» por el P. Francisco Garau. cit. por B. Porcel: «Els Xuetes», Barcelona, 1969.

Los defensores de la Inquisición, que han surgido en España en los últimos treinta años, ponen gran énfasis en recordar que la Iglesia no mataba a nadie. Lo que hacía —matizan— era entregar al reo al brazo secular, el Estado diríamos hoy, que se encargaba de la muerte. Esta aclaración tiene interés desde el punto de vista histórico al precisar que la herejía era un delito político que, al intentar romper una unidad de creencia personificada en el monarca, debía ser vigorosamente castigada. Pero ello no alivia en ningún momento la responsabilidad del Santo Tribunal que, al entregar al reo, sabía muy bien lo que le iba a ocurrir: Imaginamos que tampoco aliviaría demasiado la angustia de éste el saber que, quien iba a encender la hoguera bajo sus pies no era la Santa Madre Iglesia, sino un esbirro de la monarquía. A la víctima, que le quemase un sacristán o un soldado, probablemente no le importaba demasiado.

El absolutismo, la cerrazón con que actuaba el Santo Tribunal en lo que se refiere a la vigilancia de las costumbres, tiene dos curiosas excepciones. La primera se refiere a las brujas. De acuerdo con los procesos que han llegado a nuestros días, una mujer acusada de brujería en Castilla la Nueva sostenía por ejemplo ante el Tribunal que había pintado un círculo con sal, carbón y azufre barrido con una escoba y llamado a gritos a Satanás. Éste había entrado en forma de macho cabrío, la bruja se había untado luego los sobacos y las ingles y habían salido ambos volando. Tras hacer barrabasadas a vecinas que se habían portado mal con ella, tales como pellizcarlas en la cama durante el sueño y pegar a sus hijos, se iban al prado donde se había celebrado el aquelarre, ayuntando con el diablo.

Confesión que, asombrosamente, no despierta la crueldad del más temido de los tribunales. Los mismos que meten en la cárcel durante años a quien ha vacilado en la descripción ortodoxa de la Virgen María, reaccionan ante la descripción de quien asegura haber cohabitado con el diablo, «sacándola a la vergüenza», es decir, sobre un asno, desnuda de medio cuerpo para arriba, con una coroza y una penitencia leve como el alejamiento de la corte por unos años. La razón es, naturalmente, que la Inquisición no se cree lo que le cuenta la bruja, y muy moderna para su tiempo —en ese aspecto, al menos—, piensa que lo ha soñado. (La ciencia moderna ha descubierto que el untarse con belladona las ingles y el sobaco, donde hay unas venillas a flor de piel, produce, efectivamente, una sensación de levitación).

En otro aspecto era comprensiva la Inquisición. La meticulosidad con que vigilaba los textos para encontrar herejías teológicas desaparecía al mencionar debilidades humanas, incluso cuando éstas se referían a eclesiásticos. El Quijote, libro aprobado y aun recomendado por el censor eclesiástico, tiene un párrafo en el que se cuenta de una viuda rica que frecuentaba y era frecuentada por los frailes de un convento entre quienes prefería al portero lego. La novela describe la sorpresa de un familiar suyo ante esa elección cuando podía elegir entre los más sabios teólogos de la comunidad y su descarada respuesta: «Para lo que yo lo quiero, más sabe que Aristóteles». Esta descripción, que no podía haberse publicado en 1944 por ejemplo, obedece a una teoría muy del tiempo por la que disociaba totalmente el hombre del sacerdote. La aventura esporádica —o aun permanente— con el ama, no perturbaba a la masa de fieles cuando el cura, ante el altar, levantaba los ojos al cielo pidiendo a Dios que bajase a la hostia consagrada. En ese momento era el ministro divino, fuera cual fuere su conducta privada, aunque ésta pudiese ser criticada luego como indigna. La queja mayor contra el sacerdote con hijos, se refería a que tenía que pensar en darles una fortuna, lo que le distraía de sus deberes. Al ir debilitándose las creencias en el pueblo, se ha exigido más al sacerdote, que hoy lleva una vida infinitamente más pura que la de su antecesor del siglo XVI y del XVII.

La Inquisición era, contra lo que se cree hoy, popular. En primer lugar porque, cuando atacaba, lo hacía a una minoría selecta, totalmente desligada de la masa. Que fray Luis de León estuviera unos años en la cárcel podía molestar a unos estudiantes

o colegas, pero el pueblo pensaba que, cuando lo habían hecho sus razones habría. La idea de que «estaban en buenas manos», de que el rey por un lado y la Iglesia por otro, velaban por ellos, era típica del tiempo y, por ello, las restricciones consideradas necesarias. Ha dado tal vuelta el concepto que hoy se hace difícil comprender cómo en un capítulo del Quijote (II, 55) se diga que:

> *… llegué a Alemania y allí me pareció que se podía vivir con más libertad porque sus moradores no miran en muchas delicadezas; cada uno vive como quiere porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia.*

Eso era *una crítica*, por mucho que hoy nos asombre. Porque quien tenía libertad de conciencia podía escoger el peor camino e ir al infierno. La teoría de que Cervantes decía eso porque era partidario de ella no es válida porque, en ese caso, no se hubiera atrevido a expresarlo tan claramente. Tanto él como el censor y el lector, interpretaron el hecho de tener libertad de conciencia no como un bien, sino como un mal. ¿Para qué poder elegir cuando se está en posesión de la *única* verdad?

LA EMPRESA AMERICANA

Creo que el lector que hasta aquí me ha seguido se ha dado cuenta de que mi patriotismo no se deja llevar más allá de lo razonable.

Digo esto porque ahora voy a lanzar las campanas al vuelo al hablar de la empresa americana en lo que tiene de luminosa…, aun aceptando lo que tiene de sombría.

El culto al héroe es innato en el hombre, desde Alejandro Magno a los cosmonautas que alcanzan la luna. Desde 1492, cuando Colón pone el pie en una isla del archipiélago de las Bahamas, hasta 1539 en que Orellana descubre el Amazonas, el drama, el «suspense», la aventura, infunden un increíble sabor a las hazañas de los españoles. La Española (hoy República Dominicana y Haití) es el primer trampolín de donde se salta a Centroamérica (Nicuesa, Colón); Puerto Rico (Ponce de León); Colombia (Bastidas); Venezuela y las Guayanas (Ojeda). Más tarde se adelanta ese trampolín que ahora se llama Cuba y desde allí se marcha a Florida (Ponce de León), a México (Hernán Cortés). De México, a su vez, se arrancará hacia el Norte, a California (Mendoza), al Sur, Guatemala (Alvarado), Perú (Pizarro), que a su vez, lanza el viaje de Chile (Almagro). Los buques que llegaron a Argentina (Solís), dieron motivo a un nuevo punto de partida en el gigantesco continente del Sur. De allí partió Ayolas para Paraguay, otra base. Poco a poco, el inmenso espacio va entrecruzándose de caminos. De Santiago de Chile irá a Mendoza, a Buenos Aires; desde Asunción, Irala a Cuzco, en el Perú. El conjunto de expediciones llega a coincidencias asombrosas para el tiempo y sus circunstancias. A Bogotá llegan simultáneamente una expedición del Norte, Quesada, otra del Nordeste, Spires y Benálcazar procedente de Quito.

Quien conozca aquellas regiones se queda estupefacto. Aun sabiendo que esos españoles proceden de regiones tan duras y ásperas como Extremadura y Castilla, es decir, que están hechos a todos los inconvenientes que la madre Naturaleza pone en la vida de los hombres, desde el sol abrasador al frío durísimo, con el hambre como compañero constante.

Pasamos adelante, descubriendo
siempre más arcabucos y breñales,
la cerrada espesura y paso abriendo
con hachas, con machetes y destrales;
otros con pico y azadón rompiendo
las peñas y arraigados matorrales,
do el caballo hostigado y receloso
afírmase seguro el pie medroso.

… Y además del trabajo incomportable,

faltando ya el refresco y bastimento,
la aquejadora hambre miserable
las cuerdas apretaba del tormento;
y el bien dudoso y daño indubitable
desmayaba la fuerza y el aliento,
costando un dejativo sudor frío
de los cansados miembros todo el brío.

… recuerda Alonso de Ercilla en *La Araucana*.

Aún hoy quien cruza los Andes lo hace en difíciles condiciones; hasta al tren le cuesta; aquellos hombres lo hicieron a pie. Desde el punto de vista del valor humano las expediciones españolas son sobrecogedoras, contra naturaleza, y hombres a cuál más hostil. Bernal Díaz del Castillo escribió, como se sabe, su crónica de la *Conquista de la Nueva España* un poco cansado de ver que, según la de López de Gomara, todo lo había hecho Hernán Cortés y apenas nada sus esforzados seguidores. Esta actitud de justicia social, esa reivindicación del pueblo llano, se mantiene también en lo que se refiere a hechos milagrosos, como la aparición del apóstol Santiago en la batalla de Zintla, cerca de Tabasco. Es posible, dice entre ingenuo y sarcástico Díaz del Castillo, que uno como pecador no pudiera ver más que a unos soldados que acudían —sudor y hierro— a apoyarles en su desigual batalla:

Aquí es donde dice Francisco de Gomara que salió Francisco de Morla en un rucio, picado, antes de que llegase Cortés con los de a caballo y que eran los santos apóstoles señor Santiago y señor san Pedro. Digo que todas nuestras obras y victorias son por mano de Nuestro Señor Jesucristo y que en aquella batalla había para cada uno de nosotros tantos indios que a puñados de tierra nos cegaran… y pudiera ser que lo que dice Gomara fueran los gloriosos apóstoles… y yo, como pecador, no fuera digno de verlos. Lo que yo entonces vi y conocí fue a Francisco de Morla en un caballo castaño y venía juntamente con Cortés… y ya que yo, como indigno, no fuera merecedor de ver a cualquiera de aquellos gloriosos apóstoles, allí en nuestra compañía había sobre cuatrocientos soldados y Cortés, y otros muchos caballeros y platicárase de ello y se tomara por testimonio… pluguiera a Dios que así fuera, como el cronista dice y hasta que leí su crónica nunca entre conquistadores que allí se hallaron tal les oí.

Vamos ahora con las leyendas:

Leyenda blanca: El español cruzó los mares con el intento de llevar la fe a aquellas lejanas tierras. En contra del egoísmo y sentido de superioridad del anglosajón, se fundió en seguida con la población indígena, formando una nueva raza con naciones que hoy, orgullosamente, proclaman su fe en Cristo y su alegría al ser

de estirpe española, llamándose las hijas de la Madre Patria.

Leyenda negra: Los españoles llegaron a las Indias animados de una feroz sed de oro y plata, destruyeron la civilización indígena y esclavizaron a los indios. Gracias a su actuación reaccionaria, hoy están muy atrasados los países hispánicos respecto a los anglosajones.

La leyenda blanca es tan absurda como la negra. Es cierto que los frailes acompañaron desde el primer momento a los conquistadores y que procedieron a bautizar en masa, y es cierto también que el oro y la plata fueron los objetivos más importantes de la mayoría de los aventureros que cruzaron los mares. La gran mayoría de los jefes que pasaron a las Indias procedían de soldado raso. Por un bachiller como Cortés, había centenares de ex porqueros como Pizarro, cuyo natural deseo era hacerse ricos lo antes posible. Y cuando un español corría tras una india no se le ocurría ciertamente: «He aquí una indígena, a la que gente de otras naciones, consideraría indigna de compartir su lecho por su color cobrizo y su falta de principios morales. Yo, en cambio, movido de mi generoso espíritu cristiano y comprensivo, quiero casarme con ella y crear un nuevo pueblo que rece a Jesucristo y hable en español». Probablemente sus ideas eran mucho más concretas. Por otra parte, a quien procedía de un país donde se había reunido sangre ibera, celta, goda, romana, bizantina, árabe, beréber, siria, francesa, judía, no le debía importar demasiado otro color de piel.

La empresa americana se inicia con prosopeya y gran apariencia de legalidad. Cuando se llegaba a un nuevo territorio, el capitán de la hueste hacía leer al escribano, que podía ser cualquier soldado con la facultad de saber leer, un solemne Requerimiento. Habría que ver la expresión de incas, aztecas, caribes cuando se les explicaba por qué estaban allí aquellos curiosos seres barbudos.

«Uno de los pontífices… como señor del mundo hizo donación de estas islas y tierra firme del Mar Océano a los dichos rey y reina y a sus sucesores en estos reinos, con todo lo que en ella hay, según se contiene en ciertas escrituras que sobre ellas pasaron… y que podréis ver si quisiereis».

Se refería a la bula papal de 1494 por la que se declaró que el mundo por descubrir quedaba dividido entre España y Portugal por un meridiano que atraviesa Australia por el centro y Sudamérica en sus dos terceras partes, dejando a Brasil en la zona de influencia portuguesa. (Años más tarde, Francisco I ironizaba sobre esos derechos: «Que me enseñe el Emperador (Carlos V) el testamento de Adán donde le deja todo eso»).

El Requerimiento sigue afirmando que otros territorios e islas de la zona han aceptado ya esos derechos sacrosantos, admitiendo como monarcas a los reyes susodichos y a los sacerdotes que ellos envían, como autorizados para expandir la religión católica. De forma que ahora le toca a ellos…

«Por ende, como mejor podemos os rogamos y requerimos que entendáis bien eso

que os hemos dicho… y reconozcáis a la Iglesia por señora y superiora del universo mundo y al sumo pontífice, llamado Papa en su nombre, y al Emperador y reina doña Juana nuestros señores en su lugar como señores y reyes de estas islas y tierra firme, por virtud de dicha donación y consintáis y deis lugar a que estos padres religiosos os declaren y prediquen lo susodicho».

Ya está hecho el requerimiento. Ahora el español explica la alternativa en que se encuentra el indígena.

«Si así lo hiciereis… sus altezas, y nos en su nombre, os recibiremos con todo amor y caridad y os dejaremos vuestras mujeres e hijos y haciendas libres y sin servidumbre… y no se os compelerá a que os hagáis cristianos, salvo si vosotros, informados de la verdad os quisieseis convertir a nuestra fe católica…».

Pero si se niegan o maliciosamente tardan en decidirse… «con la ayuda de Dios nosotros entraremos poderosamente contra vosotros y os haremos guerra por todas partes y maneras que pudiéremos y os sujetaremos al yugo y obediencia de la Iglesia y de sus Majestades, y tomaremos vuestras personas y las de vuestras mujeres e hijos y les haremos esclavos y como tales los venderemos… y os tomaremos vuestros bienes y os haremos todos los males y daños que pudiéremos…».

¿Y de quién será la culpa si eso ocurre? De unos vasallos —hecho ya establecido en el primer párrafo de forma irrebatible, al parecer— que no obedecen… a su señor y le resisten. Así pues…

«… protestamos que las muertes y daños que de ello se recrecieren, sean a vuestra culpa y no de sus majestades ni nuestra, ni de estos caballeros que con nosotros vienen y de como lo decimos y requerimos pedimos al presente escribano que nos lo dé por testimonio signado, y a los presentes rogamos que de ello sean testigos».

(D. DE ENCINAS. *Cedulario Indiano*, 1531, lenguaje modernizado).

Más legal, imposible.

Es cierto que los reyes promulgaron justas leyes como las de Indias de 1542, que oían a críticos tan duros como Las Casas y procuraban proteger a los indios en vidas y propiedades. Pero es también cierto que los encomenderos —jefes del pueblo indígena que actuaban, en cierto modo, como señores feudales— recibían las cédulas del rey y las ponían con todo respeto sobre la cabeza diciendo aquello de «se acata pero no se cumple». Y, en cierto modo, con razón. Porque el mismo rey que ordenaba un trato amable con los indios exigía también en los mismos documentos oro y más oro, plata y más plata, para subvencionar guerras europeas, para mantener la religión católica en Alemania o para disputarle a Francia la hegemonía. Ese dinero no podía venir más que de las Indias y, en las Indias, de la mina. El indio no quería trabajar en ella y no había más remedio que obligarle si se quería obtener resultados prácticos. De forma que, toda la primera época de la colonización, fue un andar y venir de notas contradictorias. El indio no es esclavo, pero tiene que forzársele con la mita (turno de trabajo por el que bajaban en grupos a la ciudad o pueblo) y, por tanto, no hace lo que quiere; y no se le puede pedir a los virreyes que envíen dinero y quitarles al mismo

tiempo la autoridad de obtenerlo.

La diferencia entre lo que se ordenaba en Madrid y lo que se aceptaba en América está clara en la actitud de los encomenderos ante la llegada de Blasco Núñez Vela, que quiso imponer por orden del Rey las Ordenanzas y Leyes Nuevas de 1542 que prohibían los esclavos (mayo de 1544):

> *… Congregados éstos, suplicaron a Gonzalo Piçarro, (hermano de Francisco, que estaba en Charcas) que se opusiesse a las Hordenanças antes de que todos se perdiessen y antes que más mal y daño cundiese en la tierra; y assí le dixeron otras cosas para que lo hiziesse a nombre de procurador y deffensor general… y assí comentaron muy de veras y con gran vehemencia de le persuadir que tuviesse por bien hiziesse por ellos lo que tanto cavallero le demandava I suplicava. [8] Unos le dezían que siendo tan justa la guerra y conquista hecha contra los indios infieles, que lícitamente los podían tener por esclavos; pues eran ávidos de buena guerra, especialmente que todos ellos comían carne humana. [9] Otros dixeron que Su Majestad no podía ni devía con justicia quitalles los pueblos que una vez les avía dado en dote con sus mugeres, para que con ellas se casassen, y que, durante la donación, no los podía quitar ningún governador, pues en ello no le avían herrado en cosa alguna… ni cometido traición a su Real Corona. [10] Otros dixeron, con gran desvergüenza, que con buen derecho podían deffender con armas sus franquezas y libertades y sus esclavos y pueblos que tenían en encomienda, como lo avían hecho los cavalleros hijosdalgo en los Reinos de Castilla. [11] también dixeron descaradamente que si algún rey quería quebrantar a los españoles los privilegios y mercedes que le avían hecho los reyes pasados, que los grandes de Castilla no lo consentían hazer, y que con este exemplo lo avían ellos de hazer hasta morir, pues avían ganado y conquistado la tierra con trabajos no sencillos, gastando en ella sus haziendas y derramando su sangre. [12] En fin, todos y cada uno dellos dezían que no incurrían ni caían en pena alguna ni en deslealtad, en suplicar de las Hordenanças, ni aun en las contradezir con armas, pues no se obligavan a cosa alguna antes de las consentir principalmente defendiendo sus haziendas…*

En cuanto a la religión entró con fuerza impresionante. Quien vea hoy a los indios ir de rodillas por centenares de metros ante la basílica de Guadalupe, o permanecer con los brazos en cruz ante una capilla de San Francisco en Quito, sabe de esa devoción. Es cierto que esa religión a veces va teñida de supersticiones y de mezcla con ritos indígenas precristianos, pero eso también ocurre en Sicilia, por ejemplo.

El regalo mayor fue el de la lengua homogénea, un vehículo que permite al lindante con la Tierra de Fuego comprender lo que le dice el vecino del Río Bravo, en la frontera de México con los Estados Unidos y a todos ellos poder cruzar el

Atlántico. —Canarias sería el lugar para detenerse, donde el meloso acento del Caribe cambia un poco; luego, Andalucía para preparar los oídos a la dureza castellana. Virtualmente el mismo idioma, a pesar de todas las burlas que hagan unos del acento de otros.

La leyenda negra parte de un error muy típico del hombre de hoy, que es juzgar con sus ideas actuales acontecimientos de siglos. Especialmente en los últimos años, quizá debido a las guerras mundiales estudiadas en su básico absurdo, hay un examen de conciencia del hombre blanco. Su misión, hasta hace bien poco tan clara, resulta ahora, al menos, dudosa. ¿Quién le autoriza a cambiar un sistema de vida, una religión, una sensibilidad para acomodarla a la de los invasores? ¿Con qué derecho se creen éstos superiores? El colonialismo es hoy una palabra pecaminosa.

Así nace la acusación contra los españoles. Primero, muerte a los indígenas. La verdad es que la mayoría cayeron por una enfermedad llamada viruela para la cual no habían desarrollado «anticuerpos», dado que no la conocían. Los españoles se la llevaron y en lugares como Cuba y La Española, la mortandad fue muy grande. (Una tesis reciente aseguraba que los soldados invasores llevaban mantas con microbios infectados para propagar la enfermedad. Es una acusación que contradice otra muy típica: la de que los españoles obligaban a trabajar al indígena. Porque nadie mata a quien necesita para sacar provecho). El español guerreaba estrictamente lo necesario para dominar al indio y obligarle a considerarse al servicio de la corona de Castilla, en general y del suyo en particular. Cuando empezaron a fallar los indios se llevaron negros, y curiosamente, aunque los españoles se aprovecharon de ellos, los tratantes fueron casi siempre ingleses, holandeses, franceses y aun italianos.

Otra queja: Los españoles derribaron los grandes monumentos de las civilizaciones azteca y maya, erigiendo en su lugar y encima de sus solares sus propios templos. Efectivamente. Como habían hecho todas las civilizaciones hasta entonces y seguirían haciendo después. Los romanos sobre templos griegos, los visigodos sobre templos romanos, los partidarios del arte gótico sobre las ruinas románicas; cuando llegaron los renacentistas consideraron bárbaras las edificaciones medievales y los neoclásicos, absurdas las del siglo XVII. (Gótico y barroco son denominaciones despectivas en su origen).

Es muy reciente la idea de que cualquier arte que haya existido, merezca respeto y consideración. En tiempos tan cercanos como los de Mussolini, éste, en su obsesión clasicista, derribaba barrios enteros de gran encanto medieval para que pudiera verse la ruina de un solo palacio romano.

Dígase lo mismo de las sociedades que los españoles destruyeron: hoy está de moda hablar de ellas como de paraísos. Especialmente aztecas e incas son consideradas deliciosas agrupaciones de seres humanos, regidas por un sistema perfecto. Hace poco tiempo, en Cuzco, me mostraban la increíble muralla de grandes masas pétreas, transportadas desde veinte kilómetros y ensambladas sin cemento.

El guía hablaba de aquella sociedad ideal que se llamaba inca, donde todos vivían

maravillosamente. Le hice notar que serían todos menos quienes habían llevado hasta allí, a fuerza de brazos, los gigantescos bloques…

La mayoría de analfabetos que en los siglos XVI, XVII y XVIII andaban por Europa y América del Norte, tuvieron como única explicación de las hazañas de los españoles, una serie de estampas que se titulaba algo así como «crueldades de los españoles en América». En ellas unos soldados, ayudados a veces por monjes, mataban de diversas formas a los indígenas, pero casi siempre, con la hoguera. La llamada «leyenda negra» tuvo en esas estampas una base excelente. Si como hoy se dice, una ilustración vale por mil palabras, piénsese lo que sería entonces, cuando la mayoría de los que esas estampas veían no podía leer ninguna de las palabras escritas, o dicho de otra manera, no podían ni comparar lo que se había escrito con lo que se había dibujado.

Pero además, en el caso de la Inquisición, la imprenta, estando más adelantada en los países protestantes, que por ello mismo eran enemigos de España, Holanda, Inglaterra y aun en algunos católicos, tanto o más contrarios a Madrid como Francia, produjo una cantidad de panfletos en la que se ponía de manifiesto la crueldad de los españoles con los indios.

Pero el más eficaz fue precisamente el de un español, por ello más escuchado. Cómo sería la crueldad española en las Indias que «hasta un obispo español la denunció», dicen los propagandistas de ellas. Se podría responder que tan español era el que torturaba como el que lo denunciaba.

El libro de Las Casas se llamaba *La destrucción de las Indias*; extractemos un párrafo: «Estas gentes (los indígenas de la Española) eran las más bienaventuradas gentes del mundo si solamente conocieran a Dios. En estas ovejas mansas… por su hacedor y criador así dotadas, entraron los españoles, desde luego que las conocieron, como lobos y tigres y leones crudelísimos de muchos días hambrientos. Y otra cosa no ha hecho de cuarenta años a esta parte hasta hoy (1552) sino despedazarlas, matarlas, angustiarlas, afligirlas, atormentarlas y destruirlas». Cita luego el buen fraile altas cifras sobre la cantidad de muertos que hubo en el país, desde la llegada de los españoles. Menéndez Pidal, geografía en mano, ha demostrado la imposibilidad de que un país mantuviera la gente que Las Casas dice que perecieron a manos de los españoles, acusando al obispo de mitómano. Pero la exageración es una necesidad vital de la propaganda.

La esclavitud de los indios dependía de un matiz jurídico, es decir, de si se habían capturado en «buena guerra» o guerra lícita. Así lo explica el defensor de aquéllos, fray Bartolomé de las Casas:

> *«… Como… supiese la Reina (Isabel) que el Almirante había dado a cada uno de los que allí venían un indio por esclavo… hubo muy gran enojo diciendo estas palabras: "¿Qué poder mío tiene el Almirante para dar a nadie mis vasallos…?". Mandó luego pregonar… que todos los que hubiesen llevado*

indios a Castilla… los volviesen luego acá so pena de muerte… Yo no sé por qué no más estos 300 indios que el Almirante había dado por esclavos mandó la Reina tornar con tanto enojo y rigor grande y no otros muchos que el Almirante había enviado… No hallo otra razón sino los que hasta entonces se habían enviado creía la Reina por las informaciones erradas que el Almirante a los Reyes enviaba que eran en buena guerra tomados».

(Historia de las Indias. Lib. I, cap. 176).

¿No va a ser justa guerra el defenderse de los ataques de unos indios malvados? El silogismo del tiempo es éste: Nosotros representamos a la verdadera religión y a las buenas costumbres. Quien acepte nuestras ideas y respete nuestro poder no debe ser maltratado. Si hay, en cambio, gente tan mala que rechaza la invitación y ataca a nuestros hombres, es evidente que debe ser castigada…

Sepades que el Rey nuestro señor y yo, hubimos mandado por nuestra Carta que personas algunas de las que por nuestro mandato fuesen osados de prender ni cautivar a… personas de los indios de las dichas islas y tierra firme del Mar Océano… y porque algunas personas habían traído de las dichas islas algunos de los dichos indios se los mandamos tomar… y fueron puestos en libertad.

Ahora bien, «para más convencerlos y animarlos a que fuesen cristianos y porque viviesen como hombres razonables…».

Porque cristiandad y razón representa lo mismo para el ideario del tiempo. Los salvajes no tienen uso de razón; en cuanto la alcanzan se vuelven cristianos, porque es el natural camino.

… hubimos mandar que algunos nuestros capitanes fuesen… y enviamos con ellos algunos religiosos que les predicasen y doctrinasen en las cosas de nuestra santa fe católica y para que los requiriesen que estuviesen a nuestro servicio.

Religión y España no son dos elementos distintos. Estar al servicio de los reyes representa además la ventaja espiritual porque Dios y el Papa han puesto a los monarcas como encargados de esa misión. El que los resiste, pues, es reo de un doble crimen. Unos indígenas les acogieron y aceptaron la protección de la tierra y del cielo, pero algunos…

… nunca los quisieron oír ni acoger antes se defendieron dellos con sus armas y les resistieron… y aun mataron a algunos cristianos. Y después han estado en su dureza y pertinacia haciendo guerra a los indios que están a mi servicio y prendiéndolos para comer como de hecho los comen.

Un inciso. La «leyenda negra» presenta siempre a la agrupación india americana

como seres de angélica dulzura, atacados por españoles ansiosos de sangre. El indio caníbal contra sus propios hermanos de raza aparece tan poco en sus textos como el conquistador amable.

> *… por ende doy facultad… a todas personas que… fueren a las islas y tierra firme… para que si todavía los dichos caníbales resistieren… los pueden cautivar… y para que los puedan vender y aprovecharse de ellos sin que por ello… incurran en pena alguna.*

Y otra vez la dualidad espiritual-económica que preside los actos americanistas de los españoles del tiempo…

> *… porque trayéndolos a estas partes y sirviéndose de ellos los cristianos podrán ser más ligeramente convertidos… a nuestra santa fe católica. (Provisión general sobre los indios caribes, agosto 1503).*

Una disposición lógica teniendo en cuenta las premisas en que se apoyaban los reyes para sus decisiones. Una disposición origen de toda posible injusticia porque bastaba al militar inventarse una resistencia armada para justificar unos esclavos. Era muy difícil que llegara a oídos del rey que la violencia por parte de los indios, había ocurrido después que la hija de un cacique había sido raptada, por ejemplo: la provocación era fácil y la corte muy lejana… aunque, de vez en cuando, un fray Bartolomé de las Casas apareciera como ángel vengador de las injusticias cometidas.

Para el apóstol de las Indias el sistema era injusto desde que lo puso en marcha Colón.

> *A estos que se avecinaban repartía el Almirante tierras en los mismos términos y heredades de los indios… que tenían para sustentación suya y de sus mujeres e hijos.*

¿Cómo no iban a encontrarlo natural los que se habían repartido igualmente las tierras de los moros pocos años antes? ¿Qué guerra ha habido nunca sin botín? Especialmente las guerras contra infieles…

> *… De donde comenzó la trágica pestilencia… del repartimiento que después llamaron encomiendas. Que decía en la cédula que mandaba que aquel cacique fulano y sus gentes le labrasen aquellas tierras… de tal manera del cacique y de su pueblo aquel hidalgo español se apoderaba, como si los dieran todos por esclavos o por mejor decir, como si fueran bestias cazadas y habidas del campo, no haciendo más cuenta del cacique o señor natural que de sus vasallos.*

Las Casas emplea el término medieval de «señor natural». Sus enemigos señalaron que ese cacique era, a menudo, el representante de un pueblo indio que había esclavizado a otro más débil.

… si los caciques y señores tenían hijas, luego con ellas eran abarraganados… y guay de aquellos que se huían o como decían los españoles en su lenguaje, se alzaban, porque luego iban a buscarlos y hacían con ellos crueles matanzas.

(Historia de las Indias. Lib. I, cap. 160.]

Yo he sido informado (decía Felipe II, en cédula dirigida a las autoridades de Lima) que los delitos que los españoles cometen contra los indios no se castigan con el rigor que se hacen en los de unos españoles con otros… y apenas se sabe que se haya hecho justicia de ningún español por muerte de indio. Y porque esto ha sido muy perniciosa introducción y no se ha de dar lugar a que en el castigo de los delitos se haga diferencia ni distinción de personas de españoles e indios, antes éstos sean más amparados como gente más miserable y de menos defensa, os mando que de aquí en adelante castiguéis con mayor rigor a los españoles que injuriaren, ofendieren o maltrataren a los indios que si los mismos delitos se cometiesen contra los españoles… (29 de diciembre de 1593).

La leyenda negra se apoya en textos como el primero. La blanca en los parecidos al segundo. Ambos son ciertos. E inciertos al mismo tiempo.

Lo que separaba a los dos pueblos era no sólo una religión sino una forma de vida. España, inmersa en un mundo occidental de culto al trabajo, no podía comprender ese mundo «oriental» en el que se empeñaban en vivir los indios. En las Ordenanzas para el buen regimiento y tratamiento de los indios de 1512 se advierte al principio que se ha hecho lo posible para llevar a los indígenas de La Española a la fe católica, pero «… según se ha visto por luenga experiencia… no basta para que los dichos caciques e indios tengan el conocimiento de nuestra fe que sería necesaria para su salvación, porque de su natural son inclinados a ociosidad y malos vicios de que Nuestro Señor es deservido y no ninguna manera de virtud y doctrina». ¿Qué ocurre? Que como viven lejos de donde viven los españoles, aunque éstos les enseñen las verdades de nuestra fe, luego se vuelven a sus pueblos y se olvidan de todo.

Remedio: que vayan a vivir cerca de los españoles. Así podrán verles, ir a misa y se acostumbrarán a las cosas de nuestra fe y además se librarán del viaje de ida y vuelta «que como son lejos sus estancias de los pueblos de los españoles… no morirán los que mueren en los caminos así por enfermedades como por falta de mantenimiento y los tales no pueden recibir los sacramentos que como cristianos son

obligados».

Venían luego las obligaciones del encomendero de enseñarles la doctrina, obligarles a persignarse y rezar al anochecer. Y luego la manutención, con carne los domingos. Y en las minas debían trabajar sacando oro cinco meses y después tenían derecho a cuarenta días de vacaciones, en los que sólo tenían obligación de recoger lo que iban a comer. Y recordarles que no podían tener más que una mujer. Y que las mujeres preñadas no podían trabajar tras el cuarto mes en el campo y sí en las faenas domésticas y así mantenerse hasta que el hijo tuviera tres años.

> *Otrosí mandamos y ordenamos que persona alguna no sean osados de dar palo ni azote, ni llamar perro ni otro nombre a ningún indio… y si el indio mereciera ser castigado por cosa que haya hecho, que le lleven a los visitadores para que les castiguen…*

¿Ventajoso para los indios? Desde el punto de vista occidental, evidentemente. Para ellos, que preferían vivir en el campo, a la sombra de un árbol, horrible.

Las quejas de los encomenderos partían de la impresión de que sus esfuerzos por poblar la tierra eran poco reconocidos por el Estado. Cuando el trastornado Lope de Aguirre lanza su asombrosa carta desnaturándose y desafiando a Felipe II, su carta empieza…

> *Rey Felipe, natural español, hijo de Carlos invencible: Lope de Aguirre, tu mínimo vasallo, cristiano viejo, hijo de medianos padres, en prosperidad hijodalgo en tierra vascongada, en el Reino de España en la villa de Oñate vecino…en veinticuatro años (exclama) te he hecho muchos servicios en el Perú en conquista de indios y en poblar pueblos en tu servicio… sin importunar a tus oficiales por paga ni socorro… bien creo, excelentísimo Rey y Señor que para mí y mis compañeros no has sido tal sino cruel e ingrato a tan buenos servicios como has rescibido de nosotros aunque también creo que te deben de engañar los que te escriben destas tierras como estás muy lejos.*

Era la típica concesión de un monárquico. Más que un mal rey un rey mal informado. Pero poco después el insulto es directo. Otros trabajan para que él viva. En el fondo, la primera declaración de independencia.

> *… pues estando tu padre en los reinos de Castilla sin ninguna zozobra, te han dado tus vasallos, a costa de su sangre y hacienda, tantos reinos y señoríos como en estas partes tienes. Y mira, Rey y Señor, que no puedes llevar con título de rey justo, ningún interés destas partes donde no aventuraste nada, sin que primero los que en esta tierra han trabajado y sudado sean gratificados.*

La idea de la barbarle española en América es general. La conmemoración de la creación de la Universidad de San Marcos en Lima, en 1951, fue glosada por el *The New York Times* con una nota titulada algo así como «Tiranía, oscurantismo, miseria», como símbolo de la dominación española en América. Lo que quedaba, en cierto modo, contradicho por la noticia que seguía, recordando los cuatrocientos años pasados desde que fue plantada una nueva Universidad. Era fruto de un acuerdo de las Leyes de Indias de 1542.

> *Para servir a Dios Nuestro Señor y bien público de nuestros reinos conviene que nuestros vasallos, súbditos y naturales, tengan en ellos universidades y estudios generales donde sean instruidos y graduados en todas ciencias y facultades y por el mucho amor y voluntad que tenemos de honrar y favorecer a los de nuestras Indias y desterrar de ellos las tinieblas de la ignorancia, creamos, fundamos y constituimos en la ciudad de Lima de los reinos del Perú y en la ciudad de México de la Nueva España universidades y estudios generales…*
>
> *(Lib. I, tít. XXII, ley I de Indias).*

CARLOS I Y FELIPE II

La comparación resulta obligada. Dos reyes, en el mismo siglo, con los mismos problemas. Enemistad con Francia. Enemistad con Inglaterra. Luchas contra protestantes, luchas con musulmanes en su forma turca o berberisca. Problemas con aliados, como el Papa. (Felipe II no llegó a atacar Roma como su padre, pero anduvo cerca de hacerlo el duque de Alba y tuvo grandes dificultades con Pío V, entre otras ocasiones, con motivo de la investidura de Portugal).

Ambos se equivocaron al considerar consustancial con su trabajo nacional el ideal universal: lo que podía haber sido sencillamente una política que hoy llamaríamos propagandística, se convirtió en una acción a sangre y fuego.

Pero el error mayor fue de Felipe II, porque no conservaba el título de emperador que era el que daba la responsabilidad. Felipe II hubiera tenido que ser, antes que nada, rey de España. Fue, en cambio, sobre todo, defensor de la fe. Llevó sus tropas adonde ésta estaba amenazada y aseguró que prefería perder sus reinos a reinar sobre herejes. Los perdió, claro. (Flandes).

La comparación resulta obligada, repetimos. Y de ella nace un rey simpático: Carlos, y otro antipático: Felipe II. Parece difícil que seres animados de los mismos ideales y las mismas obsesiones, de cuyo interior lógicamente sabemos poco, resulten teñidos de colores tan distintos. Pero así es. Al terminar el estudio de la historia del XVI, uno queda en sombra; el otro, luminoso.

Puede ser el tipo humano; Carlos nos aparece en el retrato de Tiziano, a caballo en Mühlberg, deportivo, alegre en la batalla. Sabemos de él que, al terminar su vida, dijo que ésta «había sido un largo viaje». Estuvo siempre dispuesto a trasladarse adonde hiciera falta en busca de la paz de sus reinos, dejando a salvo sus obligaciones de rey y de emperador. En lo que hoy llamaríamos contacto personal, celebró cuatro entrevistas con Enrique VIII de Inglaterra, tres con Francisco I de Francia, dos con el papa Clemente VII, cuatro con Pablo IV.

Felipe II, en cambio, desde su ascensión al trono, no se movió de España sino para ser coronado rey de Portugal. No conservamos retrato suyo a caballo aunque, de joven, le gustara montarlo. Estuvo en San Quintín como su padre en Mühlberg y, sin embargo, a ningún pintor se le ocurrió conmemorarlo ni a él pedir que se lo hicieran. Fue un rey burocrático, escondido primero en el Alcázar y luego en El Escorial, leyendo relaciones que le llegaban de todas partes del mundo, anotando al margen, minuciosamente, sus juicios que, a menudo eran de «instrúyase más sobre ello», «búsquese», «aclárese», fórmulas que detenían el ritmo del Estado. Su poco contacto con extranjeros le hizo más provinciano, más encerrado en su concha española. Carlos V comprendió que tenía que hacer la paz con los protestantes si tenía que defender a Europa de los turcos. Felipe no comprendió que la religión reformada estaba allí para permanecer y que, cuanto antes se aceptara su existencia, mejor sería

para la paz de Europa.

Naturalmente no tenemos pruebas, pero nos cuesta imaginar a Carlos felicitando a la reina Catalina de Médicis, después de la Noche de San Bartolomé, en que perecieron al filo de la espada miles de protestantes.

Señora: Monsieur de Saintegnard… me refirió particularmente lo que había pasado en el justo castigo que por orden del rey mi hermano y de V. M. se dio al Almirante y a los de su secta y parcialidad que por haber sido un hecho de tanto valor y prudencia y de tanto servicio, gloria y honra de Dios y universal beneficio de la Cristiandad… fue para mí la mejor y más presente nueva que al presente me pudiera venir…

(Cartas de Felipe II. Bib. Nacional, Madrid).

… Ni imaginamos a Carlos V —aunque evidentemente estuvo— absorto en sus oraciones mientras, delante de él, pasaban en los autos de fe los condenados. Dijo un noble al rey: «Así recompensáis mis servicios». Y contestó Felipe II: «Si mi hijo fuera tan malvado como vos, yo mismo llevaría el haz de leña para quemarle».

«El haz de leña» se llamaba el drama histórico de Núñez de Arce. Felipe el tenebroso, Felipe el misterioso, el hipócrita, es objetivo constante de los escritos del XIX. Schiller lanza su *Don Carlos*, con el pobre muchacho víctima de la insidia de un padre que, después de quitarle la novia, la princesa Isabel, le mata secretamente. Verdi lleva el tema a la ópera.

El príncipe Carlos estaba mentalmente enfermo desde muchacho y cualquier padre hubiera neutralizado igualmente a su hijo. Pero, ¡le va tan bien al personaje de Felipe II ese otro misterio!

Y, sin embargo, parece claro que él, en este caso, no fue el culpable. Hay un testimonio totalmente imparcial por tratarse de quien no podía simpatizar con el rey porque su patria jugaba la carta contraria a Felipe II. El embajador veneciano describe así la personalidad del príncipe…

… aspecto feo… complexión melancólica y colérica, tanto que es difícil que se deje gobernar… no escucha ni hace caso a nadie, y si puedo decirlo, estima poco incluso al rey, el cual disimula y finge no saber muchas cosas porque cuando demuestra sentimiento, en seguida su Alteza se mete en cama con la fiebre que le llega por su gran cólera… Es de naturaleza muy cruel y muchas cosas se dicen a este propósito que no conviene repetir aquí…

(GIOVANNI SORANZO, Relazioni degli ambasciatori…, Serie I, t. V; pág. 119).

Esto se escribía en 1565. Tres años después una escena dramática en el Alcázar.

El rey entra a medianoche en la cámara de su hijo con sus ministros; el muchacho grita: «¿V. M. me quiere matar?». El rey le calma… «¿me queréis atar como a loco? No soy loco sino desesperado…». Encuentran arcabuces y balas, se lo llevan y le dejan encerrado. Unos días antes había querido fugarse a Flandes y reconocía ante el confesor que quería matar al rey, su padre. Pocos días después, moría víctima de excesos como abusar de la comida, enfriarse la cama con nieve y pasearse descalzo por el suelo mojado.

Entre los enemigos de Felipe II no podía haber más que una explicación: el príncipe había muerto envenenado. El príncipe de Orange lo diría a gritos: «Felipe ha matado a su mujer, hija y hermana de los reyes de Francia para desposarse con su sobrina… A las horribles faltas precedentes se ha añadido un cruel parricidio, el padre matando inhumanamente a su hijo y heredero a fin de que por este medio el Papa pudiera tener posibilidad de dispensarle de un incesto tan execrable, abominable ante Dios y a los hombres». (*Apologie*, páginas 30-33).

Hasta en las relaciones femeninas hay diferencia en la imagen de los dos reyes. Carlos se aburre un día en Alemania, le sirve una robusta muchacha y el Emperador la pide de postre. El resultado es un muchacho todo llama y fuego, todo ambición y petulancia, pero también todo valor e inmensa simpatía. Se llama Juan de Austria, que hará, también por contraste, más oscura la silueta de Felipe. Éste le dejará vencer en Lepanto pero vigilará continuamente los pasos del infante que quiere liberarse y casarse con María Estuardo y reinar en Inglaterra devolviendo la isla a la religión católica. ¡Cuántos sueños juntos! Una reina salvada de un dragón —Isabel—, un país devuelto por la dureza de su brazo a la verdadera fe. Juan de Austria es un Amadís. Y Felipe no gusta, como Carlos V, de libros de caballerías.

La aventura de Felipe más conocida no es la alegre coyunda con una opulenta moza. La aventura de Felipe es la princesa de Éboli, con la extraña historia del asesinato de Escobedo, empresa en la que intervienen los celos reales en dos vertientes. Escobedo era secretario de don Juan y, según Antonio Pérez, el valido, quien le impulsaba en sus sueños reales. Pero parece que Escobedo, en realidad, fue muerto por haber descubierto el amorío de la princesa con Antonio Pérez y que el rey, al darse cuenta de cuál había sido el verdadero móvil del asesinato, se quiso vengar de su antiguo secretario, que termina huyendo al extranjero y poniendo su pluma y su inteligencia al servicio de la difamación de su rey.

Una fosca historia. Se le llamó el Rey prudente, se le alaba por su serenidad ante cualquier acontecimiento. Los historiadores filipistas, todos los que han estado a la derecha política durante siglos, dicen con admiración que lo mismo reaccionó ante la noticia de Lepanto —sólo mandó rezar un tedéum al terminar la misa que estaba oyendo—, que ante el desastre de la Invencible: «No he mandado mis naves a luchar contra los elementos». Esos nervios de acero pueden llamarse también insensibilidad. ¡No es cierto!, aseguran los filipistas. Hay unas cartas que el rey escribe a sus hijas desde Portugal en las que les habla de flores y pájaros y que sirven para mostrar su

humanidad. Pero el amor a los animales y a las plantas puede encontrarse en los mayores tiranos.

C'est pas la voix, c'est le ton. Desagrada su forma de reaccionar; considerado a menudo como el arquetipo español cuando no lo era ni físicamente —rubio, ojos azules— ni en el temperamento, frío y desagradable, sin siquiera la excusa de una pasión para explicar acciones sangrientas. En los asuntos religiosos no ardía de amor a lo divino como una Teresa de Jesús —le desconcertaba un poco esa «fémina errante y andariega»—, sino que cumplía con su deber como un funcionario de la Iglesia. El doctor Marañón, al comentar el porqué rechazó los cuadros de El Greco para decorar El Escorial, advierte: «No podían comprenderse jamás. El Greco era un místico y Felipe II era un puritano; es decir, todo lo contrario». Sí, Felipe se parecía más a Calvino de lo que él hubiera podido nunca imaginar.

FLANDES

Gran parte de la leyenda negra nace en Holanda. No es raro, puesto que el nacimiento de la nación está unido, en el recuerdo de sus habitantes, a una lucha contra los antiguos dominadores españoles. Éste es el epitafio que leen los niños holandeses en Delft, donde está sepultado el príncipe de Orange.

> *En honor de Dios Todopoderoso y para eterna memoria de Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, padre de su patria, que apreció la dicha de su país de los Países Bajos más que sus propios intereses o los de su familia, que por dos veces, y principalmente a sus únicas expensas, levó poderosos ejércitos y los condujo al campo de batalla bajo el mando de los Estados, que evitó la tiranía de España; reivindicó y restauró la verdadera religión y las leyes tradicionales… el sincero, piadoso, prudente e invencible héroe a quien Felipe II, rey de España, ese terror de Europa, temió pero no pudo subyugar ni intimidar, pero mató con gran perfidia por mano de un asesino a sueldo, las Provincias Unidas ordenaron erigir este monumento como eterno memorial de sus méritos.*

En Bélgica y Holanda se asusta todavía a los niños diciendo que vendrá el duque de Alba. En la Plaza Mayor de Bruselas hay una inscripción recordando que allí perdieron la vida los condes de Egmont y Horn, víctimas de la tiranía española.

En la misma ciudad se ha levantado una estatua a Francisco Ferrer, fusilado en Barcelona en 1909.

(Cuando se comete un error hay que procurar hacerlo donde se sepa poco de él. Los españoles han tenido la desgracia de irse a equivocar donde más resonancia pudiera tener su fallo. Hirió en sus sentimientos a una zona —Bélgica, Holanda, Luxemburgo—, situada en el corazón de Europa, con una Prensa importante, con magníficos escritores y grabadores. La herida allí causada se enconó y todavía hoy sigue notándose en comentaristas que, al hablar de la entrada de España en el Mercado Común o del proceso de Burgos, siguen recordando, más o menos inconscientemente, la política de Felipe II en aquellas tierras hace cuatro siglos).

Los pueblos no gustan de ser gobernados por reyes lejanos en el cuerpo y en el espíritu. Carlos V era un rey flamenco, y aunque se enamoró de España y allí quiso morir, pronunció su discurso de despedida en Flandes, apoyando la mano precisamente en el hombro de un joven caballero que se llamaba Guillermo de Orange. Su carácter abierto, alegre era el que gustaba a los flamencos. Su pintor era el Tiziano, pagano, el que retrató a su hija de Salomé.

Felipe II gustaba de España, de El Escorial y de sus salas tétricas. El tópico aquí vuelve a ser verdad. No le divertía nada la forma de ser de los flamencos, ni sus risas

ni sus borracheras. Su pintor era Claudio Coello.

Empezó todo con la cuestión de los obispados. Una reforma religiosa que pretendía quitar autoridad a los obispos y dársela más al rey, pero que, por otro lado, tenía mayor lógica administrativa. La gente teme que algunos obispos sean ex inquisidores… y quieran implantar el Santo Tribunal en los Países Bajos. El calvinismo se abre camino en las conciencias flamencas.

Y un día hay un asalto a las iglesias y se destrozan imágenes. Algo hoy doloroso, algo, entonces, monstruoso para la mentalidad de un Felipe II. Margarita de Parma, muy fiel al rey pero demasiado enraizada en el país, es sustituida por la línea dura; el halcón, como diríamos hoy, se llama Fadrique de Toledo, pasado a la historia como gran duque de Alba.

Llega con sus tercios a Flandes. Goethe en su *Egmont*, muchos años después, dará, en pocas líneas, la diferencia de dos mundos. Pregunta un burgués a otro:

> CARPINTERO. *Dime, y ¿qué te han parecido sus soldados? Diantre, esto no son los de costumbre.*
>
> JETTER. *¡Ah!, el corazón se me oprime cuando se ve venir una compañía por la calle abajo, tiesos como cirios, con las miradas fijas, todos a un mismo paso. Y cuando están de centinela y pasas por delante parece que le quieren trapasar a uno con la mirada. Su aspecto es tan severo y gruñón que parécenos ver en cada esquina un carcelero; no me gustan nada. Nuestra milicia sí que era alegre. Ellos se tomaban sus libertades; se ponían el sombrero sobre la oreja a sus anchas; vivían y dejaban vivir. Pero estos bribones son como máquinas, con el diablo dentro.*

Máquinas mandadas por otra máquina. Es inútil querer juzgar, con criterio del siglo XX, la misión del duque en Flandes. El de Alba actuaba como soldado disciplinado que iba a devolver la paz y sujetar a unos súbditos rebeldes a su legítimo señor, pero, aparte de ello, le parecía monstruoso el protestantismo; un tipo capaz de negar la virginidad de María era un ser pestífero al que había que eliminar para que no circulase su enfermedad…

> *(Alba al rey… 13 de abril de 1568). Tras los quebrantadores de iglesias, ministros consistoriales y los que han tomado las armas contra V. M. se va procediendo a prenderlos… el día de la Ceniza se prendieron cerca de 500… He mandado justiciar a todos éstos y no basta haberlo mandado en dos o tres mandatos, que cada día me quiebran la cabeza con dudas de que si el que delinquió desta manera merece la muerte o si el que delinquió desta otra merece destierro… Mandado he expresamente… que a todos los delincuentes que estaban expresados en los placartes todos los ejecuten al pie de la letra.*

Aunque, dado que son tantos, quizá sea mejor sacarles dinero a los menos culpables.

> *… a la cuenta que tengo echada en este castigo… y el otro que vendrá después, tengo que pasara de ochocientas cabezas, siendo esto así me parece que es ya tiempo de castigar los otros en hacienda.*

Unos días más tarde comunica las noticias que el rey espera. Los culpables más importantes han sido ejecutados. Son los nobles Egmont y Horn. Y ahora el duque no habla con la ligereza que usaba al tratar de los castigos anteriores. Los condes son de su clase, los condes son caballeros, no burgueses. El duque de Alba mataría tantas veces como se le fuera ordenado a unos traidores al rey, pero no puede ver con indiferencia que la viuda de uno de ellos se quede en la miseria, es decir, en situación que no corresponde a su categoría social:

> *… el sábado a las cinco se degollaron en la plaza de la villa los condes Egmont y Horn… yo he grandísima compasión a la condesa de Egmont y a tanta gente pobre como deja. Suplico a v. M. se apiade de ellos y les haga merced con que puedan sustentarse, porque con la dote de la condesa no tiene para comer un año… la condesa tienen aquí por una santa mujer.*

¿Hipocresía? De ninguna manera. El duque distingue perfectamente lo que es su deber y lo que es su sentimiento. Poco después, advierte…

> *Cosa de grande admiración ha sido en estos estados el castigo hecho a Egmont y cuanto es mayor la admiración será de más fruto a lo que se pretende el ejemplo.*

El ejemplo, claro está, fue contraproducente. La causa flamenca tuvo unos mártires que la inspiraron y la política española tuvo que pasar de la dureza a la comprensión —Juan de Austria— y a la ductilidad de Alejandro de Farnesio, como buen italiano hábil en el compromiso. Por fin se salvó lo que se pudo. Precisamente porque la pugna era religiosopolítica, los católicos belgas prefirieron quedarse con un extranjero —rey de España pero de su misma fe— que con los holandeses, tan ajenos como los españoles y, además, calvinistas y la división era natural como se apreció más tarde; cuando obligados por circunstancias exteriores tuvieron que volver a juntarse con Holanda, lo hicieron a regañadientes. En 1830, Bélgica reconquistaba la independencia.

CUANDO UN CURA DECIA QUE SE PODIA MATAR A UN REY…

Cuando un rey está en su sitio porque le ha colocado Dios, tiene muchas ventajas. Todo lo que haga lleva el sello divino y, por tanto, el vasallo tiene que acatar sus decisiones incluso cuando éstas sean las de perseguir al Papa, porque su enemigo en este momento no es el Supremo Pastor de la Cristiandad, sino el rey de Roma que hace guerra injusta al nuestro.

Pero esa relación divina también tiene sus inconvenientes. Porque obliga al monarca a cumplir con su misión de forma mucho más intransigente que si fuera un jefe elegido por la voluntad del pueblo. Un rey, colocado en su lugar por la potestad de Dios, tiene que cumplir su deber con el pueblo que se le ha confiado y no tiranizarlo. Si lo hiciera…

… si lo hiciera merece la muerte. Esa inesperada declaración no nace del libro de un revolucionario, sino de un conservador por excelencia. El jesuita padre Mariana, en ocasión del asesinato de Enrique III por Clemente y de la polémica que se desarrolló sobre la licitud del acto, llega a esta conclusión:

> *… si el príncipe ha sido elevado al trono por el consentimiento del pueblo o por derecho hereditario, se deben tolerar todos sus vicios en tanto no llegue a despreciar públicamente todas las leyes de la honestidad y del pudor que debe observar… Mas si el rey atropella a la República, entrega al robo las fortunas públicas y privadas y desprecia y conculca las leyes públicas y la religión sacrosanta… esto no se le debe disimular de modo alguno…*

El buen jesuita explica luego cómo puede averiguarse esto, para evitar que sea peor el remedio que la enfermedad, y llega a la conclusión de que tiene que estar de acuerdo la mayoría de ciudadanos de la república (del Estado). Pero su conclusión es tajante:

> *Si atropella lo más sagrado de la patria e introduce en el Reino para que le ayuden enemigos públicos, el que secunde los votos de la república e intente quitar la vida al príncipe, juzgo que en modo alguno obrará injustamente…*

El libro *De rege et regis institutione* fue publicado en 1599 y constituyó lógicamente un escándalo entre los bienpensantes. En París se llegó a quemar públicamente el libro por considerarlo una incitación al asesinato del monarca…

Lo cual no impide que lo realizaran los franceses casi doscientos años más tarde. Aunque a Luis XVI ya le había precedido en el cadalso Carlos I, rey de Inglaterra. En

ambos casos la acusación se pareció mucho a las aducidas por Mariana. Ambos fueron tiranos, ambos buscaron el apoyo extranjero contra su gente…

… mientras en la propia patria del jesuíta no se aplicó jamás el principio, ni siquiera en casos que parecían tomados del libro, línea a línea, como en el de Fernando VII. Los derrocamientos de Isabel II y de Alfonso XIII fueron incruentos y la famosa rebeldía innata de los españoles fue contenida siempre por un respeto al monarca que les hacía trasladar, automáticamente, a los ministros toda acción malvada que viniese de lo alto. «Viva el rey y muera el mal gobierno» fue un típico eslogan de quienes combinaban así disgusto por lo que hacía el Estado y respeto por quien «tenía» que estar por encima de esos problemas pero que, a su vez, era engañado.

El último rey muerto violentamente fue Pedro *el Cruel*, pero no a manos del pueblo sublevado, sino a las de su hermano Enrique. De la misma forma que en la monarquía goda, quien se atrevía contra el Ungido era alguien de la misma familia, con muchos deseos de ungirse a su vez.

PORTUGAL

La capacidad de los pueblos para unirse con otros depende del estado de madurez en que se hallan. Es el caso de Portugal que, en la Edad Media, era un Estado más de los peninsulares y hubiera podido entrar perfectamente en la órbita de Castilla como lo hizo un pueblo tan similar como el gallego. Pero la lucha por la corona contra los Reyes Católicos, agravó la situación. Portugal no vio en los vecinos un conglomerado de pueblos entre los que podía caber perfectamente, sino a un enemigo grande y opresor.

Por otra parte, el nacionalismo nacía en Europa; ya había países en lugar de pueblos. Cuando muere el rey don Sebastián en Alcazarquivir, los portugueses tienen que sufrir al rey español porque sus derechos legales son mayores, y porque esos derechos están apoyados por unos Tercios de importancia militar respetable. Pero la unión era tardía. El mito de la resurrección del rey don Sebastián, tan extendido en el país vecino, es un símbolo del deseo de que así fuera. Por mucho que jurara Felipe II respetar los fueros y derechos de los portugueses, éstos estaban seguros de haber caído en poder del extranjero. Por si faltaba poco, los dominios portugueses pasaban a ostentar las armas de Felipe II y, por ello, resultaron presa apetecible de franceses, ingleses y holandeses que, hasta entonces, habían simpatizado con el joven Estado lusitano. Cada vez que una antigua posesión portuguesa era atacada por los corsarios, nuestros vecinos daban la culpa a quien no sabía defenderlos.

La hostilidad del portugués hacia el español se ha mantenido hasta hoy día, tan lejano de la independencia. España sigue siendo Castilla, el vecino grande que amenaza devorar al pequeño Portugal. La servidumbre de paso, esa obligación en que la geografía ha colocado a Portugal, de tener que pasar necesariamente por España para entrar en Europa, no facilita las relaciones. En sus libros de historia la batalla de Aljubarrota está descrita con entusiasmo sin límites. «¡Los castellanos corrían como conejos!», se dice en uno que cayó en mis manos.

Es un recelo, hasta cierto punto natural, al que los españoles corresponden con una asombrosa indiferencia. El español no odia al portugués. Es que lo ignora. La literatura de ambos países está llena de referencias a la petulancia del otro, pero, mientras en el caso portugués se recela continuamente de la apetencia de España por esa tierra, aquí —aparte de algunos anarquistas y republicanos federales—, no se piensa siquiera en ella.

Pero en el XVI, la proclamación de Felipe II como rey de Portugal, no hizo más que confirmar la seguridad española en su causa. Dios daba a nuestro rey español un mayor poder, porque España era la encargada de defender la fe contra sus enemigos, incluyendo a veces, como hemos visto, al propio Papa. El orgullo español crece y llega a altura inaudita cuando se entera que obedece a Felipe II lo que hoy es América, desde el Río Grande o Bravo al cabo de Hornos, y partes del interior, las

Filipinas, la zona costera de la India, zona en el sur y en el norte de África.

De verdad, de verdad no se ponía el sol en sus dominios…

LEPANTO

Representó lo que para los franceses Austerlitz, para los ingleses Waterloo. Se vencía al mismo tiempo al propugnador del culto de Mahoma, al depredador de las costas italianas, el protector de los piratas de Argel que asaltaban los pueblos mediterráneos españoles. Era el enemigo del rey y también de su comercio.

Pero, sobre todo, era el enemigo de Dios, el Anticristo. Por eso la preparación de su hundimiento se hace con una declaración más religiosa que política. El hecho de que el Papa —también en su doble vertiente de jefe de la cristiandad y jefe de unos Estados pontificios— contribuya con barcos y bendiciones a la empresa, hace ésta más santa. La tercera potencia, Venecia, defendía únicamente su interés comercial y la libertad de navegación de sus naves por el Mediterráneo oriental.

Juan de Austria es el jefe de la flota coaligada. No tiene experiencia marinera ni apenas militar (terminó con la sublevación de los moriscos en 1569), pero es el hermano, aunque bastardo, de Felipe II. (En aquel tiempo ser bastardo era un honor si la sangre era noble y más, como en este caso, real. Importaba mucho más ser hijo del rey por la mano izquierda que de unos burgueses honrados por la derecha). Su nombramiento es impuesto por Felipe II, ya que es el que pone más barcos y hombres en la balanza. De la misma forma que Eisenhower será jefe del desembarco en Normandía en 1944 sobre otros jefes aliados de mayor experiencia y años. Porque los Estados Unidos ponían más carne en el asador.

Los consejos de Felipe II a su hermano antes de la batalla son más de un obispo que de un militar. Apenas menciona los problemas logísticos, pero insiste mucho en la preparación espiritual de las tropas. Que éstas se porten bien, porque…

> *… los que sean cogidos por sodomíticos, instantáneamente serán quemados en la primera tierra que se pueda haber a presencia de todos los de la armada… y en esto serán comprendidos el haciente y paciente, sin ningún miramiento a empeño ni otras réplicas.*

Critica también, aunque con menores penas, el juego de cartas y otras diversiones, pero carga la mano en la ofensa a Dios…

> *Al blasfemo por la primera vez, se le darán cuatro corridas de baquetas (dos hileras de hombres golpeándole mientras el culpado pasa corriendo); por la segunda ocho corridas y se le pondrá un mordaza que le durará un mes y, por la tercera, será arrojado al mar para que fenezca*
>
> *(Instrucción secreta que dio el señor rey don Felipe…).*

La batalla es sangrienta. La táctica consistía en disparar unos cañonazos al acercarse y embestirse lo más posible para que los arcabuceros primero y los piqueros después, combatieran cuerpo a cuerpo, como a campo raso, una vez unidas las naves. Allí era de ver…

> *Embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que concede dos pies de tabla del espolón y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria que no distan de su cuerpo una lanza y viendo que al primer descuido de los pies iría a visitar los profundos senos de Neptuno y con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario.*

Lo cuenta un soldado que estaba allí. (*Don Quijote*, 1-38). En este caso la lucha termina

> *… a la hora y media que se combatía fue Dios servido dar la victoria a la Real de S M. de la Real del turco degollando al Bajá con más de quinientos turcos y derribados los estandartes y enarbolando la cruz.*

Fue el triunfo que consagraba la seguridad española de tener la razón, de ser el pueblo elegido por Dios para defender y propagar la auténtica fe. Fernando de Herrera canta la hazaña.

> *Tú, Dios de las batallas. Tú eres diestra*
> *salud y gloria nuestra.*
> *Tú rompiste las fuerzas y la dura*
> *frente de Faraón, feroz guerrero.*

La seguridad de que los españoles tenemos la razón por ser elegidos por Dios para llevar su religión, pasa incluso el más difícil de los obstáculos: el Papa. Sabios escritores habían explicado el saco de Roma de 1527 como un castigo a quien se había apartado de su camino —el Sumo Pontífice—, mientras el emperador cumplía el suyo de proteger su Imperio. Años después se plantea idéntico problema. Pablo IV se alía con Francia y hace la vida difícil a los Estados italianos, protegidos por Felipe II. Éste se dirige en busca de consejo teológico al padre Cano que, después de hablar mucho de la gran autoridad del Pontífice sobre todos los cristianos, empiezan a encontrarle defectos, uno de ellos curiosísimo en la España llamada de la Contrarreforma. Los protestantes alemanes, al fin y al cabo, no andaban tan

descaminados en sus quejas…

> *… comenzaron la reyerta con el Papa so color de reformación y de quitar abusos y remediar agravios los cuales pretendían no ser menos de ciento y aunque no en todos, pero no se puede dejar de confesar que en muchos de ellos pedían razón y en algunos justicia. Y como los romanos no respondieron bien a una petición al parecer tan justificada, queriendo poner los alemanes el remedio de su mano y hacerse médicos de Roma, sin sanar a Roma hicieron enferma a Alemania. Ni hay que fiar de nuestra vista más que de la suya porque de los grandes males muchas veces vienen envueltos en grandes bienes y el estrago de la religión jamás viene sino en máscara de religión y de nuestras firmezas hay más que fiar de la suya.*

Poco después separa hábilmente en el Papa su potestad espiritual y su ejercicio temporal cuando hace guerra a sus vecinos y cuando, por tanto, la defensa es justa. ¿De qué forma debe hacerse? Como se haría con un superior que enloquecería, por ejemplo:

> *Que si mi padre estuviese furioso y quisiese matar a mí y a otros… no sería buen hijo por decir que es mi padre, no poner la mano en el remedio… bien así es justo y santo que si nuestro muy santo padre con enojo hace violencia a los inocentes hijos de v. M. que es hijo mayor y protector de los menores, le desarme y si fuere necesario le atare las manos, pero todo esto en gran reverencia y mesura sin baldones ni descortesía de suerte que se vea que no es venganza sino remedio, no es castigo sino medicina. (Parecer del Maestro Cano, Bib. Nac. Mss. 773, fol. 220-8).*

LA INVENCIBLE

Lo que fue Austerlitz para los austríacos, Waterloo para los franceses, lo constituyó la Invencible para los españoles.

El padre Rivadeneyra escribe una carta a los capitanes y soldados que van a esta «jornada de Inglaterra», una carta que nos dice mucho del espíritu del tiempo. El P. Rivadeneyra es un sabio y un teólogo; cuando el padre Rivadeneyra habla, habla la Iglesia y, en suma, habla Dios. El buen padre anima a los militares a que vayan a matar ingleses usando de una lógica muy suya y muy del tiempo.

Los teólogos decían que había guerras ofensivas que eran las injustas, porque las movía el ansia de posesión de otras tierras. Y advierte el padre…

> *En esta jornada, señores, se encierran todas las razones de justa y santa guerra que puede haber en el mundo, y aunque parezca que es guerra ofensiva y no defensiva y que acometemos al reino ajeno y no defendemos al nuestro; pero si bien se mira hallaremos que es guerra defensiva, en la cual se defiende nuestra sagrada religión y santísima fe católica romana; se defiende la reputación importantísima de nuestro rey y señor y de nuestra nación; se defienden todas las haciendas y bienes de todos los reinos de España.*

Pasa el apologista a explicar sus razones. Cuenta la persecución protestante contra los católicos británicos, empezada por Enrique VIII y continuada por Isabel que, siendo mujer, debería estar sujeta al varón, como dice san Pablo, y nada menos quiere que se la reconozca como cabeza espiritual de la nueva Iglesia… «la que ha recogido, amparado, regalado y favorecido a todos los pestilentísimos ministros de Satanás y maestros diabólicos de todos los errores y desvaríos que se han inventado contra nuestra sagrada religión en nuestros tiempos» y, además de ello, ayuda a los rebeldes de Flandes y apoya a los piratas que van a las Indias occidentales, llegando, incluso a atacar a Cádiz. Por tanto es lógico atacarla porque se defiende con ello a la religión católica y, ¿quién va a hacerlo sino el más católico de los reyes, el de España? En cierto modo, dice Rivadeneyra, no haríamos más que pagar a Dios el que haya permitido que aquí «se haya conservado… por celo y vigilancia de su rey entera, pura y limpia y sin mezcla de falsedades y errores nuestra santa Iglesia católica… y que, en tiempos que casi todos los reinos se abrasan de guerras causadas por las herejías tengamos nosotros segura paz y quietud».

Esa segura paz y quietud, que acostumbra a existir en las sociedades donde no se deja a la oposición levantar cabeza, cree el padre Rivadeneyra que hay que agradecerla quitando del trono a la reina Isabel y llevando allí la religión. Pero hay más. Los ingleses atacan a las bases y barcos españoles y las demás naciones lo comentan; sufre la fama…

El mundo se gobierna por opinión y más las cosas de la guerra… y los reyes y príncipes poderosos de ninguna cosa deben ser más celosos después de hacer lo que deben a Dios y a sus reinos… que en ganar, conservar y acrecentar esta opinión.

Por todo ello, hay que ir a la guerra, que será un triunfo seguro:

En ninguna guerra de las pasadas se peleó tanto por Dios y contra la maldad como en ésta; aparte de que, cara a cara, el inglés no tiene nada que hacer contra el español, porque qué maravilla que el hereje sea flaco y pusilánime, el que no tiene la verdadera fe y con ella el esfuerzo y virtud de Dios.

La expedición irá, como en la Edad Media y en la lucha contra los musulmanes, apoyada por las potencias celestiales que, además, contarán con un inesperado apoyo en el otro lado. El padre Rivadeneyra lo explica así: «los santos del cielo irán en nuestra compañía… y los santos protectores de la misma Inglaterra, que son perseguidos por los herejes ingleses y desean y piden a Dios su venganza, nos saldrán al camino y nos favorecerán»… esta especie de cobertura aérea celestial ayudará a deshacer al sorprendido enemigo.

Como es sabido no ocurrió así. El duque de Medina Sidonia es puesto al mando de la expedición porque, aunque inexperto en cosas de mar, era el único que tenía bastante alcurnia para que los diversos capitanes se decidieran a obedecerle. En sus cartas al rey aparece un hombre realista, no el estúpido que ha descrito la historiografía nacional. No era un capitán a lo Juan de Austria, sino un administrador que denunciaba las numerosas deficiencias de una fuerza tan heterogénea como la que se había puesto bajo su mando.

Su explicación de la derrota cabe en pocas líneas.

Se perdió por ser tan superior el Armada de la Reina, en el género de pelear de ésta por ser su fuerza la del artillería y los bajeles tan grandes como navíos de vela y la de v. M. lo es en la arcabucería y mosquetería tenía ventaja; y no viniéndose a las manos, podía valer esto poco como la experiencia ha demostrado. (Carta del 21 de agosto).

Sí, porque el «flaco» hereje no tuvo siquiera necesidad de afrontar al «fuerte» español, que confiaba, como en Lepanto, en usar de sus barcos como de una plataforma desde donde saltar al barco enemigo, para resolver la situación de acuerdo con las leyes eternas de la infantería. Los ingleses usaron, por vez primera, una táctica que duraría hasta nuestros días. Las batallas navales las ganan los buques con

mejores cañones y habilidad de maniobra.

Las claras y simples razones de táctica y estrategia tan bien expuestas por Medina Sidonia, no caben en la mente del padre Rivadeneyra, a la hora de explicar la derrota: ¿De qué valen los cañones contra la voluntad de Dios? El jesuíta intenta encontrar las razones del asombroso suceso:

> *El ver que es una causa tan suya y tomada con tan santa intención, no ha sido servido de acudir a los piadosos ruegos y lágrimas de tan grandes siervos suyos, nos hace temer que haya grandes causas por las cuales Dios, Nuestro Señor, nos ha enviado este trabajo.*

Su lógica es ésta: La causa de Dios no ha triunfado porque los que tenían la misión de llevarla a cabo no estaban a la altura de las circunstancias; dicho de otra manera: servían una causa pura impuramente. Por ejemplo, ¿qué ocurrió cuando se buscaba el bastimento para las naves en muchos lugares del reino y especialmente de Andalucía? Que se trató mal a la gente, «por ministros que con nombre y vara de justicia han sido despojados de su sustento y del remedio de sus hijos». (Parece que está pensando en un comisario de Su Majestad, conocido por su celo en llenar los silos del rey con las cosechas de los labradores, y que ha sido excomulgado dos veces por llegar, con sacrílegas manos, a la propiedad de la Iglesia. Se llama Miguel de Cervantes).

Después de advertir que en esas injusticias pudiera estar la «razón de la sinrazón» que Dios le ha hecho, advierte Rivadeneyra que a lo mejor el rey «ha dejado de proteger a católicos por no ofender a la reina de Inglaterra (¿irlandeses?), y que Dios Nuestro Señor es tan celoso de su honra y quiere que todos los cristianos y más los reyes se esmeren en procurarla», con lo cual el sacerdote atribuye al Creador los sentimientos típicos de los españoles del tiempo.

En resumen, para el padre jesuita sólo podía haber una causa para que no se venciese en la batalla. Que no se iba con el corazón limpio de intereses. ¿Cómo era posible otra?

Como allá se iban de obsesión religiosa todos los países, en Inglaterra se conmemoró la victoria como un ejemplo de la fuerza divina ayudando a los auténticos cristianos contra los malvados papistas; y los rebeldes de Flandes vieron también, en la derrota de su poderoso enemigo, la acción de la mano de Dios que tenía que salvar a su religión, la «única», también, naturalmente. Así acuñaron una medalla con las armas de Zelanda, la inscripción *Soli Deo Gloria* y en el reverso, la Armada sumergiéndose con la frase: *Classis Hispania Venit*, Invit, Fuit, de sabor cesáreo.

Tras de «la Invencible», nombre realmente curioso, empieza a haber en los aires señales indelebles de pesimismo. La primera reacción de Cervantes, por ejemplo, será la ortodoxa. Si los españoles vuelven derrotados…

… no los vuelve la contraria diestra,
vuélvelos la borrasca incontrastable
del viento, mar y cielo.

… Una prueba mandada por Él que, además, resultará en algo más grave para el enemigo al que se le da una ventaja aparente

… que consiste
que se alce un poco la divina frente,
odiosa al cielo, al suelo detestable,
porque entonces es cierta la caída
cuando es soberbia y vana la caída.

Esto se escribe en 1588. Pero en 1596, el mismo Cervantes se burla desaforadamente de otro acto contra los mismos ingleses que, al mando del conde de Essex ocuparon Cádiz durante veinticuatro días mientras los españoles, aparentemente, hacían grandes aprestos a las órdenes del capitán Becerra.

… Bramó él becerro y púsoles en sarta,
tronó la tierra, oscurecióse el cielo,
amenazando una total ruina;
y al cabo en Cádiz, con mesura harta
ido ya el conde, sin ningún recelo
triunfando entró el gran duque de Medina.

¡Qué lejos estamos ya de Hernando de Acuña!

LA GRAN ESPAÑA

A pesar de «la Invencible», la fuerza de España entre 1520 y 1648 es impresionante. Sus mayores enemigos, empezando por Enrique IV, comen y se mueven a la española.

> *Principi italiani e voi baroni*
> *che contra ogni ragione spagnoleggiate…* [1]

… dice un anónimo italiano de primeros del XVII.

Y Boccalini:

> *Avendo egli veduto in Italia la magior parte degli uomini e delle donne vestir alia spagnola, usare nel ragionar molte voci spagnole, mangiar ávidamente cibi conditti alia spagnola ed usar I vasi ed altfi servizi della tavola secondo il costume della Spagna. (Raguaggli)* [2].

La imitación del poderoso es difícil de evitar. En el día de hoy asombra ver en un país enemigo de los Estados Unidos a jóvenes vistiendo tejanos, y a niños jugando a luchas entre indios y vaqueros —¡y ni siquiera estando a favor de los indios!—. Me refiero a la Unión Soviética.

La España llamada vagamente del Imperio —en realidad éste termina cuando Carlos V lo abdica en su hermano Fernando—, puede apoderarse de muchas cosas, y, cuando no, comprarlas. Si Tiziano pinta a Carlos V y a Felipe II o Antonio Moro a este último, es porque es un honor retratar a los más altos príncipes del tiempo… y también porque son quienes mejor pagan. En este aspecto España fue afortunada, pictóricamente hablando. Porque el auge de su economía y poder adquisitivo, coincidió con uno de los mejores momento del arte mundial. Por ello, si en el Museo del Prado se pueden admirar los Tiziano, los Rubens, los Rafael, Sarto, Fra Angélico, se debe a que podía permitirse el mandar, ¡incluso a Velázquez!, a adquirirlos. Y por otra parte, los grandes pintores españoles no tuvieron necesidad de ir al extranjero a vender sus telas. En España había dinero para mantenerlos.

La España del XVII tenía su «dólar» llamado escudo. Covarrubias en el *Tesoro de la Lengua Castellana* refiere que un conocido suyo había viajado por España e Italia con dos amigos, «Micer Felipo» y «Micer Julio» «tan conocidos que por ellos le hacían cortesía y fiesta en cualquier parte en que se hallara». Eran las monedas con la efigie de Felipe II y de Julio III.

Igualmente que el dólar era el escudo español, moneda totalmente internacional, respaldada, se diría hoy, por las minas americanas y por el prestigio del Estado

español. Los enemigos de Felipe II y Felipe III aceptaban el pago en moneda tan preciada, exactamente igual que hoy, reciben, encantados, los dólares, países satélites y la misma URSS.

Así a lo que se parecía más el Imperio español es a los Estados Unidos de las décadas primeras del siglo XX. Con una fuerza militar, unida a la económica.

España luchaba porque creía que era imposible vivir bajo la falsa religión y los Estados Unidos porque sostienen que es imposible vivir bajo el régimen comunista. Pero, igual que ahora, muchos países sospechaban que esa teoría estaba basada en conveniencias propias, en lugar de los altos móviles a que aludían los jefes de Estado en sus discursos. Concretamente, en Italia, y según el historiador Pepe, «Sobre el mito: temor del peligro turco, construyó su fantástica monarquía también Campanella*: los peligros que vienen del Oriente han sido siempre aprovechados para cruzadas y opresiones de pueblos libres». (*II Mezzogiorno d'Italia sotto gli spagnoli*). Lo que hubiera pasado sin la presencia de España hubiera sido, en lo bueno, mayor comercio con los turcos, en lo malo la ocupación italomeridional por los berberiscos. Igualmente, los izquierdistas de hoy consideran la lucha anticomunista de los Estados Unidos en el Sudeste asiático como pantalla para esconder nefastos propósitos de dominio político y económico, imperialista, en fin.

* «El libro de Campanella llamado De Monarchia hispánica produjo gran revuelo en su tiempo (1599), aseguraba que los reyes de España eran los legítimos herederos del Sacro Romano Imperio; los electores protestantes que se opongan a su destino deben ser anatematizados por el Papa y expulsados por la fuerza de los gobiernos. La teoría del autor dominicano sobre las posibilidades españolas llega a esta curiosa conclusión: España no tiene súbditos turbulentos porque, los que surgen, los manda a Flandes o a América. Por ello es la nación del porvenir».

La razón, como siempre, está en ambos lados. Cuando España combatía con armas, dinero o diplomacia contra sus enemigos de fe, luchaba también por su hegemonía pero, en cierto modo, sublimaba este egoísmo al considerarse la depositaría de la fe auténtica, señalada por el dedo de Dios para los altos destinos. De la misma forma los Estados Unidos además de vender sus productos en lugares amigos, están seguros de que la única política posible es la democrática. Lo más parecido al dogmatismo de Felipe II diciendo «prefiero perder mis reinos a gobernar sobre herejes», es la actitud de Foster Dulles renunciando a ayudar en la presa de Asuán porque los egipcios no estaban totalmente al lado de las democracias occidentales. En ambos casos, sus sucesores comprendieron la imposibilidad de ser los guías del mundo y llegaron al compromiso, aceptando que pudiera haber países del «Tercer mundo» reacios a obligarse totalmente con un país sólo para no caer en manos del otro.

El paralelo puede seguir manteniéndose. La España del siglo XVI se consideraba en la obligación de defender a la Humanidad contra el peligro turco y el protestante. Los Estados Unidos se consideran obligados a mantener la Humanidad contra el

peligro comunista. Para ello movilizan fuerzas, y donde no llega el esfuerzo bélico llega el económico. De la misma forma que gobiernos del Sudeste asiático y sudamericanos, han recibido subsidios americanos para mantenerse en una línea occidental, España mantenía en Italia fuerzas militares y presiones económicas. A primeros del XVII, por ejemplo, los duques de Módena, Parma y Urbino estaban a sueldo directo del rey de España, y Génova recibía cuantiosos subsidios directos, aparte de lo que se llevaban sus banqueros.

El ejército básico era la Infantería y sus soldados más importantes eran los Tercios, unidades a las que se dio amplia fama literaria desde Lope a Eduardo Marquina. Innovadores de estrategia un tiempo, habían sustituido a las armas tradicionales…

Se quejaba Don Quijote de que una pelota venida no se sabe de dónde, quizá lanzada por un corazón cobarde, bastaba a terminar la carrera del más valiente de los caballeros. Pero esa nueva táctica, los españoles fueron los primeros en emplearla. Gonzalo de Córdoba usó en Ceriñola de las alas rociando de metralla a los franceses que intentaban un paso por el foso, y la victoria más sonada de los españoles, con el asombroso botín de un rey prisionero, fue la de Pavía donde los franceses atacaron con Francisco I a la cabeza en despliegue de «antiguo» valor, mientras los arcabuceros, situados a distancia, iban cobrándoles, uno a uno, en forma moderna.

Contra la idea general de que el soldado español ataca en masa poseído de entusiasmo, las grandes batallas de esa época son ganadas por la eficacia de las bocas de fuego, no por el ataque cuerpo a cuerpo. El duque de Alba, gran estratega, decía que un buen militar sólo debe lanzarse a una batalla en circunstancias tales como ésta:

> *Cuando se trata de socorrer a una plaza fuerte reducida a la extremidad y que es el sostén de una provincia; cuando se sabe que el enemigo ha de recibir auxilios que le hagan superior o al menos igual: cuando, al principio de una guerra se quiere adquirir reputación, asegurando la lealtad vacilante de los súbditos, conservar e impedir que enemigos encubiertos se declaren; cuando favoreciéndonos la fortuna, se hallen tan consternados los enemigos que no se atrevan a sostenerse contra nosotros; en fin, cuando estrechados por el hambre o las fatigas y cercados por todas partes tengamos que morir o vencer.*

Como se ve, una actitud inteligente y meditada; igual combatió Alejandro Farnesio.

En Rocroi termina el auge militar. El centro unido, compacto, de la infantería española, fue deshecho por Condé, que había alternado arcabuceros y caballería, consiguiendo derrotar las alas españolas y dejar aislado el centro, formado como una fortaleza. Fue atacado con varias cargas y, en fin, se trajo la artillería hasta terminar

con la resistencia. El valor fue el mismo que en Pavía, ciento diecisiete años antes. La táctica era ya anticuada.

En el mar, la decadencia española fue mucho más rápida. Desde la cúspide —Lepanto— a la catástrofe —la Invencible—, pasan sólo once años, pero no hay que olvidar que fue también con otros mares y otros hombres. La España marítima no es tan fuerte como la militar, probablemente porque la hegemonía castellana cortó la tradición bélica del mar que, en la península, era la representada por Aragón-Cataluña. El poco dominio de las líneas de comunicación con América procurará los descalabros en puertos americanos, atacados por los piratas, así como la pérdida de muchos galeones cargados de oro y plata.

La situación parece, sin embargo, más grave ahora de lo que creían entonces. Sabemos por los acontecimientos posteriores, que la pérdida de la Invencible fue el origen del descenso total, pero, en aquel tiempo, el nombre de España, hasta bien entrado el siglo XVII, seguía teniendo un gran peso.

PROPAGANDA EN LA ESPAÑA IMPERIAL

Todos los países con una misión histórica que cumplir necesitan de unos servicios de propaganda para contárselo a sus pueblos. La ausencia de elementos gráficos del tiempo, la falta de periódicos, Radio y Televisión estaba compensada por un importantísimo medio de comunicación…

Era el teatro. Desde la Edad Media había servido de difusión para que llegasen al pueblo, poco entendido, los acontecimientos de la Pasión, los misterios más complicados de la teología. En los Autos sacramentales se explicaban las más abstrusas teorías, personificándolas: Salía la Hermosura, la Muerte, el Pecado… llegaba la Templanza, la Pobreza… en fin el Creador de todas las cosas. La gente veía así claramente los difíciles problemas.

Con la instauración de la monarquía de los Austrias, el teatro se convertirá en la más eficaz de las armas de propaganda. Lope de Vega, Moreto, Tirso, Calderón repiten a los españoles varias fórmulas de uso diario.

La primera es la católica. España tiene que luchar por la fe única y verdadera.

Dios mío, no os pido aquí
victoria porque de mí
se diga, para mi gloria
y honor que tuve victoria
y a estos herejes vencí;
pídaosla porque sois Dios,
y porque digan que vos
sois Dios y que dais honor,
a quien os sirve, Señor.

Habla *Don Juan de Austria en Flandes*, concretamente antes de la batalla de Gembloux. El enemigo aquí es protestante calvinista. Lope de Vega cuenta también al español que atiende su teatro la importancia de la lucha contra el turco:

¡Ea, soldados de España,
defendamos nuestra iglesia!
¡Católicos españoles,
muramos todos por ella!
… Al arma contra él Gran Turco
¡Guerra, aquí de España, guerra!

Esta vez estamos en el Cerco de Viena por *Carlos V*, del mismo autor.

La fe sustento, cristianos,
la fe me han dejado a cuestas,

la mejor joya del mundo,
y el mayor bien de la Iglesia,
Ayudadme a sostenerla…

Era una espuela constante a quien probablemente se preguntaba si, su obligación de católico, le forzaba a ir a derramar su sangre a sitios tan alejados como Flandes, Austria, Africa, o las Indias. Desde el púlpito el sacerdote les recordaba las obligaciones con que Dios les había señalado y bendecido; desde el palco escénico se las volvía a repetir.

Y después de Dios, el rey. Un rey siempre pronto a ayudar al humilde contra el poderoso.

Un alcaldillo de aquí
al capitán tiene preso.

Dirá indignado don Lope de Figueroa, con todo el desprecio que un soldado y noble puede mostrar hacia un villano. Era escena que se repetía, seguramente a menudo, en los pueblos españoles con la llegada de tropas para alojar. Pero, en el caso que cuenta Calderón, la llegada del rey lo resuelve todo: Felipe II da la razón al alcalde de Zalamea que ha mandado matar a un militar para vengar el ultraje hecho a su hija, aunque considerándole culpable de cierto fallo técnico (había que degollarle como caballero en lugar de estrangularle como villano). Tras esa escena final, el espectador salía seguro de una verdad importante. En la vida podía haber injusticias, pero eso era siempre debido a que el monarca no lo sabía; en caso contrario, lo hubiera arreglado conforme a derecho. Queda, pues, por encima de los malestares diarios de una sociedad clasista, la esperanza en un ser superior y venerado que está al lado del que sufre…

… pero es que, además, esa sociedad, dividida en estratos claros y definidos, tiene un bien común. Es el del honor, por encima de dinero y de linaje. Los españoles aprenderán, desde entonces, que…

al rey la hacienda y la vida
se ha de dar, pero el honor
es patrimonio del alma;
y el alma sólo es de Dios

Por lo cual, un alcalde puede matar a un capitán y un pueblo a un comendador tirano (*Fuenteovejuna, Peribáñez y el comendador de Ocaña*) con el alto tribunal aceptando sus razones. La verdad es que esas cosas no ocurrían normalmente, pero el hecho de que *pudieran ocurrir* llenaba de satisfacción y consuelo al sufrido pueblo español del tiempo. Que es, exactamente, para lo que sirve la propaganda en todas las épocas y países.

REYES BRILLANTES Y HOLGAZANES

Fueron Felipe III y Felipe IV. Al primero le describe la sagaz pluma del embajador veneciano Soranzo, que le compara así con su padre:

> *El rey anterior ha tenido por objetivo principal mantener en bajo nivel a los Grandes… y se fiaba tan poco de ellos como de todos los demás. El rey de ahora favorece a los Grandes, se sirve de ellos… les concede honores, les confiere… los cargos más importantes… el rey anterior era restringido en el dar y premiar, el de hoy se muestra cortés y liberal y goza hacer mercedes.*

(Un ejemplo. Cuando el marqués de Denia, duque de Lerma, anuncia al rey que han llegado los galeones con la plata de América, le entregó cincuenta mil ducados por la buena nueva. Lo cuenta Cabrera de Córdoba).

Desaparece el traje negro, renacen las galas. Fiestas, cañas, alegrías, ceremonias religiosas. Felipe III gusta de vestir bien y de divertirse. Por ello no se siente guerrero y procurará estar a bien con todos. La verdad es que, con lo que tiene España en estos momentos, le conviene mejor la paz que la guerra. En esta última, como siempre, pensarán los desposeídos.

Así, pues, paz con Inglaterra, la feroz enemiga de su padre. Tregua también con Holanda… y expulsión de los moriscos, últimos supervivientes de los que estuvieron en España durante siglos. A primera vista no resulta demasiado pacífico ese gesto. Pero, en realidad, lo que quiere Felipe III es quitarse problemas de encima y el de los moriscos es problema. En lo peor, según sus enemigos, era una quinta columna dispuesta siempre a llamar a los hermanos de religión y abrirles las puertas de España; en el mejor de los casos era una minoría enquistada en la sociedad española y odiada por los estamentos más bajos de la población. Al no guerrear, al no entrar en religión, al trabajar mucho más encarnizadamente que los cristianos, constituían un grupo cada vez mayor y más fuerte, odiado por el pueblo bajo.

Resulta difícil hoy comprender la incomodidad que unos hombres, entregados a una causa, sentían hacia los que se mantenían al margen de ella, pero en eso estaban de acuerdo todos los estamentos sociales, aparte de su cultura. Cuando Cervantes, el comprensivo y humanístico Cervantes, habla de los moriscos, no hace más que expresar, con mejor voz, un sentimiento de desasosiego que compartían todos los españoles de su época. Así habla el Berganza a su compañero Cipión recordando al amo morisco a quien sirvió.

> *Estuve con él más de un mes, no por el gusto de la vida que tenía, sino por el que me daba saber la de mi amo, y por ella el de todos cuantos moriscos viven en España ¡Oh, cuántas y cuáles cosas te pudiera decir, Cipión amigo, desta*

morisca canalla, si no temiera no poderlas dar fin en dos semanas! Y si las hubiera de particularizar, no acabara en dos meses; mas, en efecto, habré de decir algo, y así, oye, en general, lo que yo vi y noté en particular desta buena gente. Por maravilla se hallará entre tantos uno que crea derechamente en la sagrada ley cristiana: todo su intento es acuñar y guardar dinero acuñado, y para conseguirle trabajan y no comen; en entrando el real en su poder, como no sea sencillo, le condenan a cárcel perpetua y a oscuridad eterna; de modo, que, ganando siempre y gastando nunca, llegan y amontonan la mayor cantidad de dinero que hay en España. Ellos son su hucha, su polilla, sus picazas y sus comadrejas; todo lo llegan, todo lo esconden y todo lo tragan. Considérese que ellos son muchos, y que cada día ganan y esconden poco o mucho, y que una calentura lenta acaba la vida, como la de un tabardillo, y como van creciendo se van aumentando los escondedores, que crecen y han de crecer en infinito, como la experiencia lo muestra. Entre ellos no han castidad, ni entran en religión ellos ni ellas; todos se casan, todos multiplican, porque el vivir sobriamente aumenta las causas de la generación. No los consume la guerra, ni ejercicio que demasiadamente los trabaje. Róbannos a pie quedo, y con los frutos de nuestras heredades, que nos revenden, se hacen ricos, dejándonos a nosotros pobres. No tienen criado, porque todos lo son de sí mismos; no gastan con sus hijos en los estudios, porque su ciencia no es otra que del robarnos, y ésta fácilmente la deprenden.

(El coloquio de los perros - Novelas Ejemplares).

En 1609 se da el edicto de expulsión, en el que para nada se habla ya de la posibilidad de que sus doctrinas se transmitan a otra gente. Lo que preocupa es la amenaza latente.

Marqués de Carazena… mi lugarteniente y capitán general del Reino de Valencia. Entendido tenéis lo que por tan largo discurso de años he procurado, la conversión de moriscos de ese reino y del de Castilla… y las diligencias que se han hecho para instruirlos en nuestra santa fe: lo poco que todo ello ha aprovechado, pues se ha visto que ninguno de ellos se haya convertido, antes ha crecido su obstinación. Y aunque el peligro e irreparables daños que de disimular con ellos podía suceder, se me representó días ha por muchos y muy doctos y santos varones exhortándome al breve remedio a que en conciencia estaba obligado para aplacar a Nuestro Señor que tan ofendido está desta gente…

Como se ve el Dios del XVII es ya un dios que no puede tolerar no sólo que intenten quitarle a sus fieles, sino que sigan en sus creencias:

… asegurándome que podía sin ningún escrúpulo castigarles en las vidas y haciendas porque la continuación de sus delitos los tenía convencidos de herejes apóstatas y proditores de lesa Majestad divina y humana.

Continúa diciendo cómo intentó atraerlos a su causa justa:

Pero que ellos «han procurado y procuran por medio de sus embajadores y por otros caminos el daño y perturbación de nuestros reinos… he resuelto que se saquen todos los moriscos de estos reinos y se echen en Berbería».

La diferencia de trato destaca más en la forma en que se realizará dicha expulsión. Si los judíos tuvieron casi siete meses, los moriscos tendrán «¡tres días!».

Primeramente que todos los moriscos de este reino así hombres como mujeres con sus hijos dentro de tres días de como fuere publicado el este bando en los lugares donde cada uno vive… salgan de él y fueren a embarcarse a la parte donde el Comisario… les ordenare…

Les permitían llevarse sólo los bienes muebles que pudieran y perder todo lo demás… Si los judíos vendieron obligados bajo presión, ¡cuál sería la de los moriscos! Los niños tenían salvación porque no estaban contaminados…

Que los muchachos y muchachas menores de cuatro años de edad que quisieren quedarse y los padres… lo tuvieren por bien, no serían expelidos.

A los de Castilla y otros reinos de España les dieron un mes de plazo.

Medidas de este tipo para nuestra mentalidad del siglo XX parecen que sólo pueden ser tomadas por un tirano que olvida los intereses del pueblo. La verdad es que ésta fue una medida popularísima, y si hubiera habido un referéndum, los españoles del tiempo hubieran estado en su inmensa mayoría a su favor.

La canción de mofa en el tiempo de los judíos,

Ea, judíos, a enfardelar
que manden los reyes
que paséis la mar,

O en Juan de la Encina describiendo un retablo:

Al cabo estaban herejes quemados
y al otro la fe muy mucho ensalzada,

por un cabo estaba la Santa Cruzada,
por otro salían judíos malvados,

Equivale a este anónimo popular en 1609:

De cómo y por qué el rey don Felipe III expulsó a los moriscos de España y de la pena que les causó el destierro:

… Tiemblen nuestros enemigos,
lloren con ojos entrambos,
que más vale que ellos lloren
que no leales vasallos;
… Pasen presto a Berbería,
sea en ellos ejecutado,
tomen sitio reformado,
que aquí se comen las capas,
otro poquito a otro cabo.
El morisco que ponía
duro alpargate esparto,
ahora tras borceguíes
argentados alosados,
en tafetán aforrado,
vestido de terciopelo
y espada muy plateada
y puñal sobredorado.
… Aquestos polvos señores
estos lodos han causado:
la desorden pone orden
al que está más descuidado.

Con esa teoría y la ganancia que obtuvieron muchos, la acción estaba asegurada, porque, cuando se unen ideales e intereses, no hay acción que resulte fallida. Enrique VIII repartió las tierras de la Iglesia entre los nobles, que eran los que tenían la fuerza militar, y la secular tradición católica no tuvo posibilidad de volver a Inglaterra. La Revolución francesa vendió los bienes eclesiásticos a los ciudadanos y la República se convirtió en laica para siempre.

En el mundo tranquilo en que se desarrolla la política exterior de Felipe III, hay una interesante excepción. Es la del duque de Osuna, virrey de Nápoles. Buen político, procura domeñar a la nobleza en favor del pueblo, quitando en primer lugar la tasa más antipática, que era la gabela sobre la fruta. El mundo anecdótico de su época, recogido por Schipa, Sarrablo, Tocco, describe al jefe con gestos populares. Un pescador se queja de la violencia de un comisario: «¡Vended al precio que os he dicho y al comisario arrojadle al mar!».

En lo exterior se mueve hábilmente contra los dos grandes enemigos de la España del tiempo, Venecia y Saboya; la primera es la antigua rival de España. La segunda, a caballo entre Italia y Francia, actuaba, según conviniera a su duque, a favor de la potencia que dominaba la península o la que ambicionaba hacerlo. En estos momentos ocurría lo segundo y Osuna la combatió; fue también causa de la conjuración de Venecia que fracasó; y, al fracasar, Osuna pagó la culpa. De haber tenido éxito, probablemente le hubieran ensalzado.

Resulta típico, en la historia tradicional al uso, el presentar a los gobiernos españoles actuando siempre con toda lealtad y buena fe, mientras los enemigos empleaban maniobras indignas para derribar el poderío español. Sólo leyendo textos extranjeros nos damos cuenta de que los agentes españoles eran tan activos en la retaguardia enemiga y en países neutrales como los franceses, saboyanos y venecianos en nuestro daño. Lo cual resulta bastante natural y lógico.

Así cantaba un poeta anónimo al duque de Osuna:

… Sigue, esperanza del reino, héroe,
defensa del gran nombre
y honor de Austria reinante,
sigue en la excelsa y sublime empresa,
frena en el mar al león espumante (Venecia) detén,
sujeta en tierra con mortal ofensa
al orgulloso de los Alpes,
héroe gigante (Carlos M. de Saboya]

… pero su mejor exégeta fue el que había colaborado materialmente con él en la conspiración veneciana, Francisco de Quevedo, quien escribía al rey:

Que había conseguido el duque de Osuna confesar a los venecianos que contra él no pueden nada… haberlos reducido a estado que pidiendo (como lo han hecho) favor y ayuda al turco, hayan ignominiosamente confesádole a él y a todo el mundo su flaqueza, cosa que nunca se esperó no haciéndoles la guerra otro que el rey de Nápoles no asistido por nadie.

Esta carta se escribió en 1617. Poco después el duque era exonerado. Quizá por la envidia de los nobles desposeídos de su poder en Nápoles, quizá por esas laudes del poeta, quizá, porque en la tranquila y poco mesiánica España del tiempo, Osuna desentonaba…

En principio, ese rey brillante mantuvo al Estado en una situación estable y con reputación firmemente mantenida. La opinión general de la decadencia española a partir de la Invencible está equivocada. En el momento en que el país decidió evitar las empresas en que era más importante lo ideal que lo material, tampoco se atrevió

nadie a atacarle. Un enviado tan poco sospechoso de amistad a España como el representante de Venecia, Pietro Gritti, hace, en 1619, un resumen de la situación. Menciona primero a los amigos (Papa, emperador, Génova), «los genoveses tienen en los Estados del rey la mayor parte de las riquezas que poseen, así que, por no aventurarlas, estarán siempre obligados… a correr cualquier suerte de los españoles… los suizos sacan ventajas comerciales de Milán; los duques de Toscana, Parma Orbino, Módena, Luca, reciben 15.000 escudos anuales de pensión». Dice luego de los enemigos: «Estrecho parentesco con el rey de Francia aunque mala voluntad. El rey de Inglaterra teme que, si hubiera una guerra con España, los católicos de sus dominios se levantarían a su favor. Por su parte, España recuerda la fortaleza inglesa especialmente ahora que se ha unido Escocia» (tras la subida al trono del hijo de María Estuardo)… con los turcos «se ve que no sólo se respetan uno al otro que además se temen»… con los holandeses «se mantendrán las treguas». Del de Saboya, recelan pero tiene a sus hijos en Madrid y le colman con promesas. Venecia, termina su enviado, sabe «que las fuerzas de la República no pueden parangonarse contra las de un gran rey; que querer luchar solos contra aquella potencia es como tratar de golpear el cielo», y, además, está el peligro turco y el de los buques de corso del virrey de Nápoles. Total, que es mejor la paz.

Esta estampa de seguridad no corresponde al tópico de una monarquía hundiéndose en la ruina. Creo que la animadversión con que ha sido tratada por los historiadores la época de Felipe III se debe especialmente a un elemento de tipo moral.

Es la corrupción administrativa. Desde los tiempos de los flamencos que acompañaban a Carlos I no se había visto una cosa parecida. Los cargos todos se compraban por dinero contante y, naturalmente, el que había alcanzado el puesto, se obligaba a recuperar su inversión en corto plazo.

La Corte se trasladó, de pronto, de Madrid a Valladolid, porque los burgueses de esta ciudad habían sobornado al duque de Lerma. Pocos años después, regresa a Madrid, por idéntica operación de los burgueses madrileños. Los nobles se sienten mucho más libres y con mayor poder, pero, al mismo tiempo, se obligan a ofrecer a los reyes fiestas suntuosas, arruinándose. La nobleza como cuerpo no recupera su fuerza a pesar de la debilidad del rey.

Lo más grave de la aparición de los validos o favoritos, desconocidos en el siglo anterior, es la ruptura del mito de un rey que se dedica sólo a su pueblo. Los monárquicos seguirán siéndolo porque no hay opción todavía para la mentalidad de la época, pero ya empiezan a distinguirse entre el rey y sus ministros. Éstos engañan al rey, que sigue pensando sólo en el bienestar de los suyos, pero *al que no le permiten* enterarse de los acontecimientos.

La escasez de guerras exteriores en este período podía haber restablecido el equilibrio entre ingresos y gastos, pero, para ello, debería haber desaparecido el lujo cortesano, los regalos munificos. Felipe II gastaba muy poco en regalos y mucho en

guerras exteriores para defensa de España y de la religión católica. Felipe III ahorra en guerras, pero hace obsequios extraordinarios a sus nobles.

Por otra parte, sigue la economía basada en la misma falsa teoría del siglo anterior. Lo importante es el oro y la plata, y estos metales llegan de las ricas tierras de allende los mares. Cuando tarda la flota, se pide a los genoveses que adelanten metálico a cambio de buenos intereses. Así que el dinero pasa por España sin dejar rastro en ella, de la misma forma que los ríos cruzan la parcheada meseta despeñándose, sin oportunidad de calar en sus entrañas para formar las corrientes subterráneas que luego serán necesarias. Nadie se preocupa de organizar industrias porque es más fácil comprar al contante lo procedente de otros países. (Los pocos que sabían de esto habían sido expulsados: eran los moriscos).

(Esta teoría económica se ha repetido incluso en nuestros días. Basta observar a muchos países que, al poseer una base importante económica, se olvidan del día de mañana. Por ejemplo, los productores de petróleo —las minas de oro de hoy— se preocupan raramente de instalar una industria o una agricultura abundante que les permita autoabastecerse. Hace unos años apenas, Venezuela, situada en feraz tierra tropical, importaba la fruta de Florida y California, porque le parecía más cómodo pagarla con los «escudos» de hoy, los dólares que le sobraban).

La técnica, la invención, la administración seguían siendo un poco tabú, porque habían sido principal actividad de una raza odiada que era la judía. A nadie le interesaba dar que sospechar a la Santa Inquisición, quemándose las pestañas para explorar el firmamento o buscar un nuevo sistema de tejer.

La mejor manera de no ser perseguido por teorías heréticas era no tener ninguna y para evitar la acusación de leer libros prohibidos era buen sistema el de Humillos.

BACHILLER: ¿Sabéis leer, Humillos?
HUMILLOS: NO, por cierto;
ni tal se probará que en mi linaje
haya persona de tan poco asiento
que se ponga a aprender estas quimeras
que llevan a los hombres al brasero
y a las mujeres a la casa llana.

O a la hoguera o al prostíbulo. Pero Humillos sabe otras cosas mucho más importantes.

Sé de memoria
todas cuatro oraciones y las rezo
cada semana cuatro o cinco veces.
BACHILLER: ¿Y con esto pensáis de ser alcalde?

HUMILLOS: *Con esto y ser yo cristiano viejo me atrevo a ser senador romano.*

Cervantes - Entremés de «La elección de los alcaldes de Daganzo».

La agricultura seguía subordinada a la ganadería y la Mesta en la misma importancia que el siglo anterior, porque la lana se vende en seguida y el producto de la tierra tarda en surgir. La sangría humana de las guerras había cesado, pero se mantenía la de la emigración a América.

Se mantenía el problema que había visto claro un español del siglo pasado, Luis de Ortiz en su Memoria a Felipe II en 1558.

Entendido está que de una arroba de lana que a los extranjeros cuesta quince reales, hacen obraje de tapicerías y otros paños y cosas labradas fuera de España, de que vuelven dello mismo a ella, valor de más de quince ducados, y por el semejante de la seda cruda en madeja, de dos ducados que les cuesta una libra, hacen rasos de Florencia y terciopelos de Génova, telas de Milán y otras de que sacan aprovechamiento más de veinte ducados; y en el hierro y acero, de lo que les cuesta un ducado hacen: frenos, tenazuelas, martillos, escopetas, espadas, dagas y otras armas y cosas de poco valor, de que sacan más de veinte ducados, y a veces más de ciento. Y ha venido la cosa a tanta rotura, que aun la vena de que se hace el hierro llevan a Francia, y allá tienen de poco acá herrerías nuevas, todo en daño no sólo de nuestras honras pues nos tratan peor que a bárbaros, mas aún de nuestras haciendas, pues con estas industrias nos llevan el dinero, y la misma orden se tiene en la grana y en la cochinilla y en los demás que en España se cría y viene de Indias, que de más de proveerse otros reinos de lo que Dios nuestro Señor nos da en éstos, que ni sabemos aprovecharnos dellos ni conservarlos, es causa no sólo de llevarnos el dinero, mas de que en estos reinos valgan las cosas tan caras por vivir por manos ajenas, que es vergüenza y grandísima lástima de ver, y muy peor lo que burlan los extranjeros de nuestra nación, que cierto en esto y en otras cosas nos tratan muy peor que a indios, porque a los indios para sacarles el oro o plata llevárnosles algunas cosas, de mucho o poco provecho, mas a nosotros con las nuestras propias no sólo se enriquecen y aprovechan de lo que les falta en sus naturalezas, más llévannos el dinero del reino con su industria, sin trabajar de sacarlo de las minas, como nosotros hacemos. Y el remedio para esto es vedar que no salgan del reino mercaderías por labrar ni entren en él mercaderías labradas. Con esto es visto que los mercaderes extranjeros vendrán a comprar lo que les falta en sus tierras, y como ahora pagan por el arroba de lana quince reales, pagarán por la obra que della resultare quince ducados…

… Lo económico depende de lo humano. Hace falta…

Lo primero que deroguen las leyes del reino por las cuales están los oficios mecánicos aniquilados y despreciados, y se promulguen y hagan otras en favor de ellos, dándoles honras y oficios, como se hace en Flandes y en los otros reinos, donde hay ordenadas repúblicas con estas libertades.

Luis de Ortiz - Memorial a Felipe II (1558).

El comercio seguía anquilosado. Había aduanas interiores —recuerdos de la antigua división en reinos— y la importantísima salida a las Indias estaba, por ley, monopolizada por Sevilla, dejando a toda la costa española del Norte y a Cataluña y Valencia en la miseria.

«¡Ah, si Dios me diera vida, cuán diferentemente gobernara!», fueron algunas de las palabras que pronunció, ya enfermo, Felipe III.

Pero inmediatamente después empezó a repartir mercedes de nuevo, como quien no puede acostumbrarse a no dar. Le dijo el confesor, para animarle…

«¿Fue poco echar de España los moriscos perdiendo tantas de sus reales rentas, por no tener en el reino quien no sirviese a Dios…?».

«Más alentado me siento», contestó el rey. Creía, probablemente de verdad, que eso le iba a compensar a los ojos de Dios, de su otra actuación: la derrochadora.

En cuanto murió, saltó la copla anónima para pedir al hijo justicia administrativa.

Veinte borregos lanudos
tiene vuestra majestad,
que trasquilar para mayo
bien tiene que trasquilar.
Y en trasquilando estos veinte,
otros veinte quedarán;
que es bien que a su casa vuelva
lo que en otras está mal.

Porque en el príncipe joven siempre se ponen grandes esperanzas.

FELIPE IV

Es un reinado apasionante. Para muchos sólo el de la decadencia de España. Rocroi y sus tambores de luto de la fuerza militar española. Un rey débil, cede sus poderes al conde-duque, que lleva al país a la ruina.

… Pero éste es el mismo rey que protege a Velázquez, ayuda a Calderón, pone de moda, con su ejemplo personal, el culto al escritor y al poeta.

España ha tenido suerte con sus pintores de corte más famosos. Velázquez y Goya lograron ser de la Corte sin llegar a cortesanos. La historia del período está ahí, en las salas del Museo del Prado. Dos retratos ecuestres de tamaño natural. Felipe IV de perfil, el conde-duque de escorzo, volviendo la cara para mirar al pintor. El primero parece querer ocultar la expresión. El otro la acusa deliberadamente. Mira fijo. Los ojos —azul cobarde llamó Manuel Machado a esos ojos de los decadentes Austrias— del primero, están apagados; los del segundo en llamas. Basta contemplar y comparar para saber quién mandaba en palacio.

Lo mismo había ocurrido en el reinado anterior. Un rey abúlico, un ministro que se carga de unas riendas pero, desgraciadamente, el parecido termina ahí. El duque de Lerma se contentaba con acumular títulos y los dineros que acompañaban a tales títulos; no tenía interés alguno en mostrar al mundo en general, y a España en particular, que, además era un genio de la política. Igualmente le pasó a su sucesor en el gobierno e hijo, duque de Uceda.

Olivares, en cambio, es mesiánico. Olivares cree honradamente que Dios le ha llevado a ese cargo para devolver al país el puesto que ocupara en el siglo anterior.

Para ello: depuración administrativa con coro de alabanzas de todos. El duque de Lerma, avisado, se esconde tras el capelo cardenalicio librándose así de la quema…

El mayor ladrón del mundo,
por no morir ahorcado
se vistió de colorado

… pero cae su segundo, Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, que es juzgado, condenado y degollado. El pueblo se refocila. ¡Un noble en el patíbulo! Empieza bien el reinado.

El rey anterior ha dado mucho. Olivares propone a Felipe IV que se supriman las mercedes perpetuas, ruinas de la Hacienda, se quiten los coches de cuatro caballos y guarniciones de oro y plata, que se vayan los señores de la Corte a sus tierras a cuidar de ellas y supriman así les cuantiosos gastos a que les obliga el estar junto al rey.

Todo magnífico. Pero el dinero que se ahorraba en esos menesteres se perdía por otro lado. Porque Olivares creía que la misión de su rey era dominar el mundo.

Los príncipes y reyes de Europa son émulos de la grandeza de V. M. y se le

oponen abiertamente en todas partes. v. M. es el principal apoyo y defensa de la religión católica; a este fin ha roto la guerra con los holandeses y con los demás enemigos de la Iglesia que les asisten y la principal obligación de v. M. es defenderse y ofenderles. (Consulta de Olivares. 1621).

Ya está España otra vez a caballo. La prudencia anterior se ha terminado. España tiene una misión que cumplir y la cumplirá pese a todo. A la tregua de Holanda siguió la guerra, a la paz con Francia, la pelea. Podría haber entonces, al menos, paz con Inglaterra, por aquello de que el enemigo de tu vecino es tu amigo, pero aquí vuelve a plantearse el prejuicio religioso. Un príncipe que se llama Carlos llega a Madrid de incógnito para casarse con la infanta María, hermana de Felipe IV… el rey se precipita ante el crucifijo: «Señor, yo os juro… que no sólo no baste la venida del príncipe de Gales para que exceda un punto en lo tocante a vuestra religión… pero ni tampoco si pensase perder cuantos reinos que por vuestra misericordia poseo, no lo haré de lo que es temporal y mío». El príncipe se va disgustado tras su intento romántico; será otro enemigo de España.

Enemigos exteriores directos esos dos. Y además España tiene que ayudar a Austria en su lucha de los católicos contra los príncipes protestantes. Más dinero, más hombres, más obligaciones.

¿Y en el interior? Si Richelieu, esa obsesión de Olivares, ha logrado unificar a su patria obteniendo mayores provechos fiscales, ¿por qué no hacer lo mismo de ese mosaico que sigue siendo España? Castilla pagaba 6.200.000 ducados al año, el resto de posesiones de la corona 1.603.000. En 1625, Olivares hace una propuesta al rey:

No se contente v. M. con ser rey de Portugal, de Aragón, de Valencia, conde de Barcelona, sino que trabaje y piense por reducir estos reinos de que se compone España al estilo y leyes de Castilla… que si v. M. lo alcanza será el príncipe más poderoso del mundo.

Busquemos los medios, olvidando la ética…

Los fueros… leyes que se oponen tanto y estorban un fin tan glorioso y no llegan a ser un punto de justicia (aunque se hayan jurado)… se procura el remedio por los caminos que se pueda, honestando los pretextos para excusar el escándalo.

Uno de los caminos propuestos por el conde-duque era que fuera el rey al reino en cuestión, se preparara un conflicto popular y «en ocasión de sosiego general y prevención en adelante, como por nueva conquista, asentar y disponer las leyes en conformidad con las de Castilla».

Todo esto a la mayor gloria de Dios… aunque ya no parece tan normal que Richelieu se haga amigo de los protestantes alemanes con tal de perjudicar a España. ¿Cómo es posible que llegue a eso un príncipe de la Iglesia? Como ya estamos en tiempos de propaganda moderna en que cada Estado explica públicamente sus razones contra sus enemigos, a las acusaciones españolas contesta el cardenal con otras que, curiosamente, son parecidas a las empleadas por los reyes españoles del XVI, cuando atacaron al Pontífice. El rey francés —dice el *Discours que prouve la justice de l'alliance du roi de France avec les herétiques et infidels*— no ataca al rey de España como príncipe católico, sino en defensa de los daños que éste le está haciendo y todavía puede hacerle:

> *Un Estado que tiene legítimo motivo de quejarse de un príncipe católico por los daños que de él ha recibido y tiene justo motivo de temer recibir más en el futuro, dado su gran poder y la mala voluntad que le tiene, puede perfectamente y por su seguridad hacer, sin pecar, liga con herejes e infieles contra el susodicho príncipe católico, y, después de esta liga, los ataques que se hagan contra el príncipe serán lícitos porque el tal daño no sobreviene por voluntad explícita sino sólo por accidente.*

En esa época está muy de moda la palabra casuística, aplicada expresamente a los jesuítas que, en algunos de sus miembros condenados por el Papado, llegó a extremos como el que defendía la mentira si era por razones superiores de moral.

Esa casuística es usada también por los franceses. Al final del discurso, el rey de Francia dice que está dispuesto a terminar con los herejes de su país, pero que no puede hacerlo mientras haya guerra y se vea amenazado. Lo hará en cuanto llegue la paz. La consecuencia es interesante:

> *… Dado que un príncipe está más obligado a procurar la gloria de Dios en sus Estados que en los ajenos, la Francia puede contribuir a la guerra que hay entre los holandeses y la España, no obstante el detrimento que pueda sufrir la religión, dado… que la religión recibirá más aumento en Francia de lo que disminuya en los Países Bajos.*

La obsesión geográfica de Olivares es la misma que la de Richelieu: la Valtelina, vigilada por Milán, camino de las posesiones españolas del norte de Europa, entronque con los aliados del Imperio. Por lo mismo, Richelieu quiere estrangular al Imperio atacando el Franco Condado.

A un cardenal belicoso, un conde-duque, más belicoso todavía, que envía órdenes de ataque, sin añadir el dinero correspondiente. Todo se resume en unas líneas de Gonzalo Fernández de Córdoba, virrey de Milán.

… al rey y al conde-duque con grandes resoluciones de guerra ordenen de la suerte como si tuvieran aquí un ejército de cincuenta mil hombres bien asistidos habiéndoles tantas veces representado que aquí tengo un ejército corto de ruin calidad y pereciendo de hambre; cada una de las órdenes de su magestad es un imposible; quiere que haga la guerra a todo el mundo sin gente y sin dinero.

La España de Felipe IV conserva la inercia de la fama de Carlos V y es respetada más que por lo que hace, por lo que se teme que podría hacer. Richelieu se refirió «al gran poder»… de los españoles. Manzoni cuyo *Los novios* ha constituido durante años estampa fidedigna para muchos italianos, de la dominación española en Lombardía, hace hablar temerosamente a sus personajes sobre la fuerza del rey de España.

Sí, la inercia sigue en lo político y también en lo bélico. El infante don Fernando, que siente lo militar pero que tiene que ser cardenal porque su hermano ya era rey, vence en Nordlingen, apoyando al partido católico contra los protestantes. Los pintores del tiempo reflejan las batallas ganadas por una España oficialmente en decadencia. Juliers se rinde; lo pinta José Leonardo. El marqués de Santa Cruz socorre a Génova sitiada por los saboyanos (pinta Antonio Pareda). El duque de Feria socorre a Constanza atacada por Horn y Weimar. Fernández de Córdoba vence en Fleurus a Mansfield; pinta Vicente Carducho.

Se recupera la ciudad de El Salvador (Brasil) a los holandeses. Fadrique de Toledo fue el vencedor, Maino el pintor.

… Y Velázquez fija para siempre en el lienzo la hazaña de Breda, una ciudad holandesa tomada por el marqués de Espínola, en la más elegante de las rendiciones del mundo.

Velázquez pinta también un Olivares riendo que está en el Museo del Ermitage de Leningrado…

… reiría poco más. 1640 es el año fatídico. Primero Portugal, jamás totalmente unido a España, a la que se incorporó, como dije, demasiado tarde para identificarse con sus destinos. Luego, Cataluña. En ambas hay casos de desprecio a los naturales por parte de quienes llegan mandados de la Corte, cosa bastante típica de España, donde el orgullo del enviado del rey le hace sentirse inmediatamente superior al nativo; en el caso catalán habrá también resquemor religioso porque los soldados castellanos actuaban en las iglesias con falta de respeto.

… y por mor del alojamiento de los soldados. Entran los segadores en Barcelona, matan al virrey y dan motivo a un cántico que será representativo de la lucha por las libertades, cada vez que Cataluña las encuentra amenazadas:

Bon cop de falg,
segadors de la térra,
bon cop de falg

… la razón de la sublevación aparece en otro verso, interesante porque pone al rey, todavía, por encima del problema.

ara el rei, nostre senyor,
declarada ens té la guerra

… lo hizo así Felipe IV, animado por Olivares. Y al otro extremo de la península…

Un jesuita escribía desde Zafra, en Badajoz, el 4 de diciembre: «Hoy llegó a esta villa un hombre que viene de Portugal y dice que llegando a Monjaraz… vio muchas luminarias y cuadrillos de hombres con tamburillos… y otros instrumentos diciendo todos: ¡Viva nuestro rey don Juan…!, y que llegaron algunos a él y le dijeron: ¡Di, Castellano, viva nuestro rey don Juan!, forzándolo con amenazas». En Madrid se sabe con retraso porque no había otro correo que el que traía el pescado para la mesa de la Corte, los viernes. El conde-duque —dicen— entró a ver al rey con cara alegre: «Señor, buenas noticias, el duque de Braganza se ha vuelto loco y se ha proclamado rey de Portugal. Así ganáis sus posesiones». Felipe IV era débil, pero no tenía nada de necio:

—A eso —dijo serio— tiene que buscarse remedio.

No lo hubo. A últimos del mismo mes, Francia hace alianza con los catalanes sublevados. Ya estaba el enemigo dentro de casa como no ocurría desde 1512. Cunde la desbandada… Incluso Andalucía, quiere hacerse independiente…

El rey se anima. Tomará el mando personal de la campaña. Irá a Cataluña a dar ánimos a sus tropas… Poco después se arrepiente —no le iba— y se vuelve con su esposa al Retiro. Surge el anónimo satírico. Los conceptos renacentistas —César, Imperio— tomados en serio hace unos años, sirven ahora de irrisión. Si Velázquez pinta a un Marte medio reclinado y borracho, las armas en el suelo, el poeta anónimo recuerda:

León que invencible ruge,
prevenga aparato y pompa;
a vuestra vuelta Castilla
más que a sus Césares, Roma.

Venga Vuestra Majestad
muchas veces en buen hora,
y apréstense arcos triunfales
como han sido las victorias.

… Éste sí que es rey valiente
que deja su tierra propia,
no como otros reyes diablos,
que en la extraña se coronan.

El poeta abandona el tono irónico para lamentarse directamente:

Hablemos claro, mi rey;
toda España, va de rota,
el portugués más se engríe,
el catalán más se entona.

Lo militar no se ejerce,
lo político lo estorba;
los que pierden nos gobiernan,
los que ganan se arrinconan.

Y repitiendo prácticamente las razones que dio Medina Sidonia para sublevarse en Andalucía.

Justamente se quería,
el de Medina Sidonia,
alzar con algunas tierras,
pues han de perderse todas.

El gran notario de la época se llama Francisco de Quevedo, que desde los tiempos de Osuna ha mostrado gran afición a la política.

En los catorce versos de un soneto da la razón por que España está en peligro, por amenazas exteriores y frivolidad interna:

Los holandeses, señor, y los persianos
han conquistado a Ormuz; las Filipinas
del holandés padecen mil ruinas.
Lima está con las armas en la mano.

El Brasil en poder de luteranos,
temerosas las islas sus vecinas;
la Váltellina y treinta Valtellinas
serán del turco en vez de los romanos.

La Liga de furor y astucia armada,
vuestro imperio procura se trabuque,
el daño es pronto y el remedio es tardo.

Responde el rey: «Destierren luego a Estrada,
llamen al conde de Olivares, duque,
case su hija y vámonos al Pardo».

Cae, al fin, el conde-duque. La alegría es grande y la razón es clara. Al dar al ministro la culpa de lo ocurrido, se consigue salvar lo más importante; el pueblo se

siente liberado, porque puede seguir siendo monárquico sin preguntarse todos los días cómo ese rey, justo y benéfico, podía mantener en su puesto a un monstruo, capaz de todos los males. Esa posición la comparten grandes y chicos, analfabetos e intelectuales, aunque éstos lo expresen mejor como en el caso de Quevedo.

> *Acabaste los años que vuestra luz nos la dispensaron pálida… se condensaron nubes por cuyos senos el día que nos enviábades como sol, clarísimo, descendía a nuestros ojos anochecido en los tránsitos que le esquivaron con sombras.*

El descenso, sin embargo, no se corregía con la caída del conde-duque. Poco después sobreviene Rocroi, gran desastre, fruto de una organización superior, la del Estado francés gracias a Richelieu y a su sucesor Mazarino. En una época en que se valoraba de tal manera el oro y la plata como casi única fuente de riqueza, los ministros españoles no comprendían el esfuerzo sostenido de los franceses. ¿Cómo es posible que el rey de Francia pueda mantener tantos ejércitos sin tener las Indias?

Anticuados en la estrategia, anticuados en la economía, están también desfasados en la concepción de la vida política. Cuando Westfalia, el rey asegura que hará una oferta al príncipe de Orange:

> *Cediéndole por vía de infeudación… algunas de las provincias que están fuera de mi obediencia y que el Príncipe se obligue a entregarme y poner a mi devoción las demás… creyendo que el otro quedará realmente agradecido… porque de Señor se haría príncipe libre… con tanta justificación que para lo interior quedase con justísimos títulos.*

Cuando el emperador, en 1648, hace la paz sin acordarse de su primo y protector, el que ha gastado la sangre de sus súbditos y el dinero de sus arcas, en asegurarle el trono y la religión católica… el rey se muestra increíblemente alejado de la realidad:

> *El Emperador y el Imperio han hecho la paz con Francia… dejándome a mí fuera y con los enemigos a cuestas; pero estoy cierto que le han obligado a hacer esto todos los príncipes del Imperio y sus ministros pues, por su voluntad, no lo hiciera nunca el Emperador.*

Lenguaje antiguo, ideas caducas. Luego, dentro de su gravedad, el cuerpo del Estado parece reajustarse lentamente. Massaniello se ha levantado en Nápoles pero sus locuras han estropeado lo que podía haber sido, quizá, la primera sublevación popular de la vida moderna, ya que las Comunidades fueron obra de nobles de segunda y de burgueses. El poeta anónimo se escandaliza con espíritu clasista…

Temeritá dell piü vile plebe de Napoli;
con l'amplia monarchia pugna il Mercato
e contra il sommo si solleva il vile…

(Temeridad de la más vil plebe de Nápoles;
contra la ancha Monarquía lucha el Mercado
y contra él alto se subleva el vil).

Massaniello enloqueció víctima de su propio éxito, y al virrey le fue fácil hacerle matar cuando había caído en desgracia de sus seguidores. Cataluña vuelve al redil al ver que no conseguía más que cambiar de dueño, manteniendo la violencia del alojamiento, que, esta vez, era con gente de habla gala. Entre dos molestias la masa prefirió la más conocida; la que llevaba, hacía muchos años, a cuestas.

Buen señor teníamos;
Dios quiera volverlo.
Viva el rey de España,
muera el gobierno.

… decían pasquines puestos en las calles de Barcelona. Se mantuvieron los fueros.

El fracaso se debió, además, a que, siguiendo la tradición de «taifas» tan típica de nuestra personalidad, ni Valencia ni Aragón se sintieron solidarios de los catalanes frente a Castilla. Valencia, concretamente y a pesar de bellas frases literarias no se siente hoy, como ayer, identificada con una «hermana mayor» que le produce cierto recelo de hegemonía.

Portugal, en cambio, con unión ibérica mucho más corta, tenía como aliado y protector a Gran Bretaña, un aliado que daba sólo beneficios —protección a las tierras de ultramar, dinero— y, en cambio, no se hacía sentir con soldados siempre molestos. Portugal se separará para siempre y aún hubo que defender Badajoz de sus fuerzas. Se tomó en cambio Olivenza —que hasta hoy han seguido pidiendo los portugueses— y se retuvo Ceuta.

La paz de los Pirineos, será la base de todas las de este signo al tratar con Francia… con la fórmula «los montes Pirineos que habían dividido antiguamente las Galicias (Galias) de las Españas, harían también en adelante la división de estos dos reinos». España acepta una frontera natural que jamás había sido considerada importante, pero que resulta cómoda a la hora de ceder. Boda de la hija María Teresa con el rey de Francia. Con ello se pone la primera piedra de los derechos que el país vecino reivindicará para el próximo siglo XVIII con la entrada de los Borbones.

Al final del reinado de Felipe IV describe la situación el enviado genovés:

Su condición blanda de naturaleza, amigo nato de la justicia y ello le inclina

tanto que le obliga a consultar muchas veces, y así muchas veces no resuelve… es inteligente pero, como suele decirse, el último oído es quien le vence…

Y del estado de la monarquía:

… la dilapidación hecha en la hacienda real mal gobernada y habiéndose hecho ricos muchos ministros y el crédito perdido por la falta de palabra para mantener en abundancia y rapidez las provisiones necesarias al mantenimiento y reforzamiento de las plazas y ejércitos, tanto marítimos como terrestres… en el desorden tienen una gran parte la alteración de la moneda que es llevada a cabo sin regla ni método, subiendo y bajando, no en el término de años y meses sino de semana a semana, día a día.

Hay que ver, sencillamente, el cuadro de Velázquez que está en el Museo del Prado, representando al rey ya viejo. En sus ojos no hay ya sólo debilidad. Hay remordimiento. Porque ese rey era tan católico que estaba convencido de que todo lo ocurrido a España era por sus propios pecados; no ya los políticos sino los de la carne.

LA VIDA ¿ES SUEÑO?

El reinado de Felipe IV es un asombroso enlace entre la realidad y la fantasía. En pintura hay un cuadro que se llama de Las Meninas en las que el espectador parece inmerso en el lienzo y no sabe dónde termina éste. Circula, con gran éxito, un libro en el que un hidalgo, medio loco y medio cuerdo, está seguro a veces de que una venta es un castillo y, en otras, no quiere probar si la celada de cartón resistirá el golpe. Todo puede ocurrir. Un duque de Braganza se encuentra de pronto convertido en rey de Portugal; otro, el de Medina Sidonia intenta serlo de Andalucía. Un pescador, Massaniello, se ve de pronto jefe, adulado por el virrey y los nobles de Nápoles y enloquece, al verse elevado a ese puesto…

Un príncipe, Segismundo, pasa de una mazmorra a una sala del trono y reacciona tan violentamente que es devuelto a su encierro, hasta que reflexiona que le conviene comportarse con moderación. Porque si la vida es realmente sueño no se pierde nada en hacer el bien; y si va en serio, siempre queda la posibilidad de la conciencia tranquila.

La vida es sueño en la España de Felipe IV, especialmente en el Madrid de Felipe IV. El rey responsable de la decadencia es un gran monarca en la protección al arte y a la cultura. Nunca ha habido quien apreciara más a escritores, a poetas, a músicos, a pintores. ¿Quién podía haber permitido al pintor de cámara retratarle «así» a él y así a su valido? ¿Quién le hubiera dado dinero y libertad para ir a Italia a adquirir cuadros para la Real Casa, en definitiva para España?

Un rey tan confuso como su época. En ningún caso de la historia española se ha mezclado más la realidad y la ficción, la leyenda y los hechos verídicos. ¿Qué pasó con el conde de Villamediana? ¿Era, en verdad, homosexual? ¿Un don Juan? ¿Ambas cosas? Tenía, claro está, lengua viperina. Es una tradición española que acostumbra ir con la Corte; sus epígonos siguen viviendo en Madrid y las frases mordaces, si dichas en verso, llegan aún más lejos. ¿Es verdad que dijo, cuando vio a Vergel, conocido por la complacencia con las andanzas de su mujer, salir en un torneo?

¡Qué galán sale Vergel
con cintillos de diamantes!
¿Diamantes que fueron antes
de amantes de su mujer…?

¿Es verdad que estaba enamorado de la reina y quemó el teatro cortesano del Retiro para tener ocasión de sacarla en brazos al salvarla? O bien… Estaba Isabel mirando por una ventana del Alcázar, se acercó el rey por detrás, la cogió en brazos

—Dejadme, conde.
—¿Qué conde?

—El de… Barcelona, señor.

Era efectivamente uno de los innumerables títulos del rey de las Españas. ¿Verdad o leyenda? Verdad fue para Villamediana cuando le clavaron una daga en la calle Mayor, al asomarse al requerimiento de un hombre. «El conde, atendiendo antes a la venganza que al arrepentimiento» salió del coche tirando de espada y cayó muerto. No se encontró al asesino. Fue Góngora quien preguntaba…

Mentidero de Madrid,
decidme quién mató al conde
ni se sabe ni se esconde,
con discurso discurrid.
Dicen que lo mató el Cid
por ser el conde Lozano,
disparate chabacano;
la verdad del caso ha sido
que el matador fue Bellido
y el impulso… soberano.

(¡Qué conocimiento del Romancero esperaba encontrar en el público español!).

¿Verdad o leyenda? Felipe IV, lujurioso, al acecho siempre de una dama, de una actriz. He aquí la «Calderona». Un hijo: Juan de Austria. Juan de Austria «el malo», claro. Al convento con ella; no está bien que un rey tenga sucesores en la cama. Se dice que una dama de la corte fue requerida de amores por el rey. «Gracias, Majestad —fue la aguda respuesta—: No tengo vocación de monja».

… como si eso fuera bastante como para detenerlo… ¿Vida o sueño? Felipe IV requiebra a una monja; ésta, aterrada, lo comunica a su abadesa, que le aconseja que le dé una cita. Entra el monarca con llave falsa por un postigo, sigue un claustro, encuentra la celda indicada, la puerta entreabierta. Mira, huye con un grito de terror.

La monja se levanta del ataúd, se abraza a la abadesa escondida, apagan los hachones fúnebres. A un rey rijoso sólo puede detenerle la muerte.

¡Qué monjas aquéllas! Las de San Plácido entran en convulsiones y dicen que ven al diablo. La Inquisición entra en escena —todo parece un teatro en esa España— y acaba metiendo en prisión al autor del desaguisado, el padre confesor, que apoyaba en la histeria sus perversas intenciones.

Todo el período oscila entre la realidad y la mentira. Felipe IV es el rey de España y sus Indias, el más poderoso monarca de la tierra, se lo dicen una y otra vez sus cortesanos y los poetas de la Corte. Es Felipe *el Grande*. Cuando mate a un ciervo de un disparo surgirán veinte sonetos para ensalzar su sublime puntería. Tiene el mejor ejército de Europa y, para pagarlo, las más ricas minas de oro y plata. Su misión es proteger en todo el mundo la fe de Cristo y acabar con franceses, ingleses,

holandeses, alemanes, todos que quieran negarle ese derecho.

¿Verdad? Sueño. El oro y la plata están al otro lado de un océano plagado de piratas. Cuándo lleguen, con cuentagotas, irán derechamente a las arcas de los genoveses que ya han adelantado metálico para tal empresa militar en la Germania, para tal fiesta en honor de alguien:

Dice Tirso de Molina (En Madrid y en una casa):

Aunque vengan de Pirú
virginales intereses,
hallarlos es maravilla,
pues después que hay en Castilla
barbirrubios genoveses,
dicen que es cosa tan rara,
que no se ha de hallar en ella
un doblón, ni una doncella
por un ojo de la cara.

¿Era grande Felipe? Lo dijo Quevedo en su famoso Memorial. «Grande sois Filipo, a manera de hoyo».

… donde se cayó la España verdadera empujada por la del sueño. Murió a los cuarenta y cuatro años de reinado. Tuvo, pues, tiempo para vivir y para soñar. Fue gran rey en lo espiritual; pésimo en lo material. Le ganó la lujuria, la abulia.

CARLOS II O EL HUNDIMIENTO

La decadencia española no empieza realmente hasta bien entrado el reino de Felipe IV, porque, insisto, el Estado español disponía hasta entonces de un inmenso crédito, ganado en años anteriores. Ese crédito era, en lo económico, las inmensas posesiones de Indias y su oro y plata. En lo militar, el Estado vivía también de unas rentas, más o menos imaginarias, recuerdo de victorias anteriores.

En los últimos años de Felipe IV, la fama militar se extingue y las continuas devaluaciones de la moneda agotan también el otro crédito. En 1665, escribe Felipe Ixco, los tenderos se niegan a recibir por sus productos lo que no saben si va a valer al día siguiente. Algunos fueron azotados por ello. Y por si fuera poco…

«El príncipe se cría tan desmedrado que no le basta ir para cuatro años para andar por su pie».

Así arrancará el reinado de Carlos II con la regente Mariana de Neoburgo. Un valido tras otro. El padre Nithard confesor de la Reina.

Para la Reina hay descanso
y para el rey hay tutor;
si no se muda el gobierno
desterrando al confesor.

El pasquín es fácil porque es fácil despertar la desconfianza de la gente ante una reina extranjera apoyada en un jesuíta, un extranjero que circula en la sombra y da consejos al oído. El hombre que provoca esos pasquines tiene un nombre ilustre, Don Juan de Austria; como su homónimo anterior, es hijo de un rey y de una persona de menor valía. En este caso, la madre, algo más que una criada de mesón, es una actriz llamada la Calderona, pero la combinación genética no ofreció mejores resultados. Este Juan de Austria no ha heredado del otro más que la audacia y la soberbia. Para J. A. Maravall es el primer dictador en la historia de España porque se apoya en el pueblo para pedir el poder y moviliza, con sus pasquines, una actitud favorable a sus pretensiones.

El pasquín es palabra italiana. Viene de Pasquino, un sastre romano de junto a Plaza Navona, y que era famoso por su mala lengua. Cuando muerto ya, se encontró cerca de donde había vivido un busto romano, se dijo que se parecía al difunto y empezaron a aplicar a sus lomos carteles en versos satíricos que repetía divertida toda Roma antes de que los guardias papales tuviesen tiempo de arrancarlos.

Esta época española es época de pasquines porque resulta la única forma de poder desahogarse sin ir a la cárcel. Los amigos de don Juan le defienden usando a veces títulos de comedias famosas.

El «rey sin reino» es el rey,

y España clamando está
que el «tirano castigado», (Valenzuela).
sea de tan gran maldad.

El «Príncipe esclavo». es
nuestro, Dios le da
«libre» de su «cautiverio».
por la «orden de San Juan».

… de Austria, claro. Siempre que hay un rey joven sometido a una regente, surge un partido a salvarle de las garras de sus enemigos. En este caso consiguen por fin su objetivo. Don Juan de Austria, que algunos llaman Juan José para distinguirle, como se merece, de su homónimo, alcanza el poder.

… sin éxito alguno militar; derrotas de las Dunas y en Portugal que, por fin, tendrá que ser reconocido como Estado distinto e independiente. ¿Un Juan de Austria perdiendo batallas…? La musa enemiga empieza a sospechar si, efectivamente…

Un fraile y una corona,
un duque y un cartelista,
anduvieron en la lista
de la bella Calderona.
De tan santa cofradía
procedió un hijo fatal,
y tocó al más principal (el rey).
la pensión de la obra pía.

Derrotas militares pero a cambio reformas importantes. El tahalí desaparece y la espada va al cinto; se empieza a usar la peluca —para tener la cabeza monda y limpia —. La golilla deja paso a la valona, cuello vuelto hacia abajo. La estatua ecuestre de Felipe IV, que había subido a la azotea del Alcázar, vuelve a la plaza frente a ella.

El rey llega a la mayoría de edad, el rey se casa con Mariana de Neoburgo, tras la muerte de María Luisa de Orleáns; muere don Juan de Austria, vuelve a tener influencia la reina madre, nace la de Portocarrero…

Y en el fondo, Francia. Una Francia crecida y poderosa bajo Luis XIV que irá hincándole el diente a las posesiones españolas y ratificando sus conquistas en diferentes paces, Nimega, Aquisgrán… utilizando para sus campañas trucos jurídicos como el de escudar en leyes locales del Franco Condado y Países Bajos sus campañas internacionales. Francia irá quedándose con todo lo que quiera del antiguo imperio español que no puede ni pagar a sus soldados…

Yo mismo he visto en algunas guarniciones soldados de tan mal reducidos de sufrimientos, soldados en… mal provistos de lo necesario a la vida humana,

descalzos, rotos, con las mismas espadas sujetas por una cuerda a la cintura que movían tanto a compasión como a maravilla, si se considera cuánto valga a conservar aquellas plazas la sola reputación de las armas y el simple concepto de que se trata de soldados.

… decía el enviado genovés en Madrid en 1687. Y mientras tanto, en la Corte, la vanidad estúpida, la obsesión de los cargos, la petulancia en los puestos oficiales, el complicado ceremonial tomando precedencia sobre los temas urgentes:

Paralelo de la Corte de Francia y España:

FRANCIA: Toque al arma la caja y la trompeta,
en Marsella y Tolón apresten naves.
ESPAÑA: Nómbrense Mayordomos los más graves,
de edad madura y atención discreta.
FRANCIA: Por Cataluña y Flandes se acometa
y del imperio desplumad las aves.
ESPAÑA: Repártanse con orden esas llaves
y guárdese en Palacio la etiqueta.
¡Oh Carlos, oh señor, oh dueño mío!
Ved en los dos gobiernos lo que pasa:
allí de triunfo se corona el brío,
aquí el descuido nuestro gloria atrasa.
Piérdase aquél y el otro señorío,
que nada importa como os pongan casa.

Trágica, triste silueta la de Carlos II; enfermizo y cargado con el sobrenombre de *el Hechizado*, muestra en los retratos reales la mandíbula caída, el ojo triste. Y, sin embargo, su figura tiene una cierta grandeza; parece ver claramente que el esfuerzo será inútil.

Llega un momento en que Francia deja de aprovecharse de la flaqueza española y de reclamarle territorio tras territorio. La razón de esa generosidad es que nadie tiene interés en deshacer una propiedad que va a pasar a su poder. El rey sigue sin hijos y los derechos de parentesco del nieto de Luis XIV están protegidos y respaldados por el mejor ejército europeo del momento. Tras entrar en Cataluña y tomar Barcelona, se acuerda la paz de Ryswick. «La facilidad y pronta ejecución de esta paz ha sido hecha para vencer la antigua antipatía de los españoles y, ahora, procediendo diversamente del pasado, procura cultivar esta amistad». Lo apunta Pietro Venier, enviado veneciano, en 1698.

Parece increíble, pero así ocurre. Poco a poco la «natural antipatía entre españoles y franceses» que era artículo de fe en la centuria, va dejando de ser cierta.

La gente no aborrece ya a los franceses como antaño… se da el caso que la Embajadora de Francia pase en Madrid por un oráculo y se la festeje y se acompañe… cuando se habla con personas de calidad confiesan en privado que todo esto no es amor a Francia porque en el fondo preferirá al Embajador o al Elector de Baviera pero que ni uno ni otro son capaces de defenderlo como es Francia, cuya victoria aquí les libertaría de la guerra aunque ardiese el resto de Europa.

(Baviera y Maura - Documentos inéditos referentes a la condesa de Berlips, al Elector Palatino, pág. 698).

Para ese asombroso cambio hay quizá la antipatía despertada por la germánica Reina Madre, por el padre Nithard pero, probablemente, también hay la seguridad que sólo el rey de Francia puede garantizar en el futuro, la estabilidad necesaria para un país tan arruinado que sale a subasta y todos se llaman al botín previsto. Sólo han pasado cien años desde la muerte del señor del universo, Felipe II, y las potencias europeas se disponen a repartirse los bienes de su bisnieto. El Elector de Baviera o su padre se quedaría con España, las Indias, los Países Bajos españoles y la Cerdeña; Felipe de Anjou recibiría las Dos Sicilias, los «presidii», o bases, toscanos, Guipúzcoa y Finale. Milán iría al archiduque Carlos.

Y eso, porque, los dos señores reyes (el de Francia y el de Inglaterra) y los Señores Estados Generales (Holanda), «desean sobre todo la conservación de la tranquilidad pública y evitar una nueva guerra en Europa, componiendo las disputas y diferencias que podrían resultar… por el recelo de ver muchos estados unidos en un mismo príncipe». Es el artículo 3 del Tratado de Partición y tendrá más fuerza de la que esperan sus firmantes…

Carlos II, ofendido ante la posibilidad, deja sus posesiones enteras al Príncipe Elector de Baviera. Pero éste muere y el rey se rinde ante lo inevitable. Su reino irá al único que puede mantenerlo unido con su poder político: Felipe de Anjou.

DOS MUNDOS SE ENCUENTRAN

El siglo XVIII es quizás el más dramático de la historia moderna de España.

Hay, en primer lugar, otra guerra civil. Unas provincias consideran rey de España a Felipe, el francés, nieto de Luis XIV. Son las pertenecientes a Castilla y a León. Otras, las incluidas en Aragón, con Cataluña, Baleares y Valencia, deciden que el rey es el archiduque Carlos. Como en todas las guerras civiles, cada bando tiene amigos fuera que ayudan con armas, municiones y propaganda. En este caso, Francia está empeñada en asegurar, con un francés en el trono español, su hegemonía sobre el mundo entonces conocido. En el otro lado, Inglaterra, Portugal, Austria, los Países Bajos intentan evitarlo en la medida de lo posible.

La guerra dura siete años y la gana el bando francés… a cambio de perderse toda Italia y los Países Bajos. En el interior las heridas son más graves porque son más hondas. En un incidente más de la guerra, Inglaterra se apodera de Gibraltar en nombre del archiduque Carlos, su aliado y convencida muy pronto de su importancia estratégica, decide conservarla pese a las reclamaciones, muchas veces apoyadas por las armas y siempre por la protesta diplomática, de los gobernantes que se han sucedido desde 1704 en Madrid.

La otra herida es más sutil, pero ha levantado quizá mayores ronchas. Se trata del Decreto de Nueva Planta que termina con los fueros catalanes y del cual se han lamentado historiadores de aquella región durante años. Símbolo de una «opresión» castellana, hizo, a su vez, símbolo de la personalidad independentista catalana —o al menos regionalista— al conseller Casanova, partidario de la resistencia total a las tropas de Felipe V cuando éstas atacaron el último reducto carlista.

Se ha hecho notar que, al propugnar como rey al archiduque de Austria, los catalanes se sentían más cercanos a la tradición española —Carlos V a Felipe IV— que consideraba a Francia como la enemiga número uno de España y procuraba encerrarla en un círculo de hierro. La experiencia cercana, invasores del ejército en los años últimos de la Decadencia, habían hecho aborrecible al vecino galo.

El sentimiento catalanista se ha sentido herido por el Decreto de Nueva Planta por considerarlo venganza que un jefe victorioso se toma de todo un pueblo por el daño que le han hecho unos pocos. Pero la unificación de la legislación era una necesidad largamente sentida en Madrid como lo demostró el conde-duque en su tiempo. Felipe V en el preámbulo del decreto de 29 de junio de 1707, tras acusar de rebelión y traición a los, reinos de Aragón y Valencia, dice:

> *He juzgado por conveniente (así por esto como por mi deseo de reducir todos mis reinos de España a la uniformidad de unas mismas leyes, usos, costumbres y tribunales, gobernándose igualmente todos por las leyes de Castilla) abolir y derogar enteramente… todos los referidos fueros…*

Advierte luego que, con ese sistema, si los castellanos pueden ocupar puestos en Aragón, aragoneses (catalanes comprendidos) y valencianos tendrán los mismos derechos en los demás reinos, cosa que no sucedía antes.

(Los fueros catalanes no se restablecerán hasta el Estatuto de 1932, promulgado por la segunda República. Cuando ésta caiga ante el alzamiento militar será abolido con parecidas palabras a las empleadas por Felipe V. Si éste recordaba la necesidad de gobernarse todos por las mismas leyes de Castilla, el decreto del general Franco del 8 de abril de 1938 decía «que de acuerdo con el principio de la unidad de la patria, (se) devuelva a aquellas provincias el honor de ser gobernadas en plan de igualdad con sus hermanos del resto de España»).

En muchos casos las promesas de igualdad no se llevan a efecto. En éste, sí. Lo que se quitaba a los catalanes en cuanto a libertades, se les regalaba en cuanto a posibilidades comerciales. La celosa llave del comercio con los puertos americanos, tan celosa como absurdamente guardada en una sola ciudad, Sevilla, se pone a disposición de los otros españoles por el decreto de 1778. La industria catalana y valenciana, así como la vasca y santanderina, se animarán para servir a las necesidades del nuevo mundo.

Normalmente la historia no se divide de acuerdo con las centurias. Este caso es una excepción. La España que empieza a vivir en 1700 es totalmente distinta de la que malvivió hasta 1699. En el exterior ha perdido Gibraltar y casi Menorca, que entrará y saldrá del dominio español durante el siglo hasta volver definitivamente a él. Perderá también, por la paz de Utrecht, los dominios flamencos que le quedaban, el Franco Condado, Milán, Nápoles, Cerdeña, Sicilia. Pero, al mismo tiempo, ha perdido lastre, obligaciones. El sentido imperial desaparece sustituido por un sentido «nacional».

Lo que tiene mayor interés en la política exterior española es la velocidad de su recuperación. Aquella España miserable de últimos del XVII en la que entraban a saco los vecinos para repartírsela, vuelve a la palestra internacional con un ímpetu asombroso. A partir de 1715 —apenas un año tras la paz de Utrecht que refrendaba la pérdida de grandes territorios—, se intenta una política activa y audaz a cargo de un político, Alberoni, que había subido con gracia y cinismo —Montanelli cuenta una desvergonzada muestra de ello en su *Italia del siglo XVIII*— y que llegó a ser el primer ministro de Felipe V, contando con el apoyo de su compatriota, la reina Isabel de Farnesio.

Esa política de largo alcance fallará momentáneamente por la violenta reacción de Inglaterra, pero sentó las bases para la reconquista diplomática de lo perdido en Italia por la paz de Utrecht. Un infante de España fue nombrado duque de Parma y Plasencia; otro, rey de Nápoles y Sicilia.

El país crece de forma extraordinaria. A principios del siglo XVIII había unos seis millones de habitantes. No existía prácticamente industria, la hacienda estaba en bancarrota. 20.000 hombres componían el ejército, 20 barcos la marina de guerra.

En 1800 hay en el país once millones de habitantes, un inmenso progreso de la agricultura, industria y comercio. Se ha terminado el privilegio de la Mesta. Hay carreteras, canales… la marina cuenta con trescientas naves, el ejército con cien mil hombres. No solamente no hay peligro de que se reparta a España; España es la que se deja oír en el ambiente internacional.

Logro impresionante. Y sin embargo, el siglo XVIII ha sido el más atacado por los historiadores españoles. La razón es que al desgarro físico sucedió el espiritual. Al caer el Imperio político caía también el Imperio espiritual o católico. Por vez primera, alguien se oponía a la influencia religiosa sobre la vida del país. En España se había hablado siempre y alegremente de la vida diaria de algunos clérigos y especialmente de algunos frailes, pero la Iglesia, como institución, se consideraba por encima de toda crítica. Y de pronto alguien se atreve a decir:

> *Para mí es una verdad que las grandes prebendas eclesiásticas inutilizan y aun corrompen gran número de eclesiásticos. ¿De qué sirven a los fieles estas opulentas catedrales que parecen solamente destinadas a dar ejercicio al pulmón y mantener en una santa ociosidad, aislados en medio de la diócesis a una gran parte del clero?*

… los templos no han de ser soberbios ni mezquinos, la majestad de Dios a quien se consagran es una en todas partes.

Son las *Cartas político-económicas al conde de Lerena* de Campomanes. Y pregunta Ensenada en 1750.

> *¿Por qué no pagan impuestos las tierras que a ellos pertenecen? Claro que es propio de la benignidad del Rey que no lo hagan… pero sí que contribuyeran equitativamente para ayudar a sostener las cargas del Estado en que ellos están interesados.*

Más difícil todavía. Con la Inquisición hemos topado. Ensenada elogia al Tribunal que mantiene la pureza, la fe y la religión… pero… ¿Por qué tienen tantos subalternos que, al no pagar tributo como los demás, privan al Estado de sus impuestos? Y luego, cuando el Santo Tribunal secuestra los bienes de los condenados hay gente tan malvada —advierte piadosamente el ministro— que cree que la Inquisición condena, a veces, para cargar con los bienes de los reos. El rey debería quitar esos pretextos y para que queden «confundidos y avergonzados los enemigos de la Inquisición» propone el ministro que cedan todos sus bienes al Estado y éste señale rentas fijas a la institución. (Con lo cual, además, se la tendría en mano).

No se llegó a tanto. Todavía sonaba muy alto y muy fuerte el nombre del Santo Oficio para que un rey, con título de *Católico* se atreviese a desahuciarle. La

Inquisición siguió todo el siglo, pero cada vez con menos fuerza porque se la forzaba, por caminos oblicuos, a restringir su actividad. Las condenas fueron cada vez menos y en tiempos de Carlos III no hubo ya ninguna al fuego.

Este rey, Carlos III, al serle regaladas por el obispo de Lérida unas alhajas de brillantes, dijo: «Un obispo no debe ser rico. Si le sobran esas alhajas, véndanse y dese a los pobres».

Pero, ¿pueden venderse cosas de la Iglesia? ¿No es sacrilegio poner las manos en ellas? Jovellanos conjuga el respeto con la necesidad estatal.

> *La Sociedad, señor, penetrada de respeto y confianza en la sabiduría y virtud de nuestro clero, está tan lejos de temer que le sea repugnante la ley de amortización que, antes bien, cree que si v. M. se dignase de encargar a los reverendos prelados de sus iglesias que promoviesen por sí mismos la enajenación de sus propiedades territoriales para volverlas a las manos del pueblo… correrían ansiosos a hacer este sacrificio a la Patria con el mismo celo y generosidad con que la han socorrido siempre en todos sus apuros.*

Era sólo un Infome… en el *Expediente de la Ley Agraria* (1794). No se realizará hasta mucho más tarde —con Mendizábal— la enajenación de los bienes del clero, la desamortización, y habrá que sentar la mano porque los obispos no corrieron, como ingenuamente pensaba o hábilmente fingía pensar Jovellanos, a desprenderse de nada.

Pero si todavía no ocurre nada definitivo se ha perdido el respeto a la Iglesia y su arma favorita, la excomunión, no asusta ya a nadie. Cuando el obispo de Cuenca se niega a dejar requisar sus caballerías para acarrear grano por orden del gobierno, el conde de Aranda le cita en el Consejo de Estado, le mantiene de pie todo el rato y le obliga a excusarse. Y Carlos III envía al destierro —doce leguas de la Corte— nada menos que al Inquisidor General hasta que éste pide perdón, tres semanas después.

La razón del último gesto había sido la oportunidad de publicar en España un breve del Papa contra el doctor Messenghi que, en su Exposición de la doctrina cristiana, no mencionaba la infalibilidad del Papa ni su poder sobre los príncipes temporales.

Porque aquí estaba el centro de la cuestión. ¿Quién manda en un Estado católico? La idea de que lo espiritual correspondía a la Iglesia y lo temporal al rey, no era válida en cuanto las dos esferas tendían a inmiscuirse continuamente; al plantearse la lucha tenía que perder una de ellas. Y fue la Iglesia.

Pero lo curioso del caso dieciochesco es que si las luchas contra las limitaciones religiosas están basadas generalmente en un concepto liberal, en este caso, la enemiga al Papado se hacía en nombre de otro despotismo que, al ser llamado ilustrado, ya no lo parecía tanto. Había que privar de respeto al Pontífice, pero mantenerlo, y aun superarlo, en el rey absoluto. Éste les permite pensar en el fondo lo que quieran, pero,

en sus actos exteriores, tienen que mantenerse fieles a quien sabe más que ellos. ¿Por qué? Porque sigue los nuevos conceptos de la filosofía. Esta palabra es el sésamo del siglo XVIII y abarca lo que hoy llamaríamos ética, comprensión, tolerancia, estudio de los factores físicos y espirituales que componen nuestro ser.

En el fondo, Carlos III tenía el mismo problema que Felipe II, cuando se enfrentaba con la voluntad del Papa. La diferencia es que el hijo de Carlos V buscaba, dentro de la misma Iglesia, el parecer de unos sacerdotes que retorcían el hilo casuístico para acabar demostrándole que tenía razón en combatir al Supremo Pontífice, ya que era este último quien se había separado de la verdad, al atacarla materialmente. Carlos III, en cambio, busca sus argumentos en la nueva moda, la de la ilustración. Los filósofos, especialmente los filósofos franceses, están desmitificando a la sociedad. El hombre no necesita ya del apoyo de la Iglesia para seguir un camino virtuoso y de trabajo. El hombre, apoyado en la razón, es capaz de explicárselo todo… entre otras cosas la misma religión que sigue siendo, no lo olvidemos, importantísima en la vida humana. Para ayudar a la renovación de la sociedad, la providencia ha mandado a la tierra a seres preeminentes: Federico II de Prusia, Catalina de Rusia, José de Austria, Carlos III de España. Esos monarcas son verdaderos padres que procuran la felicidad de sus hijos, por nuevos y más venturosos caminos. Esa bondad total y sacrificada —el rey es el primer servidor del Estado— debe ser reconocida y respetada y de la misma forma que los niños no pueden soñar en protestar las decisiones de quien actúa sólo por su bien, tampoco los súbditos deben llegar a poner en duda las razones que mueven al monarca. Y así resulta que unos monarcas, «liberales» desde el punto de vista religioso, resultan absolutistas políticamente hablando.

Ninguno de los reyes Borbones de esa época nos aparece como particularmente inteligente, incluyendo a Carlos III, el mejor de ellos. Pero casi todos tuvieron sentido común suficiente para escoger a buenos consejeros olvidándose del criterio, imprescindible hasta el siglo anterior, de elegir a los hombres de gobierno entre la antigua aristocracia, esa aristocracia de cuyos miembros decía Cadalso: «nobleza hereditaria es la vanidad que yo fundo en que ochocientos años antes de mi nacimiento muriese uno que se llamó como yo me llamo y fue hombre de provecho aunque yo sea inútil para todo».

Y Jovellanos se burlará de la cultura del noble:

Examínale, oh idiota; nada sabe,
Trópicos, era, geografía, historia,
son para el pobre exóticos vocablos

Sólo saben de toros y de toreros…

¿Y es esto un noble, Armesto?
¿Aquí se cifra los timbres y blasones…?

Los nuevos ministros son lo que hoy llamaríamos tecnócratas. Apasionados de su oficio, orgullosos de sus conocimientos, despreciando a lo antiguo y empeñados en modernizar el Estado. Estudiosos de la Historia habían visto claramente que la gran derrotada en la España anterior había sido la Hacienda, arrastrando en su bancarrota el crédito nacional. La pluralidad de impuestos gravaba indiscriminadamente al amontonar sobre el mismo ente jurídico o personal diversas cargas, y hacía difícil llevar la contabilidad de ellas. Ya en 1732, M. de Zabala mencionaba su variedad… alcabalas, cientos, servicio ordinario, millones, sisas, alcabala del ciento, quinto, millón de nieve, y proponía, en lugar de tantas gabelas, una sola contribución del cinco por ciento en dos especies de tributo: uno meramente real, cierto y perpetuo; y otro personal, considerando el mismo cinco por ciento del trabajo personal de cada uno según su arte y ejercicio.

(…El señor Zabala en su Miscelánea económico-política acababa de inventar el *Incometax*.).

No se atrevieron los reformadores a tan revolucionaria medida, pero sí a unificar y a comprobar mejor las cuentas. Ensenada, al exponer orgullosamente al rey Fernando VI el buen estado de la Hacienda en el 1750, recuerda que se abolieron los arrendadores, el intermediario de entonces, que se enriquecía con la diferencia entre lo que cobraba al pueblo y lo que entregaba a la Caja real. Recuerda también que ha aumentado los impuestos sobre el Tabaco —que están fundados en el «vicio»— y el de la Sal, por su mayor consumo.

En su realismo, Ensenada contradice la general idea de sus antecesores del XVI y del XVII. El oro y plata de las Indias no es la panacea porque su condición está expuesta a muchos peligros, además de que, si ocurre algo en América, se consumirá parte de esa riqueza allí mismo. «El buen gobierno aconseja que el caudal de Indias se cuente para lo extraordinario en España».

Pensamiento revolucionario que hubiera desconcertado a los economistas de los dos siglos anteriores. Tampoco habría comprendido el mitómano conde-duque el sentido común de Ensenada aplicado a las fuerzas armadas:

> *Proponer que v. M. tenga iguales fuerzas de tierra que la Francia y de la mar que Inglaterra, sería delirio porque ni la población de España lo permite ni el Erario puede suplir tan formidables gastos; pero proponer que no se aumente el ejército y que no se haga una decente marina sería creer que la España continuase subordinada a la Francia por tierra y a la Inglaterra por mar.*

De 1746 a 1759 hay en España un período de calma. Se debe a un rey pacífico. Como Felipe III, sucede y es sucedido por reyes guerreros. Igual que Felipe III decidió que llamarse Austria no le obligaba a acudir continuamente en apoyo de sus primos de Viena, Fernando VI sostiene que llamarse Borbón tampoco le fuerza a ser

el peón de brega de las ambiciones francesas en Europa. Ministros anglófilos y francófilos tiraron de su voluntad para obligarle a una decisión y no lo consiguieron; por ello, el estado de su hacienda fue el mejor de todo el siglo y, por vez primera, el presupuesto pudo presentar un superávit.

Porque además, afortunadamente para el país, se diferenció del otro rey pacifista porque no gastó dentro el dinero que ahorraba fuera. Las fiestas cortesanas se notaron por su ausencia y por su ausencia también los cohechos y sobornos.

… lo que produjo, por otro lado, un cierto despego en la Corte hacia rey tan aburrido. Su matrimonio con Bárbara de Braganza

… fea, pobre y portuguesa,
¡chúpate ésa!

… tampoco le granjeó más simpatías y los rumores sobre el dinero que ésta se llevaba a su patria natal no le hacían más popular. Y encima un sacerdote, el padre Rávago, hacía revivir, como confesor consejero del rey, memorias nefastas del padre Nithard en el siglo anterior.

Pero fue honesto, honrado, amante de la paz. Los enviados de otras potencias, los historiadores probos hicieron elogios de su actuación. Al pueblo, en cambio, no le importó nada. Porque no alentaba su imaginación.

EL JESUITA, EL TENEBROSO, EL TEMIDO

Carlos III tenía de entrada una ventaja sobre cualquier otro rey. Venía ya entrenado, porque había sido monarca de Parma, Nápoles y Sicilia, país este último similar, por clima y carácter de los habitantes, al que estaba destinado a gobernar.

Ese entrenamiento era de forma y de fondo y el hombre que le impulsó por ese camino se llamaba Bernardo Tanucci.

La historiografía tradicional ha dado de todos esos renovadores una imagen sombría llamando a su anticlericalismo anticatolicismo. Pero Tanucci creía en la importancia de una base religiosa firme: «Mantengamos el dogma, el apostolado, los concilios y recuperaremos el símbolo de los apóstoles, los beneficios consistoriales, las limosnas que podrían hacer los obispos y todo el dinero que breves y congregaciones nos roban ahora». Él mismo era un gran cumplidor de sus deberes religiosos y aún tuvo como confesor al representante del «enemigo», un jesuíta. Su idea de la limitación de la fuerza papal, no le arrastraba al campo contrario. Hizo prohibir el Diccionario filosófico de Voltaire en Nápoles y las doctrinas jansenistas; exactamente como su discípulo, Carlos conciliaba su animadversión a los jesuítas con una total devoción a la Virgen. En sus ataques a los bienes materiales de la Iglesia, Tanucci sólo se adelantaba a la teoría que ha informado el Concilio Vaticano II, de que la posesión de bienes materiales distrae a la Iglesia de su principal cometido apostólico al ligarla con intereses profanos.

Las prerrogativas eclesiásticas eran increíbles. Por la inmunidad local el derecho de asilo se extendía a cualquier iglesia, capillas y conventos incluyendo la casa o huerto que tocase sus muros. La inmunidad personal alcanzaba a los más ínfimos empleados de los párrocos.

El concordato de 1740 redujo esos privilegios. El único asilo lo constituirían las iglesias y aun sólo por faltas leves. Pagarían la mitad de tributos comunes los antiguos bienes de la Iglesia y la totalidad lo que se adquiriese después. Las franquicias disminuyeron, la inmunidad personal se redujo a los pertenecientes al estado eclesiástico, restringidos a diez por cada mil almas. Las bulas papales se aplicaron sólo cuando eran aceptadas por el rey. Se negó a los jesuítas el permiso para nuevos colegios recordándoles su voto de pobreza.

La influencia de Tanucci fue decisiva; en cierto modo, ambos se movían a favor del mismo viento, y su relación empezó precisamente cuando Tanucci, profesor de la Universidad de Pisa, defendió en un escrito a Carlos, duque entonces de Toscana, que se había atrevido a sacar a un soldado culpable de una iglesia donde se había refugiado, vulnerando así algo tan respetado hasta entonces como el derecho de asilo. Desde entonces, como ministro oficial (1757) o como simple consejero, dio forma y claridad a muchas ideas carlistas.

Por ejemplo, para ayudar a vencer el supersticioso temor al Papa:

A mí me parece que es artículo de fe que el Papa cuando decide solo es falible, porque no es entonces Papa, no es el centro de la Iglesia, es decir, no es el mismo centro como debe ser; está en la periferia como san Pedro en el Concilio de los Apóstoles. Es infalible, en cambio, cuando obra como Papa y en la Iglesia; cuando obra solo es el obispo de Roma, no el Papa.

Con lo cual, otra vez, se adelantaba a lo que han dicho últimamente muchos obispos, especialmente holandeses, en relación con la reforma del Papado.

Escribía en 1761:

El instituto de la Compañía (de Jesús) es por su naturaleza intrínseca opuesto a los derechos de la soberanía.

Criticaba a Portugal porque esperaron a un atentado al rey (Malagrida) o a Francia que necesitó un desastre comercial para acabar con ellos.

Carlos de Borbón, vino, pues, a España imbuido de una idea general antijesuita, típica de la Europa del tiempo, y de la particular expresada por Tanucci.

La Compañía de Jesús ha sido expulsada de España dos veces por la misma razón: Su cuarto voto, el de obediencia al Papado, que le obliga a seguir las órdenes de un jefe de Estado extranjero. En los siglos XVI y XVII esto era una ayuda porque a los Austrias les confirmaban los Papas sus derechos sobre el mundo, pero cuando se trata sólo de gobernar y hacer fuerte a un país, el Papado es una institución incómoda a la que hay que respetar lejanamente procurando no se inmiscuya en el gobierno de las naciones, especialmente a través de los jesuítas…

… que, además, brillan en una actividad que el gobierno de Carlos III quiere controlar estrechamente. La de la educación. Porque los hombres que rigen los destinos de los pueblos en el XVIII, están convencidos de estar en posesión de la verdad hasta ahora oscurecida por la Superstición y el Fanatismo (lo escriben así en mayúsculas, como en mayúsculas todavía más grandes, si cabe, escriben a su debelador, la Razón). Precisamente porque ellos han visto la luz creen absolutamente necesario llevarla a las almas infantiles. Los colegios jesuítas, importantísimos en la España de la época y donde se educan los hijos de las mejores familias, la minoría que va a gobernar el país, tienen que cerrarse para que las nuevas doctrinas puedan llegar más fácilmente a los jóvenes.

El siglo XVIII es un siglo uniforme. Se usa el mismo traje en Berlín, en San Petersburgo, en París, en Roma, en Londres. Es el traje francés, como francesa es la lengua con que se comunican entre ellos Catalina de Rusia, Federico de Prusia y Carlos III de España. El antijesuitismo es igual de común, está a la orden del día. De Portugal habían salido en 1759; de Francia —donde no se había olvidado su lucha contra unos propugnadores de una religión nacional, los jansenistas— en 1764.

En España ocurrió en 1766 con mayor violencia y escándalo porque ninguna de las naciones anteriores había unido su destino tan fuertemente con una religión de la que la Compañía de Jesús era baluarte máximo, aparte de haber nacido en España. ¿Cómo es posible?, preguntaba dolorido el Papa al conocer la noticia:

El muy religioso y piadoso rey de las Españas, Carlos III, el que debe prestar aquel brazo poderosísimo que Dios le ha dado para proteger y extender su divino culto… para derribar enteramente un instituto tan útil y estimado… un instituto que debe su origen y esplendor a aquellos héroes tan eminentes en santidad que Dios se ha escogido en la nación española para extender en toda la tierra su mayor gloria…

Fue inútil. El rey, en el decreto de expulsión, había dicho que

Estimulado de gravísimas causas, relativas a la obligación en que me hallo constituido de mantener en subordinación, tranquilidad y justicia a mis pueblos y otras urgentes, justas y necesarias que reservo en mi Real Ánimo…

¿Cuáles serían? Ni siquiera la protesta papal le fuerza a decirlas. Convoca, en cambio, el Consejo Secreto que acusa a la Compañía de gravísimas faltas. Demasiadas. Porque nadie puede, de verdad, creer que los jesuítas se hubieran pasado su historia reciente, en lo religioso, haciendo compatibles a Dios y a Belial en China, persiguiendo a las demás Órdenes en el Japón y las Indias, admitiendo la superstición del Machetiem en Chile. Y en lo político su complicidad en el motín de Esquilache, lo cual ya podría ser verdad. Salieron 2746 jesuítas de España y 2630 de América. Se cerraron en España 20 casas, 72 colegios y encima se envió a un diplomático a solicitar la abolición total de la Compañía. Ocurrirá en 1773 con otro Papa. En términos más pálidos los reyes católicos del XVIII querían ser como Enrique VIII, señores laicos y religiosos al mismo tiempo. De la petulancia del Estado da muestra una de las partes de la consulta del Consejo Extraordinario de Castilla al rey…

En primer lugar se ha advertido que las expresiones de este Breve (papal), carecen de aquella cortesanía y moderación que se debe a un Rey de España y de las Indias y a un príncipe de tan altas cualidades que admira el universo en v. M. Merecería este Breve que se le hubiera negado la admisión… porque siendo temporal causa de que se trata no hay potestad en la tierra que pueda pedir cuenta a v. M. de sus decisiones.

EL MASÓN, EL TENEBROSO, EL TEMIDO

Nacida en Inglaterra, en 1726 está ya en Gibraltar y poco después en Cádiz, en Madrid, Barcelona, Valladolid. Es una sociedad de señores, y hay pocos proletarios en ella, a pesar de que nazca del nombre de *masón*: albañil, y que sus armas sean el triángulo y la regla de carpintería. Se llaman hermanos, tienen una vaga teoría deísta y consideran a la religión católica como oscurantista que hay que eliminar (los más extremistas), o que al menos hay que limitar. El historiador francés Legendre, sostiene que era una fórmula inglesa de exportar la revolución, dado que Gran Bretaña estaba ya vacunada contra el motín y la subversión por su sentido práctico y realista, ya que su revolución religiosa se limitó al cisma anglicano y la política a una república oligárquica con etiqueta monárquica.

La francmasonería es un elemento más en la unión de intelectuales europeos hecha por encima de sus propios pueblos. En el siglo XVIII las zonas de la sociedad están extremadamente marcadas y ocurre que las altas se entienden entre sí mucho mejor que con la gente de su propio país. Entre el petimetre (del francés petit-maitre, señorito) al majo de su misma calle, no hay ninguna relación. El primero viste, come y habla a la francesa. Los escritores del tiempo, Cadalso, Ramón de la Cruz, se complacen en burlarse de sus galicismos. Si la mayoría de los españoles, empezando por Carlos III, toma chocolate, los elegantes prefieren el café que llega de Francia. Cuando van al teatro los del pueblo quieren ver comedias de capa y espada, obras mágicas, El sitio de Pultava por Carlos XII, El mágico Brancanelo, cosa que indignaba a los intelectuales porque eran obras que no tenían lógica ni moral, incluyendo en la condena a las de Lope de Vega y, mucho más, al «enloquecido». Calderón de la Barca. Pero las obras que seguían las normas clásicas de Boileau, presentadas aquí por Luzán, no gustaban más que a los críticos.

Un caballero madrileño está más cerca espiritualmente de otro aristócrata prusiano, parisiense, napolitano o ruso que del jornalero que viva en la planta baja de su propio palacio y que sigue siendo un hombre devoto de la Virgen y de los santos, convencido de que España es el primer país del mundo y que Francia es un semillero de vicios. El aventurero tipo Cagliostro, como el aventurero tipo Casanova, recorren el mundo ayudados, además de su audacia, por los «hermanos» que les protegen en todas partes. Los grandes ministros son masones o simpatizan con ellos.

En su actitud, hoy ambigua para nosotros, entre la religión representada por el Papa y la libertad de conciencia, Carlos III prohíbe la masonería en su reino de Nápoles y lo mismo hace al llegar a Madrid, pero los miembros de la secta no son perseguidos. Sólo cuando se llega al ateísmo, el Estado toma cartas en el asunto, como el marqués de Narros que va a un convento —¡buen castigo!— tras tal acusación. El rey Carlos, tan censurado por la derecha por enemigo de la religión, no puede tolerar siquiera la presencia de un ateo en la Corte.

CARLOS III EL PÍO

El español no acostumbra perderse en honduras cuando puede decidir de una fama con una simple frase. La definición más sencilla es la más fácil de recordar. Y así, Carlos III, el enemigo de los jesuítas, el que terminó con el derecho de asilo, el que amenazó a todo un Inquisidor General, el protector más o menos encubierto de masones es, evidentemente, un ser antirreligioso…

Hay un Carlos III que esa leyenda ha olvidado. Es el rey que lava los pies a los pobres el día de Jueves Santo, el que declaró a la Inmaculada Concepción de la Virgen patrona de España y de sus Indias, y puso bajo su advocación a la Orden de Carlos III, el que si encuentra al Santísimo en su camino cede la carroza, el hombre de confesión diaria…

Y que cuando expulsa a los jesuítas pone en la orden un colofón «manifestando a las demás Órdenes religiosas la confianza, satisfacción y aprecio que merecen por su fidelidad y doctrina…»; pero más importante «por su abstracción de negocios del gobierno como ajenos y distantes de la vida ascética y monacal».

La advertencia era clara. El rey respetaría al clero siempre que éste anduviese sólo en los asuntos de Dios y no en el de los hombres.

El rey protector de los Belenes que surgieron en todo Nápoles a imitación del suyo situado en el Palacio Real de Capodimonte, con montañas de corcho y figuras de todos tamaños —de acuerdo con la perspectiva— que ocupaban varios salones. Uno de los Reyes Magos llevaba un traje, imitación del monarca como Gran Maestre de la Orden de San Jenaro.

Y en tiempos de ese rey «irreligioso» la comunión pascual era absolutamente obligatoria. Los párrocos dan a quien la cumple una cédula, y carecer de este papel representa un delito civil, no religioso. A su daño lo supo el caballero Casanova de Seingalt, quien creyó que su carácter de rico y de amigo del conde Aranda ponía a salvo de esas ridículas costumbres antañonas y acabó en la cárcel. Aunque por poco tiempo.

Era el símbolo del choque entre Europa y España.

Como el motín de Esquilache.

LA ENEMIGA A INGLATERRA LA AMISTAD CON FRANCIA

Los reyes españoles del siglo XVIII son Borbones. Y como Borbones amigos de Francia, que será la más constante aliada en bien y en mal durante toda la centuria. Los Pactos de Familia tienen nombre apropiado. Pero es que, además, la enemiga natural de la España del tiempo era Inglaterra, empeñada en asomarse comercialmente a América y en ocupar los puertos que le fueran más propicios para ello. La amistad con Francia supera, incluso, la prueba del fuego de la Revolución Francesa y la guerra de 1793 hasta desembocar en el desastre de Trafalgar.

De Nápoles se trajo Carlos una antipatía a Inglaterra que le obligó toda su vida. Su origen está en la guerra de 1740 por la que españoles y austríacos se disputaban la Toscana, que había quedado acéfala; Felipe V la quería para su segundo hijo, Felipe. Carlos de Borbón se unió, como es lógico, a la causa de su padre y hermano enviando, un ejército a ayudar a éste. Pero un comodoro, Marteen, entró en el puerto de Nápoles con su navío y, sin hacer siquiera las salvas de ordenanza y cortesía, envió un mensajero a un ministro de Carlos:

> *La Gran Bretaña, confederada con Austria, enemiga de España, propone al gobierno de las Dos Sicilias la neutralidad en las guerras de Italia; si el rey acepta, reclame las tropas napolitanas del ejército de Montemar. Si la rechaza, que se prepare a la guerra pronta, porque la escuadra que bordea el golfo, a la primera señal, bombardeará la ciudad. Se dan dos horas al rey para elegir.*

Y sacó ostentosamente el reloj.

Fue una humillación que el estado desguarnecido de la ciudad obligó a aceptar. Poco después, y considerando que los ingleses habían roto la neutralidad al invadir el estado de Nápoles, Carlos se cree liberado de su palabra y toma parte en la guerra contra los austríacos. Vence en Velletri.

Ese recuerdo pesará toda la vida en la política del rey español. Cuando declara la guerra a Gran Bretaña en 1762, no dejará de mencionar como uno de los motivos «la indecente cuanto ofensiva conducta del ministerio británico en la arrogancia con que su embajador ha amenazado a su Majestad Católica con la guerra si no se le comunicaba el tratado». (Pacto de Familia).

Rencor que, por otro lado, es muy fácil de justificar con razones prácticas. Inglaterra interviene cada vez más activamente en América, socavando la autoridad española y buscando ventajas comerciales, corta de palo, trata de negros. Inglaterra tiene en su posesión a Gibraltar y a Menorca.

Fueron guerras duras y que dieron al traste con la estabilidad económica del país que, sin ello, estaba asegurada. Florida se perdió y se recobró, como Cuba; volvió

Menorca al seno de la madre patria; siguió inglesa Gibraltar.

Pero el error mayor de la política antibritánica fue ayudar a los nuevos colonos norteamericanos en su lucha por la independencia. El conde de Aranda vio claramente el peligro:

> *La independencia a las colonias inglesas queda reconocida, y éste es para mí un motivo de dolor y temor. Francia tiene pocas posesiones en América; pero ha debido considerar que España, su última aliada, tiene muchas y que desde hoy se halla expuesta a las más terribles conmociones.*

La política, evidentemente, no podía ser más suicida. Si los colonos del Norte de América tenían derecho a considerarse independientes, ¿por qué no los del Sur? La misma España mostraba el camino. Más abajo, Aranda muestra una asombrosa visión del porvenir de ese continente.

> *No es éste lugar de examinar la opinión de algunos hombres de Estado, tanto nacionales como extranjeros, en la cual estoy conforme, acerca de las dificultades de conservar nuestro dominio de América. Jamás han podido conservarse por mucho tiempo posesiones tan vastas, colocadas a tan gran distancia de la metrópoli.*

Y proponía que se dividieran las posesiones del otro lado del Atlántico en tres reinos independientes: México, Perú y Tierra Firme; a su cabeza, infantes españoles reconociendo al rey de España como Emperador, y con alianza comercial con trato de igualdad. España conservaría sólo Cuba, Puerto Rico y otra región en América del Sur. (*Informe reservado al rey Carlos III sobre las provincias de América*.).

Era mucha anticipación en un estado tan seguro de sus fuerzas como la España de 1783. Nada podía vaticinar entonces…

Aunque unos tres años antes había aparecido una extraña proclamación, Tupac Amaru declaraba la independencia.

> *1). Don José I, por la gracia de Dios Inca del Perú, Santa Fe, Quito, Chile, Buenos Aires y Continente de los mares del Sur, Duque de la Superlativa, Señor de los Césares y Amazonas, con dominios en el Gran Paitití, Comisario y distribuidor de la Piedad Divina por el Erario sin par.*

2). Por cuanto es acordado por mi Consejo en junta prolija por repetidas ocasiones, ya secretas, ya públicas, que los Reyes de Castilla me han tenido usurpada la Corona y dominio de mis gentes cerca de tres siglos;

3) pensionándome los vasallos con sus insoportables gabelas, tributos, lanzas,

sisas, aduanas, alcabalas, catastros, diezmos;

4) virreyes, Audiencias, corregidores y demás ministros, todos iguales en la tiranía: vendiendo la justicia en almoneda con los escribanos de esa fe a quien más puja, a quien más da, entrando en esto los empleos eclesiásticos sin temor de Dios;

5) estropeando como a bestias a los naturales de este Reino; quitando las vidas a solos aquellos que no supieron robar; todo digno del más severo reparo.

6). Por esto, y porque los justos clamores con generalidad han llegado al cielo, en nombre de Dios todopoderoso, ordenamos y mandamos:

7). Que ninguna de las pensiones dichas se paguen, ni se obedezca en cosa alguna a los ministros europeos, intrusos y de mala fe; y sólo se deberá todo respeto al sacerdote, pagándoles el dinero, diezmos y primicias, como que se da a Dios; y el tributo y quinto a su rey y señor natural, y esto con la moderación que se hará saber, con las demás leyes de observar y guardar.

8). Y para el más pronto remedio de todo lo susoexpresado, mando se reitere y publique la jura hecha de mi Real Corona en todas las ciudades, villas y lugares de mis dominios, dándonos parte, con toda brevedad, (de) todos los vasallos prontos y fieles para el premio igual, y de los que se rebelaren para las penas que les competa.

9). Que es fecho en este mi real asiento de Tungasuca, cabeza de estos Reinos. Don José I. Por mandato del Rey Inca, mi señor, Francisco Cisneros, secretario. ([SOTO HALL, en *Historia de la Nación Argentina*, V-12, 165-66).

La alianza con Francia es la resultante de la enemiga a Inglaterra que dura todo el siglo XVIII con tenacidad realmente curiosa para una política exterior. Con pequeños intervalos —política de Alberoni o absoluta neutralidad de Fernando VI— la amistad con el país vecino dura, ininterrumpidamente, hasta 1808.

La amistad con Francia perdurará a pesar de la Revolución y de la guerra de 1793, porque bastará el símbolo de autoridad que es Napoleón para olvidar muertes de reyes. El emperador, ganador en tierra y perdedor en mar contra su rival, recabará la ayuda de su aliado español para destruir la escuadra inglesa y proceder al desembarco en las costas de Albión; el viejo sueño de Felipe II que resucitará Hitler años más tarde. El resultado de esa coalición se llama Trafalgar.

Sucedió en 1805, frente al cabo de este nombre, cerca de Cádiz. Los barcos aliados grandes llamados navíos, eran en número de 33; de ellos, quince españoles. Los ingleses contaban sólo con 27 y su artillería era también menor en número: 2520 piezas contra 2148.

Fue la segunda «Invencible» española. Los británicos entraron en la formación aliada prácticamente de la misma forma que los españoles en la turca durante la batalla de Lepanto, es decir, atravesando en columnas la formación y desordenándola.

«Inglaterra espera que cada cual cumpla con su deber». «Hijos míos, en nombre del Dios de los ejércitos yo prometo la dicha eterna al que muera cumpliendo con su deber». Frases similares fueron pronunciadas por el almirante Nelson y por Churruca. Ambos tenían que morir, pero la Historia recuerda sólo la frase del primero porque,

fue el vencedor. El héroe de Abukir, de Copenhague, derrotado únicamente en un intento de desembarco en Canarias donde perdió un brazo, moría víctima de un tiro de fusil, quizá del barco francés el *Redoutable*.

Francia había fracasado de nuevo en el mar, (¿cuántos grandes marinos recuerda su historia?), y a su lado, España contaba con otro descalabro; empezaba el siglo con una derrota naval y lo cerraría con otra.

EL REY CONSTRUCTOR

Carlos III dio a España infinitas mejoras. Establecimiento de correos marítimos con América más las reformas postales de Campomanes, culminada por Real Junta de Apelaciones de Correos y Postas de España en las Indias. Para esos correos se abren nuevas carreteras: 60 millones de reales se gasta Floridablanca en ellos… El campesino —asombroso— puede cerrar sus campos a los destructores rebaños y la ley agraria es el fin de los privilegios de la Mesta (pantano de Lorca). El canal de Aragón iniciado por otro Carlos, el primero, llegó hasta Zaragoza.

Lo poco que tiene Madrid de monumental se debe a Carlos III. Se terminó el Palacio de Oriente o Real, se levantaron las Puertas de Alcalá, de Toledo, el edificio que hoy alberga el Museo del Prado y el Ministerio de Hacienda.

Carlos III dio a España su bandera, en 1758.

Al explicar la elección de los nuevos colores rojo, gualda, rojo, se dijo que era para evitar la similitud en alta mar con los pabellones de Francia y Nápoles que tenían la misma muestra, fondo blanco y las flores de lis.

En 1763 se da a todo español libertad para comerciar con la América hasta entonces limitada a Puerto Cabello, El Callao, Veracruz; se ampliaba a La Habana, Santo Domingo, Puerto Rico, islas Margarita, Trinidad, Luisiana, Yucatán, Campeche. Y las expediciones podían salir, además del tradicional Cádiz (Sevilla había perdido su exclusiva porque el río se había cegado), desde Barcelona, Alicante, La Coruña, Santander y Gijón. En total 13 puertos españoles autorizados a comerciar con 20 americanos.

Las medidas que se tomaban eran más espectaculares sobre el papel que en la realidad. La lógica y claridad de las disposiciones chocaba con la resistencia, más o menos pasiva, de los intereses creados, especialmente de la nobleza y de los municipios. Los aristócratas se defendían de la presión fiscal con mayorazgos y el clero daba lo que quería. No hubo forma de hacer un catastro completo. Aun así las reformas administrativas hubieran bastado a dar superávit —como ocurrió en tiempos de Fernando VI— si no hubiera sido por las guerras europeas y americanas de Carlos III.

Todo el siglo es realista, práctico. Los poetas glosan ahora, en vez de las batallas ganadas al enemigo, las victorias sobre la naturaleza hostil. Cómo podía imaginar Juan de Herrera que se podría cantar a la repoblación…

Hablad vosotras soledades yermas
en pueblos numerosos convertidas

… O glosar unos canales de riego

Hablen también las dóciles corrientes

de los ríos que aprenden nuevas vías,
y gloriosos de haberle obedecido,
ufanos a morir al mar caminan.

… como diría Vicente García de la Huerta en 1778.

CUANDO ESPAÑA LIMITABA CON RUSIA

Al hablar de la iniciativa española en América, se piensa siempre en los siglos XVI y XVII. En realidad el XVIII está lleno de actividad exploradora y colonizadora. Lo que ocurre es que las relaciones han perdido charanga. No se glosan los actos guerreros, aunque los hubiera, sino las consecuencias administrativas. No hay ningún Bernal Díaz del Castillo que emocione a la gente con lo que hacía un puñado de españoles frente a la hostilidad de la naturaleza y de los indígenas. Las relaciones de los marinos y soldados españoles del XVIII parecen unos informes bancarios.

La colonización, asentada en la costa en el siglo anterior, se desplaza hacia el interior y se van creando ciudades que sirvan de base y enlace en la encrucijada de caminos. Jalapa entre Ciudad de México y Veracruz. Bogotá entre la meseta peruana y Venezuela. Santa Cruz y Asunción para reposar en el camino de los Andes a Buenos Aires. Córdoba entre Tucumán y Buenos Aires.

La principal actividad marítima ocurre en el oeste americano, lo que hoy es Estados Unidos y Canadá. Un explorador de nombre tan simbólico que parece mentira, Juan Pérez, descubre la rada de Notka, Nootka o Nutka, cuatro años antes que el capitán Cook. Malaspina llegó a la isla de Kodiak, ya en Alaska. Cuadra, en 1775 y 1779, se topa con otro pueblo europeo que, por el camino contrario, buscaba también nuevas rutas de colonización. Y asombrosamente resulta que España limita con Rusia. Los dos extremos de Europa han ido a encontrarse en la costa americana del Pacífico. El tratado se llama de El Escorial y se firma entre 1790 y 1794. El límite sigue el paralelo 48, un poco por debajo de la actual frontera canadiense.

Malaspina había hecho, además, un viaje alrededor del globo en 1782 en la *Astrea*. Desde las Canarias rodeó Sudamérica, la dejó a la altura del Perú, fue a las Marquesas, a Nueva Zelanda, Filipinas, Indonesia. Contorneó el sur de África y volvió a las Canarias.

Las aventuras ahora eran científicas. Jorge Juan y Ulloa fueron con *La Condamine* a medir meridianos en una expedición francesa que duró once años.

EL MOTIN DE ESQUILACHE

El movimiento reformista, europeizante es de arriba. La resistencia hispánica, tradicional, es de abajo. La primera intenta ponerse a la altura de las naciones de Europa, seguir a la Francia, ejemplo de claridad. La segunda se niega a alejarse de los viejos estilos que nos han servido para llevar a España a lo más alto.

A juzgar por los hechos, parece que la mayoría estaba en el primer grupo, hasta tal punto se hicieron cosas en la España del XVIII en contra del abandono del XVII. Pero lo que ocurre es que la pequeña minoría de arriba tiene el mando. Es el rey, sus ministros, ante los cuales la masa no tiene demasiado que decir, porque la misma tradición que defendían se basaba en la obediencia y respeto al Rey *puesto allí por Dios*. Ello explica que un grupo reducido pueda llevar a cabo una increíble reforma administrativa, judicial, religiosa sin que la masa, tradicionalista, se levante en armas…

… aunque no haya permanecido callada. Agarrándose al punto más atacable para la mentalidad española, la influencia francesa, J. A. Butran lo había dicho en verso contra Luis XV:

¡Que un gallo que de viejo es ya capón
pueda así el gallinero alborotar!
¡…y que la pobre España ha de pagar
todo lo que ha pecado su ambición!

… repitiendo una clásica queja… De Francia sólo llega lo vanidoso y deleznable. Nosotros tenemos cosas más sólidas.

… que por oro nos trueque el oropel
y la jerga nos venda por tisú…
… ¿Oh Felipe, qué hacéis? ¡Oh España fiel!
¡Oh Francia vil! ¡Oh, tú, tirana, oh tú!

La misma queja en Torres Villarroel ante la influencia gala.

Castellana es esta musa
y mucho más le valiera
que ser musa castellana
ser una musa francesa.
Pues dicen que nada es bueno
como de París no venga,
y hasta la misma herejía
si es de París será acepta.

Del otro lado de los Pirineos puede venir la herejía. Al fin y al cabo, ¿no es el país de los jansenistas? E incluso antes, ¿no se unieron Francisco I con los turcos, Richelieu con los protestantes, para ofender a España? No hay que fiarse demasiado del catolicismo oficial de nuestros vecinos. Católicos de verdad, sólo nosotros. En su *Política española para el más proporcionado remedio de nuestra Monarquía*, Alejandro Aguado insiste: «La política católica es la de España, cuyo interés es la religión de Jesucristo… no hay máximas que aprovechen en nuestro reino si no se fundan en lo católico». (1-55).

Contra esa fuerza sabía que tenía que luchar un reformador como el padre Feijoo. Después de advertir la necesidad «el que hallando las cosas no muy bien puestas, se propusiese no tocar en ellas, para dejarlas en el mismo estado en que estaban, no las deja en el mismo, sino en peor estado» procura ir con cuidado, sin embargo. Dicen que las novedades causan perturbaciones y es así si no se introducen con diestra mano… «camínese por tan pequeños pasos a la reforma que el pueblo apenas sienta el movimiento». (*Cartas Eruditas* t. II, págs. 2 a 5).

Parecía que estaba presintiendo un hecho que tenía que ocurrir, unos años más tarde, por exceso de prisas. Evidentemente, la aceptación de medidas reformadoras más graves, había hecho pensar a los ministros que era todo muy fácil. Y de la misma forma que se había impuesto a los propietarios de casas hacer canalones para que se deslizara la lluvia y aceras frente al edificio, se decidió que los madrileños tenían que vestir de forma distinta:

> *… mando que ninguna persona de cualquier calidad, condición y estado que sea, pueda usar en ningún paraje… de esta Corte y Reales sitios… del citado traje de capa larga y sombrero redondo para el embozo, pues quiero y mando que usen precisamente de capa corta… y de peluquín o pelo propio y sombrero de tres picos, de forma que de ningún modo oculten el rostro.*

¿Qué era eso comparado con determinaciones anteriores? Un detalle insignificante. Pero ese «quiero y mando», típico de la época absolutista se encontró de pronto con una asombrosa reacción. El madrileño que sufría el pensar y sentir distinto no quiso vestirse de forma diversa. La tradición religiosa del XVII podía desaparecer. La tradición del embozado del siglo XVIII, no.

La reacción se llama motín de Esquilache; asombró a los contemporáneos por su audacia. Unos soldados iban por la calle deteniendo a los reacios y los metían en un portal. Un sastre apercibido al efecto, les recortaba la capa, les apuntaba el sombrero. El «no se puede tolerar» típico del español estalló con fuerza. Al tocarle el vestido le tocaban a su más íntima personalidad. Era la insurrección.

Hubo muertos por la calle. Por vez primera se descubría que había habido, todo ese tiempo, socavada, una oposición a la política y al sistema de vida impuesto desde

las alturas. El tricornio, la capa corta, no era una gabela más. Era la opresión de Europa sobre la España antigua y eterna.

Y así cuando la copla explica lo ocurrido en la asonada popular…

… los faroles que Grimaldi
genovés (bástale esto).
mandó poner y alumbrar,
ya, amigo, se oscurecieron.

El hecho de que el reformador fuera genovés, italiano, extranjero en suma, debía bastar ya para su anatema. Al vanagloriarse de romper sus faroles el poeta popular parece dar armas a una fácil frase «europea». ¡El oscurantismo en acción! El intento de apagar de nuevo la España de las Luces (así se llamaba el siglo). La caricatura es fácil. Pero la verdad es que es, casi, un retrato.

Lo más importante del motín de Esquilache es la aparición, por vez primera en el país, de dos Españas. Los estamentos sociales se han dividido, en líneas generales, de acuerdo con una división social. Arriba —económica e intelectualmente— los europeizantes, los que creen en el atraso del país y su necesidad de colocarlo a nivel del continente para no dar lugar como decía J. Aguirre «a que las demás naciones tengan y traten a los españoles como a indios de la Europa». (*Abusos que se cometen en el manejo y dirección de todas las rentas reales*. Madrid, 1759).

En el otro lado los que creen que España tiene que ser fiel a sí misma según la personalidad que se fraguó en los siglos de la Reconquista y especialmente en el XVI. Todo cambio, toda variación en la línea tradicional para seguir vientos extranjeros, está condenada al fracaso porque es innatural.

El motín de Esquilache termina. Ha sido una llamarada de la que los mismos protagonistas están ya un poco asustados, porque, aun cuando se ha antepuesto el grito de «Viva el rey» al de «Muera Esquilache», no deja de ser la primera rebelión contra el absolutismo europeo. Pero las aguas vuelven al cauce y la reforma no deja de mantenerse y aun afianzarse. La misma, casi frívola, orden de cambio de traje acabará triunfando porque otro ministro más hábil, busca el camino de la propaganda en lugar del de la fuerza. Así adorna al hombre más odiado del país, el verdugo, con la ropa antigua y lo pasea ostentosamente por Madrid para que el pueblo coja aborrecimiento a su antiguo hábito. Y, además, aprovechando ese pretexto se expulsa del país, como complicados en el acontecimiento, a otro baluarte conservador: la Compañía de Jesús.

La prueba para la mentalidad moderna vendrá unos años más tarde, tras de la muerte de Carlos III. Es la Revolución Francesa. Los conservadores exultan de alegría y los reformadores se entristecen porque los hechos del país vecino parecen dar la razón a los primeros en sus temores. Efectivamente, tal y como predecían los tradicionalistas, la «Filosofía» ha llevado al ateísmo, las «luces» a la guillotina. Al

poner en tela de juicio los valores eternos no se han contentado con cercenarlos; simplemente los han abolido, llegando incluso —cosa inaudita— a poner las manos en el Ungido Rey de los franceses y a ejecutarle. Con dificultad para explicar la situación, un reformador, el abate Marchena, intenta distinguir en unos versos, entre unas ideas y los que las han envilecido.

De la filosofía los sagrados
principios por la chusma de escritores
con descaro increíble calumniados;
de cuanto del delirio en los furores
un populacho vil ejecutara,
culpados los más célebres autores.
… donde los proletarios su horrorosa
dominación ejercen, la anarquía,
¿qué vínculo social disolver no osa?

Marchena muestra, con el despreciante tono con que habla de populacho y de proletarios, el típico señoritismo de los ilustrados del XVIII. La gente de abajo no entiende nada de nada. Pero el poeta teme, por otro lado, que la reacción aproveche esas noticias para mantener su posición privilegiada.

Con las horribles exageraciones
de la revolución, el despotismo
perpetuamente asusta a las naciones;
como si el más absurdo fanatismo
de un vulgo vil fuese razón bastante
para que en un profundo parosismo
los pueblos se aletarguen, y triunfante
de los esfuerzos de animosos pechos
la soberbia opresión vaya arrogante.

(Epístola a José Sanz sobre la libertad política).

Confirmando sus temores, la reforma, desde luego, dio un brusco parón. La Inquisición volvió a levantar cabeza. Los libros de Francia fueron inspeccionados en la frontera y, con los folletos revolucionarios, cayeron también los de los autores que habían promovido la revolución, o así se decía, como Voltaire.

… Y cuando se declare la guerra a Francia habrá una violenta explosión de entusiasmo. Coincidirán en la empresa reformadores y tradicionalistas. Los segundos porque verán en la Francia revolucionaria y asesina de su rey, una prueba más de su maldad total. Los primeros, ofendidos por haberles dejado mal en sus admiraciones ultrapirenaicas. Jovellanos, por ejemplo, canta a los soldados que van a luchar contra

la…

… loca nación, que el cielo,
con tu horrendo escándalo afligiste,
cuando tendiste la sangrienta mano
contra el ungido…

La Reforma y la Tradición quedan así en suspenso, frente a frente unos años. La guerra con Francia termina con la derrota española —lo que asombra una vez más a los tradicionales al ver que Dios no les ha ayudado como debería— y obliga a una nueva coalición con la Francia del Directorio, algunos de cuyos miembros votaron contra la vida de Luis XVI. Con Napoleón que parece dar dignidad a la Revolución parece más fácil la alianza…

… hasta que la invasión francesa obligue a escoger campo de forma irrebatible…

LA FAMILIA DE CARLOS IV

Así, entre comillas, porque no se trata de recordar que hubo una familia del rey Carlos IV sino que hay un retrato de esa misma familia pintado por Francisco de Goya. Un retrato que es pura historia de España. Como en el caso de Velázquez, el pintor de Corte no es cortesano. ¿Podría ser más clara la psicología de cada uno de los individuos de ese grupo? ¿Podría ser más fuerte?

¿Quién está en medio del lienzo? Ella, la reina María Luisa. Erguida, fea, dominante. No sólo está en el centro geométrico de la pintura; es que, además, con su brazo izquierdo, parece abarcar todavía unos centímetros más que quitar a su marido. No mira al público, mira hacia un lado.

A su lado Carlos IV. Sonrosado, regordete, una expresión feliz en su rostro. Le gustan las cosas sencillas como a Luis XVI, que jugaba a cerrajero. Está convencido de que, por su cuna, está por encima de todas las cosas. Una vez —dicen— se planteó en el cuarto de Carlos III el problema de la infidelidad conyugal. «Nosotros —dijo el príncipe—, tenemos en este caso más suerte que los demás mortales». «¿Por qué?», preguntó el rey. «Señor, porque es muy difícil, por no decir imposible, que nuestras mujeres encuentren a nadie que sea superior a nosotros en categoría con quien engañarnos».

Carlos III le miró largamente y musitó: «¡Qué tonto eres, hijo mío!».

No; Carlos IV no puede imaginar siquiera que un rey pueda ser engañado y menos por un guardia de corps al que ha subido hasta el título de Príncipe de la Paz (por la de Basilea que terminó la guerra con Francia). Cuenta a la Reina: «¿Sabes lo que dice la gente? Que a Manolito le mantiene una vieja rica y que por eso va tan elegante siempre». Otra leyenda, claro…

Pero no había duda de que era comidilla pública. Decía Jovellanos:

Ya la notoriedad es el más noble
atributo del vicio, y nuestras Julias
más que por ser malas quieren parecerlo

(Y tener a un César al lado que advierte que su mujer no basta que sea buena. César no es Carlos IV, evidentemente).

De los amores reales no se sabe nunca mucho, porque el enemigo de la realeza asegura, por principio, que la lujuria y la desvergüenza andan sueltas por la Corte y el monárquico se ofende también por principio. Hace años se publicaron las cartas, inéditas hasta entonces, de María Luisa y Godoy. Era la ocasión de saber lo que de verdad había habido entre los dos…

El descubrimiento no solucionó nada. Las cartas eran demasiado frías para dos amantes. ¿Posible diplomacia? ¿Disimulo? Tampoco; para ello eran demasiado claras y sinceras. La reina le hablaba al privado de detalles íntimos que no hubiera escrito

para terceros —tales como la llegada de la regla, la «novedad» como ella la llamaba —, pero en el tono confianzudo con que se trata a un familiar, no con el que se emplea para el amante.

Nosotros pedimos al gran duque (de Berg, Murat) que salve al Príncipe de la Paz, y que salvándonos a nosotros nos le dejen siempre a nuestro lado; para que podamos acabar juntos tranquilamente el resto de nuestros días… Esto es lo que deseamos el Rey y yo igualmente que el Príncipe de la Paz, el cual estaría siempre dispuesto a servir a mi hijo en todo. Pero mi hijo, que no tiene carácter alguno y mucho menos el de la sinceridad, jamás ha querido servirse de él y siempre le ha declarado la guerra, como al rey su padre y a mí.

Ahí está a la derecha del cuadro. Situado exactamente detrás de Carlos IV como quien sabe que va a sucederle. No rehúye la mirada como sus padres, mira directamente al espectador como en una clara presentación de sus derechos. Es alto y fuerte, le lleva la mitad de la cabeza al Rey. Pero sus ojos no tienen todavía el negro audaz y desvergonzado de retratos posteriores. Ahí todavía es el hijo, no el amo. Pero ya intriga para serlo.

El pueblo es sentimental. Por un lado, un monarca viejo y abobado, una reina enjoyada, mandona; cerca, continuamente, un guapo mozo, un poco gordo quizá y que ha subido a velocidad increíble. (En casos como ésos al pueblo no le divierte nada que uno de sus componentes escale tan velozmente las alturas. Al contrario le parece indecente). Después, un príncipe joven del que cuentan y no acaban, víctima de su madre, de su padre, del amante de su madre. España merece que suba al poder.

«Mi hijo Fernando era el jefe de la conjuración; las tropas estaban ganadas por él».

La conjuración se llama el motín de Aranjuez del 19 de marzo de 1808. Godoy, hasta entonces jefe supremo de la política española, se encuentra de pronto obligado a huir ante la acometida popular. Descubierto y golpeado es llevado ante quien puede salvarle.

Mi hijo mandó que no se tocase más al Príncipe de la Paz…, (que) le dio las gracias preguntándole si era ya rey… Mi hijo respondió: … No, hasta ahora no soy rey, pero lo seré bien pronto.

Efectivamente lo fue. El ataque, según María Luisa, se debe «a que era amigo nuestro y de los franceses y principalmente del Gran Duque», pero resulta que, amigo de los franceses, lo eran todos en la Corte. En realidad había una carrera a ver quién resultaba más íntimo de Napoleón.

Si Carlos IV se arrodillaba ante él pidiendo protección contra el malvado hijo,

éste se arrastraba ante el emperador. La respuesta es una lección de sentido común y de dignidad:

> *¿Cómo se puede formar causa al Príncipe de la Paz sin hacerla también al Rey y a la Reina vuestros padres…? V. A. no tiene (a la corona) otros derechos que los que su madre le ha transmitido; si la causa mancha su honor, V. A. destruye sus derechos.*

Napoleón sabía de la importancia de la legitimidad para afianzar los tronos, de ese «algo» importante que se llama la dinastía. Alguna vez lo dijo, cuando desterrado. «Si hubiera sido hijo de mí mismo…». Al final de la carta da a Fernando una lección de moral que es casi una bofetada:

> *V. A. R. no está exenta de faltas; basta para prueba la carta que me escribió y que siempre he querido olvidar. Siendo Rey sabrá cuán sagrados son los derechos del trono; cualquier paso de un príncipe hereditario cerca de un soberano extranjero es criminal.*

Era en abril de 1808. A principios de mayo la carrera hacia Napoleón se ha materializado. Los reyes, el príncipe, están ya en Bayona donde han sido convocados por el Señor de Europa. Nunca se ha visto el Estado español más humillado; ni siquiera en los grandes repartos, a últimos del XVII, se le hubiera ocurrido a Luis XIV llamar a Carlos II a Francia para comunicarle lo que iba a hacer con su nación.

Se reúne la familia real y Napoleón empieza a jugar con las coronas. Fernando se la devuelve a su padre; éste se la entrega a Napoleón diciendo que daba así «a sus amados vasallos la última prueba de mi paternal amor» al ceder a su «aliado y caro amigo el Emperador de los Franceses todos mis derechos sobre España e Indias». Y éste, a su vez, decide que él tiene ya mucho trabajo y que prefiere que desempeñe este cargo su hermano José, hasta entonces rey de Nápoles, que recibe la orden pertinente.

Probablemente jamás se le ocurrió a Napoleón que su empresa podía fallar. Tenía a su favor el disgusto de la mayoría española ante el espectáculo que daba la Corte; sus venerados reyes le habían traspasado la autoridad máxima. Tenía a su lado, además, a los reformistas dieciochescos que admiraban su saber combinar autoridad y respeto a la Iglesia. Incluso los conservadores, muchos de ellos sacerdotes, habían visto en el Corso al limitador de las demasías de la Revolución Francesa. Los generales ilustrados, los obispos ilustrados, estaban con él. Los demás españoles se le acercarían pronto al descubrir sus buenos deseos.

> *He visto vuestros males y voy a remediarlos… mejoraré vuestras*

instituciones y os haré gozar de los beneficios de una reforma sin que experimentéis quebrantos, desórdenes ni convulsiones… asegurándoos una Constitución que concilie la santa y saludable autoridad del Soberano con las libertades y privilegios del pueblo.

Y, efectivamente, los españoles lograron esa Constitución… pero por su cuenta y riesgo. Porque lo malo del programa napoleónico es que era razonable, y, por tanto, inviable para los españoles. Esta proclama de Napoleón es del 3 de junio. Un mes antes estaban fusilando en la montaña del Príncipe Pío a los sublevados de Madrid contra Murat. ¿Cómo iba a resistírsele un pueblo tan vil que había aguantado una corte corrompida, una Inquisición tiránica? Pero los había aguantado precisamente porque eran parte de sí mismos.

Dejemos ya el retrato de la familia de Carlos IV, una familia unida solamente en el lienzo. (Quedaba una figura por comentar. El primer hombre a la izquierda del espectador se llama Carlos María Isidro. En su nombre y en el de sus sucesores la España se dividirá todavía más, en unas guerras que se llamarán carlistas).

La historia ha hinchado lógicamente la explosión popular porque la historia patria ha demostrado más tarde lo que representaba. Goya pinta sus famosos cuadros —lucha con los mamelucos y fusilamientos del tres de mayo— en 1814, seis años más tarde. Cuando resultó que aquella algarada del dos de mayo había sido el feliz comienzo de una guerra de Independencia que ya había terminado victoriosamente.

Pero, para la gente madrileña, los días de mayo fueron confusos. Hubo una sublevación totalmente popular, como la del motín de Esquilache y, como popular, surgida de un acontecimiento ingenuo y sentimental. Los últimos miembros de la familia real, todavía en Palacio, están dispuestos para salir hacia Francia. Los comentarios de la gente agolpada ante sus puertas son varios. Alguien dice que un infantito llora y no quiere marcharse. Se arremolina la gente, se cortan los tiros de los caballos, cae un francés. Caerán más…, la gente se dispersa en busca de armas.

Es, al principio, un motín. Los buenos burgueses se encierran en sus casas, pero lo más grave es que también se encierran las tropas españolas. En la calle combaten los hombres y las mujeres del pueblo, «los de abajo», y ya lo hemos dicho, «los de arriba» no pueden estar jamás de acuerdo con esos brutos, sin maneras ni modales. Espronceda, unos años más tarde, echará en cara a los nobles su actitud pasiva despreciando a la «canalla».

Sí, lo que está en la calle es la canalla. Los rebeldes a una situación que se les antoja falsa, por mucho que se les explique que es orden del rey y del gobierno ser amigos de esos franceses, «nuestros aliados», que se pasean como en territorio conquistado. El español reacciona con lógica muy suya y que no tiene nada que ver con la cartesiana. No pueden ser nuestros amigos quienes se llevan al rey y al príncipe, quienes ocupan nuestras fortalezas. Y la fidelidad monárquica se conjuga con la rebeldía con la típica fórmula. Los reyes han sido engañados, secuestrados. Si

firman decretos aconsejando que obedezcamos a los invasores es porque les fuerzan a ello.

El pueblo está además con moral de victoria. Sólo hace unos meses que consiguió arrojar de palacio al odiado Godoy y colocar en el trono al príncipe Fernando. Esta vez lo restablecerá en su sitio para siempre.

En marzo, sin embargo, algunos nobles partidarios de Fernando se habían unido con dinero y consejos al movimiento. Ahora, el dos de mayo, no hay más que pueblo al que ayudan algunos frailes. Los señores, los obispos, están aterrados ante la explosión. Y los pocos militares de carrera que, faltando totalmente a las órdenes recibidas, se incorporan a la rebelión, no rebasan el grado de capitán —Daoiz, Velarde— o de teniente —Ruiz—. Ningún general sale, en esta mañana de mayo, a la calle, al frente de sus tropas para atacar a los granaderos y mamelucos de Murat.

… que naturalmente destroza a los sublevados con la ayuda de la Artillería y Caballería. Luego son los procesos sumarísimos y las ejecuciones.

Los fusilamientos del tres de mayo en la montaña del Príncipe Pío. Gente mal vestida, con aire de campesino, de artesano, espera el momento último. Quizás un fraile entre ellos. Unos lloran, uno grita —camisa blanca, brazos abiertos— su insulto a los soldados. Los españoles son variados de gesto, de ropa, de voz. Enfrente, en cambio, los soldados franceses no son más que una hilera de bustos grises. No se les ve la cara; se ven sólo los fusiles todos a la misma altura, a punto ya de disparar. Es el orden, la disciplina, el mando único, contra una pandilla de desharrapados.

«No me costará más que doce mil hombres. Cosa de niños. Los españoles no saben lo que es un ejército francés».

Es la reacción de Napoleón ante las noticias que llegan de España. Y su error es lógico. Hasta ahora ha vencido a tres coaliciones europeas y, en general, le bastaba una batalla —Marengo, Austerlitz, Jena— para resolverlas. El rey o emperador vencido firmaba la paz y su pueblo obedecía sumiso, aceptando la presencia francesa como mal inevitable. En el caso español sus reyes han hecho más. Le han pasado la corona para que hiciera lo que quisiera con ella. Una alteración del orden acuciada por los agentes de Inglaterra, por los frailes reaccionarios, es posible, pero no puede ir más lejos. ¿Cómo va a combatir un ejército pobre y dividido contra los señores de la Guerra?

Efectivamente es así. La Guerra con mayúscula es imposible contra Napoleón y los mejores soldados de Europa. Con la excepción de Bailén, cada vez que se enfrentan a campo abierto contra los franceses los españoles son derrotados: en Uclés, en Medellín, en Almonacid, en Ocaña. Gerona y Zaragoza muestran, tanto la posibilidad de una resistencia heroica, como la inutilidad, a la larga, de la misma. Ambas ciudades serán tomadas. La Guerra con mayúscula sólo se decidirá cuando al ejército francés se le oponga otro ejército, el británico desembarcado como aliado en la península. Ejército que opondrá a la fuerte artillería francesa —Napoleón empezó en esa arma y muchos de sus éxitos se debieron a su hábil empleo— una fortificación

cuidada tras un ribazo y, a la carga heroica de la infantería al grito de *Vive l'Empereur*, una calma gélida hasta estar muy cerca, una descarga de afinada puntería, una salida corta tras la descarga persiguiendo al enemigo y la vuelta a las posiciones. Una táctica que contrapone dos caracteres procurando, con la frialdad británica, la rotura de nervios en los franceses. Y, además, para entonces había empezado el desastre ruso…

Pero mientras ese ejército llega y la Guerra no es posible, España acuña un nombre y un tipo. La Guerrilla o guerra pequeña; el guerrillero no se enfrenta al enemigo a campo abierto porque es, casi siempre, inferior en número y en potencia de fuego. El guerrillero asalta a los correos, a las patrullas aisladas; cuando llegan refuerzos desaparece en la llanura o en los riscos. Como en todo movimiento popular, les acompaña la colaboración de la gente que les da noticias del movimiento de las tropas.

Su acción no paraba nunca. Un convoy tardó treinta y siete días desde la frontera a Madrid. Los correos llegaban tarde o nunca. Los patriotas se enteraron, diecinueve días antes que José I, del desastre de Rusia al apoderarse del «Boletín» número 29.

Los que han servido en la guerra de España —decía la duquesa de Abrantes— saben que bastaba alejarse dos leguas para que la falta de comunicación entre los franceses fuera total. «Nos odian hasta las rameras que enriquecemos», decía desesperado otro francés. «No encontramos un solo espía aun pagándolo a precio de oro».

(Con todo ello la guerrilla sola no hubiera salvado a España, como no logró salvar a Yugoslavia ni a Grecia durante la guerra contra los alemanes).

El nombre es nuevo, pero el tipo es antiguo en la historia española. Guerrillero era Viriato y en cierto modo el Cid. Porque la base del movimiento guerrillero es el jefe que se impone a los demás y manda mientras no fracase; se busca la gloria, y, si es necesario, el botín también. Van vestidos como quieren, a veces con trajes camperos y diversos adornos tomados al enemigo. Los guerrilleros actúan por zonas, la del Empecinado, la de Porlier, Merino, que personifica en su doble personalidad de cura y guerrillero las dos fuerzas que movían a las masas. Patriotismo y religión.

Porque en toda la guerra se pondrá de manifiesto claramente tanto la diferencia religiosa como la nacional. Cuando se recuerda la batalla del Bruch el poeta popular hace constar:

De tota la Catalunya,
Igualada fou primer
la que perseguí ais francesos
que van contra la fe.

Los que se oponían a la revuelta tuvieron que ceder por fuerza o por grado. Autoridades como la Audiencia de Asturias, el capitán general de Valladolid, general

Guillelmi y Mori en Zaragoza, gobernador de Badajoz. Altas jerarquías eclesiásticas y alta autoridad militar. En cada provincia surgió el movimiento aisladamente. Primero porque era difícil recibir órdenes de Madrid, cortada del resto de España; segundo porque retoñaba el cantonalismo, el regionalismo, el separatismo español, como en la Reconquista.

Y como en la Reconquista, fue primera Asturias, el nueve de mayo, aludiendo a la «disfrazada prisión de nuestro rey Fernando VII y toda la familia de Borbón», y levantando un ejército de 20.000 hombres. Siguen Sevilla y Santander, Cádiz, Valladolid, Cataluña en varias ciudades. En todas partes donde no había guarnición francesa se levantó el pueblo en términos muy parecidos a los de la guerra civil de 1936. Las Juntas no sólo se sublevaron independientemente. Se declararon también «Supremas», varias de ellas pensando que sólo a ellos tocaba, muda Madrid, la responsabilidad y el honor de llevar adelante la sublevación contra Napoleón. Hasta que se unifica, más o menos, la acción en la Junta Suprema Nacional y en la Regencia.

Es el conglomerado más asombroso que haya habido para defender una causa. Desde el campesino cerril y el fraile «trabucaire» convencidos de que los franceses eran diablos en figura humana que había que destruir inexorablemente, hasta el ilustrado, puesto entre la espada y la pared, entre sus convicciones afrancesadas y el patriotismo. Alguno, como Sánchez Barbero, recuerda en sus versos la confianza en Napoleón

¡Ay, y nosotros la feliz bonanza
en su poder libramos, insanos!
¡Nosotros a los cielos soberanos
demandábamos su sólida alianza
con el iris de su plácido himeneo!

… por el proyectado de Fernando con una hermana del emperador; pero otros insisten en su anterior camino. El conde Cabarrús escribe a Jovellanos el 8 de agosto, tras la derrota de Bailén, lamentando el problema que se le plantea a José I a quien considera su legítimo rey.

Y ese hombre, el más sensato, el más honrado y amable que haya ocupado el trono, que V. M. amaría y apreciaría como yo si le tratase ocho días, este hombre va a ser reducido a la precisión de ser un conquistador, cosa que su corazón abomina pero que exige su seguridad.

Y dice algo muy familiar para quien haya vivido otras contiendas civiles en España. La forzada elección de un camino que puede llevar a la ruina y a la muerte.

… yo me hallo embarcado, sin haberlo solicitado, en este sistema que he creído y creo aún la única tabla de la Nación; le seré fiel y Dios sabe adonde iremos a parar y qué será de nosotros…

La carta estaba dirigida a un hermano reformador, Jovellanos. Pero éste ha tomado otra actitud; la antifrancesa, por mucho que pese a su educación y cultura. ¿Nación? Le recuerda a Cabarrús

¿Qué es lo que entiende por Nación…? ¿Puede entender otra que los españoles que son sus conciudadanos…? ¿No ve que quieren morir antes que ser esclavos de un tirano que les ha engañado y escarnecido?

Jovellanos sabe cuál es el arma más fuerte que puede emplear Cabarrús para convencerle de la bondad del Rey Intruso. La promesa de una mayor libertad, de una Constitución, de unas leyes laicas.

¿Pues qué? ¿España no sabrá mejorar su Constitución sin auxilio extranjero…? ¿No hay en España cabezas prudentes, espíritus ilustrados capaces de… mejorar y acomodar sus leyes al estado presente de la nación, de extirpar sus abusos y oponer un dique a los males que la han casi entregado en las garras del Usurpador?

Cabezas prudentes, espíritus ilustrados… ¿qué saben de eso los guerrilleros de Merino?, los frailes que predican la guerra santa contra los impíos galos, los que habituados a decir en sus exclamaciones «Jesús, María y José» hacían una pausa ahora, antes de pronunciar la última palabra y la cambiaban por «el marido de nuestra señora», para no usar el aborrecido nombre del Intruso; los que decían en su *Catecismo de 1808*…

¿Es pecado asesinar a un francés?

—No padre, se hace una obra meritoria librando a la patria de estos infames opresores.

Éstos eran la mayoría. Los ilustrados, la minoría, se apoyan en la masa para combatir, pero aprovechando la ocasión para llevar a cabo unas reformas en las que habían estado pensando durante años. En ese aspecto, la confianza que Jovellanos mostraba en su carta a Cabarrús estaba fundada. Con motivo de la guerra de la Independencia, los reformadores lograron introducir en España una Constitución que aportaba al país todas las innovaciones laicas que habían soñado y que no habían logrado llevar a término por las resistencias del clero y de los monarcas.

Pero lo curioso es que eso se lograba mientras la inmensa mayoría del pueblo luchaba por *el Deseado* y sus antiguos privilegios, prácticamente por la Tradición, por la Inquisición. Las partidas guerrilleras se hubieran quedado de una pieza si se les hubiera dicho que, a sus espaldas, en Cádiz, unos señores habían decidido que la soberanía residía en las Cortes de la nación. Todo el siglo XVIII estaba inscrito en los decretos que votaban y que —para más inri— estaban copiados, en gran parte, de la Constitución francesa de 1791.

En 1810 desaparece la censura. «La facultad individual de los ciudadanos de publicar sus pensamientos e ideas políticas es no sólo un freno de la arbitrariedad de los que gobiernan, sino también un medio de ilustrar a la nación en general y el único camino para llevar al conocimiento de la verdadera opinión pública».

En 1811 se declaran abolidos los derechos exclusivos de una minoría: caza, pesca, molinos, vasallos, vasallaje.

En 1812 nace la Constitución que pasará a la historia con esa cifra. El primer capítulo explica algo importante. «La Nación española es libre e independiente y no es ni puede ser patrimonio de ninguna clase y persona».

Era la réplica a los afrancesados que daban como motivo de su posición política la idea patrimonial de la monarquía hasta entonces. Carlos, como rey —decían—, podía libremente disponer de una corona que era suya y dársela al emperador francés.

En el capítulo segundo vuelve el XVIII cuando se afirma que una de las principales obligaciones de los españoles, aparte del amor a la patria, es ser «justos y benéficos».

(Pero mientras tanto…

Todas las gentes y hasta las mujeres de cada pueblo deben matar tantos enemigos como puedan… siempre que se les presente la oportunidad de poderlo verificar secretamente… al llegar aquéllos (los franceses) a un pueblo debemos… quemar los víveres que no podamos llevar, ocultar, dejando sólo una porción de ella, pero envenenada. En esta especie de guerra todo género de hostilidades no es sólo lícito sino necesario. «Recuerdo de algunos medios poderosos sin duda para que por fin triunfe Cataluña.».

Contesta el mariscal Soult:

«No hay ningún ejército español fuera del de S. M. C. don José Napoleón: así todas las partidas que existan en las provincias… serán tratadas como reuniones de bandidos… Todos los individuos de estas compañías… serán juzgados y fusilados, sus cadáveres serán expuestos en los caminos públicos»).

El rey —dice la Constitución en su título IV— no puede impedir la celebración de Cortes, ni ausentarse sin su permiso, renunciar al trono sin su anuencia, contraer

matrimonio, imponer contribución, privar a nadie de su libertad… así deberá jurarlo antes de que se le acepte como tal.

Es posible que en esas limitaciones hubiera un cierto recelo hacia quien iba a coronarse monarca. El pueblo coreaba entusiasta la idea del pobre rey sujeto a la violencia del tirano Napoleón, el Fernando

… que con regio brío
dice: Tirano, ¡es mía esa corona!

… como cantaba Juan Bautista Arriaza. Pero la Regencia, probablemente, conocía el texto de la carta enviada por el pacífico prisionero a Napoleón al saber el nombramiento de José

No podemos ver a la cabeza de ella (la nación española) un monarca más digno ni más propio por sus virtudes para asegurársela. Doy muy sinceramente en mi nombre y de mi hermano y tío a v. M. I. y R. la enhorabuena de la satisfacción de ver instalado a su querido hermano el rey José en el trono de España.

No todo es innovación en el nuevo código. Queda una fórmula antigua ante la que estaban de acuerdo absolutistas y liberales. El énfasis con que se promulga marca la unidad que todavía sujetaba a los españoles de todas clases.

Art. 12. La religión de la nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica, romana.

Aunque incluso aquí el legislador moderno, tenga que mostrar que él también cuenta a la hora de las verdades eternas.

… «La Nación la protege por leyes sabias y justas».

… y algo importante,

«Prohíbe el ejercicio de cualquier otra».

La vieja España se resiste a perecer. Las ideas pueden ser distintas en lo que se refiere al gobierno de los hombres, pero Iglesia no puede haber más que una. Y si en ésa había algo que no se acordaba con los nuevos principios, surge la más revolucionaria de las medidas: El Tribunal de la Inquisición, como incompatible con la Constitución, es abolido y sus bienes pasan al Estado.

La Constitución llamada de Cádiz, o de 1812, es la piedra de toque, base y fundamento de las que seguirán en España en el siglo que serán hasta ocho aunque dos, la progresista de 1855 y la federal de 1874, no llegaron a promulgarse. Las dos fuerzas, monarquía y Cortes se colocan en mejor o peor posición según las circunstancias. En las «otorgadas», el rey manda con el asesoramiento del país,

representado en Cortes (Estatuto Real) de 1834. En las democráticas, la soberanía reside en el pueblo (1812, 1837, 1856 y 1869). Las «pactadas» acaban buscando una fórmula de compromiso, y la más famosa es la de 1876, con la Restauración y que llegó hasta 1931 tras el paréntesis de Primo de Rivera (1923-1930). Se parecía a la de 1837 y 1856, con muchos párrafos de la de 1869.

Todas éstas, herederas de la primera Constitución, ocurrieron a pesar de que ésta se malogró bien pronto. En 1814, dos años después de promulgarse, volvía *el Deseado* que no tenía ningún interés en aceptar limitaciones a su autoridad; en eso le animaban figuras del Ejército y algunos políticos que reflejaban en el *Manifiesto de los Persas* los motivos para ser absolutistas. Porque, afirman esos diputados enemigos de la Constitución, al fin y al cabo, la Monarquía absoluta:

> *Es una obra de la razón y de la inteligencia; está subordinada a la ley divina, a la justicia y a las reglas fundamentales del Estado.*

Dicho de otra manera, si Dios había puesto al rey en su sitio no iba a permitir que transgrediera sus propias reglas de conducta. El optimismo de «los Persas», por otra parte, sostiene que:

> *Si es arriesgado que todo dependa de uno solo… es más infelicidad… que todo dependa de muchos que no se pueden conciliar por tener cada uno sus ideas e intereses particulares.*

Entre el apoyo moral que esas palabras le daban, la insistencia de algunos militares y, sobre todo, su personal inclinación, Fernando se decide al golpe de Estado que revestirá caracteres teatrales. El rey llega a Valencia y, en el camino de Madrid, se le presenta el cardenal de Borbón —ejemplo de cura ilustrado— que se le acerca en nombre de la Regencia. Las instrucciones de ésta son que no le reconozca como rey, es decir no le bese la mano hasta que jure la Constitución, pero Fernando la extiende imperiosa a la altura de la cara del cardenal. Éste hace un esfuerzo para bajarla a la altura de un saludo corriente, el otro la levanta de nuevo en demanda de un saludo cortesano. Los asistentes no se pierden detalle de la extraña ceremonia en la que se está jugando el inmediato futuro de España. ¿La besará? ¿No la besará? Fernando se irrita: ¡Besa!, dice. Lo hace el cardenal atemorizado; lo hacen luego guardias y criados, alborozados. Unas horas después una masa de fanáticos desenganchan los caballos de la carroza y tienen a gala sustituirlos para arrastrar a Fernando por todo Madrid. Decreto tras decreto reivindica la autoridad divina del rey y expulsa, destierra, encarcela a los desdichados que soñaron con una pacificación de espíritus y la alianza entre tradición y evolución. La Constitución ha muerto siendo todavía muy niña. Pero quedará como simiente.

FERNANDO VII O LA UNANIMIDAD

Resulta triste conformarse con el tópico, pero el intento de evitarle acaba alejándonos de la verdad. El rey Femado VII ha tenido en España una Prensa aún peor que la de Felipe II. Porque los más acérrimos enemigos de éste admiten que fue fiel, aunque de forma exagerada, fría y antipática, a unos principios por los que estaba dispuesto a sacrificar sus tierras y a sí mismo, mientras Fernando VII no tuvo más objetivo que el de sobrevivir y reinar como fuere. Sus cartas, sus documentos públicos y privados muestran lo que los retratos de Goya destacaban más. Esos ojos negros desafiantes, fijos en el espectador, como estarían fijos en el pintor que, para entonces probablemente estaba muerto de miedo acusado de «colaboracionista» (estuvo en auge con José I), la mirada sardónica de quien sabe que no es querido pero que no le importa nada. Es el amo y le basta.

La doblez es una expresión típica al hablar de Fernando VIL Desde su adolescencia, ayudado y acuciado por el canónigo Escóiquiz, planea arrancar el trono de manos de los reyes y del odiado Godoy: Cuando se atraviesa Napoleón, intenta ganar la carrera de afectos hasta el punto de verse reprendido por el propio emperador, en una lección de ética y patriotismo. Cautivo en Valengay, cuando sus súbditos mueren con su nombre en los labios, se dedica a bordar y a felicitar a Napoleón por sus victorias sobre los españoles. Liberado por la desventura napoleónica, asegura a la Regencia que «en cuanto al restablecimiento de las Cortes… siempre merecerá mi aprobación como conforme a mis leales intenciones».

Fue en marzo de 1814. El cuatro de mayo del mismo año daba el decreto declarando nulos todos los actos de esas Cortes; el que quisiera sustentar sus decretos era «reo de lesa majestad… y que como a tal se le imponga pena de la vida, ora lo ejecute de hecho, ora por escrito o de palabra».

(La pobre, ingenua, Regencia al plantearse el caso contrario de quien no quisiese firmar o jurar la Constitución se limitaba a llamarle «indigno de la consideración de español y se le expatriaba» - 17 de agosto 1812).

Seis años de absolutismo total. Las medidas liberales son peligrosas y por tanto anuladas. Porque como dice un absolutista:

> *«La sola razón natural dicta que el gobierno vele contra la libertad de la imprenta… ¡Cuántas víctimas cuenta la imprenta en nuestro siglo! ¡Cuántos hombres buenos se han llegado a corromper por la lectura de malos libros! ¡Qué progresos logró hacer en nosotros la filosofía con la multitud de escritos impíos venidos de Francia!». (Padre Vélez, Apología del Altar y del Trono, tomo I, 1818).*

Persecución ensañada de los ilustrados, alegría del pueblo bajo, estupefacción en

quienes soñaban en una nueva España. Teodoro de la Calle, en un presidio africano, se lamenta de que se haya vertido tanta sangre para eso:

¿Qué acerbos frutos coges de tu sangre,
triste España? ¿Que tu intento
a mudar de verdugo se limita
no a ser libre y feliz? Repasa el premio
con el que el déspota al fin te galardona.
En cárceles, patíbulos, destierros
paga tu amor y ceba vengativo
su cólera en tus hijos predilectos,

Pero, al parecer, era sólo una apariencia. Porque Fernando reflexionaba todo ese tiempo en que había que ponerse al día, modernizar la sociedad, liberalizarse, en fin. A esa conclusión llegará un día de 1820. Después de decir que había vuelto a la antigua forma de gobierno, porque parecía que eso era lo que quería el patriótico pueblo español, añade que el progreso rápido de la civilización hacía quizá necesario «amoldar a tales elementos las instituciones políticas».

Pero mientras yo meditaba maduramente… las variaciones de nuestro régimen fundamental… me habéis hecho entender vuestro anhelo de que se restableciese aquella Constitución que… fue promulgada en Cádiz el año 1812.

Esa vaga expresión de «me habéis hecho entender» era nada menos que el grito de Riego, el general sublevado en el sur de España y que encontró eco en toda la península. Su miedo cerval se disfraza de concesión. «He oído vuestros votos y cual tierno padre he condescendido a lo que mis hijos reputan conducente a su felicidad».

Y la frase que luego ha sido puesta como muestra de la acreditada falsía del hijo de Carlos IV: «Marchemos francamente y yo el primero por la senda constitucional».

… Y así a reinar empieza
sobre las almas con mayor firmeza

Dice extasiado T. González de Carvajal, celebrando la jura de la Constitución por el rey. Los poetas, al parecer, no escarmientan, especialmente los poetas reformadores, siempre poseídos del inefable optimismo y seguridad en la bondad inicial del hombre que preconizaba el maestro de todos ellos, Juan Jacobo Rousseau.

La experiencia constitucional fue un desastre al que contribuyó, tanto la mala fe del rey que seguía soñando con recuperar sus privilegios, como la típica enfermedad de la izquierda española que favorece a la reacción con sus propios excesos. Si en el seno de los absolutistas había quienes aconsejaban una limitación moderada de las

facultades del monarca, en el grupo de los liberales existía la facción exaltada que creía que liberalismo significaba perseguir a los sacerdotes y acusar a los ministros liberales en el poder de traidores, porque tenían demasiado respeto al monarca. Hay una revuelta adelantada de los absolutistas —la de la Guardia Real— que fracasa ante los milicianos, con el rey naturalmente dándose por inocente de lo ocurrido y que recuerda todavía la corta calle del 7 de julio que sale a la Plaza Mayor de Madrid.

Entre esas dos fuerzas, la extrema derecha y la izquierda, los liberales moderados han tenido siempre las de perder. Su símbolo más importante en el trienio constitucional es Francisco Martínez de la Rosa, presente en el Cádiz de 1812 y que, liberado de la cárcel por el pronunciamiento de Riego, tenía que defenderse continuamente de las acusaciones de absolutista o de revolucionario. Cuando los «exaltados» (nombre que define) matan a martillazos al cura Vinuesa, después de sacarle de la cárcel en que se encontraba por absolutista, inaugurando así una trágica serie de clérigos víctimas de la revolución, no le importa arriesgar su popularidad con las masas afirmando:

> *La Constitución se defiende con la noble espada de la ley, mas no con el arma alevosa de los asesinos, y uniendo a ambos extremos en su crítica:*
>
> *Todo el que perturbe el orden público es criminal y merece castigo; que su extravío proceda de inmoderado celo por la Constitución o del odio que le profese es indiferente en esta cuestión.*

(Con buen conocimiento de idiomas extranjeros, con aficiones literarias que le llevan a la poesía y a estrenar comedias, su actitud liberal, comprensiva y humana entre los bandazos de extremistas de la política española, le aparejan a otro político de cien años después, que, como él, se vio desbordado por las pasiones desatadas a derecha e izquierda. Me refiero a Manuel Azaña).

Palabras parecidas no podían hacerle simpático a la extrema izquierda. Jugando con el apellido y su intento de acomodación, *El Zurriago*, órgano de esa tendencia decía:

> *Esperar que nos creamos,*
> *porque Rosita lo cuenta,*
> *que defendiendo al gobierno*
> *la libertad se conserva,*
> *ínterin que el tal gobierno*
> *de liberal no dé pruebas*
> *es lo mismo para el caso*
> *que acostarse con su abuela.*

Porque uno de los detalles característicos de la polémica política española es su gusto refinado.

Los excesos revolucionarios ofendieron a muchos, pero la embestida final vendrá desde fuera. La caída de Napoleón ha dado paso al desquite de las fuerzas derechistas anteriores a la Revolución Francesa, de la que el Corso había sido correo y difusor a pesar de su gobierno autocrático. Lo que más preocupaba a Austria, Prusia, Francia y Rusia era la posibilidad de que el ejemplo español se extendiera, como parecía ocurrir ya en Piamonte y Nápoles, donde la izquierda se teñía además de nacionalismo, ante las potencias extranjeras que la ocupaban. Tras un ultimátum para devolver «la libertad» al rey Fernando, a España la declararon culpable de haber violado «las leyes eternas del mundo moral» (que tampoco es mala acusación) y los Cien Mil Hijos de San Luis cruzan la frontera. El número es tan bonito y redondo como inexacto; eran pocos más de 50.000 ayudados por unos 53.000 voluntarios realistas de las provincias carlistas, Cataluña, Vascongadas, Navarra. Asombrosamente, los mismos españoles que unos años antes habían recibido hostilmente a otros franceses, se mantenían indiferentes o entusiastas ante la llegada de éstos, porque los enemigos de Fernando se habían convertido en sus aliados. El final del régimen constitucional adquiere aspectos tragicómicos. En un intento de revivir los acontecimientos de 1808, el gobierno se retira a Sevilla y a Cádiz, y, ante el natural deseo de Fernando de quedarse a recibir a los amigos que vienen a ayudarle, le declara incapacitado para mandar. Cádiz otra vez y, otra vez, sitiados por los franceses. Pero a su espalda éstos no tenían guerrilleros sino a una población pacífica, en su mayor parte de acuerdo con sus ideas. Estrechado el asedio, las Cortes decidieron que el Rey recobrara su autoridad. «Pues qué, ¿ya no estoy loco?», preguntó sardónico Fernando al serle comunicada la decisión. Prometió el perdón para todos. Cruzó la bahía y abrazó a su liberador el duque de Angulema que le pidió evitase una represalia fuerte que volviese a dividir el país (su ejército se negaba a entregar los prisioneros españoles liberales a sus hermanos de raza).

> *… la más criminal situación, la más vergonzosa cobardía, el desacato más horrendo a mi Real Persona y la violencia más inevitable, fueron los elementos empleados para variar esencialmente el gobierno paternal de mis reinos en un código democrático, origen fecundo de desastres y desgracias.*

Está hablando de nuevo Fernando VII, rey por la gracia de Dios, y esta vez no le dicta ningún Riego sus palabras. Empieza un sistema que, desgraciadamente, se repetirá en España más tarde; es el de las purificaciones o depuraciones. Lo peor de ese sistema no es su dureza penal, sino el trámite jurídico que consiste en considerar a todo individuo culpable en principio y obligarle a que pruebe su inocencia. Por ejemplo, quedaban sujetos a castigo de su conducta política todos los empleados que no hubieran sido destituidos al llegar el régimen constitucional o hubieran subido en

el escalafón. Con lo que el propio monarca debería haberse incluido en esa depuración.

Vuelven a cruzar la frontera los que no terminaron en la cárcel o en el patíbulo como Riego, arrastrado en un serón por las calles de Madrid entre el griterío; el mismo número de gente, unos meses antes, habían paseado su retrato por las calles de Madrid. Su nombre pasó al santoral revolucionario republicano aunque él, probablemente, no lo mereciera, unido a la fortuna de un himno que empezaba equivocando su muerte.

Si Riego murió fusilado,
no murió como infame y traidor,
que murió con la espada en la mano
defendiendo la Constitución.

… cuando lo hizo miserablemente en una horca. Fue el tipo de militar que da un golpe de fortuna y se embriaga del éxito. Su intervención en política fue pobre y, como general, no cosechó más que derrotas en su resistencia a las tropas de Angulema. Para la causa liberal fue una suerte que muriera tan pronto, porque consiguió fácilmente un mártir y se libró de verle equivocarse muchas veces más.

Vuelven las depuraciones, las cárceles, los destierros. Los emigrados que, además, son poetas repiten los versos de la primera vez que tuvieron que huir.

Huye, Ernesto, infeliz; huye este suelo
que devora sus raros habitantes,
y no conoce la virtud…
… do el perverso
en nombre de Dios mata y sonríe
y a su victima insulta.

Dios siempre en los labios de todos. Visto por los liberales como un amable protector de la virtud y de la libertad, visto por los absolutistas como un ser irritado ante la conculcación constante de sus doctrinas por los revolucionarios, pero siempre en el candelero.

1823-1833, Fernando a caballo de nuevo, seguro de sus derechos. La edad irá sin embargo haciendo mella en él, dulcificándole en parte. Su matrimonio, el cuarto, con María Cristina, cambia levemente su dureza ante la influencia liberal de ella que le anima a promulgar una amnistía…

Y entonces ocurre lo increíble. La amenaza con la que tiene que luchar Fernando VII, el monstruo del absolutismo, viene ahora de la extrema derecha que le acusa, nada menos, que de complacencia con los enemigos de la religión y del trono.

El movimiento se inicia en Cataluña. Se llaman los «malcontents» y esos descontentos están dispuestos a salvar al monarca del infame cerco que le rodea y le

engaña. Es inútil que Fernando VII, ya en 1825, recuerde a los que se agitan de esa manera que no estaba dispuesto a permitir que se establecieran cámaras ni otras instituciones cualesquiera «que se oponen a nuestras costumbres». Los *malcontents* obedecen a un principio muy español y que se basa en salvar a quien no quiere ser salvado, con la especulación filosófica de que no sabe lo que quiere o le obligan a decir lo que no quiere. Su ceguera es tan grande que el mismo Fernando VII tiene que salir a campaña contra los catalanes sublevados «por los dulces nombres de Religión, Rey e Inquisición». (*Manifiesto de Reus* de 1827), y al derrotarles, demostrar eficazmente que sigue siendo monarca.

> *Ya veis desmentida con mi presencia los vanos y absurdos pretextos (de) la rebelión. Ni yo estoy oprimido, ni las personas que merecen mi confianza conspiran contra nuestra santa Religión… ni mi soberana autoridad es coartada por nadie. Tarragona, 28 de setiembre de 1827.*

¿Conocería Fernando VII ya quién era «más papista que el Papa»?

… pero los «puros» están mirando ya a su hermano Carlos, hombre pío, como el candidato que tiene que gobernar al país cuando muera Fernando VII. Porque no va a gobernar esa hija suya, Isabel…

EL CARLISMO

Las fuerzas se habían separado, lo hemos visto, en 1808. Los mundos dispares de la Tradición y de la Ilustración, hasta entonces sin conflicto aparente, porque el segundo dominaba al de abajo y no le dejaba aparecer más que en esporádicos motines como el de Esquilache, han aflorado a la superficie aprovechando el difícil parto del XIX. Ya no se volverían a armonizar. El espíritu español estaba dividido claramente en dos, y su extrema violencia desembocaría en la feroz guerra civil del 1936.

Cien años antes, las espadas estaban ya en alto. El fenómeno carlista parte de un principio, como buen español, paradójico. En teoría, el carlismo es la tradición; hasta tal punto que cuando abandone el nombre carlista por falta de un Carlos que defender, pasará a llamarse Comunión tradicionalista. En este sentido representa la pervivencia de la línea española clásica en la que el rey, como ungido por Dios, no tiene por qué compartir su autoridad con nadie. Y la religión tiene que ser protegida, ayudada y respetada; la Inquisición es organismo necesario, imprescindible para velar por la pureza de la fe. Contra esta tradición están los enemigos masones, revolucionarios de todas clases, cuyas teorías proceden del extranjero. España debe buscarse a sí misma, volver a los tiempos heroicos. Las banderas de don Carlos llevarán las aspas de Borgoña, la cruz de san Andrés, enseña de los inmortales Tercios.

Hasta ahí la cosa tiene lógica. Las paradojas vienen después:

1. El candidato de esa fuerza es don Carlos María Isidro de Borbón, hermano menor de Fernando VII, en contra de los derechos de su hija Isabel. Principio jurídico de la rebelión: Felipe V promulgó la Ley Sálica en 1713, por la que los varones heredarían la corona con preferencia a las hembras. Es cierto —advertían— que, a petición de Carlos IV en 1789, las Cortes derogaron esa ley, pero no se sabe por qué razón, Carlos IV no la promulgó. Y que, cuando Fernando VII, en 1830, intentó por una Pragmática Sanción rectificar ese error, no podía hacerlo porque una decisión acordada por las Cortes con el rey sólo puede anularse en las mismas circunstancias.

Ya están aquí las contradicciones. Los amantes de la tradición hispánica basan sus pretensiones en una ley importada de Francia y que choca con la costumbre de la historia española donde Isabel *la Católica*, aparte de su ejemplo personal, no vacila en dejar el trono de Castilla a su hija Juana, a sabiendas de su estado mental, porque tiene mejor derecho.

La razón naturalmente estriba en el razonamiento histórico que es *posterior* a la elección de candidato. Carlos era el príncipe elegido por las derechas extremas, no porque tuviese mejores derechos, sino porque reunía las cualidades de príncipe absolutista que buscaban. De la reina María Cristina sabían ya que no podía esperarse nada, dado su espíritu liberal que tenía que transmitir forzosamente a su hija Isabel.

2. Segunda paradoja. Un principio absolutista francés, y por tanto centralizador, encuentra sus mejores y quizá sus únicas tropas importantes, en dos elementos regionalistas. Cataluña y, especialmente, las provincias vascongadas, serán la cuna y el único terreno que los carlistas pisarán con seguridad durante todos los años de las guerras civiles del XIX. El espíritu retoñará en la de 1936.

También esa paradoja podría explicarse a *posteriori*. La tradición católica de las provincias vascas hacía lógico encontrar en ellas la base de las operaciones absolutistas contra el liberal que «infeccionaba». Madrid. La segunda aspiración vasca, el amor a sus libertades forales, fue aceptada probablemente por el pretendiente como el tributo que tenía que pagar para unir a su causa a tan fervorosos defensores.

Como la Vendée, la lucha romántica y difícil de unos campesinos, condenada al fracaso, desde el principio, tenía que atraer al mundo y al escritor, incluso a gente tan alejada de sus ideas como Valle-Inclán y Pío Baroja. Por no faltarle nada en la aureola contaron con un héroe, que tuvo el buen gusto de morir antes que sus choques con la camarilla de Carlos hundiese su prestigio. Se llamaba Zumalacárregui.

AMÉRICA SE VA

En la desorganización que siguió a la invasión francesa, en el intento de remendar el Estado que se deshacía en mil pedazos, una de las Juntas surgidas, la de Valencia, vio claro el peligro.

> *Pero hay un punto sumamente esencial, y es la conservación de nuestras Américas… ¿a qué autoridad obedecerían? ¿Cuál de las provincias dirigiría a aquellos países las órdenes y disposiciones necesarias para su gobierno? No dependiendo directamente de autoridad alguna, cada colonia establecerá su Gobierno independiente como se ha hecho en España, su distancia, su situación, sus riquezas y la natural inclinación a la independencia podrían conducirla a ella, roto por así decirlo, el nudo que les unía con la madre patria.*

La clarividencia de quien escribió estas palabras es impresionante dada la fecha, 16 de julio de 1808. Efectivamente, con el mismo derecho de la ciudad del Turia, de Sevilla, de Oviedo, en las cabezas de región de la América española se constituyen juntas que, ante la España acéfala, se declaran capaces de regir sus propios destinos acatando, siempre en principio al rey Fernando. Las pretensiones de la Regencia desde Cádiz de considerarse heredera legítima de los poderes reales produce sarcasmo en Caracas, en Quito; las palabras de Saavedra al virrey del Plata son definitivas:

> *¿Por ventura ese inmenso territorio, sus millones de habitantes, deben reconocer la soberanía de los comerciantes de Cádiz, de los pescadores de la isla de León?*

Insistirán al año siguiente los venezolanos:

> *Es contrario al orden, imposible al gobierno de España y funesto a América, el que, teniendo ésta un territorio infinitamente más extenso y una población incomparablemente más numerosa, dependa y esté sujeta a un ángulo peninsular del continente europeo.*

Siguieron los demás países. En el fondo la vergonzosa situación de la monarquía española sólo adelantó un acontecimiento previsto por la inteligencia de Aranda, que sabía irreversible la situación planteada por la independencia de los Estados Unidos, ayudada suicidamente por el Estado español. El anticolonialismo hoy vigente oscurece la causa de la rebelión americana, que no fue de unos indígenas hartos de

ser explotados y sublevados contra la metrópoli, sino de unos españoles cansados de ser personajes de segunda clase ante Madrid. Los ricos se sentían molestos ante la forma despectiva con que los trataba el funcionario recién llegado, cosa que ocurría también en Alicante, por ejemplo, con el nuevo gobernador nombrado en la Corte, pero mucho más al tratarse de las Indias.

El comerciante estaba irritado porque le ponían trabas al libre comercio; los universitarios, muy influidos, por las nuevas doctrinas rusonianas —recordemos a Simón Rodríguez, maestro de Bolívar— y por la masonería.

Decía, con cierta razón, *El Observador*, de Cádiz:

> *Si las colonias han sufrido por la falta de justicia política en las anteriores instituciones, eso mismo ha sufrido la metrópoli. Los agravios son comunes, un remedio común va a ser aplicado.*

Los españoles peninsulares se asombran ante el acontecimiento. ¡Pero si tienen ahora igual derecho que nosotros! Cuando vuelve Fernando VII se les manda un mensaje explicándoles que ya no tienen por qué protestar, pero el carácter absolutista del gobierno no ayuda precisamente a que desistan de sus ideales de libertad.

Por eso, al jurar la Constitución, se hizo otro llamamiento a los sublevados.

> *Hemos adoptado un sistema más amplio en sus principios (de la Nación) y conforme con el que habéis manifestado vosotros mismos.*

Al fracasar esta iniciativa, se busca la solución militar, que consigue ciertos éxitos, apoyándose sobre todo en la zona más hispanófila, Perú, que por ser el centro del virreinato más importante, tenía menos complejo ante Madrid, mientras Quito, Bogotá, Asunción lo tenían ante Lima. Por otro lado los españoles contaron a menudo, caso del general Bobes, con la ayuda del indio americano que, al principio, no veía ninguna razón para combatir al lado de los criollos contra los españoles. Ambos habían sido para él dueños rapaces y distantes. Pero al menos los segundos llegaban envueltos por el mito de la vieja monarquía española.

La violencia, implícita en el carácter hispánico, hace que el conflicto armado se vista de crueldad. Se proclama «la guerra a muerte por ambos lados».

Cerveris a Monteverde: «No hay más, Señor, que un gobierno militar. Pasar a todos esos criollos por las armas». (1813).

«Como el principal propósito de esta guerra —dice Briceño— es destruir en Venezuela la raza maldita de los españoles europeos incluidos los isleños de Canarias…».

(Importante distinción a los canarios. Todavía se les consideraba diferentes de los peninsulares, más cercanos a América).

Era ya muy tarde para arreglos. Como una traca fue ardiendo pueblo tras pueblo: Colombia se separa en 1813, Uruguay el 14, Chile el 16 Argentina el 17, el 23 Méjico, que había sido la adelantada con el fracasado intento del cura Hidalgo en 1810.

La liberación de los americanos, basada en causas históricas y sociológicas, encontró dos hombres punta para su cometido. Uno se llamaba Bolívar. Dio al pueblo un mito en que creer y por quien combatir. Fracasó en su intento de confederación americana —Venezuela, Nueva Granada, Quito, Perú, Bolivia—, como era lógico que fracasara ante el carácter disgregador de unos pueblos de estirpe hispánica, a la que, además, había que añadir el espíritu tribal del indígena. «Los tres locos más grandes del mundo somos Jesucristo, don Quijote y yo», decía al final de su vida para marcar la diferencia entre lo soñado y lo obtenido. Era romántico, brillante, había sufrido persecución y la muerte de una joven esposa a la que adoraba. Fue el héroe por antonomasia, y en la mente americana está en lo más alto que un pueblo laico puede colocar a un hombre. Dentro de un clima democrático y de libertad de Prensa y palabra, hoy como ayer, se considera de muy mal gusto una broma sobre el Libertador. Quien pase ante su estatua, en Caracas, tiene que descubrirse obligatoriamente.

El otro héroe es el modesto general San Martín que arranca de la Argentina ya liberada para cruzar los Andes, salvar a Chile y encontrarse con Bolívar, que venía del Norte, en Guayaquil. Moderado en política como en gesto, San Martín aspiraba a una monarquía americana con un infante español. Cedió ante Bolívar, política y personalmente.

Como en el caso de Portugal, a España le costó admitir la idea de que había perdido para siempre sus dominios. Méjico, que había sido la última en separarse, fue la primera en ser reconocida como nueva república independiente en 1836. Siguieron Ecuador (1841), Chile (1844), al año siguiente Venezuela y, dos años después, Bolivia. En 1854 le tocó a la Argentina. Uruguay tuvo que esperar hasta 1870, y diez años después Paraguay.

Del inmenso imperio americano le quedaba sólo a España las islas de Cuba y Puerto Rico; en el Pacífico varios grupos de islas presididas por las Filipinas.

LA HUELLA ESPAÑOLA

Lo más importante que ha hecho España en su vida histórica se llama Empresa Americana. El efecto positivo, el unitario, sigue ahí en pie. Desde Río Grande en la frontera mejicoamericana hasta Punta Arenas, la ciudad chilena, se sigue el culto católico romano, se habla en el mismo idioma, se puede leer los mismos libros. Lo negativo está también ahí, a la vista de todos. De la misma forma que llevó su idioma y su religión, los españoles entraron en el continente americano con su espíritu de división, tribal, heredado, a nuestra vez, de los árabes. Por ello, lo que podían ser los Estados Unidos del Sur con la misma importancia material y espiritual que los que se constituyeron al Norte, son hoy una veintena de Estados que han tenido guerras varias entre sí y revoluciones incontables en cada uno de ellos. No hay más que una cosa que les una y es la general antipatía a España. La repetida frase de «Madre patria» resulta eso, una frase muy cómoda a la hora de las reuniones con españoles pero, a nivel medio, el español es el «gachupín», el «godo» o el «gallego». Y basta leer los libros de textos en que aprenden historia los niños hispanoamericanos —palabra que ellos emplean poquísimo prefiriendo el afrancesado «latinos»— para darse cuenta del concepto en que nos tienen. Y por si fuera poco ese sedimento histórico, la actualidad izquierdista en la mayoría de esos países, se apoya en un indigenismo que quiere volver a la raíz, basar la nacionalidad actual en la anterior a la Colonia.

(Palabra que empieza siendo un mote más que una definición histórica). Los países americanos estuvieron bajo Virreinatos como lo estaban Milán y Nápoles, es decir, bajo las órdenes del rey que delegaba su autoridad en un virrey. Sólo en el siglo XIX, cuando ya no quedan más que Cuba, Puerto Rico y Filipinas, se aplica a esos territorios la expresión «colonia» (de ahí «coloniales» en las tiendas importadoras de café y de azúcar) que, en principio, es una voz anglosajona.

Tomemos Méjico, por ejemplo, que quiere escribirlo así: México para nacionalizar más su nombre. En la capital, en el Zócalo, hay un Palacio Nacional, y en su galería principal, unos frescos del más celebrado de sus pintores de hoy, Diego Rivera. Figuran en ellos episodios de la conquista de Méjico y aparece la figura de Hernán Cortés, simiesca, retorcida, rodeada de frailes y soldados con aire siniestro. A su lado, con aire digno, noble, lejano, los aztecas que Cortés venciera.

En toda la Ciudad de Méjico, y me figuro que en todo Méjico, no existe una estatua a Hernán Cortés, que dio al país su configuración actual (menos lo que perdieron en lucha con los Estados Unidos), su religión y su lengua. Hay una estatua a Carlos IV, pero la lápida se apresura a advertir que se trata de un respeto artístico, no histórico; sí hay, naturalmente, una estatua a Guatemoc, caudillo azteca, con una inscripción en la que se glosa su valiente postura ante los españoles. Asombrosamente esta inscripción está en la lengua de los conquistadores y no en la

que él usara.

La expresión «colaboracionista» nació en la Segunda Guerra Mundial. Los mejicanos la definen con el nombre de malinchismo, por la india Malinche que fue la intérprete, amiga de Cortés y, para muchos, una traidora a su patria.

Para muchos mejicanos, hablando en castellano, rezando a Cristo, lo español fue una especie de intervención extraña que terminó sin dejar rastro. Un guía de las pirámides de Teotihuacán hablaba así: «Y cuando los españoles vinieron a nuestro país». Le hice notar que ese país estaba formado por sangre india y sangre española, con lo cual no tenía sentido su frase. Me contestó que, en su caso, no era cierto, que él era de un pueblo de la montaña a donde no llegaron jamás los hispánicos. Tenía un aire cobrizo, pero ninguna de las características —pómulos, nariz— del indio auténtico. Le pregunté cómo se llamaba. Sonrió avergonzado.

—Mi nombre es Mendoza.

Méjico es un caso extremo de odio al «gachupín», pero los demás países no le van a la zaga, con quizá la excepción de Perú donde hay, cosa asombrosa, una estatua a Francisco Pizarro, en Lima. Pero lo curioso del caso es que, tras un siglo y medio de independencia, han desarrollado una idea histórica en la que se ven herederos de una antigua civilización, que estuvo bajo la tiranía española por unos años y logró, por fin, liberarse gloriosamente. No es raro que, en una discusión con un recién llegado de España, se diga:

—Eso es lo que hicieron sus antepasados aquí…

—Serían los suyos. ¿Es usted de raza india?

—No, no, claro que no. Un abuelo mío es de origen leonés y otro, vasco.

—Entonces los que hicieron las tropelías que usted dice serían sus abuelos, no los míos que se quedaron en España.

Los que expulsaron a los españoles fueron los mismos españoles allí afincados y llamados criollos, cansados, y con razón, de ser despreciados por quienes llegaban de España y, además, del orgullo del cristiano viejo enviado a países lejanos a mandar «a indios». En realidad Madrid gobernaba con el mismo imperio y desconocimiento petulante en las Islas Canarias que en Caracas, pero, al criollo, ya acomplejado por su situación de lejanía y la constante presencia del indio, le irritaba más. Ninguno de los libertadores americanos fue indio; al contrario, casi todos fueron españoles de clase noble a los que, por ello, tenía que dolerles más el trato despectivo con que les servía la metrópoli. Madariaga señala que de 754 entre virreyes y capitanes generales, gobernadores y presidentes de audiencias americanas sólo hubo ¡dieciocho!, criollos, es decir, los que mejor conocían aquellos asuntos, durante toda la dominación española. La rebelión no fue del indio oprimido, sino del español de ultramar, vejado y despreciado por la camarilla de Madrid.

EL PROBLEMA DE LA IGLESIA

Cuando Martínez de la Rosa intenta el equilibrio de hombre liberal moderado, con su Estatuto Real con dos Cámaras, satisfará a la burguesía que está ya naciendo en la España del XIX, pero ésa es todavía un pequeño grupo. Por debajo, la masa proletaria reanudará el que será en varias ocasiones su deporte favorito, la caza del clero. Basta una epidemia, la de la peste de 1835, para que cunda un rumor que se convertirá, para muchos, en una seguridad. Los frailes han envenenado las fuentes. Empieza la matanza.

El dia de sant Jaume
del any trenta-cinc,
hi va haver gran gresca
dintre del torin.
Van sortir set toros
Tots van ser dolents,
això va ser la causa
de cremar els convenís

Esa copla se cantaba en relación con la Semana Trágica de 1909. ¿Lógica? Ninguna, para un extranjero. Pero sí la tiene para el español del tiempo, el que decía, entre chiste y convicción: «La culpa es del clero» hablando de cualquier problema nacional.

Martínez de la Rosa fracasa. El gran problema de la regente María Cristina es que, contra la izquierda, no puede invocar a la derecha porque ésta es su enemiga dinástica. Las cartas de que dispone son, pues, limitadas. Una consiste en quitar fuerza a la izquierda, aceptando sus principios…

Y un día los habitantes de la católica España se enteran, asombrados, de la más revolucionaria de las medidas; en nombre de la reina de las Españas, doña Isabel II…

Artículo primero: Se declaran en estado de venta… todos los predios rústicos y urbanos… pertenecientes… al clero, a las Órdenes Militares, a las Cofradías…

La ley se conoce con el nombre de desamortización, y su propugnador tiene un nombre que citarán con susto las beatas españolas:

Mendizábal… ese hereje
el que a los frailes echó…
… el que cerró las ermitas
y mató de hambre a los curas;

el hombre que dejó a oscuras
a las ánimas benditas.

Todos los historiadores coinciden. Como ocurre a menudo con España, la idea era buena. Se trataba de dar vida —económica, de fluidez como ahora se dice—, a las «manos muertas», pero, mucho más que eso, se trataba de proveer a la burguesía española, entonces naciente, de un soporte económico que la congraciara con el sistema monárquico constitucional, rechazando, tanto al proletario que podía quitárselo con la revolución, como al carlismo que se lo quitaría por decreto, si vencía. Era la misma idea que había tenido éxito en Francia con la Revolución de 1789, en Inglaterra con la reforma religiosa de Enrique VIII.

… Y como tantas buenas ideas españolas se llevó mal a la práctica porque los que compraron esos bienes fueron, en general, los aristócratas y grandes propietarios anteriores que aumentaron su poder económico y, por tanto, político.

Los golpes a la estructura religiosa católica dados en el siglo XIX son fuertes. Incluso los tiempos conservadores no pueden evitar el sentirse impregnados de un movimiento que suprime monasterios y conventos, que considera cada vez más lejana la asociación, hasta entonces tan natural, del Estado y de la Iglesia católica. La desamortización produce bajas a mansalva. En 1838, según Sánchez Agesta (*Historia del Constitucionalismo español*, Madrid, 1955) había 31.279 profesos en 37 Órdenes religiosas. En 1859 ya son sólo 719 en 8 Órdenes. Las monjas bajan de 25.614 a 12.900. El clero secular y regular desciende de 81.786 individuos a 38.563 en el mismo espacio de tiempo.

LAS GUERRAS CARLISTAS

La guerra primera, la más importante, duró siete años: desde 1833 a 1840. Fue una extraña guerra porque estuvo presente siempre en el corazón y la mente de todos los españoles sin que llegara a perturbar, realmente, la vida del país. La vida en Madrid se hacía normalmente como en Barcelona y Valencia, pero el comentario era siempre el mismo. Los facciosos, los carlistas, han retrocedido, han atacado… dicen que…

El movimiento carlista es un movimiento rural. A lo largo de esos siete años, como a lo largo de las otras dos guerras carlistas (55-56 y 72-76), los ejércitos de «Carlos V» no lograron apoderarse de una sola ciudad importante, ni siquiera Pamplona, aunque tomaron Estella, que fue cuartel general e incluso Corte. Por idénticas razones los cristinos tardaron en dominar unos valles y montañas donde el carlista se sentía asistido por la madre tierra, en lo físico y en lo humano.

Su objetivo permanente —casi una obsesión— fue Bilbao, que representaba la salida a un gran puerto de mar, pero, mucho más, un signo de respetabilidad que hubiera permitido a alguna potencia extranjera reconocer al gobierno carlista como legítimo. La constante que se da en muchos países europeos —una costa liberal y un interior tradicional— se observa en los infructuosos ataques que realizaron los mejores generales carlistas contra la ciudad vasca sin conseguir vencerla. Para que por sus calles entraran boinas rojas hubo que llegar a la guerra civil de 1936 en circunstancias distintas. Las fiestas de Bilbao que se hacían en conmemoración de la «no entrada» de los carlistas pasaron a ser las que celebraban el día en que lo hicieron, en junio de 1937.

La misma circunstancia se dio en Cataluña, donde el Zumalacárregui de la zona, llamado Cabrera, que alcanzó, como el vasco la llegada al mito en vida, no consiguió apoderarse más que de Solsona y Morella.

La guerra carlista, pues, quedó militarmente reducida a dos triángulos bien determinados de las provincias vascas y de las tierras del Maestrazgo y sólo, en algunas ocasiones, una columna como la del general Gómez o del propio don Carlos, hicieron audaces incursiones por tierras castellanas tomando incluso Cuenca, pero retirándose inmediatamente después ante la reacción de las tropas Cristinas. En ningún momento pareció España en peligro de amanecer con la entrada de Carlos V en Madrid.

Pero, en cambio, su influencia indirecta marcó unas características que iban a informar al siglo XIX y gran parte del siglo XX, lanzando a la izquierda a un punto al que quizá no hubiera llegado sin la presencia constante de esa extrema derecha en el Norte.

Otra huella dejada de las guerras carlistas, se llama crueldad. Al principio, los jefes de los dos bandos se observan con cierto respeto. «Mi estimado

Zumalacárregui», escribe el general Quesada en febrero del 34… «Mi antiguo y muy respetado general», contesta el jefe carlista el primero de marzo. En el mes de abril y siguiente la carta de Quesada empieza: «Al jefe de salteadores y bandidos Zumalacárregui», acusándole de haber dado muerte a ciento veinte celadores alaveses. El carlista advertirá, días después, que mata a seis soldados a cambio de la muerte de un alcalde y de un voluntario. Ha nacido ya una horrible expresión: Represalias. En su nombre las guerras carlistas mostrarán un increíble desprecio a la vida de sus hermanos de patria, trágico antecedente de la situación de 1936.

Esa línea de dureza abarcó a ambos bandos, desde los fieles seguidos de «S. M. Carlos V que Dios guarde» a los «galantes defensores de la Reina Niña, Isabel II». Destacada, aunque no única, fue la muerte de la madre del general Cabrera, que provocó la violenta ira de éste. Mariano José de Larra que, aunque de filiación netamente liberal, asistía como espectador estremecido y disgustado, a la matanza, glosa, con triste sarcasmo, la noticia:

> *También te habrán contado… otra pequeña arbitrariedad ejecutada oficialmente en una vieja en virtud de un «cúmplase» de un héroe… Bueno es remontarse a las causas de las cosas, al tronco y no a las ramas. Es así que la primera causa de que existan facciosos fueron las madres que los parieron; ergo quitando de en medio a las madres, lo que queda… Está probado que así como Sansón tenía la fuerza en el pelo, los facciosos tienen el veneno en la madre… en quitándosela se vuelven como malvas; así lo ha probado la experiencia porque de resultas el otro no ha fusilado más que a treinta. ¿Quién sabe los que hubiera fusilado si hubiera tenido madre todavía?*
>
> *(Dios nos asista, artículo).*

EL RIGODÓN DE LOS GENERALES

«Dios nos libre de caer en manos de héroes», pide Larra. Dios no lo hizo. El XIX es el siglo en que los generales irrumpen en el gobierno del país, cosa totalmente nueva. Hasta entonces ningún militar hubiera osado salirse de sus prerrogativas para ocupar el gobierno. Desde el duque de Alba, el de Flandes, al Castaños de Bailén, se había creído que la misión militar es llevar a cabo, en la medida de sus fuerzas, lo que se manda desde la Corte. Incluso cuando se levanta Riego en Cabezas de San Juan, no lo hace para constituirse en jefe de gobierno, sino para que éste cambie de absolutista en constitucional, manteniendo al timón al mismo monarca.

Pero las guerras carlistas cambian el panorama. Primero, porque la debilidad del trono proporciona un culto a los militares que lo defienden. A medida que los periódicos les llaman salvadores de la patria, sostén de la monarquía, brazo fuerte al servicio del Estado, a medida que caen sobre ellos título tras título, conde de Lucena, marqués de La Bisbal, conde de Belascoaín, príncipe de la Victoria, duque de la Torre, marqués del Duero, duque de Valencia, etc., va surgiendo en la mayoría de ellos una ambición nueva. La de gobernar, considerándose tan capaces de dirigir al país como lo han sido de mandar una división. Y si el monarca no les llama, lo tomarán como una falta de agradecimiento hacia quienes tan bien se han portado con la patria y se lanzarán a la rebelión que, en hombres de disciplina militar, no se llama así sino «pronunciamiento», palabra que ha pasado, como «guerrilla» y «junta», a las lenguas extranjeras como un símbolo de la inestabilidad española. Naturalmente, en cada caso, el militar triunfante considerará asombroso y petulante que otro general quiera alzarse contra él, y si logra capturarle, lo fusilará sin ambages.

La ideología de todos esos generales es varia. Desde la izquierda extrema que se llama Espartero, hasta el conservador Narváez, pasando por Serrano, O'Donnell, Prim, Quesada, Dulce, Diego de León. Pero incluso el entonces considerado más derechista (Narváez), compartía muchos de los sentimientos liberales de sus compañeros. Los militares del XIX son liberales en cuanto han conseguido sus triunfos luchando contra los representantes del absolutismo, los carlistas que, hasta 1876, plantearán una amenaza a las instituciones. Aunque acusados a menudo de dictatoriales, mantendrán esa postura durante todo el siglo XIX, postura que cambiará rotundamente en el XX, cuando el Ejército se convierta en la salvaguardia del conservadurismo. Resulta interesante que, cuando vuelva a plantearse la lucha entre Tradición y Revolución, los herederos de los títulos liberales de antaño, combatirán, sin excepción, en las filas del general Franco.

Abre el rigodón de los generales el Príncipe de la Victoria, el gran vencedor de la guerra carlista que logra con el Pacto de Vergara, refrendado por un famoso abrazo, terminar con la pesadilla. La criminal acción de muchos años de guerra acaba, asombrosamente, con la paz más generosa de las guerras civiles españolas. Los

militares vencidos, los carlistas, podían pasar al ejército nacional conservando sus grados, y para quitar el pretexto regional, se confirmaban los fueros de las provincias vascongadas y Navarra, confirmación que duró hasta nuestros días, cuando tras el breve Estatuto vascongado, el gobierno del general Franco suprimió los de Vizcaya y Guipúzcoa por su apoyo a los republicanos, manteniendo los de Navarra y de Álava por su aportación a la causa nacional.

Toda la ductilidad de que dio pruebas Espartero en la consecución de la Paz, desaparece en el acto de empezar a gobernar. Convertido en jefe del partido progresista, heredero en parte de los antiguos «exaltados», guía y es guiado, a su vez, por las masas y presiona, cada vez más, a María Cristina que acaba abdicando. Espartero es el primer general que ocupa el puesto de regente (lo hará después Serrano), es decir, es el primer general que gobierna el país con plenos poderes. Pero precisamente por ser sólo primero entre pares levanta celos de sus compañeros. Vence y fusila a uno de ellos, Diego de León, pero es derribado por la coalición de los otros.

> *Artículo único: Se declara a don Baldomero Espartero… privado de todos sus títulos, grados, empleos, honores y condecoraciones. Dado en Madrid, a 16 de agosto de 1843.*

Era el fin del primer sueño de mando militar, pero no el último. Se subleva Zurbano, en su favor, contra Narváez. Éste domina la situación.

El baile de los generales sigue y es difícil que pasen unos años sin que alguno de los héroes de la guerra carlista entre en liza prometiendo a los españoles paz, prosperidad y, sobre todo, honra. Así, contra Narváez se levanta O'Donnell (le redacta el Manifiesto de Manzanares un joven llamado Cánovas), y vuelve Espartero a renacer, pero O'Donnell le sustituirá, alternando con Narváez. Se levantan Prim, Serrano y Topete (este último de la Marina). La reina Isabel se va. Queda un general como regente, Serrano, y otro de primer ministro, Prim. A éste lo matan, se va Amadeo y llega la primera República. Con la que termina, claro, un general, Pavía. Vuelve a escena otro general, Serrano esta vez, como presidente del poder ejecutivo, que quiere decir todo y nada. Y con esta situación termina el pronunciamiento de Martínez Campos, general, en Sagunto y la entrada de Alfonso XII.

Lo curioso es que, a pesar de esa tremenda actividad política, los generales tenían tiempo de dedicarse a su verdadero oficio, es decir, a combatir en el campo de batalla. Tras la guerra de los Siete años habrá otras dos más de signo carlista, 1854-1856, 1874-1876. Además de la de Marruecos de 1859, la intervención en Italia para liberar al Papa de sus enemigos, la lucha con Perú y Chile (1862-1866) y la ayuda, que termina pronto, del ejército de Prim a la loca aventura de Maximiliano de Austria (1869). Y la expedición a Cochinchina (1863). Y el dramático final de Cavite y Santiago de Cuba.

España busca su camino. Desde principios de siglo hasta la Restauración, es

decir, en setenta y cuatro años, el número de jefes de Estado españoles parece una película, llevada a tal velocidad que la imagen de uno desaparece casi antes de ser recordada. En el siglo XVIII hubo sólo cinco reyes, Felipe V, Luis I, Felipe V, Fernando VI, Carlos III y Carlos IV, con un solo régimen; el XIX vio a Carlos IV, Fernando VII, Carlos IV, José I, Fernando VII, regente María Cristina, regente Espartero, Isabel II, regente Serrano, rey Amadeo, Presidentes de la República (Figueras, Pi y Margall, Salmerón y Castelar), jefatura de Serrano, rey Alfonso XII, regencia de Cristina en nombre de Alfonso XIII, encarnando diversas formas de gobierno.

«FARSA Y LICENCIA DE LA REINA CASTIZA»

¿Tanto? El título de Valle-Inclán envuelve muchas veces el recuerdo de Isabel II. La leyenda resulta fácil porque los hechos, en apariencia, son claros. Hija de Fernando VII, hereda de éste la duplicidad y la lujuria, cambia frívolamente de ministros escogiéndolos entre sus amantes. La echan como se merecía…

Un «abogado del diablo» buscará eximentes al sombrío cuadro usando otro título, también literario, pero más comprensivo: «La Reina de los tristes destinos». Isabel II no podía comportarse como una reina normal porque no hubo nada normal en su vida. Desde los tres años es reina de España, es decir, desde los tres años, le besan la mano los cortesanos y le rinden armas los alabarderos. A los trece, la condesa de Espoz y Mina, su aya, cuenta de su poca aplicación y deseos de aprender. Una revolución, la esparterista, quita a su madre de su lado: una contrarrevolución quiere asaltar el palacio y pasa la noche en el fragor de las descargas.

Le explican que se trataba de una conspiración, que querían su daño pero, poco después, caído Espartero, resulta que los que atacaban el palacio eran los buenos. Desesperados en busca de una salida, los políticos se deciden a declararla mayor de edad, ¡a los trece años! Al gabinete liberal hay que echarle. Se inventa una conspiración, con insulto a la reina. El jefe del gobierno, Olózaga, es acusado de haberla obligado, echando el cerrojo a la puerta y agarrándole la mano, a firmar el decreto de disolución de las Cortes. Escándalo y caída del imprudente ministro, sustituido por los moderados. Las malas lenguas afirman que cuando los diputados visitaban, impresionados, el lugar del suceso, el general Narváez le dijo sardónico a González Bravo: «Compadre, distraiga usted a la gente de esa puerta porque no tiene cerrojo».

A los trece años, pues, la reina Isabel sabe ya de muchas intrigas politicopalaciegas; luego intentará también las suyas para defenderse un poco al estilo de su padre, pero sufriendo además de una femineidad acusada, que no ocultará a la hora de ascender a generales y recompensar a cortesanos.

Un matrimonio feliz, como lo fue el de su contemporánea, la reina Victoria, hubiera calmado, probablemente, tanto su temperamento como su ambición política. Desgraciadamente, intervino en la elección la situación extranjera. Las potencias de derechas —Austria, Nápoles, Rusia— querían la boda con el hijo de don Carlos *el Pretendiente*, solución vista también con agrado por Jaime Balmes como un abrazo de Vergara dinástico. Se opusieron los liberales de dentro —demasiada sangre vertida y temor a una influencia absolutista— y los de afuera. Inglaterra quería un Coburgo; María Cristina, su hermano el conde de Trápani; Francia, un hijo de Luis Felipe. Como siempre ocurre en estas circunstancias acabó triunfando el candidato que menos peligro ofrecía a todos, Francisco de Asís, primo de la reina.

Podía haber sido el freno sexual y político de una reina, llena de fervor en ambos sentidos, y fracasó. «Llevaba más encajes su camisa que la mía», cuenta que dijo

Isabel II tras la noche nupcial. La voz popular recoge y amplía en seguida los aires que se oyen en la Corte.

Paquito Natillas
es de pasta flora
y orina en cuclillas
como una señora.

La separación del rey y de la reina se hace pública muy pronto, aunque oficialmente seguirán unidos hasta el final del reinado. Isabel II se embarca en el largo camino en que lo humano y lo político se unen y se distorsionan, pero, en su caso, lo primero influye, dicen todos, demasiado en lo segundo. Se barajan nombres de aristócratas, militares, se comenta el auge de Serrano «el general bonito».

Le escribe la Reina madre al enterarse: «Pude ser flaca; no me avergüenzo de confesar un pecado que sepultó el arrepentimiento, pero jamás ofendí al esposo que me destinó la Providencia».

Se refiere a los amores con Muñoz, el guardia de corps —¡qué cuerpo afortunado en amores reales!—, con quién casó secretamente. Parece no ser el caso de su hija:

Digo estas cosas para que relaciones dictadas por el antojo o por otros fines siniestros no sirvan de escudo ni autoricen desaciertos que deben repararse.

Otro problema de Isabel era vivir en un ambiente liberal cuando su tendencia natural la llevaba hacia el absolutismo y a la superstición religiosa, como en su amistad con Sor Patrocinio, «la monja de las llagas». Cuando se reconoce el gobierno de Italia, por ejemplo, siente una gran angustia de haber fallado a su religión y haber ofendido al Papa. Goza de los triunfos africanos de O'Donnell y de Prim en su nombre, pero no los aguanta como políticos. Al que prefiere, como es lógico, es a Narváez, el espadón de Loja, el hombre de hierro del régimen, pero la calle no le permite elegirle cuando quiere.

Cuando se levanten contra su camarilla los liberales, sus alocuciones resonarán como la voz de su padre en circunstancias parecidas.

Españoles: Una serie de deplorables equivocaciones ha podido separarme de vosotros, introduciendo entre el pueblo y el trono absurdas desconfianzas. Han calumniado mi corazón al suponerle sentimientos contrarios al bienestar y a la libertad de quienes son mis hijos.

Y, en lugar del «Marchemos francamente y yo el primero por la senda constitucional», se dice ahora:

Los sacrificios del pueblo español por sostener sus libertades y sus derechos me imponen el deber de no olvidar nunca los principios… de la libertad sin la cual no hay naciones dignas de este nombre. Una nueva era —fundada en la unión del pueblo con el monarca— hará desaparecer hasta la más leve sombra de los últimos acontecimientos.

Era en 1854. Entraba de nuevo en escena Espartero. Se desamortizaba, el nuncio pedía los pasaportes. Entre dos males, la reina escoge a O'Donnell (¿la reina o la mujer?), haciéndole bailar con ella en lugar del primer ministro y consiguiendo así la retirada de éste.

A O'Donnell le llamó el novelista José Antonio de Alarcón «el único de nuestros gobernantes que hasta ahora ha demostrado bastante fuerza para sujetar con una mano a la reincidente tiranía y con la otra a la impaciente libertad». El gran problema de España, en fin.

Siempre era más cómodo que Espartero, pero peor que Narváez, y la tendencia real vuelve a manifestarse, cada vez más, a la derecha. Muerto Narváez, su sucesor, González Bravo, asegura que prefiere que llegue ya la revolución si tiene que venir porque «la lucha pequeña y de policía me fastidia. Venga algo gordo que haga latir la bilis… Entonces tiraremos resueltamente el puñal y nos agarraremos de cerca y a muerte».

EL 1868

El ocho es número fatídico en la historia del XIX. 1808, 1868, 1898, tres fechas clave.

En 1868 cae la monarquía. Resulta que el famoso rebelde español lo es mucho menos que sus contemporáneos europeos. El rey había sido ya decapitado en Inglaterra en el siglo XVII, en Francia a últimos del XVIII. Y, sin embargo, los españoles no habían llegado nunca a tal exceso. A las razones que les daban los propios monarcas para ser derribados —ineficacia, derrota militar, favoritismo, corrupción—, oponían, testarudamente una creencia. Eran los malos consejeros, no el rey, quien así se portaba. Lo creyeron de Felipe III, de Felipe IV, de Carlos II, de Carlos III el europeo; lo creyeron, en fin, del más difícil de creerse, de Fernando VII. Y al socaire del pueblo, lo creyeron o fingieron creerle los generales que se sublevaban periódicamente, «en defensa del trono», y siempre contra los que se interponían entre la buena intención de ese trono y el pueblo.

Hasta que estalla la marmita desaparecida la tapadera, Narváez, que, en todo caso, hubiera retrasado, aunque no evitado la catástrofe; Isabel II ha conseguido ponerse enfrente a la flor y nata de los generales, desde Espartero, el progresista, a O'Donnell y Serrano, liberales moderados, pasando por Prim. Cuando a eso se une la marina en la figura del almirante Topete, habrán terminado las posibilidades de la monarquía.

Que fuera una reina y no un rey quien estuviera ocupando el trono en aquel momento tiene su importancia. Las reinas provocan siempre una cierta protección caballeresca. Al grito de «¡Viva la reina niña!», murieron muchos luchando contra los carlistas, y la tradición de una Isabel gobernando es bien vista en España. En su contra, hay el hecho de que la conducta de una reina tiene que ser mucho más limpia que la de un varón, a quien el pueblo español está siempre dispuesto a perdonar devaneos.

Por eso, en la proclama de los sublevados en Cádiz hay una curiosa alusión que no se encuentra normalmente en declaraciones políticas. Después de especificar los yerros del gobierno, como de costumbre, surge la acusación personal: No se puede decir más claramente que Isabel II coloca en el gobierno a sus amantes:

> *Queremos que las causas que influyan en las supremas resoluciones las podamos decir en voz alta delante de nuestras madres, de nuestras esposas y de nuestras hijas; queremos vivir la vida de la honra, de la libertad.*

… firmaban Prim, Serrano, el duque de la Torre, Topete y un Primo de Rivera, Rafael.

> *Aquí me parece que no hay ahora que temer más que el estruendo de las*

campanas. ¡Qué amada estaba doña Isabel II! No parece sino que a todos estos madrileños les ha caído el premio grande de la lotería con la caída de dicha Señora

… escribe un novelista testigo de esas fechas y que se llama Juan Valera. La revolución, efectivamente, triunfa, tras el honroso y flojo intento de Novaliches, de detener al general Serrano en Alcolea. Porque esto ya no es un pronunciamiento sólo de militares. Las fuerzas rebeldes están en contacto con las agrupaciones izquierdistas de paisanos, y éstos organizan Juntas revolucionarias donde no llegan los ejércitos libertadores. Como ocurre siempre en las revoluciones, la extrema izquierda hace lo que temían los sublevados…

Sed como siempre, valientes y generosos. La única esperanza de nuestros enemigos consiste ya en los excesos a que desean vernos entregados.

«Se entregaron» en algunos sitios con violencias callejeras. Los «Voluntarios de la Libertad», título enfático y muy decimonónico, fueron desarmados y sus componentes quedaron un tanto decepcionados a la espera de su verdadera revolución que *tenía que llegar*. Y que casi llegó con los cantones, en 1873.

Mientras tanto, el gobierno propugna una monarquía constitucional casi de izquierda porque tiene que aceptar el sufragio universal, la libertad de cultos, el fortalecimiento de las Cortes con pérdida del poder del ejecutivo. Del primero, salió un concepto de participación en el gobierno que, aun viciado del caciquismo posterior, constituyó una gran diferencia con lo anterior; de la segunda vino la tolerancia religiosa que los conservadores aceptaron más tarde en la Constitución en 1876.

Esto era a la larga. Porque a la corta, el problema que se planteaba al nuevo régimen, y especialmente a Prim, su cabeza material y moral, era otro y urgente. ¿Quién iba a ser rey de España? Se respeta el final del XVII con problemas internacionales que ya habían asomado la cabeza al hablar del matrimonio de Isabel II. Pero en aquel caso era un consorte solo. Ahora iba a ser quien rigiese, aun sujeto por la Constitución, los caminos de España.

Y viene la asombrosa y un poco triste, búsqueda de un monarca. En los últimos tiempos del XVII lo que sobraba eran candidatos, y entre ellos se dirimían los problemas mientras España permanecía al margen. Ahora no; ahora se comunicaba a diversas casas reales esa «vacante» y la respuesta era negativa. Una de las más asombrosas ofertas es al general Espartero, el vencido en Ayacucho, el libertador de Bilbao de los carlistas, el enemigo de María Cristina, el regente del reino, el jefe del partido progresista. Hubiera sido el primer caso, desde Viriato, en que hubiese triunfado el rey-caudiilo, el hombre que se ha hecho a sí mismo, porque Espartero,

hijo de un carretero extremeño, subió de soldado raso a la cumbre. Hubiera sido, igualmente, el rey más izquierdista de la dinastía española.

Espartero se negó, con una carta llena de buen sentido como de quien rechaza un puesto administrativo cualquiera y no la corona de san Fernando: «un deber de conciencia me obliga a manifestar respetuosamente que no me sería posible admitir tan elevado cargo, porque mis muchos años y mi poca salud no me permitirían su buen desempeño».

Uno de los problemas de Prim era que los Estados europeos que rehusaban enviar un príncipe a reinar en Madrid, tampoco gustaban que lo hiciese el rival. Es lo que ocurrió con Leopoldo de Hohenzollern-Simaringen —«Olé, olé si me eligen» parodiaba el pueblo—, pero al parecer ni él ni su familia tenían interés en ello, sabiendo la irritación que la elección despertaría en Francia, temerosos de un príncipe alemán al Este y otro al Sur, como en tiempos de Carlos V. Bismarck realiza entonces su famosa jugada política. Los patrioteros franceses exigen que el rey alemán ratifique que no permitirá jamás a su sobrino subir al trono. Guillermo I hace comunicar al tenaz embajador galo que ya lo ha dicho una vez y no hace falta repetirlo. Bismarck manipula el telegrama y transforma la cortés negativa a una entrevista considerada innecesaria, en un desprecio al representante de una poderosa nación. Irritación en la Francia napoleónica y declaración de guerra que es lo que quería Bismarck para aunar a los diversos estados germánicos en la mortífera respuesta que fue la contienda del 70. Como en 1700, la corona de España provocaba una lucha por el dominio de Europa.

Había un candidato que es un caso de mala suerte política. Me refiero al duque de Montpensier. Casado con la hermana de la reina, la infanta Luisa Fernanda, tenía bastantes vínculos dinásticos, por sí o por su esposa, para sustituir a su cuñada, aparte de una fama liberal, robustecida con abundantes ayudas económicas a las conspiraciones contra Isabel II que les había hecho expulsar del país, precisamente en julio del mismo 68.

> *Si España, si la desventurada España (dijo entonces en protesta, el duque) pasa por situaciones difíciles que con nuestro corazón deploramos, no somos, no, la causa generadora de ellas… Cuando los pueblos se agitan es que un grave mal les aqueja; que no existen individualidades ni nombres tan poderosos que basten a alzar bandera ni a arrastrar una nación en pos de sí.*

Ese nombre imaginaba que era el suyo y sobre el papel su posición era sólida. Pero no caía simpático a la gente. Prim no lo prefirió; Napoleón, a pesar de su origen francés, le puso el veto y, por si fuera poco, tuvo un desafío con don Enrique de Borbón y le mató en el duelo subsiguiente, muerte que acabó dando al traste con su candidatura.

Había estado toda su vida madura a las puertas del trono y no lo consiguió jamás.

Y, para mayor irrisión, fue reina su hija, la dulce Mercedes, del cantar popular.

Estaba también Fernando de Coburgo, rey consorte de Portugal, aceptado por los que soñaban en la reunificación ibérica.

Y don Carlos de Borbón, legítimo para muchos, como legítimo para muchos resultaba don Alfonso, hijo de Isabel. Pero quedaba demasiado cerca la marcha de su madre y la enemiga total de Prim, que rechazó con tres «Jamás» la posibilidad de un Borbón.

Luego los italianos: duque de Génova, dieciséis años, estudiante en Inglaterra. Su madre rechaza la oferta en su nombre.

… Y el duque de Aosta, Amadeo. Dice primero que no, luego acepta. Castelar en las Cortes hace una comparación con la monarquía de Carlos II. Prim, para él, es el cardenal Portocarrero en búsqueda de un monarca; se burla de los Saboya, que sólo eran «pajes de los grandes monarcas españoles».

Pocas veces ha llegado un rey con mayores enemigos. Para los monárquicos alfonsinos y los carlistas es un usurpador. Las aristócratas llevan mantilla para demostrar su españolísima enemiga y se niegan a servir de damas en Palacio. Los republicanos han visto su ocasión perdida —de la que hicieron responsable y víctima a Prim—; para los católicos, Amadeo era hijo del usurpador del trono de San Pedro, el rey de la Italia unificada.

En vano quiso congraciarse, al menos, al pueblo. Éste se reía de su acento y sus modales democráticos no gustaban en un país de gran sentido de clases, donde un Fernando VII y una Isabel II podían ser populares porque decían palabrotas y chistes «desde arriba», sin perder jamás las distancias y con tuteo protector. Saber que la reina cuidaba personalmente de sus hijos no divertía ni siquiera a las madres pobres que también lo hacían. Si iban por las calles a pie, cantaban los niños:

¡Eh… eh…
Amadeo y su mujer!

Era tan bienintencionado como José I, con las mismas ganas de cumplir con su deber de monarca liberal que el francés. No topó con la animosidad del primero, pero sí con la total indiferencia. No le importaba a nadie personalmente, y en cuanto a la política, la división era increíble. Así resumió Amadeo de Saboya, las razones que le habían obligado a la abdicación:

Si fueran extranjeros los enemigos de su dicha (España), pero todos los que con la espada, con la pluma, con la palabra, agravan y perpetúan los males de la Nación son españoles, todos invocan el dulce nombre de patria, todos pelean y se agitan por su bien… y entre el confuso, atronador y contradictorio clamor de los partidos, entre tantas y tan opuestas manifestaciones de la opinión pública, es imposible atinar cuál es la verdadera y, más imposible todavía,

hallar el remedio para tamaños males. (11 febrero 1873).

Unos meses después de estas palabras, esa exasperada situación había llegado al punto máximo. Como había sucedido en otras épocas de crisis, el país, al no sentirse protegido por un gobierno, vuelve al reino cristiano medieval, a la taifa, a las Juntas de 1808. Ahora se llama cantonalismo, y Cartagena será el baluarte de un nuevo sistema de gobierno que, ante la amenaza del que preside Castelar, advierte al «Gobierno centralista» que si no se suspende el bombardeo de que se le hace objeto:

> *En nuestros baluartes, en nuestros buques enarbolaremos la bandera angloamericana. Si el matar silenciosamente a la mujer y al niño se llama derecho; si está en esa barbarie el derecho patrio, Cartagena maldice a la patria… o dejamos de ser tratados como tigres o pediremos ser criaturas humanas en el seno de un pueblo libre, digno, trabajador y honrado.*

Esto lo firmaba Roque Barcia en 1873, anticipándose a una idea que he oído en la desesperada Sicilia de 1946, tras de la Segunda Guerra Mundial.

Quizás en 1873 tuvo más posibilidades que nunca don Carlos porque nunca, como entonces, España estaba acéfala. Ya no podían luchar los de Madrid por «Isabel y libertad», como en 1835 lo hacían las fuerzas de Fernández de Córdova, porque, en el ánimo de los españoles, esas dos palabras se habían disociado y en nombre de la segunda se había derrocado a la primera. Un Estado sin rey, podía lógicamente mirar con simpatía la tentativa de un monarca, al fin y al cabo con derechos dinásticos…, que trajera orden y seguridad.

Era su valor positivo. En lo negativo resultaba que los derechos forales habían sido reconocidos ya por los gobiernos de Madrid y no podían, por tanto, ser objeto de lucha. Y sobre todo se mantenía el abismo en lo religioso. En la zona carlista se podían leer cosas como éstas al hablar de la comunión del Pretendiente en Loyola:

> *Cuatro sacerdotes ayudan al señor obispo y administran en los altares laterales la Sagrada Comunión a todo aquel ejército piadoso. ¡Qué cuadro tan tierno y edificante! Todo un ejército de héroes cristianos, con sus jefes a la cabeza y al frente de todos ellos el rey, que enarbola la bandera santa por la que pelea con ellos el primero, se preparan con el pan de los ángeles a dar las batallas del Señor en defensa de la religión, de la sociedad y de la patria. Demos gracias a Dios que en su bondad y misericordia prepara huestes que, fundadas en su temor y amor, vayan a teñir y hermosear con su sangre de mártires los laureles de su victoria. (Relación de la visita que en los días 7 y 8 de setiembre de 1873…, Col. Apalategui. Diputaciór Prov. Guipúzcoa).*

… Pero tres años antes, la otra España, había afirmado en su manifiesto del Gobierno provisional tras la Revolución:

> *No se vulnerará la fe hondamente arraigada, porque autoricemos el libre y tranquilo ejercicio de otros cultos en presencia del católico; antes bien se fortalecerá en el combate.*

Quienes hablaban así eran dos manifestaciones de las dos Españas, pero, entendámonos, de los extremistas de las dos Españas. Aun cuando falten estadísticas del tiempo, parece claro que la inmensa mayoría de los españoles se mantenían en un ambiente medio entre esas dos posiciones.

Un repaso a las peleas para apoderarse del gobierno de la nación, produce, a primera vista, la impresión de que la pobre España del siglo XIX no hacía otra cosa que acudir a las barricadas. La verdad es que la mayoría de los cambios políticos sonaron más en la *Gaceta de Madrid* y en el *Diario de Sesiones* que en la calle. Los españoles —especialmente los madrileños— oían continuamente el rumor de un golpe de Estado. Sonaban los nombres de diversos generales, de la actitud de la Milicia nacional, del espíritu del Ejército, de lo que decían en Palacio. Un día se oían unos tiros y, al siguiente, los de la Villa y Corte primero, el resto de España después, se enteraban, que «Victorioso el movimiento revolucionario», o «sofocado el criminal atentado a la vida pública», y seguían unos firmantes, cuyos nombres eran nuevos o relativamente nuevos en el primer caso y familiares en el segundo.

Así se comprende cómo tal ajetreo político-militar no perturbara una auténtica mejoría de la situación económica. La industria catalana y cantábrica, la minería, carreteras, ferrocarriles (1848 el primero de Barcelona a Mataró) producen, por un lado, una burguesía que poco a poco irá buscando una estabilidad política que les permita disfrutar de su bienestar. Por el otro, surgirá la masa proletaria mucho más numerosa que los grupos que asesinaron al cura Vinuesa o llevaron el retrato de Riego. El duque de Rivas, se aterra ante…

> *… mar hinchado, tremendo, altivo, hirviente*
> *de plebe amotinada,*
> *que inunda desbocada*
> *las calles de esta hermosa capital.*
>
> *(La asonada).*

Y treinta años más tarde, Núñez de Arce le echará en cara a Castelar que su sueño de una República, «austera como Palas» se transformase en las rebeliones cantonales.

> *La anarquía los ámbitos asorda,*
> *la honrada libertad se prostituye,*

y óyense los aullidos de la hiena
en Alcoy, en Montilla, en Cartagena.

… aparte del ripio, su acusación tiene validez histórica. Porque en esa última ciudad que, por otro lado, no tiene antecedentes separatistas de ninguna clase, se refugia el cantonalismo como movimiento de extrema izquierda, que se permitía, incluso, la asombrosa y progresiva decisión de conceder un divorcio:

Oídas las partes…, la Comisión Revolucionaria de Justicia que actúa como Jurado en asuntos civiles y criminales, en sustitución de las autoridades judiciales, cobardemente alejadas de Cartagena, considerando que la base primordial del matrimonio es el amor, que al separarse de su marido la mujer queda sin más amparo que el de la autoridad, por no preceptuarse en la ley que el matrimonio sea un espontáneo contrato con garantía de que ambas partes aseguren su independencia para el porvenir: Falla y condena: Los cónyuges José Rodríguez y Nicolasa Abad podrán vivir separados todo el tiempo que el marido lo reclame, quedando éste obligado a mantener a su mujer con la tercera parte de lo que gane concepto de sueldo…

Se firmó este documento en 3 de setiembre de 1873 y lo cita *El Cantón Murciano* de Cartagena del día siguiente.

Era mucha audacia por parte de la izquierda, como lo era por parte de la derecha, creer que podríamos vivir bajo la férula de don Carlos que hablaba como su abuelo «Humillemos nuestras cabezas ante Dios, honremos su nombre y sus altares y Él nos dará alientos para dar cima a la empresa salvadora» había dicho el dos de mayo de 1872 desde Vera del Bidasoa.

Huyendo de ambos excesos, la mayoría de los españoles encontraron perfecta la fórmula que daba, para su candidatura, un príncipe joven hábilmente «promocionado» —se diría hoy— por Cánovas del Castillo. «Sea lo que sea —decía, al final, el *Manifiesto de Sandhurst*— ni dejaré de ser buen español, ni como todos mis antepasados buen católico, ni como hombre del siglo, verdaderamente liberal».

Era la mano abierta y a ella se agarraron muchos. Los veinticinco años que siguen del siglo XIX, a pesar de la guerra de Filipinas y Cuba, ocupan en la crónica de sucesos históricos apenas unas páginas. Comparados con los lustros anteriores, resultan hasta aburridos. Que es lo que les hacía falta a los agotados españoles del pasado siglo para reconciliarse o, si eso en España resulta imposible, para empezar a tolerarse. Y para mirar a Europa que ha aprovechado esos años para estirarse increíblemente en su desarrollo industrial e intentar cerrar distancias.

En 1869 aparece una asombrosa institución. La Asociación Internacional de Trabajadores envía su felicitación de Navidad el 24 de diciembre. Su prosa es sencilla, sus objetivos claros. «Sólo esperamos, sólo confiamos en nosotros todos.

Sólo podemos lógicamente esperar nuestra segura emancipación de la asociación de todos los trabajadores del mundo con un fin común».

¿Cómo va a luchar contra el poderoso empresario?

> *Unidos todos los de un mismo oficio o profesión de un pueblo con los del mismo oficio o profesión de España y del extranjero… tendremos las inmensas ventajas que nos reportará la «Caja de Resistencias».*

El manifiesto anticipa la declaración desdeñosa de los propietarios de fábricas con conciencia de lo fuerte de sus cajas y de lo débil de la economía del obrero, pero…

> *Cuando vean que todos los trabajadores del mundo hacen suya nuestra causa como nosotros hacemos nuestra la suya, ¡cuán grande ha de ser su asombro!*

Lo fue efectivamente. Pero tendrían que pasar muchos años y por ahora Sagasta ordena la disolución de la Internacional en 1872. De las dos Europas, la revolucionaria y la capitalista, están llegando ahora sólo productos burgueses. Jacinta, la protagonista de Pérez Galdós, es la personificación de quien no necesita un título nobiliario para vivir confortablemente y adquirir Saint-Emilion o *foie-gras* para su mesa.

Toda esa nueva fuerza se llama burguesía que, a imitación de los demás países europeos, va creándose en España a compás del auge económico e industrial. Esa burguesía se afianza sobre todo en Cataluña que no tiene nada que ver con la del siglo anterior. El permiso de comercio con América ha levantado los pueblos de la costa, y ese comercio llega a altura considerable cuando Isabel II da a los catalanes el monopolio textil de las Antillas, la facilidad de comunicaciones, la venta al resto de España de productos manufacturados y agrícolas de su fértil suelo; la revolución industrial europea ha llegado con sus telares a Manresa, Sabadell, Tarrasa, Barcelona. Más en contacto con el resto de Europa que el resto de los españoles, aprovechan los nuevos inventos para aumentar su riqueza.

Esa riqueza material se complementa con la *Renaixenga* intelectual. El catalán vuelve a ser considerado idioma capaz de competir literariamente con el castellano. Esa clase siente los problemas políticos como antes. En la España del tiempo, Vicens Vives cuenta entre el 68 y el 98, conservadores, liberales, republicanos, divididos en unionistas y federales, los primeros socialistas y los primeros anarquistas. Pero la mayoría de ellos, aparte de los de acción directa, habían decidido, tácitamente, dejar la política a los políticos y preocuparse de la vida diaria.

Quizá por ello producía mayor impresión la existencia del único grupo violentamente opuesto a la estabilidad. El anarquista pasa a ser una preocupación de

la Policía, amenaza continua de la sociedad. Es el hombre de la bomba, el ser que sostiene la necesidad de limpiar, a fuerza de dinamita, esa sociedad corrompida y burguesa hasta convertirla en el ideal. El Estado se defiende con la misma violencia y el arte refleja la preocupación del momento. Baste pensar que, un año, el tema «obligado» del cuadro que tenía que optar al Premio Nacional de Pintura era *La familia del anarquista el día de la ejecución de éste*.

Era un continuo desafío a la burguesía española que molestaba también al socialismo, empeñado en resolver sus reivindicaciones sociales por caminos pacíficos como los de la huelga aunque, para muchos bienpensantes, equivalían al mismo intento de destruirlo todo.

Esa actitud generalizada era compartida también por los campesinos de poca cultura, especialmente en el Sur. Ruiz del Moral definirá esta situación social con palabras precisas y exactas: «Empezaba por entonces a circular por Andalucía la palabra socialismo, sin sentido preciso, sin contenido determinado, como una vaga tendencia de pobre contra ricos; y en el nuevo vocablo inconcreto, vacío de significación, vertieron los ricos sus temores y los pobres sus anhelos. Y desde entonces, socialismo vino a expresar, para unos y para otros, el reparto de la propiedad de los primeros entre los segundos, es decir, una nueva desamortización en que muchos propietarios individuales de la tierra sustituyan a los pocos que a la sazón la posean. Durante los primeros tiempos del movimiento republicano, esta palabra era sinónimo de socialista para el común de las gentes, y ser socialista valía tanto como aspirar al reparto. Es claro que los directores regionales del republicanismo atribuían conceptos más exactos a aquellos términos; pero las incultas masas obreras y burguesas siguieron confundiéndolas durante muchos años. Y, disfrazado o no con sus falsos motes, el reparto ha seguido siendo en todas las exaltaciones campesinas la mágica palabra que ha electrizado a las muchedumbres. No ya sólo en las revueltas de la Internacional y en las de 1882 y 1892, sino en las agitaciones anarquistas de principios del siglo XX y en las sindicalistas de los últimos años, el estado llano de las sociedades obreras, a despecho de los elementos directores y, a veces, con el asentimiento de éstos, ha aspirado siempre a distribuirse la tierra en lotes individuales, es decir, a ingresar en las filas de la burguesía agricultora». (*Las aspiraciones campesinas en Andalucía*, cap. 4.º).

Se calcula que, en 1803, sabían leer y escribir en España sólo un seis por ciento de los españoles. Al final del siglo, esa cifra había subido al treinta y tres y medio por ciento (cifras de Sánchez Agesta, *Historia del Constitucionalismo español*, Madrid, 1958). Una nación evidentemente más informada, con un amor grande a la letra impresa. Cuando, en 1865, ocurre la Noche de San Daniel, los españoles pueden elegir entre catorce periódicos que dan la noticia sin protesta, y veinte que hacen constar su opinión contraria a la violencia con que ha sido disuelta la manifestación estudiantil.

EL 1898

Otro ocho fatídico. La Restauración procedía con cierta suavidad. Don Alfonso XII era joven, era amable. La gente se había olvidado ya de que era hijo de Isabel II y el hecho de que se casara contra la voluntad de ésta con la hija del odiado Montpensier, le hizo todavía más simpático. Detalles de su vida en los que se movía con impulsos románticos —utilizados sabiamente por Cánovas del Castillo, su mentor—, le hacían más popular. Por ejemplo, su presencia en el Ejército del Norte; o su viaje a escondidas del gobierno para visitar a los coléricos de Aranjuez; también su desafortunado viaje a París, donde fue silbado porque había aceptado el nombramiento honorífico de un regimiento de guarnición en la disputada Alsacia… y, por fin, la muerte de la joven esposa Mercedes.

¿Dónde vas Alfonso XII,
dónde vas triste de ti?
Voy en busca de Mercedes
que ayer tarde no la vi.

Cuando un monarca entra en el folklore en vida, las circunstancias se presentan bien. Tenía Alfonso las características que había descrito Rada y Delgado.

Bueno has de ser, rey Alfonso,
que aprendiste en la desgracia,
y es maestro el infortunio
de fecundas enseñanzas.

Parece claro que el exilio enseña a los futuros reyes. De la misma forma perjudica el haber nacido ya rey, como le pasó a Isabel II, como le pasaría en cierto modo, y a pesar de sus mejores cualidades humanas, a Alfonso XIII. Alfonso XII gobernó con tacto y habilidad, haciendo justicia a su doble promesa de católico y liberal. Contó con el apoyo del mejor estadista del tiempo, Cánovas, y de un Ejército que, con mínimas excepciones, se había adaptado al régimen constitucional y monárquico.

La Restauración se consolidó así de tal manera, que ni siquiera la muerte de Alfonso entrando en el año catorce del reinado, logró ponerla en peligro aunque una regencia con una princesa extranjera, María Cristina, hiciera recordar muchas páginas tristes de la historia de España, con Mariana de Neoburgo o la anterior Cristina.

El 1898 llega de pronto a romper el compás de espera que, en la violenta historia de España, había representado la Restauración. Desde 1868 se agitaba un partido independiente en Cuba, pero se consideraban meros agitadores a sueldo de potencias extranjeras y fáciles de dominar. Los antecedentes de otras repúblicas americanas no se consideraban adaptables en Cuba, llena de españoles, conectada con la metrópoli

con mil lazos de amistad, familia y comercio. Los establecimientos con el nombre de «Ultramarinos» en las ciudades españolas, traían el recuerdo del país al otro lado del Atlántico.

Había habido ya la guerra larga (1868-1878), que acabó por el tratado de Zanjón, que prometía ciertas autonomías; en 1895 empieza la guerra que terminaría con el sueño general.

¿Qué hay que hacer con unos insurrectos que se llaman a sí mismos independentistas y se quejan del trato de España? Puede jugarse la carta blanda, Martínez Campos, o la dura, Weyler.

«¿Que he fusilado a muchos prisioneros? Sí, es verdad, pero no han sido fusilados como prisioneros de guerra sino como incendiarios, como asesinos».

… Decía el general Weyler al defenderse en el Senado de sus enemigos políticos, defendiendo la táctica de la reconcentración que había obligado a numerosos cubanos a abandonar sus casas para quitarle medios al enemigo. El siempre permanente recuerdo de Felipe II y de la Inquisición, ayudaba a imaginar a los españoles siempre en la línea de la crueldad.

Las reformas llegan demasiado tarde, cuando el rebelde ya ha rebasado sus condiciones con otras más importantes, y entre el que da y el que recibe hay siempre el clásico mal entendimiento. El «¿Todavía te quejas?», de todos los ricos del mundo ante los pobres que exigen, en lugar de llorar de agradecimiento.

La verdad es que la independencia de Cuba era un hecho que tenía que producirse en cuanto los quejosos de la isla, que iban desde la petición de autonomía a la independencia total, contaron con un aliado tan potente como los Estados Unidos. Cuba estaba dentro de su zona de influencia comercial y militar, y la peligrosa proximidad a la Florida se ha mostrado en la ocasión reciente de Castro.

Estados Unidos contó además con dos golpes de suerte. Uno fue el hundimiento del *Maine*, que sirvió como pretexto inmediato. Otro, la increíble ceguera de los políticos y de la Prensa española, que sacó a relucir de nuevo los conceptos del XVI, usados por el padre Rivadeneyra al augurar la segura derrota de los ingleses en manos de los españoles en cuanto se encontrasen cuerpo a cuerpo.

Si Rivadeneyra sostenía que la Armada no podía fallar, porque tenía a su lado un gran número de santos y santas, el arzobispo de Madrid-Alcalá no se queda atrás.

> *Que Santiago patrón de España… y San Telmo y San Raimundo y el rey ínclito don Fernando vayan delante, marchen siempre a la vanguardia por dondequiera que vayáis y os hagan invulnerables a las balas del enemigo, para que volváis victoriosos a pisar esta hidalga tierra…*

La solución es clara.

… Dios tiene en sus manos el triunfo y lo dará a quien le plazca. Se lo dio a España en Covadonga, en las Navas, en el Salado, en el río de Sevilla, en la vega de Granada, en mil combates… Dios, dánosla ahora.

Y si la Iglesia sueña, la política, representada por el gobierno, delira. El general Correa, ministro de la Guerra, anuncia en el Congreso que prefería no tener un solo barco:

Entonces podríamos decirles a los Estados Unidos desde Cuba y desde la Península: «Aquí estamos, vengan ustedes cuando quieran».

En la increíble alucinación colectiva que muestran políticos y periodistas antes del desastre, sólo hay unos pocos con sentido común y son los militares profesionales. A los gritos de «¡a ellos!», que recibe desde el gobierno, el almirante Cervera hace una clara y detallada exposición de la diferencia numérica que hay entre sus barcos y los del enemigo, del estado perfecto de aquellos acorazados y de las deficiencias de los nuestros. En un informe que recuerda mucho el de Medina Sidonia antes de emprender el viaje de la «Invencible», Cervera, apoyado por el Estado Mayor de la escuadra, hace patente que van a una catástrofe. Pocas veces se ha salido a combatir con mayor valor, porque pocas veces sabía tan bien lo que se arriesgaba cuando el almirante Cervera da la orden de zarpar de Santiago de Cuba.

(«¿Por qué no sale? —decía Romero Robledo en la Cámara unos días antes—; ¡las escuadras son para combatir!»).

Salió efectivamente para que tirasen al blanco los cañones enemigos de superior alcance.

La Paz de París refrenda la derrota. España pierde a Cuba, además de Puerto Rico, que no había tenido movimiento independentista digno de comentarse; las Filipinas. Al año siguiente, en plan de liquidación, vendemos a Alemania los archipiélagos de las Carolinas y de Palaos. España se ha vuelto a encerrar en las fronteras que tenía en 1500, antes de situarse victoriosamente en Italia, primer escalón de su fastuoso destino.

Es el mazazo. Un mazazo que da alas a un grupo que ya había advertido que el camino de España estaba en Europa y no en la Historia, no en el recuerdo del pasado, sí en la promesa del futuro; no en la espada, sí en el arado y la fábrica. Es la Institución Libre de Enseñanza; es Ganivet, profeta…

Sean la escuela, el taller y el surco
los solos campos de batalla, en donde
tu razón y tus fuerzas ejercites

Canta Núñez de Arce: *A España en sus tristezas*. El *Ideárium español* de Ganivet,

En torno al casticismo de Unamuno, son de 1897. El desastre les dará oportunidad, fuerza, ánimo. Nacerá la llamada generación del 98, la más brillante de las generaciones literarias españolas, sólo comparable a la aparecida en otra atmósfera de hundimiento político. La del siglo XVII.

EL SIGLO XX

El nuestro. ¿Cuándo deja de ser historia un pasado? ¿Cuándo ha sido presente para quienes viven todavía? Viven en España quienes recuerdan, todavía, los primeros años de este siglo. Hay, pues, testigos. Lo cual, naturalmente, no indica que sepamos mejor lo que ocurrió; los libros de psicología dan el ejemplo del accidente visto por cinco personas dando cinco versiones, totalmente distintas, de lo ocurrido. Y mucho más cuando el tiempo que quiere evocarse es como el nuestro, lleno de dramas en los que el miedo, la ambición, la envidia, la ira transforman cada hecho en mil formas que calmen nuestra conciencia por lo que hicimos o no hicimos.

Esta heterodoxa forma de explicar la historia de España lo será ahora aún más si cabe. En lugar de los acontecimientos vistos en su dimensión horizontal, intentaré mostrar verticalmente los personajes e instituciones que influyeron para bien o para mal, en la historia reciente de nuestro país.

Éstos son, si así os parece, los protagonistas…

ESPAÑA ANTE LAS GUERRAS EUROPEAS

Desde 1870 a 1945, es decir, en setenta y cinco años, Europa ha conocido tres guerras brutales. De las tres ha estado ausente España que, quizá con ello, mostrara la debilidad de los vínculos que, a la hora de la verdad, la unen al Continente. En la primera, en la franco-prusiana fue, sin querer, la excusa. En la segunda, francófilos y germanófilos se exaltaron lo bastante para negarse y dejar de saludar a amigos y aun a hermanos, pero no lo bastante para arrastrar a España a la catástrofe.

La tercera guerra fue la más difícil de evitar porque, en el abismo que se abrió entre democracias y totalitarismos, el gobierno de Franco tenía forzosamente que estar con los segundos; aparte de su concepción política proclamada en voz muy alta, tenía una inmensa deuda de gratitud hacia los países del Eje, Alemania e Italia, que le habían ayudado eficazmente en su triunfo sobre la República. Afortunadamente, el estado depauperado del país tras la guerra civil, permitió mostrar un afecto total en los primeros años de la contienda a las fuerzas del Eje —la neutralidad llegó a convertirse en «no beligerancia»— pero sin llegar al apoyo militar.

Fue nuestra debilidad, la habilidad gallega del jefe del Estado, y, probablemente, una íntima sensación de estar fuera de Europa, lo que nos mantuvo al margen. Pero el pueblo se dividió, naturalmente, a favor o en contra de los beligerantes.

La derecha fue germanófila en la guerra del 14 y lo volvió a ser en la de 1939. ¿Razones? Enemistad con Francia la laica, la de la separación de la Iglesia y el Estado. En muchas almas quedaba todavía el recuerdo de los impíos franceses de la guerra de la Independencia. Pero si la tradición volteriana francesa es cierta, lo difícil era considerar como defensores de la ortodoxia a los alemanes que estaban dirigidos, no por los católicos bávaros sino por los *junkers* prusianos, de protestantismo más que intenso. Ante ese dilema, los católicos españoles entre los que había muchos sacerdotes, hicieron lo que los españoles —ejemplo Don Quijote— hacen a menudo cuando se encuentran ante una realidad que no está de acuerdo con sus esperanzas. Cambiarla. Y se inventaron que Guillermo II era secretamente católico, pero que no podía manifestarse como tal por respeto a su pueblo.

En la Segunda Guerra Mundial, el jefe del Estado alemán es Adolfo Hitler. Si el Káiser era protestante, el Führer tiene por la religión cristiana, de origen semita, un absoluto desprecio que se pone de manifiesto en la forma en que se trata a los sacerdotes que osan discutir la divinización del Estado o de la superioridad de la raza aria.

Y, sin embargo, los católicos españoles, con la excepción de algunos democristianos, casi todos vascos o catalanes, se hacen defensores fanáticos de su bando. La razón, esta vez, no es ya Francia, sino el temor de un fenómeno que ha estado a punto de destruirlos a todos. Es el comunismo.

Y Hitler, tras los primeros y desconcertantes pactos con Rusia, ataca a ésta en una

campaña que los católicos españoles aplauden porque terminará para siempre con los «sin Dios».

Las intervenciones españolas en las guerras europeas de este siglo son, pues, solamente ideológicas y, aparte algunos grupos a los que su ardor llevó a combatir físicamente —los voluntarios catalanes en la guerra del 14, la División Azul—, España estuvo ausente de ellas.

Bueno, ¿verdad? Quizás hasta cierto punto. Quizá la ventaja material de no participar con sangre y dinero quedara equilibrada desventajosamente con la no participación en una labor, por negativa que fuera, continental. Cuando después de la Segunda Guerra Mundial, España fue puesta al margen de la vida diplomática por acuerdo de las Naciones Unidas, se ahondó más el aislamiento del país. España, ausente ya de la revolución industrial del XIX, volvía a estar fuera en la reelaboración de una Europa destruida por las bombas en la que tanto los vencedores, como Francia, como los vencidos, como Alemania e Italia renacían con la ayuda americana. Después hubo que improvisarlo todo. Y ello se nota en el trauma de la España contemporánea que ahora se esfuerza por acercarse a Europa, económicamente —Mercado Común—, moralmente —costumbres más libres—, industrialmente —nuevos sistemas de producción—, en una precipitada carrera contra reloj.

LOS ANARQUISTAS

Entran violentamente en el siglo XX como habían salido violentamente del siglo XIX. Muertes de Dato y Canalejas, atentados al rey, a Maura, a Primo de Rivera. Sujetos por éste, retoñarán en los últimos años de la monarquía.

Su sindical, la CNT, llegará a tener 1.527.000 afiliados en 1936, por encima de su rival la UGT con 1.444.474.

Los anarquistas contribuyeron en gran parte al fracaso de la República al sentirse desilusionados por ella —*La Tierra* hablaba ya el 14 de abril de 1933 de la traición del nuevo régimen— e intentaron varias veces la revolución social. En julio del 31 en Sevilla, en la cuenca del Llobregat en enero de 1932, en febrero de 1933 en Casas Viejas, aparte actos esporádicos como el de Castilblanco: Y, con ello, consiguieron que la estampa de la República se asociase con tales desórdenes.

El tiempo triunfal del anarquismo fue de julio de 1936 a mayo de 1937, en la España republicana, especialmente en Levante. Destruyeron las iglesias, colectivizaron, formaron comités independientes en cada pueblo, de acuerdo con su teoría de usar del mínimo gobierno posible, ya que «el poder corrompe». Intentaron, incluso, la abolición de la moneda, usando del intercambio de productos o acuñando diversa moneda en pueblos distintos. Su teoría era que jamás tendría el proletariado una ocasión parecida de llevar a cabo su revolución y —en contra del deseo socialcomunista de presentar una apariencia republicana que no asustase demasiado a las burguesías europeas y norteamericanas— sostenían que el pueblo en armas no encontraría jamás apoyo en esas sociedades y lo que había que hacer era llevar a término la revolución, al mismo tiempo que la guerra, para que el obrero supiese por qué luchaba.

En ello les seguían los comunistas del POUM y, en términos prácticos, es posible que tuvieran razón. Por muchos esfuerzos de moderación que el gobierno intentase, aunque tocase a Federica Montseny con un sombrero burgués para jurar su cargo de ministro de Sanidad, no dejaba de ser una anarquista y el ministro de Justicia, Oliver, un antiguo atracador. Muchas fábricas se habían colectivizado, muchas fincas incautadas por los trabajadores, muchas iglesias quemadas. El proceso era irreversible y el intento de detenerlo u ocultarlo no engañó a las masas conservadoras del mundo, aterradas ante el espectáculo que la zona republicana presentó al principio; por otro lado, esa actitud gubernamental desconcertó y desilusionó a muchos obreros que habían salido hacia el frente convencidos de que la vida había cambiado totalmente para ellos.

Los antecedentes parecen apoyar la tesis revolucionaria. Cuando la Revolución Francesa fue atacada por una coalición —España, Inglaterra, Prusia, Austria que le imponía condiciones tales como la liberación de Luis XVI y la vuelta de los emigrados—, la Convención contestó matando al rey y forzando su izquierdismo

hasta comprometer, por decirlo así, a todos los franceses a identificarse con su obra. La coalición fracasó. E igualmente fracasó la que intentó acabar con la revolución rusa. Danton, aquí, se llama Trotski y la izquierda se hizo más extrema, más violenta. Claro que, en ambos casos, había una disciplina en la extrema izquierda que, en el caso español, sólo se daba en el Partido Obrero de Unificación Marxista que seguía a Trotski y a su ideal revolucionario mundial. Pero el POUM era muy inferior, en número y calidad, a las fuerzas del partido estalinista y fue destrozado sincrónicamente con los procesos de Moscú, mostrando la unión total y sin reservas del Partido Comunista Español con Rusia. Lo que ya había preocupado en 1921 a los socialistas que prefirieron verles marcharse de su lado.

LA REPUBLICA

La primera República asaltada por la izquierda extrema —los cantonalistas— y, por la derecha, en todas sus gamas, desde el carlismo al constitucionalismo de los alfonsinos, fracasó en poco tiempo y no había dejado demasiada nostalgia. Quedaba la figura señera y arrogante de un Castelar, cada vez más importante como personalidad oratoria y cada vez menos como representante de una idea. Quedaban unos federales soñadores…

La República pasará, entonces, a ser el ideal de quienes vean en ella la única posibilidad de llevar a cabo una reforma social y laica. Es decir, los socialistas; es decir, los radicales. El republicano más famoso del primer tercio del siglo, hombre brillante —«el que partía los ladrillos al pisar», como decía Baroja— se llama Alejandro Lerroux. El prestigio más alto intelectualmente, Azcárate, algo parecido a la figura de Pablo Iglesias de quien comparte el nombre de pila. En el género de la novela el republicano conocido se llama Blasco Ibáñez. Y un gran autor —Galdós—, aunque más conocido como novelista, plantea en el teatro sus tesis con mayor brillantez que eficacia política. El estreno de *Electra*, en 1901, alía, para muchos, el concepto anticlerical al del sentir republicano.

Con los desengaños de la Dictadura entrarán en la idea republicana elementos menos extremistas. Miguel Maura, Alcalá Zamora, Ossorio y Gallardo creen en la posibilidad de una coexistencia entre sus sentimientos católicos y la República, dando a ésta un timbre conservador que la hace más apetecible a numerosos españoles que temían, con la llegada del nuevo régimen, una resurrección de las persecuciones religiosas. A últimos del año 1930 los republicanos no son ya sólo los «comecuras» de la extrema izquierda, están también ex ministros de la monarquía, abogados de fama… aristócratas…

… Pero el mayor marchamo de responsabilidad se la darán los intelectuales. Cuando los españoles leen el manifiesto de la «Agrupación al Servicio de la República» quedarán deslumbrados. No es fácil encontrar inteligencias como las del doctor Marañón, Pérez de Ayala y Ores a y Gasset coincidiendo en frases como ésta: «La monarquía de Sagunto no ha sabido convertirse en una institución nacionalizada… ha sido una asociación de grupos particulares que vivió, parasitariamente sobre el organismo español, usando del poder público para la defensa de los intereses parciales que representaba…». «La República será el símbolo de que los españoles se han resuelto, por fin, a tomar briosamente en sus manos su propio e intransferible destino». Era el 10 de febrero de 1931. Cuando la República se instaura, poco más de dos meses después, debió mucho a este grupo cuya enemistad a la monarquía se negaba a dejarse arrastrar al otro lado del arco iris político: «Ensayos como el fascismo y el bolchevismo marcan la vía por donde los pueblos van a parar en callejones sin salida».

El intelectual da vía libre a la República, pero, disgustado —el «No es eso, no es

eso» de Ortega[3]—, no colaborará excesivamente con ella. Marañón, entregado a su tarea médica y de escritor, siempre consultado cuando las crisis, jamás aceptará ser ministro. El más propicio a los cargos será Pérez de Ayala, embajador en Londres, que tardará unos años más en desilusionarse.

Pero el más político de los intelectuales —o el más intelectual de los políticos— surge como un meteoro en la España del tiempo. Prácticamente desconocido en los años anteriores a la República le bastan unos meses para hacerse el hombre más popular de España; popular en lo malo y en lo bueno, naturalmente. Dirá en su Diario comentando la mirada asombrada de algunas señoras bienpensantes al verle de cerca: «Se convencen de que no huelo a azufre».

Manuel Azaña llega a esa popularidad porque interviene en el sistema tradicional español, considerándose el médico que cauterizara, con hierro al rojo vivo y sin temor a las posibles consecuencias, los dos puntos más sensibles del alma española antigua: El Ejército y la Iglesia. Las reformas militares, por un lado, su «España ha dejado de ser católica» por otro, le señalarán para siempre en la imaginación del pueblo.

Azaña dirige la Izquierda Republicana, pero los votantes —burguesía, clase media— no bastan a darle una mayoría, por lo que tiene que apoyarse en el Partido Socialista, a su vez obligado a mantener una relación continua con el comunista, especialmente cuando triunfa la línea que dirige Largo Caballero. El partido azañista será minoritario siempre, entre otras cosas porque su jefe se considera un personaje nacional y no se preocupa demasiado de fortalecer su agrupación particular. El movimiento, puramente republicano, conservador económicamente hablando, estará siempre en minoría dentro de las izquierdas. Así resulta esa alianza a la que se sienten obligados por la enemiga de la derecha pero en la que tienen que recordar continuamente sus diferencias fundamentales, como, cuando los partidos Izquierda Republicana y Unión Republicana, explican que, aun firmando el manifiesto del Frente Popular de 1936, están en contra de la nacionalización de la Banca, de la tajante reforma agraria, de la incautación de la tierra, etc.

La retirada de Manuel Azaña no se realiza cuando envía al Parlamento de la República, reunido en París, en 1939 la renuncia de su cargo de presidente, sino precisamente cuando acepta éste, en mayo de 1936. Al subir ese escalón ha cortado totalmente su carrera, quizá por ambición, quizá por desaliento de intentar una acomodación entre el orden y la izquierda. Así se malogró un hombre que, en palabras de José Antonio Primo de Rivera, tuvo en sus manos la salvación de España dándole la revolución que ésta necesitaba.

Hay luego un partido republicano histórico con un santón republicano histórico al frente. El Radical de Alejandro Lerroux.

Durante unos meses su antigüedad republicana y la figura de su jefe le permitirán servir de árbitro entre los ganadores de las elecciones de 1933 y los vencidos, entre las derechas de Gil Robles y sus enemigos de la izquierda. Después de octubre de 1934, el viejo león de «Rebeldes, rebeldes» afianzará su alianza con el jefe de la

CEDA, haciendo caso omiso del sarcasmo de un Indalecio Prieto que le recordará en el Congreso la incongruencia de la alianza; más fiel a la tradición laica, un radical, Martínez Barrio, se separará y organizará el partido de Unión Republicana, afecto a la izquierda.

Ese papel-pivote podía haberlo mantenido mucho tiempo el partido de Lerroux si no hubiera sido por un escándalo administrativo. La fama de poco escrupulosos de muchos pertenecientes al Partido Radical, y que ya al principio de la República había hecho decir que si le daban el Ministerio de Justicia, se venderían las sentencias en las esquinas de Madrid, reverdeció con fuerza con el asunto del «estraperlo», protección gubernativa a un sistema de juego que, desde entonces, ha pasado al lenguaje español como símbolo de algo ilícito. Ni Lerroux ni su partido sobrevivieron políticamente al escándalo.

Cuando la guerra civil, algunos republicanos —Ortega, Marañón, Lerroux, Menéndez Pidal, Baroja, Pérez de Ayala— se exiliaron, y acabaron volviendo a la España de Franco. Los del ala izquierda mantuvieron su fidelidad a una República que no era ya la soñada por ellos. Así Azaña, Martínez Barrio. El primero conservará, a lo largo de toda la guerra, una actitud escéptica respecto al resultado positivo de la lucha, e intentará, con la colaboración de Besteiro, una paz de compromiso con la ayuda de Inglaterra. Los radicales, perseguidos por un lado por amigos de las derechas y por el otro por laicos y aun masones, se adaptaron, mal que bien, a la nueva situación.

EL SOCIALISMO

El gran triunfador de la política española en el siglo XX es el socialismo, cuyos afiliados suben de una forma asombrosa. La figura de Pablo Iglesias llega al mito. El «Abuelo», será norte y guía de masas y, en el Parlamento, atacará constantemente al sistema, especialmente en el asunto de Marruecos, donde verá solamente egoísmos mineros y muerte de hijos del pueblo, aunque no participará en la Semana Trágica de Barcelona de orientación radical-anarquista.

La huelga general de 1917 es su mayor timbre de gloria. El manifiesto no elude ninguno de los adjetivos que pueden anatematizar a un gobierno.

> *El proletariado español ha asistido en silencio durante estos últimos meses a un espectáculo vergonzoso, mezcla de incompetencia y de repulsiva jactancia, de descarado desprecio de la vida y de los derechos del pueblo. Cerca de medio siglo de corrupción han llevado a las instituciones políticas a un grado tal de podredumbre que los mismos institutos armados claman contra la injusticia, contra la arbitrariedad.*

Firmaban el manifiesto el Comité de Huelga: Besteiro, Largo Caballero, Saborit, Anguiano. Los dos primeros iban a figurar en puestos republicanos de importancia. Besteiro presidente de las Cortes, Largo Caballero varias veces ministro y jefe de Gobierno en 1936.

En 1921, el 15 de abril, el Partido Socialista Español se escindía en unas jornadas plenas de apasionada discusión; 8808 delegados decidían que su admiración sin límites a la revolución rusa no obligaba al partido a ingresar en la Tercera Internacional, con la obligación de considerar a Moscú como los católicos a Roma, es decir, el mando que decidiera lo que convenía hacer en Viena, en París, en Londres o Madrid. Otros 6025 delegados opinaron lo contrario. Ante la «Unión de los Partidos socialistas», que se habían convocado en Viena, afirmaban: «El proletariado español no irá con vosotros por los plácidos caminos que parten de Viena, sino por la senda, áspera senda de salvación que se llama Internacional Comunista».

La llegada de la Dictadura produciría un silencio curioso en el Partido socialista, coincidente casi con la muerte del Jefe. Algunos de sus miembros destacados tomarán parte en Juntas del Ministerio del Trabajo y serán atacados por ello por los enemigos de la colaboración.

Con la República, el partido socialista podría ser, por el número de diputados, el centro de la vida política. El problema, como siempre, fue el de la división. La moderación se llamaba Besteiro, el centro se llamaba Prieto, el extremismo se llamaba Largo Caballero. Al conquistar este último el poder interno, en enero de 1934, colocaba al partido en alianza con los comunistas restándole a la Izquierda

Republicana el apoyo necesario para su política. En la rebelión de Asturias actuaron los comités de acción de ambos partidos y en la represión fueron castigados igualmente, formando así la base de una acción conjunta que constituirá el núcleo del Frente Popular, vencedor en las elecciones de febrero de 1936.

Declarada la guerra civil, el partido socialista presidirá el gobierno desde noviembre de 1936 en la figura de Largo Caballero y después en la de Negrín, hasta el fin de la contienda.

En Cataluña, el grupo de Juan Comorera, el PSUC, seguirá su propio camino; formando parte de la Internacional comunista, colaborará con la Generalidad sin llegar a dominar totalmente el gobierno por el recelo de los anarquistas, hasta liberarse de ellos en junio de 1937.

EL EJÉRCITO

El Ejército, que, durante los primeros años de la Restauración, se había mantenido calmo y, por vez primera, en el siglo XIX, apartado de la política, vuelve a ésta.

La razón está en las desdichadas guerras. De la primera, la de Cuba y Filipinas, vuelve irritado por la derrota pero, mucho más, por el trato que la Prensa de izquierdas le dedica a su vuelta, y frases como la del conde de las Almenas «Tendrán que subir muchas fajas desde la cintura al cuello», pronunciada en el Senado. Las críticas al general Weyler, el partidario de la línea dura, las sintieron muchos militares como insulto a todos ellos.

Pero lo que encolerizará más al Ejército es el movimiento separatista que, a raíz de la derrota, renace en las regiones vasca y catalana. Sólo cuatro años más tarde, primero de mayo de 1902, hay el primer incidente en Bilbao. Con motivo de una manifestación liberal, los socios del Club Vasco izaron la bandera a media asta con crespón de luto. Algunos oficiales del Ejército subieron sable en mano, haciendo huir a los socios que se encontraban en el local. Dos días después, en Barcelona, en un acto de los Juegos Florales, se silbaba a la bandera española que el gobernador había dispuesto se colocara, junto a la catalana, en el escenario de la Lonja.

El órgano del catalanismo *Cu-Cut* llevaba la iniciativa contra las fuerzas armadas. Si el Ejército ruso era vencido por el japonés, se presentaba al general español Linares de Cuba, dando la mano al jefe vencido como a un hermano de derrotas. Una caricatura sangrienta mostraba al muñeco, símbolo de la revista, con su barretina y citando, con el capote de la bandera catalana, a un militar fantoche con uniforme de gala y espuelas y diciendo: «Ese toro no embiste. Tendremos que devolverlo al corral».

El 25 de noviembre de 1905 los militares de la guarnición de Barcelona asaltaron la redacción del *Cu-Cut* y la de *La Veu de Catalunya*, destrozando enseres y quemándolos. Esa actitud correspondía a los principios establecidos por su órgano periodístico, *El Ejército Español*, del 23 de noviembre de 1905: «El remedio contra las canallas separatistas está en el Ejército. A la debilidad de los Gobiernos que contemporizan con ellas debe oponerse la voluntad firmísima de los militares que no pueden ni deben consentir esos ultrajes a España»… «contra el indigno español que cometa el crimen, la Ley. Si la Ley, por no haber previsto el caso, no lo castiga, la iniciativa individual».

Consiguieron la Ley. Se llamó de Jurisdicciones, promulgada, al año siguiente:

> *Los que de palabra o escrito… injurien u ofendan clara o encubiertamente al Ejército o a la Armada serán castigados con la pena de prisión correccional (art. 3).*

Y de su cuantía decidiría, según el artículo 5, «Los Tribunales del fuero de Guerra y Marina».

Esto podía haber calmado a la fuerza militar si no hubiera sobrevenido otra guerra: la de Marruecos.

Desde 1909 en que empieza la campaña con la agresión a unos obreros de las cercanías de Melilla, hasta 1925, en que, tras el desembarco en Alhucemas, se termina, habrá pocos años en que el tema de Marruecos no sea la pesadilla española. Soldados que van, soldados que mueren, cotas que se ocupan, se abandonan, moros que son amigos hoy y enemigos mañana, generales remplazados. Una guerra difícil de comprender y difícil de explicar, en la que el Ejército se encuentra víctima de agresión por ambos lados, desde la chumbera y desde la oposición republicana y socialista. Pablo Iglesias, después de comparar presupuestos de las zonas francesa y española, advierte que los gastos militares de ésta son mucho mayores, aun cuando la zona francesa sea veinte veces más extensa… «Todos estos hechos —termina la nota de *El Socialista* (25-3-1916)— confirman lo que tantas veces hemos dicho acerca de nuestra acción en Marruecos: esto es, que aquello es una repetición de lo que se hizo en nuestras colonias y un pretexto para aumentar los escalafones militares».

Y en el Congreso se burlará de los triunfalistas partes de guerra: «Si se sumasen todas las bajas que se dice se han hecho a los moros resultaría que allí no deberían quedar combatientes». Pero más debía ofender al Ejército unas palabras posteriores del mismo discurso: «Nuestros soldados pasan allí hambre, a nuestros soldados se les abofetea y apalea».

El gobierno conservador contestó al orador por medio de su presidente señor Dato.

> *… el soldado (de África) está rodeado de todas las consideraciones que el sacrificio de la Patria pueda aportar para que cumpla la dificilísima misión que está realizando con tanta abnegación, tanto patriotismo, con tanto valor, contrastando el empuje de los hijos del pueblo que defienden en Marruecos el honor de nuestra bandera con la actitud de los que, no habiendo de ir nunca a la guerra, excitan a las masas en contra de ella y hacen esas manifestaciones y que alientan la resistencia de los que en África se oponen a nuestras armas. (Diario de Sesiones. Congreso de Diputados. 26 mayo 1914).*

La eterna polémica. La crítica, dicen los partidarios de la libertad, es libre y obligada siempre. La crítica, dicen los conservadores, debe callarse cuando la nación se encuentra en guerra y la oposición a ella puede dar alas a los enemigos. Johnson, Nixon usan casi las mismas palabras de Dato al contestar a los que se oponen a la guerra del Vietnam.

En 1909 la rebelión catalana, que termina llamándose Semana Trágica, empieza con la protesta contra un envío de reservistas a Marruecos. Juan Maragall, que luego

lamentará, como católico, las quemas de conventos e iglesias, es uno más a favor de esa protesta pacífica.

> *Contra la guerra; está bien; contra el poder que arranca del hogar al padre o al hijo para llevarle a morir por una causa que puede ser justa y noble dentro de una razón nacional o diplomática pero que no es popular, que está lejana de la comprensión del pueblo y que, en la realidad de su sentimiento, es una atrocidad inexplicable; y el pueblo resiste, se rebela. (La Veu de Catalunya, l-X-1909).*

Esas palabras coreadas por muchas otras, desde la extrema izquierda al catalanismo moderado, tenían que ofender al Ejército, que se expresaba así:

> *El Ejército, si no hiciera en Melilla lo que tiene que hacer, si no llegase a donde debe llegar, sería un Ejército moralmente aniquilado que pronto tendría que convertirse en sudario de la nación, sepultándose con ella en el abismo del deshonor y del descrédito. Lo que pueblo y Ejército ansían; lo que anhelan el rey, el Gobierno, acontecerá. No lo dude nadie. [La Correspondencia Militar, 21 agosto 1909.1*

La ocupación del Gurugú terminará la campaña de Marruecos este año, pero los rifeños volverán pronto a las andadas. La frustración militar sigue.

La campaña pro Ferrer y Guardia a quien se decía fusilado por presiones del Ejército, las acusaciones a éste por parte de la Prensa extranjera y varios diputados españoles de atormentar a los prisioneros de Montjuich, ahonda el abismo entre la fuerza armada y grandes masas de ciudadanos. Pero es que, además, el Ejército está insatisfecho con los políticos que le utilizan, según él, cuando les conviene. Especialmente irrita la cuestión de los ascensos en Marruecos. Se llega así a las Juntas de Defensa, extraño movimiento clasista, en los que el arma de Infantería, la socialmente menos importante de las fuerzas armadas, decide unirse «para defender el derecho y la equidad en los intereses colectivos y los individuales de los miembros de ella, desde la salida de la Academia hasta el empleo de coronel inclusive».

Asombrosamente las Juntas nacieron con el beneplácito de los enemigos de los militares, porque las organizaciones obreras vieron en esa actitud otra rebelión social contra un Estado anacrónico e injusto. El intento del gobierno de disolverlas fracasó. Pero, en la huelga revolucionaria del mismo año de 1917, el Estado sacó las tropas a la calle para acabar con la rebeldía y los partidos obreros volvieron a sentirse amargados, tras haber creído posible la unión antigubernamental entre fuerzas tan dispares.

Las Juntas fueron la primera intervención directa del Ejército en el siglo XX, hasta

lograr un cambio total de gobierno, poniendo vetos y cambiando ministros. Su caída fue, sin embargo, tan rápida como su ascenso. El saneamiento que pretendían en Marruecos no apareció y las campañas en el Norte de África siguieron su curso de altibajos hasta el desastre de Annual en 1921. Cuando los militares «africanos», como Millán Astray, se declararon contra las Juntas, éstas habían terminado su misión y fueron liquidadas, sin resistencia, por Sánchez Guerra en noviembre de 1922.

Pero las causas de su protesta se mantenían. Depuración, responsabilidades, fin del politiqueo, limpieza, en fin. En setiembre de 1923, el capitán general de Cataluña da el paso decisivo. El Ejército se «pronuncia» como en los tiempos del XIX, y el estilo de Primo de Rivera se parece al de O'Donnell y al de Prim al prometer «liberar a la Patria de los profesionales de la política, de los que por una u otra razón nos ofrecen el cuadro de desdichas e inmoralidades que empezaron en 1898 y amenazaron a España con un próximo fin trágico y deshonroso».

Los militares están ya en la vida política española de nuevo en primera fila de la actualidad, pero esta vez y de una manera determinada al lado del ala conservadora del país; a ello les han llevado, tanto los ataques catalanistas como los vascos y las dudas que, sobre su integridad, han llevado a cabo los partidos de izquierda, desde el socialista, al nuevo comunista, al anarquista y al republicano. Por otro lado, el rey y la burguesía conservadora, han demostrado su predilección por ellos. Los militares liberales y a menudo masones del siglo anterior, los Prim, O'Donnell, Serrano se han convertido en los Martínez Anido, el hombre fuerte de Barcelona contra los anarquistas, en Primo de Rivera que habla así el 25 de enero de 1925:

> *Se nos tacha con frecuencia de poseer un marcado matiz derechista y clerical. Nos acusan porque rendimos a la Iglesia y a sus representantes las consideraciones que se merecen… Yo declaro que tenemos para las Congregaciones religiosas, sobre todo para las que se dedican a la enseñanza, el mayor respeto y las mayores consideraciones, porque saben inculcar a los niños el sentimiento del honor y del patriotismo. ¡Y aún hay quien repudia esa enseñanza para sus hijos por un afán rabioso de doctrinarismo!*

El cronista del acto para *ABC* señala, en este momento, que del público sale una voz: «¡Viva el general cristiano!».

Los años de la Dictadura marcan una alianza de conservadurismo y milicia que seguirán en los siguientes. Las pocas voces disidentes del Ejército son casi todas de graduación inferior. Algún general, como Queipo de Llano, se hará republicano, pero, a la hora de la verdad —la guerra civil—, se colocará al lado de sus hermanos de armas. Los que se señalan como disconformes son capitanes como Galán y García Hernández, comandantes como Ramón Franco. El rey no parece tener ya dónde apoyarse sino es en las fuerzas armadas. Tras Primo de Rivera sube el general Berenguer; tras Berenguer el almirante Aznar, el último presidente de gobierno con la

monarquía.

Esa identificación del Ejército con la dinastía se la hará pagar cara el nuevo régimen. De la misión se encargará un abogado llamado Manuel Azaña que, en 1921, ya había estudiado el problema de Annual con preocupación por las cosas militares. Azaña procederá a lo que él llamó reorganización del Ejército y que muchos de sus componentes llamaron trituración, sacándolo, fuera de contexto, de una frase suya contra los enemigos de la reforma.

¡Era el primer ministro civil de la Guerra! Cuando va a visitar a una guarnición dice un jefe: «Había pensado en agasajarle con los honores militares». Contesta: «El ministro de la Guerra tiene derecho a los honores militares y no se trata de que usted quiera o no agasajarme con ello. Le dispenso de ello, simplemente».

En la República el Ejército es considerado con recelo. Manuel Azaña empieza una serie de reformas, cuya lógica, como la abundancia de generales —632 para un ejército de 100.000 hombres—, había sido advertida, incluso por Calvo Sotelo. Pero el tono con que se llevaron a cabo —«en el Ejército había una escuela de soplonería y espionaje» es una frase típica de Azaña— hirió la sensibilidad de muchos. Un general, por ejemplo, no podía ser presidente de la República; los Tribunales de Honor, de gran tradición en el Ejército, quedaron suprimidos. Cohesionado en gran parte su espíritu por las contrarreformas que hizo Gil Robles, desde el Ministerio de la Guerra, al llegar la guerra civil la oficialidad se puso, en su inmensa mayoría, al lado de la rebelión militar; las excepciones al lado de la República de profesionales, como Rojo, Miaja, Asensio, Mangada se debieron, en alguna ocasión, a la situación geográfica en que se encontraron al estallar la guerra.

Después de la guerra civil, el Ejército ocupa en España una situación de privilegio. Curiosamente esa situación no se reflejaba en su economía; al contrario, durante largos años, los oficiales tuvieron un sueldo relativamente bajo. Pero, por vez primera desde 1931, eran saludados con respeto y mantenían su jurisdicción particular. Existía, como nunca, el prestigio de la profesión, algo más importante que las ventajas materiales.

Esa sensación de ser de nuevo alguien, en la sociedad española, gobernada por un capitán general del Ejército que viste a menudo el uniforme de su grado, ha mantenido la unidad de las fuerzas armadas en España, donde no se ha dado, como en otros países, la rebelión clasista con la alianza de lo militar y lo socialmente avanzado, como ocurrió por ejemplo en el Egipto de Násser o, mucho más recientemente, en Perú y en Bolivia.

LA MONARQUIA

En 1900 España es una monarquía; en 1971, cuando escribo, España es un reino. El monarca se llamaba entonces Alfonso XIII, en su minoría de edad representado por su madre doña Cristina. El rey futuro de hoy se llama don Juan Carlos de Borbón, nieto del anterior, llamado a suceder al Generalísimo Franco. La línea dinástica es la misma; el camino, sin embargo, ha sido accidentado.

La biografía de don Alfonso XIII está todavía oscurecida por la pasión. De las mil contradicciones parece deducirse la imagen de un hombre en quien buenas dotes de inteligencia, afición política, simpatía personal, quedan oscurecidas por una cierta frivolidad y el sentido de superioridad natural en quien ha sido rey desde la niñez. Romanones se asombró de la forma en que dirigía su primer Consejo de Ministros un muchacho de dieciséis años. Su personalismo le obliga a buscar soluciones por encima o por detrás de los ministros legalmente responsables:

> *A elementos mauristas les he oído decir que la entrada en Zeluán se llevó a cabo por la voluntad del Rey, no por mandato del gobierno… He oído aquí a liberales y conservadores, a hombres políticos de todos los partidos que la dirección de la guerra era del Rey… por la influencia del Rey se quitan jefes de partido y se sustituyen por otros, como pasó con el señor Moret sustituyéndole el señor Canalejas. Y con el señor Maura sustituyéndole el señor Dato. (Pablo Iglesias. Congreso de Diputados. 26-V-1914).*

Especialmente comentados son sus contactos con los militares a los que ya, desde 1917, les autoriza a escribirle directamente sin pasar por el Ministerio. De una de esas relaciones personales, según los críticos, nacerá el triste episodio de Annual, desastre promovido por un general ambicioso, Silvestre, con la anuencia, al parecer, del rey.

Hay otra acusación mayor. La de la dictadura por la que el rey renegaba de sus promesas al jurar la Constitución. Evidentemente es así, pero también es cierto que esa dictadura parecía la única solución posible para un país, cansado de desbarajuste y de crímenes. En 1921 había habido en Barcelona 18 atentados contra patronos, 12 contra jefes o encargados de fábrica, 56 contra policías y 142 contra obreros de ambos bandos. En el primer semestre del año de la Dictadura, es decir 1923, había habido ya 53 muertos, 102 heridos en 22 tiroteos callejeros y 11 bombas arrojadas o depositadas. Los políticos conservadores, liberales o centristas no podían, con los medios legales a su alcance, resolver problemas sociales, o la guerra de Marruecos. La prueba de que la llamada a los poderes excepcionales estaba en la imaginación de todos los españoles es la reacción de un periódico liberal como *El Sol*, aceptando alborozado la llegada del gobierno militar y a Bagaría, el dibujante liberal, aplaudiendo en una caricatura la limpieza de una charca de la que salían unas ranas y

sapos con la figura de Alba, Romanones, Ossorio, Sánchez Guerra, los grandes fracasados.

… Pero, al pie de otro dibujo de Bagaría, advertía Juan Español al militar, que lavaba un trapo con el letrero de «libertades públicas»: «Oye. Cuando lo tengas bien limpio y purificado, ya debes saber que tu obligación es devolvérmelo».

Primo de Rivera no lo hizo. En el año 1925, resueltos prácticamente los cuatro problemas que le habían llevado al mando —anarquismo, separatismo, economía y Marruecos donde, con la colaboración francesa, había llegado la pacificación—, dijo: «Yo podría retirarme ahora cargado de gloria». Pero lo malo de los que alcanzan un puesto es que jamás creen llegado el momento de soltarlo. La opinión fue levantándose contra él, desde los viejos liberales a los nuevos estudiantes, desde los catalanistas a los republicanos. El rey lo licenció y los monárquicos sufrieron otra merma: los que creían que Alfonso XIII había sido desleal con quien había salvado su corona en momentos trágicos. Así la caída de la Dictadura ocasionará, un año y tres meses después, la caída del rey.

La suerte de la imagen monárquica sufre, desde entonces, innumerables altibajos. Atacado violentamente por la izquierda que declara a Alfonso de Borbón destituido de todos sus derechos y honores, apenas cuenta con un grupo minoritario, el de Renovación Española, que mantenga en alto su bandera. Cuando la guerra civil, el movimiento conservador no mejora las cosas. Mientras las insignias de Requeté y Falange se incorporaron al nuevo Estado, las monárquicas quedan fuera. Don Alfonso XIII, muerto en el destierro, no es traído a El Escorial a reposar con sus antepasados y, durante años, la fotografía de su hijo y sucesor, don Juan de Borbón, no aparece en los periódicos españoles. La Historia de España que se cuenta a los muchachos, desde 1939 a 1960, ataca a los Borbones como responsables de la decadencia española, y el nuevo Estado, para buscar un antecesor, se remonta a los Reyes Católicos y, en cierto modo a Felipe II. Aunque España sea reino desde 1946, sólo a partir de 1960 el Generalísimo Franco prepara lentamente el ambiente para la sucesión al trono de un Borbón, escogiendo para el puesto a don Juan Carlos, que es proclamado Príncipe heredero en julio de 1969.

LA FALANGE

Antes de la Primera Guerra Mundial, existía un conservadurismo más o menos resignado a los avances sociales como los que habían propugnado en España Maura y Dato; en Italia, Giolitti; Bismarck en Alemania; otro, cerrado a las innovaciones y enfrente, el amplio movimiento de izquierdas que abarcaba a socialistas, comunistas y anarquistas, con técnicas diversas y un único fin: acabar con una sociedad que, según ellos, no corresponde ya a los momentos que vive el mundo.

En la posguerra surge un nuevo movimiento. El fascismo, de «fasce», haz del líctor en tiempo romano, es el primero de varios grupos similares europeos. Hereda de los viejos partidos conservadores el amor a la patria y a sus tradiciones y de los elementos nuevos una idea de mayor justicia social, con un Estado corporativo que evite la lucha de clases obligando a todas a servir el común denominador de patria. El fascismo nace de la frustración de ex militares en lugares donde perdieron la guerra política y económicamente como en Alemania, y donde la perdieron sólo económicamente como en Italia, y a él se une la mayoría de jóvenes que ven, en la combinación de patria y justicia social, algo que cubre tanto sus necesidades románticas como las modernas. Esos movimientos están subvencionados por capitalistas, aterrados ante los asaltos y ocupaciones de fábricas por las fuerzas socialcomunistas, y la formación de fuerzas paramilitares logran el triunfo en 1922 en Italia; en la misma línea y con la misma ayuda, añadiendo al ideario anterior un toque de racismo (los alemanes son un pueblo superior) surge, en Alemania, Adolfo Hitler. En principio, dos movimientos de esa índole se repelen porque ambos tienen características imperialistas similares, pero la enemiga encontrada en las potencias democráticas, especialmente Inglaterra, para la conquista etiópica o la vuelta de colonias africanas a Alemania, obligó a Mussolini a llegar a un pacto que acabaría, prácticamente, con Europa.

Esta tendencia encuentra un camino en España con la creación de Falange Española, a la que da mayor contenido social la incorporación de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, creadas por Onésimo Redondo y Ramiro Ledesma Ramos. La sigla de Falange Española de las JONS irrumpe en 1933 para indicar a amigos y enemigos una nueva fuerza política que se dejará sentir especialmente en el frente universitario contra la FUE (Federación Universitaria Española) de carácter marxista. José Antonio Primo de Rivera, hijo del Dictador, personifica —juventud, aspecto atractivo, voluntad de acción— un nuevo estilo que provoca, desde el primer momento, una gran marea adversa. El antifascismo, consigna de las masas obreras del momento, pone en acción su mayor despliegue de propaganda contra la aparición de un grupo minúsculo de españoles, al que se presenta como el pulpo que destruirá las conquistas obreras y llevará el país a la guerra. Pocas veces ha habido un fenómeno semejante en la política mundial. Un partido —nombre que no gustaba a José Antonio, partidario de un Movimiento—, que cuenta con efectivos tan reducidos que

no logra sacar más que a un diputado, en las elecciones de 1933 y ni siquiera uno en las de febrero de 1936, se asoma continuamente a la Prensa y a la Radio izquierdistas, como peligro inminente. La derecha, por su parte, desconfiará de un jefe que, repetidas veces, ha acusado a los conservadores de egoístas y ciegos ante la realidad del momento y abandonará a su suerte a Primo de Rivera que, falto de una cédula de diputado, será detenido y morirá fusilado en noviembre de 1936, condenado por un titulado Tribunal de Justicia republicano.

En la guerra civil, con los falangistas luchando por el general Franco sucede el milagro. El ideal, seguido hasta entonces por unos pocos miles, es puesto, de pronto, como ejemplo y guía de millones de españoles. La razón es que a los jóvenes metidos en una guerra les costaba luchar sólo por la conservación, por la tradición. Para ellos, especialmente, se dio, desde los servicios de propaganda de la España nacional, un ideal de Pan, Justicia y Libertad. La muerte del Jefe en la prisión de Alicante, produjo el Mito del Ausente; una teoría de amaneceres, luceros y alusiones telúricas sirvió eficazmente para hacer luchar con fe a millares de españoles.

En la primavera de 1937, ambas zonas tienen un problema de reorganización promovido por la extrema izquierda de cada una; los anarquistas en Barcelona, los falangistas en Salamanca, provocan problemas al sentirse traicionados en sus ideales. La respuesta del gobierno socialista de Negrín es quitarle fuerza al anarquismo como fuerza política. La de Franco es mucho más sutil. Hedilla, el jefe de la escisión, es condenado a muerte, luego indultado, pero, en cambio, el ideario falangista pasa a ser el del Estado español; el saludo falangista con el brazo en alto, imitado del ejército romano por Mussolini, pasa a ser el saludo nacional; el uniforme falangista, la camisa azul, con el aditamento de la boina roja, será el que durante años y años, lleven los muchachos de los campamentos juveniles y los funcionarios del Movimiento. Los Veintiséis puntos de la Falange se declaran base del nuevo Estado, suprimiendo el 27 que advertía que la lucha falangista sería sola, sin aliados que enturbiaran la pureza del movimiento.

> *Falange Española Tradicionalista y de las JONS (dice el decreto estatutario de 1937) se constituye en guardia permanente de los valores eternos de la Patria virilmente defendidos en tres guerras civiles (es decir, en las carlistas), exaltados con voz y sangre el 20 de octubre de 1934 por la nueva generación (alusión a la rebelión catalanoasturiana) definitivamente rescatados en la coyuntura histórica del 17 de julio de 1936 por el Ejército y el pueblo hecho milicia.*

Era la exaltación que nunca soñaran los jefes falangistas sabiendo sus mínimas posibilidades numéricas. Pero, al mismo tiempo, era el fin del partido como tal, que quedaba supeditado al Estado. El jefe nacional era el que lo era ya del Estado nacional, Generalísimo Franco: «El jefe asume en su entera plenitud la más total

autoridad. El jefe responde ante Dios y ante la Historia». (4 de agosto de 1937). Y los jefes y oficiales del Ejército eran «militantes» por derecho propio.

Ocurrirá entonces un asombroso fenómeno político. En principio, la Falange ha ganado la batalla; su bandera ondea en los edificios públicos, su camisa y su saludo son obligatorios, el emblema del yugo y las flechas, que se copiará del similar de los Reyes Católicos, aparece en las entradas de los pueblos y en el escudo nacional. En los pueblos, las delegaciones falangistas encarrilan y vigilan las actividades deportivas, sociales, incluso festivas.

Pero la verdad es que todo es más apariencia que realidad. Franco, a pesar de su boina y camisa azul, era, entonces, ante todo un militar que tenía que gobernar a varios grupos, unidos sólo para ganar la guerra.

Pero la habilidad del Generalísimo consistió en emplear de sus diversos aliados —tradicionalistas, falangistas, democristianos, monárquicos alfonsinos— los que reputaba más oportunos en cada momento. Y así, mientras los signos exteriores de la Falange estaban en todas las fachadas de España, nunca ha habido más de tres o cuatro ministros de ese origen en los gobiernos nacionales y de 69 ministros sólo ocho han jurado el cargo luciendo la camisa azul. Fueron los que se mostraron partidarios —Girón, Solís— de una mayor ayuda material —seguros sociales, universidades laborales— al obrero, que en España se llama ahora productor, porque la palabra «obrero» se había teñido de marxismo.

La guerra mundial dio mayor fuerza al grupo falangista cuando hubo buenas perspectivas para alemanes e italianos, y se la quitó en cuanto empezaron a hundirse las posibilidades de victoria del Eje. El énfasis del gobierno pasó entonces a un movimiento católico —época Martín Artajo, Ruiz Jiménez— que obtuvieron el apoyo de sus correligionarios del mundo. Con la llegada de ministros del Opus Dei y los llamados tecnócratas, la antigua Falange ha quedado prácticamente extinguida. De una forma que, probablemente, no tiene igual en la historia, un partido ha desaparecido virtualmente del mundo de los vivos aun manteniendo, oficialmente, toda su vigencia. El ciudadano español puede pasearse hoy durante años por Madrid o Barcelona, sin ver una sola camisa azul o ver levantar un brazo en señal de saludo.

Aunque especialmente en las provincias se oye hablar del local de la Falange o de la Organización Juvenil, que siguen desarrollando una cierta actividad, ésta apenas mantiene el espíritu del antiguo movimiento falangista. El retrato de José Antonio Primo de Rivera, antes de obligatoria colocación al lado del Jefe del Estado, ha desaparecido de algunas dependencias públicas y quizá también del recuerdo de algunos españoles. Símbolo del cambio de actitud fue el desuso del brazo en alto.

Al iniciarse en 18 de julio de 1936 el Movimiento Nacional… surgió frente al puño cerrado, símbolo de odio y violencia que el comunismo levantaba, el saludo brazo en alto y con la palma de la mano abierta, de rancio abolengo ibérico… mas circunstancias derivadas de la contienda han hecho que lo que es signo de amistad y cordialidad venga siendo interpretado torcidamente. Esto aconseja que, en servicio de

la Nación, deba abandonarse en nuestra vida de relación aquellas formas de saludo, que, mal interpretadas, han llegado a privar a las mismas, en muchos casos, de su auténtica expresión de amabilidad y cortesía. (11 setiembre de 1945).

CATALANISMO

Los últimos cien años han hecho famoso en España tres tipos de catalanes: el separatista, el propugnador de las libertades regionales y el sencillamente satisfecho con formar entre las regiones españolas, Con idénticos derechos y deberes.

Pero hay otro catalán injustamente olvidado. El que partiendo de la reivindicación histórica de su existencia *diferente*, la considera, más que como un elemento que debe disgregarse de la existencia anquilosada del resto de España como el espolón que tiene que transformar a *teda la península* —incluyendo a menudo a Portugal— empujada por caminos más progresistas y modernos.

Resulta así curiosa la reivindicación de aquel Imperio Español que Joaquín Costa y sus correligionarios querían olvidar «echando doble llave al sepulcro del Cid», de boca de la «bestia negra» de todos los tradicionalistas españoles, del catalanista Prat de la Riba.

Y sin embargo, éste era su programa; tras mencionar el despertar catalán de los últimos años, dice:

«El arte, la literatura, las concepciones jurídicas, el ideal político y económico de Cataluña han iniciado la obra exterior, la penetración pacífica de España, la transfusión a las demás nacionalidades españolas y al organismo del Estado que las gobierna… Si el ideal complejo que encienden en nueva e intensa vida todas las energías catalanas, si el nacionalismo integral de Cataluña sigue delante en su empresa y consigue despertar con su impulso y ejemplo, las fuerzas dormidas de todos los pueblos españoles, si puede inspirar a esos pueblos fe en sí mismos y en su porvenir, se levantarán de su actual decadencia… entonces será hora de trabajar para reunir a todos los pueblos ibéricos, de Lisboa al Ródano, dentro de un solo Estado, de un solo Imperio. Y si las nacionalidades renacientes españolas saben hacer triunfar este ideal, si saben imponerlo como la Prusia de Bismarck logró imponer el ideal del Imperialismo germánico, podrá la nueva Iberia elevarse al grado supremo del Imperialismo; podrá activamente intervenir en el gobierno del mundo con las otras potencias mundiales, podrá, otra vez, expansionarse sobre las tierras bárbaras y servir los altos intereses de la Humanidad guiando hacia la Civilización a los pueblos atrasados e incultos». (Prat de la Riba. *La nacionalitat catalana*. Cap. X.)

Es decir, el papel «prusiano» que los historiadores han reconocido a Castilla para la unificación de los países ibéricos, tenía que pasar tras el agotamiento de ésta, a pueblos más nuevos, más modernos, más técnicos y preparados para su misión salvadora. Como Cataluña.

Sin tanto énfasis «imperial», la teoría de que la región catalana se debe transformar en la guía de una España que no encuentra su camino, está implícita en la convocatoria de la Asamblea de Parlamentarios en la Barcelona de 1917. El cinco de julio de este año, veinte senadores y diecinueve diputados advierten al gobierno:

a)Que es voluntad general de Cataluña, la obtención del régimen de amplia autonomía.

b)que es de gran conveniencia para España transformar la organización del Estado basándola en un régimen de autonomía.

c)Adaptando su estructura a la realidad de la vida española, aumentar su acción orgánica y facilitar el libre desenvolvimiento de su energía colectiva».

La misma teoría la planteará unos años después, Maciá al proclamar la República catalana desde el balcón de la Diputación de Barcelona, república que «libremente y con toda cordialidad, anhela y pide la creación de una Confederación de pueblos ibéricos».

La autonomía proclamada tiene que esperar a que las Cortes la decidan promulgando el Estatuto y la soñada Confederación se desvanece. Pero tres años y medio después, Cataluña vuelve a ofrecerse partiendo ahora desde su autonomía ya consagrada, como el artífice de una nueva España. Igual que en 1917, Companys, en 1934, ofrecerá a los liberales de toda España un lugar desde donde levantar una bandera progresista que en Madrid intenta destruir la derecha.

«En esta hora solemne… el Gobierno que presido… proclama el Estado catalán de la República Federal Española, y al establecer y fortificar la relación con los dirigentes de la protesta general contra el fascismo, les invita a establecer en Cataluña el Gobierno provisional de la República, que hallará en nuestro pueblo catalán el más generoso impulso de fraternidad en el común anhelo de edificar una República Federal libre y magnífica».

(Los cronistas del acto anotarán que, a pesar de las protestas de un grupo, la bandera que se izó fue la de las cuatro barras y no la de la estrella solitaria que hubiera significado en lugar de una orientación nueva, la total ruptura con el resto de España).

El catalanismo arranca de la derrota del Estado español en 1898. Su exponente mayor es Cambó; su enemigo mayor Antonio Maura. Los conceptos de éste sobre la diferencia entre regionalismo y separatismo serán repetidos, casi palabra a palabra, por Calvo Sotelo en las Cortes de la República. El concepto general es éste: La autonomía administrativa sirve para quienes se sienten muy unidos a un Estado, no a los que buscan la ocasión de alejarse de él. «¿Queréis la personalidad para materia propiamente local? Sin tasa se os reconoce. ¿Queréis personalidad para hacer jirones la inconsútil soberanía de la Patria? Nunca; nada». Era en 1907.

El catalanismo tiene a principios de siglo grandes problemas para conquistar el triunfo en Madrid, debido a su carácter burgués. Son especialmente los representantes de la mesocracia catalana, el dueño de comercio, el pequeño fabricante, como máximo el obrero especializado y por tanto mejor pagado, los que votan a la Lliga y a Francisco Cambó. En estas circunstancias el catalanismo tiene en contra, no sólo a la derecha conservadora que habla de la unidad española —con excepción del grupo

carlista que, al seguir mencionando los Fueros, son catalanistas en Cataluña—, sino a los izquierdistas, desde Pablo Iglesias y sus socialistas hasta los radicales de Lerroux, cuyos «Jóvenes bárbaros» atacan físicamente a los catalanistas en Barcelona; y a los anarquista. La mayoría de afiliados a esos dos últimos movimientos son emigrantes de tierras almerienses y murcianas y el adjetivo «murciano» equivale para el catalán al de «maqueto» que Unamuno denunciara ya en 1898. «Es ante todo y sobre todo —decía— una explosión su enemiga hacia el español no vascongado, el maqueto, establecido en Bilbao y que allí trabaja».

La alianza entre lo conservador y el castellanismo intransigente con las peticiones catalanas obligan a Cambó a cambiar de idea a fin de no perder las masas. En 1918 lanza su consigna:

> *Si los hombres y los soportes de la monarquía se nos colocan delante deteniendo definitivamente el paso de la autonomía de Cataluña, nosotros, y con nosotros Cataluña, lucharemos hasta destruirlos. ¿Monarquía? ¿República? ¡Cataluña!*

Era demasiado tarde para recuperar el terreno perdido. Y Cambó, que tanto había luchado para gobernar una Cataluña autónoma, se encontró que, al llegar ésta, mandaban sus enemigos de la Esquerra y Maciá dominaba la situación. Y cuando se manifestó en contra del movimiento de octubre de 1934, resultó un traidor para los catalanistas exacerbados, sin conseguir demasiada confianza por parte de las derechas vencedoras que no distinguían entre sentimientos regionalistas de izquierda o conservadores. En sus últimos años, tras la guerra civil, Cambó fue a vivir y a morir a Buenos Aires como si fuera un vencido más. Su conservadurismo le alejaba de los vencidos y su catalanismo de los vencedores.

Mientras se mantenga una relación entre el conservadurismo y el regionalismo, éste llegará, cuando mucho, a obtener una Mancomunidad provincial, mínima autonomía, ejemplo de concesión de Antonio Maura, atacada violentamente por periódicos como *El Liberal*, que la considerará cortina de humo tras de la cual se intenta hacer pasar de contrabando el separatismo.

La Dictadura de Primo de Rivera se inicia el 13 de setiembre de 1923 y el 18 de setiembre ya aparece un decreto: «De los males patrios que más demandan urgente y severo remedio es el sentimiento, propaganda y actuación separatista que viene haciéndose por audaces minorías». En 1925 se anulará la Mancomunidad provincial: «El sentimiento regional lo hemos visto galopar desenfrenadamente hacia el nacionalismo y el separatismo». Durante los seis años y pico que duró el gobierno de Primo de Rivera incluso se prohibió —aunque el decreto no lo establecía— el baile de las sardanas, convirtiendo a Cataluña en el lógico aliado de una revolución que tenía que traerle las libertades soñadas. Éstas fueron las razones catalanistas para entrar en el pacto de San Sebastián de 1930, que unió a todas las izquierdas contra la

monarquía…

… Pacto al que todos se referían sin coincidir demasiado. Según los catalanistas, sus artículos permitían a Maciá, como lo hizo el 14 de abril de 1931, proclamar desde el balcón de la Diputación de Barcelona: «El Estado Catalán bajo el régimen de una República catalana que libremente y con toda cordialidad, anhela y pide a los otros pueblos de España su colaboración en la creación de una Confederación de pueblos ibéricos…».

Alarma en Madrid que despacha nada menos que a tres ministros para que Maciá acceda a tener paciencia y esperar a que las Cortes decidan lo que han de dar a Cataluña, de acuerdo con un Estatuto.

El catalanismo alcanzará la ventaja sólo cuando lleve su bandera la «Esquerra», porque podrá unirse con las fuerzas del mismo signo del resto de España. Resulta entonces que *El Socialista*, que atacó duramente los intentos catalanistas en 1917, se muestra partidario en 1931 de las libertades catalanas como parte de las libertades generales españolas. Lo mismo hará el ala republicana, presidida por la cabeza más clara de la izquierda, que es Manuel Azaña. Cuando éste discuta con Miguel Maura sobre enseñanza le dirá: «¿Vamos a olvidar la colaboración de los diputados republicanos catalanes en la instauración de la República?».

Miguel Maura es un caso típico de republicano cuyas ideas liberales no le hacen compatible con la posibilidad de una autonomía catalana. Igualmente le ocurre a Unamuno, que defenderá los derechos del Estado español contra los deseos de autonomía catalana.

> *Les había dolido una comparanza que yo hice… entre el máuser y la espingarda diciendo: yo la espingarda, con la cual se defendieron mis antepasados la pondré en un sitio de honor, pero para defenderme lo haré con un máuser… España no es nación sino renación… donde se funden todas las diferencias, donde desaparece esa triste y pobre personalidad diferencial. (18 set. 1931).*

Lo decía Maura indignado. Unamuno más lírico pero, su reacción estaba en muchas conciencias. Lo que ocurre en el problema catalán, todavía vivo aunque reprimido, no es problema intelectual, sino visceral. Lo vio claramente un humorista, fino psicólogo que se llamaba Julio Camba, en ocasión de la reunión parlamentaria de Barcelona en 1917; la observación cala mucho más allá de la simple broma.

> *A todos los españoles suele indignarnos mucho que los catalanes hablen catalán. Hay algo sin embargo que nos indigna más todavía y es el que hablen castellano. Pasamos el acento gallego, pasamos la sintaxis vascongada… pero ese deje especial del catalán lo tomamos casi como una ofensa. No concebimos*

que pueda decirse nada espiritual con acento catalán, nada amable ni nada galante. El catalán, por razón de su acento, está incapacitado para la mayoría de las cosas en cuanto sale de Cataluña. (ABC 24 julio de 1917).

Companys proclama el 6 de octubre de 1934 el Estado catalán dentro de la República Federal Española, ofrece asilo al gobierno provisional que se forme y rompe las relaciones con Madrid. Combatieron por esa extraña idea —la forma federal no había tenido apenas apoyo al proclamarse la República en España— unos cuantos mozos de escuadra y grupos separatistas del Estat Catalá, que tuvieron las únicas auténticas bajas de resistencia en el «Centre de Dependents» de las Ramblas. En realidad eran los únicos que tenían una idea clara de por qué combatían. Los demás hablaban como el consejero de Gobernación: «Las tropas del gobierno monarquizante y fascista —era el de Lerroux— han intentado asaltar la Generalidad ¡pero han sido rechazadas!». Tardaron unas horas más en terminar con la resistencia.

Cuando Puig y Ferreter, de la minoría de la «Esquerra» catalana, hace constar su protesta contra lo que llama táctica dilatoria de Royo Villanova, y lo hace en nombre «de la República, de España, de Cataluña y del Parlamento», le gritará el monárquico Fanjul, «De España, no, traidores», provocándose un inmenso escándalo. Obligado a explicarse, Fanjul advierte que su reacción obedece a «un profundo convencimiento de que vosotros, …la minoría catalanista, sois esencialmente nacionalistas… y no solamente nacionalistas, sino separatistas». Y repite una acusación hecha años atrás a Cambó. La de que hablaba en forma distinta en Cataluña y en el Congreso madrileño. De lo mismo que se acusaba a Aguirre, Irujo y otros diputados vascos.

En la guerra civil, aprovechando el espíritu de taifa que surge en España en las grandes crisis, el gobierno de la Generalidad podía haber llegado a sus máximos poderes, pero ello falló por el esfuerzo de los anarquistas, prácticamente dueños de la calle hasta mayo de 1937. Dominados éstos por el gobierno central, ése se instaló en Barcelona afirmando su autoridad y consiguiendo que la Generalidad perdiera su fuerza.

Las libertades catalanas del Estatuto terminan en 1938 con la conquista de la primera capital de la región, Lérida, por las tropas del general Franco, y se refrenda en 1939 por la ocupación total de la zona.

Al vencer el bando nacional y combatir con medidas duras el separatismo —se empleaba oficialmente la expresión de rojoseparatista— y como había ocurrido en toda la historia de las reivindicaciones catalanas, pagaron también los regionalistas moderados, que sólo aspiraban al uso y disfrute de la lengua catalana. Ésta fue prohibida en su forma oficial y durante muchos años no se publicó ningún impreso en ese idioma. Poco a poco, con el paso del tiempo, el acercamiento a Europa y la evolución del régimen, fueron permitiéndose obras de poesía, filosofía… —los cuatro libros publicados en catalán en 1942 pasaron a 500 en 1968—, y ya hoy es lícito cualquier libro que respete los límites que ha puesto el Estado a los del idioma

castellano. Igualmente renació el teatro catalán y alguna revista. Sin embargo, aún no se enseña en catalán en las escuelas primarias.

El recelo castellano se manifiesta incluso en seres más oficialmente amigos de las libertades catalanas como Manuel Azaña. Escribe en 1937:

> *«He dicho repetidamente que las gentes de la Generalidad están mal avenidas con su fracaso. Que tratarían de crear un conflicto en cuanto hallasen pretexto para hablar de la catalanidad ofendida o las libertades holladas, etc., etc».*

Y más adelante dice algo asombroso para un defensor apasionado del Estatuto:

> *El sistema de Felipe V era injusto y duro pero sólido y cómodo. Ha valido para dos siglos. (Obras Completas, páginas 699 y 708, tomo IV).*

Es, repito, una reacción más visceral que razonada. A muchas castellanos les molesta físicamente lo que el catalán representa en la economía, en la industria, en la vida. Por el otro lado, el catalán está a menudo convencido que en Madrid sólo se piensa en hundir al «país» y traducen cualquier falta de atención hacia sus representantes —falta de atención que es general desde la autocrática Madrid hacia todas las provincias españolas— en un intento deliberado de humillar a la región más adelantada de España, la europea por excelencia. Torras y Bages, el obispo de Vich, escribía en *La tradició catalana* contra los bailes flamencos, que empezaban a gustar en Barcelona. «No hay nada más antitético… al carácter catalán ni puede encontrarse ninguna otra cosa más destructiva de la severidad y firmeza de nuestra raza» (p. 82).

Si el castellano encuentra en el catalán materialismo y falta de gracia, el catalán encuentra en el castellano, especialmente en el madrileño, frivolidad, pereza y chulería. Esta última se acusa continuamente en el único foro donde puede gritarse en España, es decir, en el campo de fútbol. Si un jugador del Barcelona regatea a un contrario, es aplaudido. Si lo hace el del Madrid recibe el grito de «¡chulo!», (a veces el jugador del Madrid resulta nacido en Sabadell y, desde luego, casi nunca procede de la capital de España).

La reacción de Cataluña es generalmente alta cuando se considera herida su sensibilidad. Hace pocos años y con motivo de unas declaraciones de Luis de Galinsoga, director de *La Vanguardia*, sobre la inoportunidad de pronunciar sermones en catalán, los lectores y anunciantes del periódico se lanzaron a un «boycot» de tales proporciones que el Gobierno acabó destituyendo al señor Galisonga.

LOS VASCOS

Fenómeno paralelo al catalán. Una región rica, fuerte, industriosa, con una lengua que, se pierde en el remoto fondo de los siglos, quizá la que hablaron los iberos. Los vascos, como recordó uno de ellos a Montmorency que presumía de lejanos antecesores, «no datamos». Apoyados en ella, como en el caso catalán, inician desde fines del siglo XIX su desarrollo político español. Su profeta es Sabino Arana.

El intento de recobrar unas libertades patrias perdidas por la guerra carlista con el convenio de Vergara, llevará a los vascos a buscar en la República un camino propicio y aliarse, naturalmente, con los catalanes en busca de las respectivas autonomías, con cuyo anteproyecto obtuvieron una gran mayoría de votos en Guipúzcoa y Vizcaya, mientras el número bajaba mucho en Álava, más castellanizada. La diferencia principal entre las dos regiones estaba en el carácter religioso de los vascos, los más asiduos frecuentadores de iglesias y sacramentos de toda España, mientras el catalanismo oficial, el que daba la cara en Madrid, estaba representado por la laica Esquerra.

Por ello en las Cortes de la República, los votos de la minoría vasca van a la izquierda cuando se trata de aprobar Estatutos y a la derecha cuando se trata de estorbar medidas de carácter antirreligioso.

La pugna por su Estatuto lleva a la discusión con la derecha que, como en el caso anterior, recela de sus sentimientos: ¿Regionalistas o separatistas? En la sesión del 5 de diciembre de 1935, el señor Aguirre, jefe de la minoría vasca, muestra lo enraizada que está la historia del siglo XX con la del XIX.

> *Nuestra aspiración política, la del partido nacionalista vasco, se concreta en cuanto al Estado español en esto: derogación de la ley de 1839… decía: Se confirman los fueros de las Provincias Vascongadas y Navarra, sin perjuicio (aquí está la trampa) de la unidad constitucional de la monarquía española. El día que este Parlamento vaya a su derogación… en ese momento se habrán acabado nuestras actuaciones aquí y nosotros lanzaremos, con el corazón henchido de júbilo, un viva a España… (Rumores. Varios señores diputados: A posteriori, no; ahora. La presidencia reclama orden).*
>
> *(Diario de. Sesiones del Congreso).*

Se repetía el caso catalán. Las derechas y parte del centro, consideraban indigno que unos ciudadanos españoles quieran condicionar el «¡Viva España!». Los vascos y los catalanes autonomistas querían vitorear a una España nueva, una España prácticamente federal.

«Yo tengo un sentido ampliamente autonomista —dirá Calvo Sotelo similarmente en 1935 a los diputados del grupo vasco—, y en muchas cosas podríamos coincidir,

pero mientras penséis así, mientras habléis así… yo afirmo que entregaros el Estatuto en totalidad o en parte, sería un verdadero crimen de lesa patria».

El Estatuto catalán se había votado en el tiempo del dominio izquierdista de la República —1931-1933—, pero con el predominio derechista de 1933-1936, los vascos tuvieron que esperar a la guerra civil para que, tras un parlamento apresuradamente reunido, apareciese el decreto esperado:

> *Con arreglo a la Constitución y al presente Estatuto, Álava, Guipúzcoa y Vizcaya se constituyen en región autónoma dentro del Estado español adoptando la denominación de País Vasco.*

El Estatuto de Cataluña duró seis años y unos meses. El Vasco sólo se mantuvo unos ocho meses. En la herida sangrienta en que España se abrió de parte a parte, los vascos siguieron el bando de la República en la que creían ver la defensa de sus intereses locales. Dirigiéndose a los cónsules presentes en el acto de toma de posesión de su cargo de presidente del gobierno vasco, dijo Aguirre:

> *A vosotros, representantes del cuerpo consular, os pido que llevéis a los países que representáis la voz de este gobierno… tened la seguridad y decidlo así a vuestros países que, por acusado que sea el avance social de este gobierno, no puede confundirse nunca con el desorden. (7 de octubre de 1936).*

La advertencia era necesaria. Porque el País Vasco fue una extraña zona de la República donde se podía ver a sacerdotes con sotana dirigiéndose a unas iglesias sin quemar ni destruir y predicar a los fieles que no eran molestados por organizaciones de extrema izquierda. El catolicismo de los vascos constituyó un problema doble. Para ellos, el explicar al extranjero cómo podían ser aliados de quienes habían perseguido a muerte a los representantes de la Iglesia católica en todo el resto de la zona republicana. Para los nacionales el explicar cómo unos católicos sinceros no estaban con la España nacional. Cuando los obispos lanzan una *Carta colectiva* a favor del general Franco, tuvieron que aludir a la situación de aquellas provincias:

> *Dos palabras sobre el problema del nacionalismo vasco… toda nuestra admiración por las virtudes cívicas y religiosas de nuestros hermanos vascos… Toda nuestra pena por la ofuscación que han sufrido sus dirigentes en un momento grave de su historia. Pero toda nuestra reprobación por haber desoído la voz de la Iglesia y tener realidad en ellos las palabras del Papa en su encíclica sobre el comunismo… El comunismo es intrínsecamente perverso y no se puede admitir que colaboren con él en ningún terreno, los que quieren salvar a la civilización cristiana… cuando las regiones donde el comunismo consigue*

penetrar más se distingan por la antigüedad y grandeza de su civilización cristiana, tanto más devastador se manifestará allí el odio de los sin Dios. (1 julio 1937).

Si industrial y militarmente eran importantes los altos hornos de Bilbao y el puerto, políticamente era mucho más urgente para el general Franco liquidar la situación incómoda de una región donde se desarrollaba regularmente el culto y los avances sociales no eran como para asustar a ningún burgués extranjero. El ataque contra la zona, se lleva a cabo a pesar de bloqueos británicos —muy unidos con los vascos desde siempre— y de ofensivas como la de Segovia en la cual los republicanos intentaron detener el ataque contra Bilbao que culminó con la entrada de las tropas nacionales; «siendo acogidas nuestras tropas con gran satisfacción al verse libres del yugo rojoseparatista de Aguirre y de sus hordas». (Parte oficial del 19 de junio 1937). Inmediatamente después fue suprimido el convenio especial de que disfrutaban las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa en materia económica porque, «olvidándose muchísimos de los favorecidos por el concierto de esta prodigalidad que les dispensó el poder público se alzaron en armas en Guipúzcoa y Vizcaya contra el Movimiento Nacional del 17 de julio último… la singularidad del régimen fiscal… ha servido para realizar la más torpe política antiespañola, (lo) que obliga a poner término a un sistema que utilizaban como instrumento para producir daños tan graves». Por la misma razón de lealtad al gobierno nacional, las otras dos provincias, Álava y Navarra, mantendrían sus privilegios fiscales, basados en entregar al gobierno central una cantidad global en lugar de gravar detalladamente el comercio y la industria del país.

Como en el caso catalán, la ofensiva se realizó también contra todos los aspectos de la vida diaria en la que apareciera el viejo estilo.

Seguramente más por inercia de costumbre que con el ánimo de mantener sentimientos ciertamente desaparecidos para siempre, y que sólo eran alentados por una audaz minoría que ha sido vencida y huida de la España Nacional, todavía algunas sociedades cooperativas de las Provincias Vascongadas mantienen sus títulos sociales o permiten circular sus Estatutos o Reglamentos redactados en el lenguaje vasco… y siendo absolutamente necesario que el sentimiento nacional y españolista se manifieste sin dudas ni vacilaciones de género alguno… hecho éste que no pugna con el respeto que pueda merecer el uso de dialectos en las relaciones familiares privadas… he dispuesto: Queda terminantemente prohibido el uso de otro idioma que no sea el castellano en los títulos, razones sociales… etc., etc. [Bol. Of., 26 mayo de 1937.]

Refugiados en Cataluña, los dirigentes vascos mantendrán una actitud que

indignará a un amigo de libertades regionales como Azaña.

«Aguirre no puede resistir que se hable de España en Barcelona, afectan no pronunciar siquiera su nombre. Yo no he sido nunca lo que llaman españolista ni patriotero. Pero ante estas cosas, me indigno y si estas gentes van a descuartizar a España prefiero a Franco. Con Franco ya nos las entenderíamos nosotros o nuestros hijos o quien fuere. Pero esos hombres son insoportables. Y mientras, venga a pedir dinero».

Con lo cual llega a coincidir con su mortal enemigo, Calvo Sotelo autor de la frase: «Prefiero una España roja a una España rota».

Los vascos vencidos intentaron mantener en el exilio un gobierno de dudosa eficacia internacional. Pero, muchos años más tarde, renacerá la resistencia en una sigla ETA —Euzkadi ta Azkatasuna—, organización que tiñe de marxismo agresivo su separatismo y que, aun siendo obra de una minoría, producirá —secuestros, asaltos a Bancos, propaganda audaz— la intranquilidad en la región hasta requerir en ella el estado de guerra y el famoso proceso de Burgos en diciembre de 1970.

CATOLICISMO

Hasta 1923 hay un intento de seguir modernizando el país sin precipitaciones; la burguesía, en el mando desde el principio de la Restauración, lucha para europeizar el país, evitando, tanto la reacción de la derecha extrema, tradicionalistas, integristas, como la violencia de la izquierda, radicales, socialistas y anarquistas. En cierto modo lo que los gobernantes intentan, es quitarle la mechaba la rebeldía concediendo, desde arriba, algo que intentan conseguir, con la revolución, los de abajo. En ese aspecto están de acuerdo conservadores y liberales, hasta el punto de que muchas conquistas sociales —derecho a la huelga, reconocimiento de sindicatos, ley de accidentes de trabajo, jornada mínima horaria— son promulgadas por gobiernos conservadores, como los de Maura y de Dato.

Pero ese acuerdo no funciona lo mismo en lo religioso. El laicismo, llegado al poder con el partido liberal, intenta desmantelar la construcción católica, base tantos años de la sociedad española. Se admite el matrimonio civil, se obliga a las instituciones religiosas y colegios a inscribirse… Los tradicionalistas encabezan las manifestaciones de protesta: *El Siglo Futuro* afirma enfáticamente: «el liberalismo es pecado» y, con ocasión del estreno de *Electra* de Pérez Galdós, se indigna ante los aplausos de Marcelino Menéndez y Pelayo, el intelectual de las derechas, como Galdós lo era de las izquierdas.

Con la misma intolerancia, por el lado opuesto, Lerroux hace temblar a los burgueses con su proclama: «¡Rebeldes, rebeldes!», dirigida a sus seguidores del Partido Radical. En los hogares españoles se repite en voz baja para que no lo oigan las hijas:

> *Jóvenes bárbaros de hoy, entrad a saco en la civilización decadente y miserable de este país sin ventura, destruid sus templos, acabad con sus dioses, alzad el velo de las novicias y elevadlas a la categoría de madres para virilizar la especie… no os detengáis ante los sepulcros ni ante los altares.*

El pro y el contra de la Iglesia católica, agudiza, en el siglo XX, su disyuntiva. Los católicos ven a Romanones y a Canalejas como enemigos de la unidad religiosa; el declarar no obligatoria la doctrina cristiana en las escuelas levanta a la gente de derechas en armas. Pero a los anarquistas eso no les parece razón de respetarlos; antes al contrario, para la extrema izquierda, hace más daño un liberal como Canalejas que un conservador como Dato. A la hora de ajustar cuentas ambos serán asesinados.

La Iglesia resulta la *béte-noire* de la extrema izquierda. Con la misma seguridad con que decía *El Siglo Futuro*: «Los católicos forman un campo y los liberales otro; campos opuestos entre los cuales no caben confusión ni conciliación… se trata de una lucha de doctrina contra doctrina… de la verdad contra el error, del cielo contra el

infierno». (28 de diciembre de 1900), contesta el 22 de setiembre de 1918 *El Progreso*: «Se impone una protesta formidable contra el fanatismo y la hipocresía religiosa. Los explotadores del catolicismo —seguían los titulares— pretenden embrutecer al pueblo para eternizar su esclavitud. Van a ser profanadas las calles de Barcelona, santificadas con la sangre de los revolucionarios que dieron su vida por la libertad, el progreso y la justicia». Esa llamada a las armas, respondía simplemente al anuncio de una procesión por las calles de la Ciudad Condal. En su ira, la izquierda utiliza incluso verbos —«profanar» y «santificar»— como lo haría el rector de una iglesia, porque el carácter profundamente religioso del español asoma, incluso, en la blasfemia.

La Iglesia católica se convierte en la enemiga total. La Semana Trágica de 1909 empieza oficialmente, para protestar contra los envíos de reservistas a Marruecos, pero las masas desatadas en la calle no asaltan los cuarteles ni las fábricas para vengarse del Estado o de los capitalistas. Lo que asaltan y queman son conventos e iglesias, cayendo además dos miembros del clero. Y un cardenal —Soldevila— morirá a tiros en 1923.

Con Primo de Rivera vuelve el respeto a la Iglesia y la moral sigue, durante la Dictadura, los conceptos católicos. Unas conferencias del Curso Eugénico en 1928 son suspendidas por una Real Orden considerando demasiado importante el tema para una simple prohibición del Gobierno Civil que advierte que…

En principio, y aun considerando temas como eugenesia y eutanasia «peligrosas en sus derivaciones sociales» por su carácter «crudamente materialista», el gobierno hubiera dejado celebrar los actos en un centro científico y sólo para profesionales, pero al hacerlo públicamente no puede consentir el Poder «que se conviertan en propaganda contra la natalidad, en regodeo pornográfico, ni en ofensa y ataque contra la moral cristiana y los fundamentos éticos de la sociedad, con el consiguiente estrago entre los jóvenes que escuchan tan perniciosas teorías».

Tras el freno militar de la Dictadura, cuando llega la República la primera agresión directa tampoco es contra el Ejército con fama de monárquico ni contra los Bancos, sino contra las iglesias, en mayo de 1931. Es cierto que son grupos mínimos los que realizan ese ataque, pero es también cierto que el gobierno no se atreve a lanzar contra ellos a la fuerza pública porque, aun condenando la violencia, está más cerca de quienes atacan que de quienes están en el interior de los edificios atacados. Y Azaña dirá poco después una frase que despertará en muchas familias españolas la misma violenta reacción que la de Lerroux años antes: «España ha dejado de ser católica».

En realidad, más que a destruir la Iglesia, se busca la laicización de España, un poco a la manera de la Ilustración; a lo que más se parece Azaña es a Aranda, incluso en la expulsión de la única Orden, la de los jesuítas y por las mismas razones —dominio de la enseñanza privada, intentos de subversión— y el mismo pretexto: la obediencia al Papa.

Y de la misma manera que el estreno de *Electra*, una obra antijesuita, *AMDG*, de Pérez de Ayala, provoca indignación y destrozos por parte de un grupo de jóvenes.

La Iglesia, en principio, reacciona ante la República acatándola por boca del diario más prestigioso, *El Debate*, de los católicos españoles. Pero su ala derecha, la representada por el cardenal Segura, publica una pastoral nostálgica de la monarquía.

> *Los católicos no podemos olvidar que por espacio de muchos siglos la Iglesia e instituciones hoy desaparecidas convivieron juntas… y que de su actuación coordinada nacieron beneficios inmensos que la historia imparcial tiene escritos en sus páginas con letras de oro.*

Esa posición agrava la situación ya tensa entre las fuerzas republicanas y los católicos, a pesar de que partidarios del nuevo régimen, como Alcalá Zamora, Maura, Ossorio y Gallardo, hagan esfuerzos para eliminar de la nueva legislación las medidas anticatólicas. Cuando se cierran las escuelas religiosas, Ossorio pedirá comprensión para «masas de españoles de tipo derechista y conservador que hoy no están con vosotros y que deben estar… no cerréis las puertas». Era el 13 de octubre de 1931. Pero la Constitución promulgada a fines del mismo año precisaba, por vez primera en la historia de España, que el Estado español no tiene religión oficial (art. 3) y que «ni el Estado ni otros organismos oficiales favorecerán ni auxiliarán económicamente a iglesias, asociaciones e instituciones religiosas» (art. 26) y, además, la «libertad de conciencia y el derecho de profesar y practicar libremente cualquier religión quedan garantizados en el territorio español» (art. 27). Por vez primera, el «martillo de herejes» aceptaba la posibilidad de que tuviera razón un culto diverso.

La Iglesia católica reacciona con la protesta de los obispos españoles y, por otro lado, intenta su defensa desde el interior del régimen. La acomodación se hace a través de un partido nuevo en España, el de la CEDA que dirige Gil Robles, quizá la personalidad más destacada, con Azaña, de los años republicanos. Su acatamiento a la República no será sin embargo, jamás creído y cuando las elecciones de 1933 le permitan alcanzar el poder en 1934, su intento de meter tres ministros en el gobierno, dará paso a la revolución regionalistaseparatista de Barcelona y a la socialcomunista de Asturias.

La guerra civil se inicia, y lo primero que se destruye en Barcelona, en Madrid, en Valencia, en Oviedo, en Almería y Málaga son las iglesias y conventos; los curas son perseguidos y muertos con la excepción del País Vasco.

Por el otro lado se llamará a la campaña, incluso oficialmente, «La Cruzada».

La Pastoral colectiva de los obispos españoles —junio 1937— es la más completa de las acusaciones a la España republicana, justificando el alzamiento y precisando la enemiga de esa zona a la Iglesia católica. Así se refiere a…

… La lucha cruenta de un pueblo partido en dos tendencias, la espiritual de parte de los sublevados, que salió a la defensa del orden, la paz social, la civilización tradicional y la Patria y muy ostensiblemente, para un gran sector, para la defensa de la religión; y de la otra parte la materialista, llámese marxista, comunista y anarquista que quiso sustituir la vieja civilización de España con todos sus factores, por la novísima «civilización» de los soviets rusos.

La Pastoral sigue acumulando acusaciones contra la Revolución a la que llama: «Cruelísima» (por el número de asesinatos y vejámenes); «inhumana» (profanación del pudor femenino, de cementerios); «bárbara» (destruyendo obras de arte); «antiespañola» (se hizo al grito de «Viva Rusia»); «anticristiana» por la profanación de las imágenes sagradas.

El problema que se planteará por su lado al señor Irujo, ministro vasco de la República, será el compaginar su conciencia de católico con su cargo de ministro en una España en donde no había siquiera culto. Así, en mayo de 1937, asegura, como nuevo titular de Justicia, que «los sacerdotes podrán ejercer su ministerio bajo la protección del gobierno y con arreglo a las leyes». El órgano de los anarquistas, *Solidaridad Obrera*, lo encontraba «un proyecto chusco».

¿Qué quiere decir restablecer la libertad de culto? ¿Que se puede volver a decir misa? Por lo que respecta a Madrid y a Barcelona no sabemos dónde se podrá hacer esta clase de pantomimas. No hay un templo en pie ni un altar donde colocar un cáliz… ¿será esa libertad acaso el que puedan salir procesiones por las calles? Si es así, no les arrendamos la ganancia y el invitarles a ello el señor Irujo no es quererles bien. ¡Libertad de cultos! ¿No habíamos quedado que la Iglesia había sido en la rebelión de julio un beligerante más? (25 mayo 1937).

La iniciativa de Irujo procedía, tanto de su condición de católico, como del deseo de librar a la España republicana de la fama antirreligiosa que había impresionado desfavorablemente incluso a protestantes extranjeros.

Azaña registra en su Diario la insinuación de un simpatizante de la República.

El periodista Luis Fischer: «Debían ustedes abrir las iglesias. Tal es el propósito del gobierno —contesta—. El problema es de policía y orden público. En los pueblos no puede ahora hacerse nada. Pero acaso podría intentarse en Madrid y en alguna otra capital». (Cuadernos de la Pobleta, 5 julio de 1937).

Solidaridad Obrera no se engañaba. El suyo era el espíritu del pueblo de la

España republicana y nadie se atrevió, de verdad, a organizar manifestaciones religiosas públicas, aunque la casa de Euzkadi en Madrid o Barcelona mantuviera una capilla privada para sus miembros.

A últimos de 1938, con la guerra prácticamente perdida, se creó un Comisariado General de Cultos que quería dar carácter oficial a la libertad religiosa. El preámbulo del decreto explica el dilema del gobierno.

> *El olvido capital por parte de algunos jerarcas de la Iglesia de los deberes de convivencia social y de las propias condiciones religiosas hondamente sentidas, obligaron a una determinada reacción de defensa del espíritu público en un sentido contrario a esa libertad. Por otra parte, las necesidades de la guerra que el pueblo sostiene en defensa de su independencia, han motivado ocupaciones de edificios destinados al culto y a inevitables anormalidades en su ejercicio. (8 dic. 1938).*

Mientras en la zona republicana se buscaba el casi imposible compromiso, entre la apariencia de República respetando la libertad religiosa y la creencia general de las masas, en la España nacional no se paliaba un convencimiento religioso total y absorbente: la Iglesia triunfante considera al que no iba a misa como sospechoso de izquierdismo y paga las consecuencias. La Iglesia invade todas las actividades de la vida diaria, los niños en las escuelas tendrán que recitar preces a la Virgen María, los actos religiosos serán absolutamente obligatorios para los ciudadanos españoles. La masonería será puesta fuera de la ley y perseguidos sus miembros.

> *Es preciso que en las lecturas comentadas, en la enseñanza de las Ciencias, de la Historia, de la Geografía se aproveche cualquier tema para deducir consecuencias morales y religiosas… Consecuencia de este ambiente religioso que ha de envolver la educación en la Escuela, ha de ser la asistencia obligatoria en corporación de todos los niños y maestros de las escuelas nacionales, en los días de precepto, a la misa parroquial… El Santo Evangelio será leído con frecuencia e ineludiblemente todos los sábados… (B. O. 8 de marzo 1938).*

Todos los días del año a la entrada y salida de la escuela, saludarán los niños, como hacían nuestros mayores, con la salutación Ave María Purísima, contestando el maestro Sin Pecado Concebida.

… mientras duren las actuales circunstancias, los maestros todos los días harán con los niños una brevísima invocación a la Virgen para impetrar de Ella el feliz término de la guerra. *[B. O.* 10 abril 1937.]

Se establece la Compañía de Jesús, expulsada por… las fuerzas secretas de la

Revolución en su incesante trabajar por la destrucción de España… una vez más hicieron certero blanco de sus odios a la egregia y españolísima Compañía de Jesús… de este despertar glorioso de la Tradición española forma parte principal el restablecimiento de la Compañía de Jesús en la plenitud de su personalidad. (5. O. 7 mayo 1938).

La censura no permitirá, durante veinticinco años, que se roce el dogma ni aun la costumbre de la Iglesia o de sus representantes, en cine, teatro, novela, ensayo. Hasta 1966 no será permitida la publicación de ninguna obra que esté en el *Indice de libros prohibidos* romano. Representantes religiosos en juntas de censura, literarios o del espectáculo, velarán por que los textos o las imágenes estén de acuerdo con la moral cristiana. Al principio del movimiento turístico se planteará, en muchas playas españolas, la lucha entre la autoridad municipal que aspira a una cierta libertad de atuendo para atraer al bañista extranjero y el párroco que, con el apoyo del obispo, o solo, lo evita, hasta que la necesidad de divisas hizo que la presión de arriba, fuese más fuerte y las playas se fueron pareciendo, poco a poco, a las italianas aun sin llegar a las francesas.

Las confesiones protestantes fueron relegadas a su casa, como en un ghetto. Su propaganda severamente censurada. Nadie podía saber dónde estaba la Iglesia Evangélica o la Anglicana de Madrid o Barcelona, porque tenían prohibido la simple exhibición de un cartel en la puerta indicándolo. Esta actitud cambiará con la aplicación, retrasada pero segura, de los conceptos aprobados en el Concilio Vaticano II, tendentes a la libertad religiosa, de lo que se beneficiará también el judío residente en España.

El único matrimonio válido era el católico, del cual no podían librarse ni siquiera los que manifestaban no serlo, porque al ser bautizados —se les decía— ese sacramento «imprime carácter».

La única separación posible es la que da la Iglesia con el anulamiento, y a esta solución, larga y costosísima, sólo podían llegar los pudientes.

Los ministros que se sucedan en el gobierno del general Franco procederán de distintos matices del Movimiento nacional, pero su catolicismo será claro y definido con numerosos actos públicos. Últimamente esta línea está representada por la organización llamada Opus Dei con varios ministros en el poder.

El Opus es la organización que más tinta y comentarios ha hecho correr en los últimos años. Fundada por el padre Escrivá de Balaguer parece, en principio, un paso más en la dirección que los jesuítas emprendieron el siglo XVI, cuando creyeron oportuno que el sacerdote saliera de los conventos y penetrara en la sociedad del tiempo, tanto en lo social como en lo educativo. Esa penetración, muy eficaz en su tiempo, se detenía donde la sotana no podía entrar. El Opus, compuesto de muchos seglares, supera el obstáculo situándose en el seno mismo de esa sociedad a la que quiere «espiritualizar», llevando su apostolado a los lugares más heterogéneos, desde el bar de un hotel a la antesala de un Ministerio. Comparten con los jesuítas también

su vocación pedagógica que les lleva a preocuparse esencialmente de la enseñanza y su sentido de élite. Ninguna de las dos Órdenes quiere ser un partido de masas; sus miembros están elegidos entre los más brillantes en cualquier especialidad humanista y técnica.

De los jesuítas adopta también el Opus su carácter misterioso que ha provocado, como en el caso de la Orden de san Ignacio, que la especulación sea muy superior a las posibilidades de la Orden. Todos los acontecimientos que no se explican por lógica se explican por influencia del Opus; cualquier propiedad de la que no se sabe exactamente el propietario «pasa» inmediatamente, automáticamente, a ser de la Obra.

Hablando en términos literarios, la sombra del Opus es muy posible que sea superior a su cuerpo, pero no hay la menor duda de que hoy, en España, es gigantesca. Resulta seguro que si los españoles se reúnen, y no hablan de deporte (zona a la que parece no haber llegado todavía esa influencia), acaben, indefectiblemente, hablando del Opus Dei.

LOS DOS FANTASMAS

La guerra civil española se realiza contra dos fantasmas. Por la izquierda se entiende el comunismo, el espectro del comunismo. Por la derecha, el espectro del fascismo.

Cuando se mueve la izquierda, los enemigos ven tras ella los tanques soviéticos, la estepa, los sin Dios, derribando iglesias, campos de concentración de Siberia. Cuando se mueve la derecha, el enemigo ve en ella el campo de concentración nazi, la represión de las masas obreras, el racismo de Hitler, el imperialismo de Mussolini.

… Y resulta que esas dos ideas estaban representadas en España por partidos mínimos. Si la Falange Española de las JONS contaba sólo con unos miles de afiliados, tampoco tenía muchos más el partido Comunista Español nacido en 1921. Sus sindicatos contaban con 133.266 afiliados cuando la UGT (socialista) tenía 1.444.474 y la CNT (anarquista) contaba con cien mil más.

No había un solo ministro comunista en el gobierno de la República en julio de 1936, dirigido por un miembro de la Izquierda Republicana, o partido de Azaña, llamado Casares Quiroga. La Falange Española de las JONS, por otro lado, no tenía un solo diputado en el Congreso; su jefe José Antonio Primo de Rivera estaba en la cárcel de Alicante.

Ambos bandos, pues, se lanzaron a la calle contra un fantasma. Y como en el caso del aprendiz de brujo, al cabo de varios meses, habían conseguido que ese fantasma se materializase. Ya he mencionado, al hablar de la Falange, la increíble popularidad alcanzada por este grupo político. Su «cara» si no exactamente su espíritu, llenó fachadas y cruces de caminos de la España nacional, en un despliegue que jamás habrían podido soñar los pocos fieles que se reunieron en Madrid, un octubre de 1933, para poner en marcha su proyecto político.

En la España republicana otro grupo minoritario empezó un camino, más lento pero más seguro, para alcanzar el poder que, números en la mano, tenía que estar igualmente alejado de él.

Contaba para ello lo que le faltaba a otros grupos izquierdistas: Un gran sentido de la disciplina; un gran sentido de la propaganda. Su «Quinto Regimiento» fue un modelo en su género, pero la hábil Prensa lo convirtió en un grupo mítico como hizo con cualquier jefe militar —Miaja, el Campesino— que aceptara sus consignas. Contaban, además, con una carta importante. La única ayuda eficaz en armas y municiones que la República recibió procedía de la URSS y, naturalmente, sus representantes en España pasaban el recibo de esa ayuda.

La toma del poder fue hecha con habilidad y suavidad. Largo Caballero, el que había representado dentro del Partido socialista la tendencia procomunista, se indignó ante la presión del embajador soviético, y cayó, como caería el centrista Indalecio Prieto, que se negaba a llenar el Comisariado Político con miembros del P. C. y soñaba en una paz de compromiso.

Su sucesor, el doctor Negrín, contestaba así a quienes le recriminaban su condescendencia con el Partido Comunista. «Son los únicos que cumplen su misión en el frente y en la retaguardia con disciplina y sacrificio. Son los únicos, además, que tienen amigos fuera que nos ayudan».

En el año 1936, el partido comunista era uno más entre los del Frente Popular. En febrero de 1939, había conquistado los mejores puestos de mando directamente o por delegación. Había conseguido nada menos que anular, como enemigos directos o potenciales, a héroes de julio de 1936, como al Partido Obrero de Unificación Marxista, de orientación trotsquista al que deshizo prácticamente matando a su jefe, Andrés Nin, y a la CNT, a la que limitó grandemente, quitándole toda influencia política después de mayo de 1937. Resulta hoy interesante recordar que, en la zona republicana, el partido comunista se ganó con esas actividades contra los revolucionarios avanzados, la fama de un partido *moderado*. Sirvió eficazmente a esa fama su reiterada afirmación de que tenía que posponerse la revolución a la guerra y de que luchaban sólo por una República democrática. El tópico «órdenes de Moscú», era cierto en este caso. Stalin había dado en esos momentos la consigna de los Frentes Populares, porque no quería asustar a las democracias occidentales y echarlas en los brazos de Hitler.

La catástrofe de Cataluña provocó la rebelión de Casado y la paz. Con la guerra en mejores condiciones para la República, el partido comunista habría quedado como jefe absoluto de ella. El fantasma se habría hecho carne.

… Y estalló la guerra civil, la más brutal de las guerras que los pueblos pueden llevar a cabo. Las anteriores contiendas civiles entre españoles quedaron oscurecidas ante la explosión de 1936. Era una guerra entre Tradición y Revolución como la carlista pero, mientras ésta se había mantenido en dos zonas delimitadas de la península, esta otra se corrió a la inmensa mayoría del territorio nacional.

Se mató en el frente y se mató en la retaguardia. La gente empezó a encontrar *natural* las acciones criminales. Que se diera dos tiros a un sacerdote por el mero hecho de serlo, a un sindicalista por haberlo sido. Se mató a la gente por ir a la iglesia o por asistir a la Casa del pueblo, por haber votado a los blancos o por haber votado a los negros; se persiguió a cedistas y a masones, a comunistas y a miembros de Acción Católica, a separatistas y a falangistas. Cayeron los ácratas dando vivas al comunismo libertario y los católicos a Cristo Rey. Hasta el luto fue sospechoso.

La violencia cambió luego de signo durante la guerra, pero no de intensidad. Siguieron leyes concretas contra espionaje y alta traición, siguieron los fusilamientos, las torturas. Y cuando, con mucha gente cansada de guerra en las dos zonas, se intentó una solución de compromiso que propugnaba especialmente Inglaterra, hubo gran indignación en los extremistas de los dos bandos. «Aplastemos a derrotistas y capituladores», gritaba en sus titulares *Frente Obrero* (18 de marzo 1938). Su ataque iba contra Indalecio Prieto que ya anteriormente (agosto 1936), se había visto atacado por el grupo de Largo Caballero por haberse referido a los del otro lado como

«hermanos y compatriotas».

Y *ABC*, de Sevilla, por su parte, decía en un recuadro: «¿Quiénes negocian la mediación y especulan con su sola posibilidad? Muchos traidores a España».

> *Ese abismo (dice el editorial de ABC refiriéndose al que hay entre los dos bandos) está abierto de una manera irreparable. A un lado se quedan los victimarios y los verdugos; al otro, es decir, al nuestro, queda el espíritu y la gloria invictos de los soldados, cohesionados con el de todos los demás supervivientes de la hecatombe. (11 oct. 1938).*

La mayoría de españoles, cogidos entre dos fuegos políticos, disfrazaron sus sentimientos y su apariencia. En la zona republicana, por ejemplo, desaparecieron como por ensalmo, los sombreros, tanto de señora como de caballero, porque, en aquel tiempo, así se distinguían las clases, y usar de uno de esos tocados era exponerse a un disgusto. Ironizaba sobre ello, *El Liberal* de Bilbao:

> *¿A qué se debe esta inesperada exaltación de la boina? Se debe a que el artesanado y el pueblo están de moda. Todos quieren aparecer como personas humildes porque la boina aplastada sobre la cabeza es modesta, así el sombrero, con su copete rajado, tiene algo de cimera y de casco, algo que denota señorío… ¡Cuánta ingenuidad! Creen que por ponerse una simple boina en la cabeza ya han borrado su pasado. Creen que la boina es un carnet. (27 de julio).*

En el otro lado todos se uniformaron de militar, de falangista, de requeté. Lo civil fue considerado con cierta repugnancia.

El ruido de cañonazos y morteros correspondió a la increíble propaganda de los bandos contendientes. Los que se llamaban a sí mismos «nacionales» eran considerados por los otros como «facciosos», «fascistas», «carcas». Los de la otra zona recibían los apelativos de «rojos», «rojoseparatistas» y, en algunos casos, «rojomasonicoseparatistas». La mejor parte de la propaganda la llevó el bando republicano, porque numerosos escritores de primera fila mundial se pusieron a su lado, desde Hemingway a Koestler, desde Thomas Mann a Malraux, desde Rabindranath Tagore a Sinclair Lewis, mientras, en el lado nacional, apenas podía citarse a un Paul Claudel, que aún podía ser contrarrestado por otro francés, también oficialmente católico, que se llamaba Frangois Mauriac. Algunos llamaron a esa general movilización de cerebros «la última gran causa». Efectivamente, poco después se habían dispersado esos entusiasmos colectivos. Koestler, por ejemplo, renunciaba a su carnet del partido comunista, Malraux, por ejemplo, se haría íntimo amigo y fiel colaborador del general De Gaulle. Hemingway, visitaría, como turista

festejado, la España de Franco. Pero durante la guerra civil, la «intelligentsia» de todo el mundo sólo quiso ver en la contienda el intento de una «barbarie militarista y fascista» para ahogar a la «joven república democrática» en sus libertades y en su cultura. Dos acontecimientos dramáticos sirvieron de espolón y punto de cita para todas las protestas. La primera fue el asesinato de García Lorca. La otra, la destrucción de Guernica, que inmortalizó Picasso. Ambas acciones servían de apoyatura a las acusaciones contra las tropas de Franco; por la segunda, la ciudad símbolo de Vasconia, con su árbol tradicional, donde se juraban los fueros, había sido bárbaramente destruida, según la propaganda republicana, por aviones de bombardeo «en un día de mercado».

Y la muerte del poeta más popular en el extranjero, el poeta que había hecho soñar a hispanistas de todo el mundo, el poeta de los gitanos y de los guardias civiles, el que cantaba a la mujer española, con su ardiente temperamento ahogado y comprimido por las cadenas de la tradición y de la moralidad, era sacado de su casa y fusilado en un descampado.

Fueron dos escándalos internacionales. A la causa de Franco le perjudicaron más que la pérdida de Teruel, la defensa de Madrid o el paso del Ebro, las tres bazas militares más importantes ganadas por la República. De esas tres se rehízo en seguida. Las otras dos siguieron enturbiando la imagen de su España muchos años después del final de la guerra, y aún resucita de vez en cuando su fantasma cuando algún acto oficial sirve para hacer comparaciones. Sus propios escritores muertos, un Maeztu, un Muñoz Seca, *no contaban* internacionalmente.

En la propaganda respectiva, cada grupo se apoderó de una palabra clave. La zona nacional habló de «España». La otra de «Pueblo», y parecía que el nombre pertenecía solo a cada uno de ellos. En toda la propaganda republicana se habló de un pueblo luchador contra el fascismo. Lo que era quitarle la categoría de pueblo al pescador gallego, al campesino burgalés y al pastor andaluz que lucharon con las tropas de Franco.

Si por pueblo se entienden sólo a los obreros encuadrados en Sindicatos, evidentemente el noventa por ciento estaban a favor de la República y de una «revolución» que les permitió, por vez primera en la historia de España, caminar fuerte por las calles y atemorizar con su presencia al burgués, al propietario que no huyó a tiempo.

Porque contra lo que circula normalmente, la debilidad económica no es la base de las revoluciones. Los revolucionarios no se levantan por hambre, sino por ansia de poder. «Cuando el pueblo está aplastado por la miseria, se resigna; cuando se endereza y mira por encima es cuando se inclina a sublevarse», decía Tocqueville en *El Antiguo Régimen*, en el siglo XIX, y los pensadores izquierdistas posteriores le han dado la razón. «Donde mejor están los obreros, son más numerosas las huelgas» recordaba el anarquista Federico Urales (padre de Federica Montseny) en *Revista Blanca*, 15 mayo de 1905, y, por el contrario: «La miseria no engendra rebeldía, sino

que, por regla general, la mata allí donde existe», decía *La Voz del cantero* en 22 de abril de 1914.

En la historia política moderna, ese axioma se ha visto robustecido por las pruebas. Los que se sublevaron en octubre de 1934, no eran los braceros de Andalucía sino los mineros de Asturias, los mejor pagados de España. Después de la caída del fascismo en Italia, la extrema izquierda, la que se lanzaba a la calle pidiendo la revolución, estaba compuesta sobre todo por obreros de la «Fiat» de Turín, los mejor pagados de Italia, cuando los depauperados del Sur votaban todavía a los monárquicos. En lugares de gran protección social, como Francia y Bélgica, los izquierdistas han tenido gran influencia en la vida política del país.

Durante la guerra civil, la escasez de alimentos fue extremada en las grandes ciudades. De ella sufrieron especialmente las familias de obreros que estaban en el frente, pero ninguno se quejaba ni se hacía Nacional porque en el campo enemigo se comiera de todo —un sistema de propaganda consistía en dar por la Radio los menús del día— a precios bajísimos. Pero el obrero podía chillarle al antiguo propietario de la fábrica si todavía seguía asistiendo al trabajo, haciéndose perdonar la existencia con su silencio y discreción; la portera podía amenazar a la señora empingorotada del tercero que antes la despreciaba. Y ello era manjar mucho más apetitoso y satisfactorio que todos los que el enemigo podía ofrecer a cambio de perder su posición privilegiada.

Pueblo había en los dos lados, a no ser que empequeñezcamos el vocablo para pensar sólo en masas con mono y alpargatas (es lo que distinguía entonces al obrero de la clase media), dirigidos por algunos empleados con corbata.

Pero tan fija está la idea de «pueblo igual a marxismo», que la derecha apenas intenta reivindicarla, aparte de mencionar alguna vez que a su lado estaba «la parte honrada del pueblo español». La izquierda, en cambio, intentará más tarde arrebatar a la derecha la palabra España, como bandera. Aprovechando la intervención italoalemana en la guerra civil, buscará unir a los españoles de su zona e impresionar a los extranjeros con gritos de patriotismo ante la invasión. Por ejemplo, *La Vanguardia* de Barcelona (30 de diciembre de 1938), iniciará la información de la ofensiva franquista en Cataluña con el título «la invasión italogermana». Los Trece puntos de Negrín, abril de 1938, empezarán pidiendo «la independencia absoluta y la integridad total de España… una España totalmente libre de toda injerencia extranjera… con su territorio peninsular e insular intacto». Con ello se intentaba asustar a los franceses e ingleses que temían una serie de bases germanoitalianas en la España franquista y en el Protectorado de Marruecos, cogiendo del revés sus defensas en la posibilidad, entonces muy cercana, de una guerra mundial.

La España de Franco jugó en el extranjero la carta de la seguridad interna mantenida férreamente por el Ejército desde el principio y la de su estabilidad económica. Contaba, sobre todo, para impresionar a los círculos gubernamentales de los Estados Unidos, Francia e Inglaterra, con los relatos de Madrid y Barcelona y

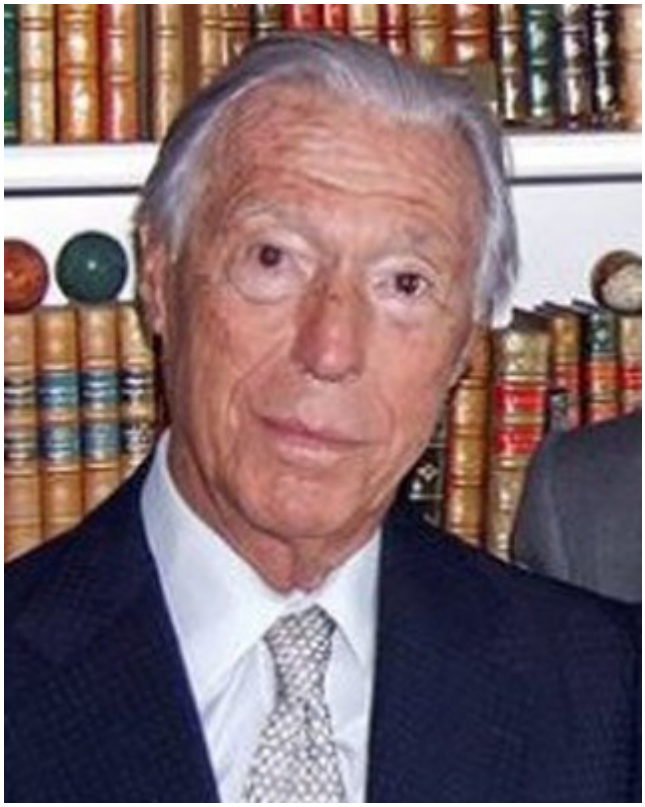
Valencia, con las incautaciones de industrias (2 de agosto de 1936), de fincas rústicas (10 de agosto del mismo año). Las fuerzas conservadoras de los Estados Unidos, especialmente las compañías petroleras, les permitieron unos créditos que salvaron su transporte.

Todos los españoles enloquecieron un poco. Se habló en una zona de reivindicar el Imperio de nuestros abuelos —¿con qué?—. En la otra, del paraíso comunista o anarquista que iba a seguir a la guerra —¿Cómo?—. Se quiso volver a la España de santa Teresa y adelantar la España de Lenin. Las minorías de los dos extremos arrastraron a una mayoría entre fascinada y atemorizada por lo que veían y oían; en muchos, muchísimos casos, esa masa media y pasiva, no reaccionó de acuerdo con sus ideas anteriores, sino con el lugar donde le había sorprendido el principio de la tragedia. Y cuando terminó la contienda, el hombre medio supo con sorpresa que un hermano suyo, moderado antes en política, había terminado siendo comisario político, y éste, a su vez con el mismo asombro, se enteró que el primero, de la misma tibieza, había sido jefe de una centuria de la Falange. La lucha entre hermanos no fue sólo un símbolo. En mi familia hubo dos que descubrieron que habían disparado cañonazos, uno contra el otro, en el frente de Aragón.

La lucha dejó hondas huellas en las familias españolas, huellas que parecen ocultas durante años por el paso del tiempo que trae, con las nuevas generaciones, nuevos estilos de vida. Pero basta que sobrevenga un acontecimiento doloroso, una huelga minera, un proceso penal, un escándalo administrativo para que miles de españoles se vistan simbólicamente los viejos uniformes y acudan, afortunadamente también hasta ahora simbólicamente, a sus barricadas, a sus trincheras. Vuelve a surgir la brecha entre las dos fuerzas que llevan siglos disputándose el alma española, la Tradición y la Revolución, y los que intentan conciliarlas acaban siendo motejados de traidores por ambos lados.

Al final del continente europeo, la Península es como un péndulo, sujeta a Europa, pero atraída por el África. Toda su historia se la ha pasado intentando elegir entre los dos polos magnéticos. Y todavía no se ha decidido del todo.

FIN



FERNANDO DÍAZ-PLAJA (Barcelona 1918 - Montevideo 2012) es un ensayista y narrador español. Son obras suyas, entre una extensísima gama de ensayos divulgativos, Teresa Cabarrús (1943), Historia Universal de la Cultura (1946). La vida española en el siglo XIX (1952), La vida norteamericana (1955), Guzmán el Malo (1963), El amor en las letras españolas (1963), Francófilos y germanófilos (1973), Viaje por la Europa roja (1981) y El abate Marchena: su vida, su tiempo, su obra (1986).

El más popular de todos ellos fue El español y los siete pecados capitales (1966), obra cuyo «tirón» aprovechó el autor en una serie de libros en los que se analizaba el comportamiento ante los mismos pecados de estadounidenses, (1968), franceses (1969), italianos (1970) y habitantes de los distintos países de la Europa del Este (1985). A comienzos de los ochenta publicó una serie de siete artículos sobre parecido tema con el título de «Los siete pecados capitales en el tren» en la revista Vía Libre y, pocos años después, adaptó la obra original a serie televisiva.

Es autor también de obras narrativas como Cuentos crueles (1971), El desfile de la Victoria (1975), Miguel, el español de París (1985) y Un río demasiado ancho… (1991). En 1989 se publicó su libro Las Españas de Goya, donde hacía una aproximación entre lo literario y lo histórico de la España del siglo XVIII. Asimismo, en ese mismo año quedó finalista para el Premio Espejo de España con su obra Cuando perdí la guerra. Posteriormente, en 1992 su obra El servicio doméstico en España (desde la esclava a la empleada de hogar) volvió a quedar finalista al premio

Espejo de España en su XVIII edición, mientras que su trabajo El arte de envejecer resultó finalista, también ese año, al XX Premio Anagrama de Ensayo.

En 1996 apareció Anecdotario de la Guerra Civil Española, que recoge y refiere testimonios reales acaecidos durante la contienda y definidos por el absurdo y los hermanamientos de picaresca y heroísmo. Al año siguiente vieron la luz un Anecdotario de la España franquista, una biografía de Felipe III y un ensayo en el que reflexiona sobre la condición de habladores que caracteriza a los españoles, inventores, entre otras ágoras, de las tertulias de café, bajo el título Arte y oficio de hablar. En 1999 relató sus recuerdos de la Guerra Civil española en Todos perdimos, en el que anécdotas, algunas con toque cómico pero todas ligadas a lo dramático se van encadenando para formas un conjunto de experiencias personales vividas en el ambiente que califica de «revolución, no de guerra», de la Barcelona de la contienda.

Notas

[1a] Nuevo sueldo acuñado en España año XCV (III, año 98 de la héjira). <<

[1]

Príncipes italianos, y vosotros barones

que, contra toda razón, españoleáis. <<

[2] Habiendo él visto en Italia a la mayor parte de los hombres y de las mujeres vestir a la española, usar en la conversación muchas voces españolas, comer ávidamente manjares adobados, a la española y usar jarros y otros servicios de la mesa según la costumbre de España. <<

[3] Frase que por cierto fue enaltecida y denigrada por encima de su significado preciso como advirtió el Dr. Marañón: «… ni las derechas ni las izquierdas han sido exactas con el gran escritor. Aquéllas arriman injustificadamente el ascua a su sardina y éstas se alarman sin motivo por lo que suponen una evolución arbitraria de Ortega y Gasset». (Marañón, Gregorio: «No es eso.». *El Sol*, 22 junio 1931). <<